

El Estado y el espacio global

Jorge Olvera García
Maurizio Ricciardi

Coordinadores



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México



ALMA MATER STUDIORUM
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA

ISBN: 978-607-422-695-9



9 786074 226959



**El
Estado
y el
espacio
global**





UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dra. en Est. Lat. Ángeles Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

L. C. C. María del Socorro Castañeda Díaz
*Directora de Difusión y Promoción de la Investigación
y los Estudios Avanzados*

El Estado y el espacio global

Jorge Olvera García
Maurizio Ricciardi
Coordinadores



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México



**ALMA MATER STUDIORUM
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA**



El Estado y el espacio global. Lo Stato e lo spazio globale

Traducción: María del Socorro Castañeda Díaz

Libro de investigación e interés académico y sin fines de lucro.

1a edición, febrero 2016

ISBN: 978-607-422-695-9

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100 Ote., Centro, C.P. 50000,
Toluca, México
<http://www.uaemex.mx>

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Uso de la denominación "Alma Mater Studiorum–Università di Bologna" autorizado por el Ufficio Comunicazione Istituzionale–Unibo el 21 de enero de 2016.

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización por escrito del titular de los derechos en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y en su caso de los tratados internacionales aplicables.

Índice

- 9 INTRODUCCIÓN
- 15 CAMBIO DE PARADIGMA JURÍDICO: EL
11-S Y LA DELINCUENCIA ORGANIZADA
EN MÉXICO
Jorge Olvera García
- 37 EL ESTADO GLOBAL Y LA EVOLUCIÓN DE
LA SOBERANÍA
Maurizio Ricciardi
- 63 NATURALIZAR LAS PARADOJAS: UN
ACERCAMIENTO A LA GLOBALIZACIÓN
DESDE GILLES DELEUZE
María Luisa Bacarlett Pérez
- 91 EL ESTADO MODERNO HOY Y MAÑANA
Pierangelo Schiera
- 117 “EL AFUERA SIEMPRE ES ADENTRO”.
TENSIONES Y TRANSFORMACIONES
RECIENTES EN EL ESPACIO POLÍTICO DEL
ESTADO Y LA DEMOCRACIA
Israel Covarrubias
- 139 ASUNTOS DE FRONTERA. SOBERANÍA
TERRITORIAL Y ORDEN GLOBAL
EN EL DEBATE SOBRE EL “NUEVO
INTERVENCIONISMO HUMANITARIO”
Luca Scuccimarra

Introducción

Globalización: palabra, idea, concepto, estado de las cosas; ¿dónde encajarla? Se asemeja al agua que no se puede contener en las manos, que se escurre, se filtra y circula; sin embargo, su presencia es rotunda en el mundo actual y en los más recónditos espacios de la vida cotidiana. Su principal aliado es, evidentemente, el capitalismo. Van de la mano y se retroalimentan. Hay que recordar, no obstante, que la globalización ha existido desde antes de la llegada de este sistema económico-político. Este impulso a la expansión y a la colonización por parte de una determinada cultura o forma de vida, sobre aquello que le parece diferente, ha estado presente desde las civilizaciones más primitivas que se regían por diferentes sistemas de explotación y distribución de bienes. Pensemos, sin ir más lejos, en la cultura mexicana que, en sus propios términos, aspiraba hacia la *globalización* de sus valores y su sistema, intentando expandir su forma de vida en los ámbitos más variados: económico, religioso, tributario, lingüístico, gastronómico, etc.

La globalización tal y como se presenta en el mundo actual no puede desligarse del capitalismo como sistema económico y político, mismo que desde el principio, tal y como exponen Karl Marx y Friedrich Engels en el *Manifiesto del partido comunista*, significó la expansión y hegemonía de una nueva clase social —la burguesía, clase que logra que todo lo sólido y permanente se *disuelva en el aire* bajo la ola de la producción y del consumo— que diseminaba su forma de vida como ideal de existencia en el mundo entero. La globalización actual no puede comprenderse sin tomar en cuenta la imbricación de múltiples factores tras de los cuales la expansión capitalista juega el rol de hilo conductor. Los autores de los capítulos del presente libro tratan de dar cuenta de la complejidad de tal imbricación, de sus alcances, de los límites que aún se tienen al tratar de dar cuenta cabal de este fenómeno. En este afán de comprender y analizar un fenómeno tan actual, los trabajos aquí reunidos acuden a pensarlo a través de los más diversos matices, pero privilegiando la figura del Estado, el Derecho y la Filosofía.

En los años sesenta del siglo XX tuvieron lugar eventos dramáticos, los cuales han marcado en muchos aspectos la configuración de buena parte del mundo; pensamos en los movimientos estudiantiles y su irrupción como fuerza política (Praga, París, Ciudad de México, San Francisco, entre otros), el despertar de las conciencias raciales (postcoloniales), el apuntalamiento del poder de los medios de comunicación, el auge de la segunda ola feminista, la contracultura, la experimentación con las sustancias psicotrópicas, la redefinición del paradigma binario de las relaciones sexuales, etc. Todos estos acontecimientos hicieron evidente, de una manera u otra, el enfrentamiento, por un lado, de posturas culturalmente hegemónicas y mayoritarias, y por otro, prácticas que acudían a perspectivas más locales y no hegemónicas. Sin embargo, es innegable que lo que en aquellos años resultó revolucionario y desestabilizador, con el tiempo fue retomado e introducido en la cultura de masas y el consumo. En suma, lo más contracultural terminó también volviéndose vendible. Marcas, mercancías, productos, símbolos, etc., son algunos de los mecanismos por los cuales el capitalismo proyecta sus valores e introduce una cierta ideología de manera sutil y casi imperceptible. En este aspecto es sumamente actual la idea de Althusser sobre la ideología como lo que interpela y convoca a un sujeto libre para que (aparentemente por su propia voluntad) acepte su propia sujeción¹. El funcionamiento de la ideología en el contexto de la globalización se explica, evocando a Žižek, como una ilusión “consciente” de su naturaleza ilusoria y que por ello mismo nos lleva a actuar como si no estuviéramos conscientes de ello².

La complejidad del panorama y la imbricación de elementos de tan distinto cuño —políticos, económicos, culturales, psicológicos y sociológicos, entre otros— hace necesaria la conjunción de diversas perspectivas, no siempre concordantes, para dar cuenta del nuevo estado de cosas y de los nuevos roles que agentes tradicionales se ven compelidos hoy a improvisar; pensemos, por ejemplo, en el Estado, el Derecho, la educación, el ejército, la cultura, etc.

En este talante, el artículo de Jorge Olvera García, titulado “Cambio de paradigma jurídico: el 11-S y la delincuencia organizada en México”, aborda precisamente el nuevo rol del Estado y del Derecho penal ante la reconfiguración de los escenarios internacional y nacional producto de la ola terrorista con que inició el siglo XXI —en particular a partir del ataque a las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001 (11-S)—, así como de la creciente fuerza del narcotráfico en territorio mexicano. Según Olvera García, el evento que ocasiona un cambio radical del paradigma jurídico internacional, del papel del Estado y de la justificación de la

¹ L. Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Medellín, Ediciones Pepe, 1980.

² S. Žižek, *El Sublime Objeto de la Ideología*, México, D.F., Siglo XXI editores, 1992.



guerra entre países fue el 11-S. Este ataque terrorista inauguró un “estado de excepción universal” que ha supuesto “la suspensión individualizada de derechos y garantías”. Tal estado de excepción se implementó, en el caso específico de México, con la lucha contra la delincuencia organizada; la paradoja que el autor percibe y analiza es que se hace legítimo disminuir las garantías de los ciudadanos con el fin de garantizar la seguridad nacional. Aunque la paradoja no se resuelve de manera tajante, el capítulo concluye con el llamado a tomar tono crítico y reflexivo, sobre todo por parte del pensamiento jurídico actual, ante la complejidad del panorama que se presenta a nivel internacional y nacional.

Siguiendo con el papel del Estado en el mundo global, Maurizio Ricciardi, en “El Estado global y la evolución de la soberanía”, reflexiona sobre la posibilidad de intentar posibles “remedios” para dirigir la acción de los Estados, ya que éstos “administran de manera problemática tanto su espacio interno como su relación con los espacios externos”. Lo problemático del actuar estatal se presenta porque si bien una de sus mayores directivas es neutralizar todo tipo de violencia, al final él mismo la produce en sus diferentes momentos de acción. Para ir a la médula de tal contradicción, el autor realiza un análisis del Estado colonial y postcolonial, trayendo la discusión a la actualidad y al concepto de Estado global; en particular, se interroga sobre si éste tiene un *significado compartido* en el nuevo rol que juega ante la globalización. Es innegable que el Estado ha sufrido transformaciones radicales al pasar de su estatus moderno a uno global, lo cual nos lleva a constatar que su historia, lejos de ser continua, está surcada por cortes y alteraciones drásticas. Por ejemplo, si antes el “pueblo era la solución siempre dada al enigma del Estado democrático”, a partir de los años ochenta aquél ha dejado de ser sujeto político para convertirse en objeto de las políticas de un gobierno cada vez más ajeno a los ideales del Estado democrático.

En “Naturalizar las paradojas: un acercamiento a la globalización desde Gilles Deleuze”, María Luisa Bacarlett Pérez destaca puntos interesantes sobre la paradoja intrínseca de la globalización, que se resume en la dicotomía global-local. No son pocos los autores que han subrayado el carácter paradójico entre la fuerza heterogeneizadora de lo local y la fuerza homogeneizadora de lo global. La autora identifica cinco paradojas centrales relacionadas con la dicotomía global-local: homogeneización-heterogeneización, totalidad-parcialidad, finitud-pluralidad, origen-fin y centro-márgenes. Tales paradojas enfrentan dos contrarios que, sin embargo, se tocan y complementan, como lo demuestra el neologismo de *lo glocal*. Sin embargo, la intención de la autora es interrogarnos si al reducir el esquema a dos contrarios que se complementan, no estamos en realidad empobreciendo la fuerza de crítica de la paradoja. Retomando a los autores citados, la autora nos invita a llevar las paradojas a su límite, a no

intentar hibridarlas u homogeneizarlas, sino afirmar su carácter indecible. La diferencia radical no nacería ni en lo local ni en lo global ni en un híbrido de ambos, sino *entre* ambos, en una *zona de indecidibilidad* entre lo local y lo global: ni *propriadamente* globales ni *propriadamente* locales.

Pierangelo Schiera, en "El Estado moderno hoy y mañana", reflexiona sobre el Estado en su situación actual y su posible futuro. La intención del autor no es establecer qué debe hacerse o no, sino entender qué es probable que suceda a la luz de los acontecimientos de hoy. Para ello es imperioso problematizar la relación entre Derecho y Estado y preguntarnos si entre ambos hay una relación intrínseca o necesaria. La historia ha demostrado que la vida social y los vínculos humanos no se resuelven necesariamente en relaciones contractuales y legales. Pensar el futuro tendría que ser una invitación a reflexionar sobre otras formas de relación marcadas quizá por la *filia*, por la recuperación de un marco de amistad, entendida como relación adecuada (medida) entre inferiores y superiores en un cuadro de dignidad y libertad, pero sobre todo, en una nuevo paradigma de *comunidad*. La intención final del ensayo es provocarnos a reflexionar sobre si el Estado tiene un carácter ineluctable o sólo circunstancial. La globalización y todo lo que ella ha implicado es precisamente lo que ha puesto sobre la mesa tal interrogante.

Por su parte, Israel Covarrubias, en "'El afuera siempre es adentro'. Tensiones y transformaciones recientes en el espacio político del Estado y la democracia", aborda el papel del Estado en un mundo globalizado y las circunstancias que los desestabilizan. Aquí también el punto de partida es una paradoja: la del desfase entre la reproducción de la vida social y el proceso institucional de aseguramiento del bienestar. Esta contradicción enfrenta, por un lado, el agotamiento de las estructuras de bienestar y, por otro, el ascenso de la democracia como *forma global* de gobierno. En otros términos, mantener el ideal del Estado democrático, en una realidad social y política en donde ya no es posible sostener el Estado de bienestar, ha implicado la emergencia de un universo *infraestatal*, que montado en la lógica del secreto y la clandestinidad, ha terminado por producir criminalidad y violencia. En la configuración de esta *soberanía criminal* se ha dado lugar a un ambiente de creciente miedo e inseguridad. Ante tal panorama, es necesaria la búsqueda de alternativas viables para sostener el ideal democrático basado en la política del bienestar, ya que en las condiciones actuales sólo podremos esperar la generación cada vez más decidida de anomia e inseguridad.

El trabajo "Asuntos de frontera. Soberanía territorial y orden global en el debate sobre el 'nuevo intervencionismo humanitario'", de Luca Scuccimarra, hace un interesante recorrido sobre el tema de la soberanía y sus fundamentos normativos. Trayendo a cuenta posturas en pro y en con-



tra, el autor invita a reflexionar sobre la legitimidad del intervencionismo de uno o más Estados sobre otro(s) cuando la finalidad es prevenir violaciones a los Derechos humanos, lo cual conlleva también una paradoja: la posibilidad de violentar el Derecho Internacional o de violar los derechos de algunos para proteger los derechos de otros. Tal situación contradictoria la representa de manera paradigmática la “intervención humanitaria”, pues frecuentemente se le ha usado como pretexto para vulnerar la soberanía de otros países e intervenir armamentísticamente en ellos, por lo cual tendría más bien que ser reconocida como “intervención bélica”. Ante los cambios geopolíticos que conlleva el esquema global, y debido a las complejas cuestiones jurídico-políticas originadas por él, se hace necesario hoy más que nunca repensar, criticar y renovar nuestro sistema de categorías respecto de la soberanía nacional.

Lo que sobresale en las seis aportaciones aquí reunidas es la identificación de paradojas y contradicciones inherentes a las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales de nuestro existir en la era contemporánea: la era de la globalización. En cada uno de estos ámbitos actúan fuerzas que chocan entre sí y producen cortos circuitos en sistemas y estructuras que parecían estar erigidos sobre cimientos estables. No obstante, ante un panorama caracterizado por la creciente inestabilidad y el cambio frenético, los autores de las reflexiones vertidas en el presente libro exponen tanto problemas como paradojas, pero también dejan sobre la mesa un material de gran valor para reflexionar críticamente el desconcierto contemporáneo.

Jorge Olvera García



CAMBIO DE PARADIGMA
JURÍDICO: EL 11-S Y LA
DELINCUENCIA ORGANIZADA
EN MÉXICO

Jorge Olvera García

La estructura imperial y, en particular, el poder militar de Washington, se afirma como un ejercicio unilateral de voluntad política. [...] Después del 11 de septiembre, el desarrollo de la soberanía imperial conoce una fortísima aceleración.

La multitud y la guerra, Michael Hardt y Toni Negri.

Introducción

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 cambiaron de manera radical la forma de concebir y ejercer la legalidad por parte del Estado legislativo de derecho, al provocar una separación radical entre lo válido y lo justo. Como ya lo expone Luigi Ferrajoli, este golpe frontal ha provocado un cambio de paradigma jurídico en la forma de concebir el Estado de derecho. El *decisionismo político* encabezado por Carl Schmitt y el *Derecho penal del enemigo* (DPE) (en alemán, *Feindstrafrecht*) de Günther Jakobs se han convertido en el paradigma de lo que hoy conocemos como “guerra en contra del terrorismo” en el ámbito internacional y “guerra en contra de la delincuencia organizada” en el ámbito nacional. En México, la guerra en contra de la delincuencia organizada ha generado una serie de reformas constitucionales y al Código Penal que se han reflejado en el menoscabo de las garantías individuales y procesales en pos de privilegiar la seguridad nacional. Dicho panorama puede verse como una de las formas que toma esta escisión entre lo válido y lo justo.

En el caso de Carl Schmitt —en consonancia con una idea cara a Walter Benjamin—, queda claro que después del 11-S los términos de “guerra justa” y “guerra preventiva” han hecho evidente que vivimos en un estado de excepción que se ha convertido en la regla o, si se quiere ver de otra manera, en hacer de la suspensión de la ley la garantía de la existencia del Estado de derecho. La formulación de la idea de “guerra preventiva”, que puede afectar a cuantos países crea oportuno el interés nacional, viene a asumir, *de facto*, la tesis schmittiana según la cual una prescripción jurídica sólo puede establecerse por una decisión política absoluta. La situación de México frente al combate de la delincuencia organizada no es muy distinta, ahí también las zonas de excepción a la ley son lo que, paradójicamente, permite que la legalidad se sostenga.

El DPE de Jakobs contraviene también uno de los principios esenciales del Estado de derecho liberal: la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos. En el mundo actual es cada vez más pronunciada la distinción entre

ciudadanos respetuosos de la ley —que han celebrado un acuerdo *a priori* con el Estado, y por lo tanto son plenamente ciudadanos de derecho— y aquellos que violan ese acuerdo previo y atentan contra la sociedad entera, a través del terrorismo, el narcotráfico y la delincuencia organizada, convirtiéndose en enemigos de la sociedad y, por ende, sin el *status* de ciudadanos. En este sentido, Jakobs sustenta que existe un Derecho penal para el delincuente “ordinario” y un DPE, el cual se ha originado para combatir al delincuente “extraordinario”. A juicio de Jakobs, las sociedades occidentales postindustriales se caracterizan por una progresiva anonimidad de las conductas sociales, por la uniformidad de comportamientos de masas, por el predominio de la economía, por la conciencia de riesgo y por una uniformidad del sistema punitivo, que ha obligado a buscar medidas extraordinarias para poder combatir tales comportamientos sociales.

En este breve artículo pretendemos, en la primera parte, hacer un análisis argumentativo sobre el antes y después de los atentados del 11-S, acontecimientos que provocaron el cambio del paradigma jurídico en detrimento de las garantías individuales. En el segundo apartado, realizaremos un recorrido descriptivo sobre las reformas constitucionales realizadas enfocadas al combate a la delincuencia organizada en México, hecho que ha instaurado un DPE. En ambos apartados resaltaremos la importancia de las propuestas de Schmitt y Jakobs.

El combate al terrorismo después del 11-S

Manuel Castells en 1990 vaticinaba que “[...] el terrorismo fundamentalista será (ya es) la guerra mundial del siglo XXI”¹. Sin duda, no se trataba de una profecía, sino de un profundo análisis, anunciando que el mundo, ante la lógica de la exclusión y segregación del sistema, catalogaba prácticamente a una gran parte de la población excluida como *subhumanos*. Categoría cuestionable desde un punto de vista ético, nombra a una franja mayoritaria de la población mundial que es víctima de una paradoja, tal vez irresoluble: por una parte, una brutal occidentalización forzada y, por otra, un integrismo a ultranza fuertemente xenófobo.

Los Estados Unidos no habían sido atacados en su propio territorio desde el ataque japonés de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, suceso que propició la intromisión de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial hasta que, en 1945, las Potencias del Eje fueron derrotadas por la coalición Aliada. Por el contrario, Estados Unidos ha protagonizado un sinnúmero de intervenciones bélicas desde fines del siglo XIX, como sustenta Fernando Quesada: “En el último siglo, más concretamente de 1890

¹ M. Castells, “El comienzo de la Historia”, *El futuro del socialismo*, vol.4., no. 2, 1990, p.71.



a 2001, EE. UU. ha sostenido 134 actuaciones bélicas en 53 escenarios diferentes, cifra no superada por ninguna nación”². Con el fin de la Segunda Guerra Mundial la figura del enemigo no se debilitó, al contrario, con el bloque comunista enfrente, los Estados Unidos pudieron seguir sosteniendo y justificando una actividad bélica intensa y “legal”. Sin embargo, cuando los regímenes comunistas europeos se desmoronaban uno tras otro, Estados Unidos perdía con ello a su enemigo más longevo. La caída del Muro de Berlín en 1989, el colapso de la Unión Soviética en 1991 y el fin de la Guerra Fría cambiaron el panorama radicalmente. El socialismo había desaparecido y el triunfo del capitalismo venía acompañado con la implantación generalizada de las democracias liberales. Se cuenta que el analista ruso Gueorgui Arbatov, en 1991, tras la disolución de la Unión Soviética, expresó a los norteamericanos: “Acabamos de hacerles a ustedes algo mucho peor que cuando los amenazábamos con nuestros misiles nucleares: los hemos dejado sin enemigo”³.

El 17 de julio de 1998, 120 naciones votaban la aprobación del Estatuto de Roma que, entre sus cometidos, incluía la creación del Tribunal Penal Internacional. El vaticinio era que llegaría por fin a consolidarse la protección de los derechos humanos en el mundo entero. Geoffrey Robertson lo narra de la siguiente manera:

Puede decirse, con razonable convicción, que el 10 de septiembre de 2001 se inauguró la tercera era de los derechos humanos, la etapa en que las normas humanitarias básicas debían alcanzar cierto grado de obligatoriedad. Cuarenta y dos estados, incluyendo a Gran Bretaña, Francia y Rusia, habían ratificado el Estatuto de Roma, y se esperaba que el Tribunal Internacional de Justicia (TIJ) abriera sus puertas a finales de 2002. [...] El avance de los derechos civiles y políticos en el mundo parecía lo suficientemente asegurado para que las dos ONG más importantes —Human Rights Watch y Amnistía Internacional— dirigieran sus focos a los derechos económicos y sociales, que hasta entonces habían tenido abandonados. [...] Entonces, literalmente como caídos del cielo, llegaron los dos ataques kamikaze contra el World Trade Center y el Pentágono del 11 de septiembre⁴.

La llegada de esta nueva amenaza significó la ocupación de aquel vacío que había dejado la caída del bloque soviético, los Estados Unidos necesitaban urgentemente un nuevo enemigo para justificar su postura intervencionista

² F. Quesada, “11 de septiembre. El fundamentalismo en EE. UU.: mito fundacional y progreso constituyente”, B. Riutort (Ed.), *Conflictos bélicos y nuevo orden mundial*, España, Icaria, 2003, p. 98.

³ Citado en F. Bosoer, “Carl Schmitt en Washington (2001–2004)”, *Terrorismo Siglo XXI*, Argentina, Universidad Nacional de Mar del Plata/Ediciones Suárez, 2010, p. 97.

⁴ G. Robertson, *Crímenes contra la humanidad*, España, Siglo XXI, 2008, p. 489.

y desplegar su poderío militar. Ese enemigo sería una supuesta lucha en contra del terrorismo. Así lo aclara José María Marco: "El enemigo ya no lo forman estados gobernados por oligarquías con intereses predecibles, como había ocurrido con la Unión Soviética. Ahora el enemigo son redes de grupos terroristas islamistas y regímenes revolucionarios, también de doctrina islamista"⁵.

Así, desde la perspectiva norteamericana, el parteaguas de la lucha contra el terrorismo lo establecieron los ataques del 11 de septiembre de 2001 sobre el pueblo norteamericano, los cuales dejaron 2,973 muertos. Muchos analistas de este hecho concuerdan que los atentados fueron más un pretexto que una causa de la ofensiva norteamericana. Con antelación, el 20 de enero de 2000, el senador norteamericano Jesse Helms, en su carácter de representante del Comité de Relaciones Exteriores, manifestó ante el Consejo de Seguridad que ninguna institución de las Naciones Unidas es competente para juzgar decisiones sobre Seguridad Nacional y la Política Exterior de los Estados Unidos. Con ese argumento, los norteamericanos crearon la ley *H. R. 4775 American Servicemember's Protection Act*, la cual fue expedida para evitar que ciudadanos estadounidenses, civiles y militares fueran alcanzados por la justicia internacional y, con posterioridad, por la Corte Penal Internacional creada, por el Estatuto de Roma, que entró en vigor el 1 de enero de 2002.

Con esta declaración, el gobierno estadounidense establece su prioridad ante la comunidad internacional respecto de la Corte Penal Internacional; para mayor precisión agrega que si los jueces nacionales se niegan a revisar decisiones sobre la Seguridad Nacional, tampoco lo debe hacer un Tribunal supranacional. Sostiene, finalmente, que sus connacionales desconfían de la Corte y rechazan las pretensiones de la Naciones Unidas de ser la fuente legítima para el uso de la fuerza⁶.

Con la negación de la autoridad punitiva internacional, de la Corte Penal Internacional y del liderazgo de las Naciones Unidas, EUA desconoció al órgano legitimador para sancionar toda invasión bélica a otro país. La invasión a Irak fue la consumación de un Golpe de Estado a escala mundial. Sin embargo, ya desde 1998 Estados Unidos había atacado las bases de Osama Bin Laden en Sudán y Afganistán. Este suceso condujo, el 7 de agosto de 1999, a la explosión de camiones bomba de Al Qaeda en las embajadas de EUA en Kenia y Tanzania, cuyo saldo fue de 234 muertos.

⁵ J. M. Marco, *La nueva revolución americana*, España, Ciudadela Libros, 2007, p. 379.

⁶ A. Trujillo Sánchez, *La Corte Penal Internacional. La cuestión humana versus razón humana*, México, IBIJUS, 2014, p. 359.

Los ataques contra las Torres gemelas y el Pentágono provocaron que los poderes financieros, políticos y militares del mundo declararan un estado de *excepción universal*. Sin duda, con el 11-S se aceleraran las tendencias que empujan a la restricción de los derechos y libertades civiles y democráticas, a la vez que se apuntaló la gestación de Estados policíacos y militarizados caracterizados por la restricción de libertades y la cancelación de una verdadera vida democrática.

La manera de proceder de los Estados Unidos ante los ataques terroristas reflejó que lo verdaderamente importante era señalar quién es el enemigo. Detrás de esta respuesta una concepción schmittiana de la política se hizo evidente —aunque seguramente no de manera consciente—, pues en tal lógica bélica e invasiva la dicotomía amigo/enemigo termina funcionando como fundamento y justificación de la guerra y de la legitimidad política de un país. Con ello, se puso en operación un andamiaje perverso que dio lugar a un derecho fuera del derecho, fuera del ordenamiento jurídico. La paradoja schmittiana contenida en la dicotomía amigo/enemigo se presenta como marco que hace inteligible el proceder del imperialismo norteamericano.

La legislación del 11-S sitúa al derecho penal más allá del Estado de derecho. Los derechos y las libertades de los ciudadanos se disuelven en un nuevo derecho penal del enemigo que facilita la creación del espacio donde las reglas jurídicas desaparecen y se transmutan en pura arbitrariedad. Lo que se impone de este modo, no es un estado de excepción limitado en el tiempo, sino un estado de excepción permanente. No hay, como en la lectura de la excepción realizada por Carl Schmitt, una simple suspensión provisional de las garantías constitucionales tras la cual es posible, al menos formalmente, un retorno a los principios garantistas. Por el contrario, el estado de excepción, como en la previsión de Walter Benjamin, pasa a ser la regla. Los conceptos jurídicos de guerra y de paz, de soberanía y de adversario mutan tan profundamente que el propio régimen político ve alterada su naturaleza⁷.

En el mismo talante, Günther Jakobs propuso un derecho penal autoritario que podía dar respuesta a casos *extremos*, en donde los derechos del ciudadano (liberal) serían insuficientes. El DPE se caracteriza por tres elementos: el primero de ellos se fundamenta en la prospección y anticipación de la punibilidad, es decir, en la factibilidad de un hecho futuro a diferencia de lo que tradicionalmente se manejaba, que era un suceso retrospectivo (la comisión de un delito). En segundo lugar, las penas previstas son desproporcionadamente altas, es decir, se expresan como sentencias de

⁷ J. Asens y G. Pisarello, *No hay derecho(s)*, España, Icaria, 2011, p. 26.

larga duración donde los derechos de los delincuentes se vulneran bajo el argumento de “alta peligrosidad” y por ello son recluidos en una prisión de máxima seguridad. En tercer lugar, determinadas garantías procesales son relativizadas o incluso suprimidas. Por último, se suele hacer caso omiso a los tratados internacionales de Derechos Humanos y de Tribunales Internacionales⁸. El DPE sólo se puede legitimar con un Derecho penal de emergencia que rige excepcionalmente y no de manera permanente, tal y como ha sido utilizado por los Estados Unidos.

Sin embargo, aunque tanto Schmitt como Jakobs dan un lugar importante a la figura del enemigo en sus respectivas propuestas, sin duda no coinciden en todos los puntos. El propio Jakobs comenta uno de los aspectos de su divergencia:

En primer lugar, el concepto [enemigo] aquí utilizado no es el que se formula en “Der Begriff des Politischen” de Carl Schmitt, el del enemigo en cuanto adversario existencial. Para Carl Schmitt, el concepto de lo político es un concepto teológico secularizado, que separa más bien los que temen a Dios de los que no tienen Dios que a los oponentes políticos en el sentido hoy habitual. El concepto de Schmitt no se refiere a un delincuente, sino al *hostis*, al otro; dentro del Estado, sólo cuando se llega a una guerra civil existe una confrontación política en el sentido de Schmitt. En cambio, el enemigo del Derecho penal del enemigo es un delincuente de aquellos que cabe suponer que son permanentemente peligrosos, un *inimicus*. No es otro, sino que debería comportarse como un igual, y por ello se le atribuye culpabilidad jurídico-penal, a diferencia del *hostis* de Schmitt⁹.

Independientemente de las divergencias, el enemigo de Schmitt y el propio de Jakobs comparten un carácter ambiguo. Efectivamente, en ambos autores el enemigo es alguien que por estar fuera del régimen jurídico queda, paradójicamente, más decididamente incluido en él. Es decir, a través de la suspensión–violación de la ley, el enemigo será incluido en un régimen legal que de antemano lo excluye.

Sabemos que los Estados Unidos respondieron a esos ataques terroristas con medidas que no fueron respetuosas de muchos de los tratados internacionales de convivencia entre naciones y de respeto a los derechos humanos. Con la promulgación el 26 de octubre de 2001 de la ley *Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism* (Ley para unir y fortalecer a Estados Unidos

⁸ C. Parma, *Roxin o Jakobs ¿Quién es el enemigo en el derecho penal?*, Colombia, Ediciones Jurídicas Andrés Morales, 2009.

⁹ G. Jakobs y M. Polaino, *El Derecho Penal del Enemigo en el contexto del funcionalismo*, México, Flores Editor y Distribuidor, 2008, p. 29.

de América mediante la provisión de las herramientas requeridas para interceptar y obstruir el terrorismo), mayormente conocida como *USA Patriot Act* (Ley patriótica de los Estados Unidos de América), se prevé una serie de medidas para combatir al terrorismo. Entre los rubros más destacados se encuentran:

1. El incremento de recursos para la Seguridad Nacional: 200 millones de dólares adicionales fueron destinados para el *Federal Bureau of Investigation*, correspondientes a 2002, 2003, 2004; el incremento del personal en el área de inmigración y aduanas a lo largo de la frontera con México, triplicando dichos efectivos; la asignación de 150 millones de dólares, en los próximos dos años, para el sistema de intercambio de información, y el otorgamiento de facultades al fiscal general para ofrecer recompensa por información.
2. Se efectuaron ajustes en los controles de migración, se ampliaron facultades al fiscal general para detener y deportar extranjeros si cree, de modo razonable, que ponen en peligro la seguridad nacional.
3. El otorgamiento de herramientas de investigación para las comunicaciones, entre las cuales destacan: la facultad de los investigadores para efectuar registros de llamadas, lo que incluye números telefónicos marcados en cierta línea telefónica y la instalación de dispositivos de interceptación y rastreo, y la extensión de facultades a la autoridad para recoger muestras de ADN de los infractores.
4. Se permite el arresto hasta por seis meses a individuos de los que se sospeche la comisión o probable comisión de algún acto de terrorismo.

Con esta última disposición se viola una garantía constitucional establecida por las convenciones de derechos humanos, la cual consiste en que no se pueden suspender las garantías de libertad a un solo individuo más allá de los tiempos previstos por la ley ordinaria. Sin duda, luego del 11-S el modo de entender las libertades, los derechos y las garantías cambió de manera radical. Estamos ante una nueva figura del constitucionalismo: la suspensión individualizada de derechos y garantías. Sin embargo, esta figura no la inauguraron los Estados Unidos, sino el derecho europeo.¹⁰

¹⁰ "La suspensión de derechos y garantías o derechos de derogación —como es conocido en el ámbito europeo— la podemos definir como una institución jurídica que tiene como objetivo restringir o limitar el disfrute de ciertos derechos fundamentales relacionados esencialmente con el procedimiento penal para facilitar las investigaciones relacionadas con la comisión de delitos que afecten

La Patriot Act, aprobada en octubre de 2001, es un paquete de medidas antiterroristas que modifican la estructura de los derechos civiles y políticos y legitima la suspensión del derecho más antiguo de la jurisprudencia anglosajona, el *habeas corpus*. Junto con ello, autoriza asimismo la detención de todo sospechoso de poner en peligro la seguridad nacional a partir de su perfil étnico. [...] Se calcula que más de 12,000 extranjeros encarcelados en secreto y sometidos a un régimen de aislamiento, con interrogatorios y abusos físicos o psicológicos y sin derecho a un abogado, han sido liberados sin acusación y expulsados del país. Las medidas adoptadas en virtud de la *Patriot Act* se han visto complementadas por las impuestas por la *Military Order*, una orden del presidente Bush que permite someter a los no-ciudadanos norteamericanos, sospechosos de actividades terroristas, a jurisdicciones especiales y detenciones indefinidas. La novedad de esta orden consiste en crear una auténtica zona de no derecho para los extranjeros acusados de terrorismo¹¹.

Otras medidas que ha estipulado esta ley, como mencionamos líneas atrás, son una serie de postulados relativos a la prevención del terrorismo, sobre todo en materia de control de financiamiento a estas organizaciones y de interceptación de telecomunicaciones, reforzando el poder para investigar por medio de previsiones penales especiales.

La ley en mención, responde a un paradigma discriminatorio propio de los ordenamientos jerarquizados de casta o clase de las fases más arcaicas de las experiencias jurídicas y todavía dominantes en el mundo jurídico actual. A este modelo Luigi Ferrajoli le denomina *modelo de diferenciación jurídica de las diferencias*, que se expresa en la valoración de algunas identidades y en la desvalorización de otras, lo que deriva, por tanto, en la jerarquización de las diferentes identidades¹².

Después de los atentados del 11-S, George W. Bush, gracias a que el Congreso le delegó responsabilidades bajo la denominada *USA Patriot Act*, aprobada por ambas cámaras legislativas en 2001, emprendió una lucha con la bandera de aniquilar el terrorismo, situación que condujo a tomar medidas excesivas de vigilancia, donde los sospechosos podían ser privados de sus garantías individuales y puestos en estado de indefensión, pri-

o pongan en peligro la subsistencia y normal desarrollo del Estado constitucional y democrático" (Vid. C. Möller, "La suspensión de derechos y garantías en el combate a la delincuencia organizada en México", M. Carbonell (Coord.), *Derecho Constitucional. Memoria del congreso Internacional de Cultura y Sistemas Jurídicos Comparados*, México, UNAM, 2004, p. 996).

¹¹ Asens y Pisarello, *No hay derecho(s)*, p. 25.

¹² Möller, "La suspensión de derechos y garantías en el combate a la delincuencia organizada en México", pp. 1000-1001.



mero ante las garantías que le otorgan sus propios países y, segundo, ante los derechos que los salvaguardan en los tratados internacionales.

El 6 de mayo de 2002, el presidente Bush retira su firma del Tratado de Roma. El 28 de enero de 2003, Hans Blix y Mohamed ElBaradei, enviados a Irak para inspeccionar la existencia de Armas de destrucción masiva (ADM) en ese país, informan que necesitan más tiempo para completar las inspecciones. El 5 de febrero del mismo año, el Secretario de Estado de Estados Unidos, Colin Powell, presenta pruebas supuestamente irrefutables e innegables de que Irak mantiene ocultas ADM. Sin embargo, el 14 de febrero Blix presenta su segundo informe ante el Consejo de Seguridad, exponiendo que siguen sin aparecer las supuestas ADM. Haciendo caso omiso de tales informes, Estados Unidos y Gran Bretaña atacan Irak el 19 de marzo de 2003. Las justificaciones son evidentemente falseadas:

Las tres principales justificaciones que explícita e implícitamente ofreció la administración Bush para generar apoyo público a la guerra fueron: que Irak poseía ilegalmente armas de destrucción masiva y estaba preparado para usarlas contra EUA en un futuro inmediato; que, de algún modo, Irak había estado vinculado a los ataques del 11-S, de suerte que perseguir a Saddam Hussein era la siguiente medida racional en la campaña contra Bin Laden; que, más allá del 11-S, Irak era el principal Estado terrorista, por lo que la Guerra contra el Terror debía pasar por Bagdad¹³.

Meses antes a la invasión de Irak, el 25 de septiembre de 2002, la Casa Blanca dio a conocer un escrito titulado: "La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos", en él se revela un claro gesto intervencionista e imperialista norteamericano basado en los "valores e intereses nacionales". De esta manera, EUA se siente legitimado para llevar a cabo la defensa de la justicia y la supuesta libertad de cualquier persona que esté a su favor en cualquier parte del mundo. Sin duda, los procesos planetarios están gobernados por poderes fácticos que se sitúan más allá de todo control y de las instancias estatales. Para Noam Chomsky la tendencia en la nueva era del imperialismo está clara.

Apuntan a un gobierno mundial (de los ricos y para los ricos), estados nacionales que movilizan recursos en torno a sus bancos y grandes empresas con base nacional, y que controlan a la población; un mayor crecimiento de las grandes empresas transnacionales que han de controlar la economía mundial. Y en esa Nueva Era Imperial, de la que habla la prensa financiera, van formando

¹³ R. McChesney, "Decir la verdad en el momento de la verdad: la prensa norteamericana y la invasión de Irak", L. Panitch y C. Leys (Eds.), *Socialist resgister: diciendo la verdad*, Argentina, CLACSO, 2006, p. 156.

poco a poco sus propias instituciones de gobierno que son reflejo de esas realidades económicas¹⁴.

Los Estados Unidos han perdido parte de su fuerza para controlar al mundo, no obstante, siguen dominando. Sus adversarios codician su caída, por ejemplo, Rusia busca recuperar su papel hegemónico, el Estado Islámico proseguirá con su política de terror, China allana el camino con su poder económico en influencia geopolítica, amenazando con debilitar aún más, en las próximas décadas, el orden liberal y democrático. El mundo frente a nuestros ojos se transforma. Siempre habrá personas peligrosas y naciones deshonestas en el mundo, aunado a ello la difusión de la tecnología probablemente nos vuelva más vulnerables.

Delincuencia organizada en México

La respuesta de México ante el 11-S fue sin duda prudente. En el Consejo de Seguridad de la ONU México no respaldó la postura de Estados Unidos y Gran Bretaña, que pretendían que el Consejo apoyara una resolución radical para atacar militarmente a Irak. México se inclinó por la propuesta que obligaba a Irak a aceptar a los inspectores de la ONU para buscar armas de destrucción masiva. Líneas atrás argumentamos que dichas armas nunca se encontraron realmente. La respuesta nacional frente a las medidas adoptadas por Estados Unidos frente al terrorismo quizá fue reflejo de las relaciones estrechas y problemáticas que ambos países han sostenido históricamente. El trato a los migrantes y la administración de la frontera han sido fuente de roces y dificultades que han hecho patente otro perfil de la construcción de la política binacional y del concepto de enemigo. La frontera se ha convertido en un tema crítico de seguridad nacional para el vecino del norte, pero para México ha tocado puntos neurálgicos como el respeto a la soberanía nacional y a los derechos humanos.

En marzo de 2002 se firmaron convenios en Monterrey relacionados con este tema.

El propósito de los acuerdos de Monterrey es tener una frontera común "eficiente y segura". Para ello, se incluyen compromisos de intercambio de información de personas, de transportes de mercancías, de embarcaciones y protección de la infraestructura de la frontera. Por ejemplo, en el mes de octubre de 2002 llegaron

¹⁴ N. Chomsky, *Política y cultura a finales del siglo XX. Un panorama de las actuales tendencias*, Barcelona, Ariel, 1994, p. 45.



a México los agentes del FBI para dar capacitación en el aeropuerto internacional de la ciudad de México¹⁵.

Aunque la lucha en contra del terrorismo es una tarea prioritaria para ambas naciones, el tema ha sido opacado por la problemática del trasiego de drogas de México a los Estados Unidos y la delincuencia organizada como principal problema de seguridad nacional. En el plano discursivo, la seguridad nacional guarda una relación intrínseca con la soberanía nacional. Sin embargo, en México tal problema se torna mucho más complejo, pues es inseparable de otras dificultades como el subdesarrollo económico, social y político, la pobreza, la desigualdad, la larga estadía de un partido hegemónico, la ausencia de una verdadera vida democrática y la existencia de poderes fácticos generadores de inestabilidad.

La transición política en México es un proceso incompleto e insoslayable, bloqueado por diversos “poderes fácticos”: organizaciones sindicales corporativas que desarrolló el viejo régimen, caciques rurales que han sobrevivido al vendaval neoliberal, organizaciones clientelares urbanas, redes de intereses creados en el sistema de justicia (Poder Judicial) y en los partidos políticos, poderes fácticos económicos que favorecen a unos cuantos y, por último, el crimen organizado.

Los poderes fácticos ilegales se expresan hoy día principalmente en la capacidad del narcotráfico para controlar territorios, diversificar sus negocios a la trata de personas (ante todo el tráfico de indocumentados) y el control del contrabando al menudeo, y disputar el monopolio de la violencia al Estado mexicano. Es imposible determinar el poderío económico de la delincuencia organizada, pero se dice que ingresa al país un monto de divisas superior al producido por el turismo y apenas menor a los ingresos derivados de las remesas de los mexicanos en el extranjero o las provenientes de la explotación petrolera (ambas en el rango de los 25 mil millones de dólares anuales). La importancia económica del narcotráfico hoy en México es extraordinaria, pues explica mucho del funcionamiento del mercado inmobiliario en varias ciudades del norte y de las costas de México, así como la existencia de una fuente de empleo ilegal para miles de personas¹⁶.

La lucha en contra del narcotráfico y la delincuencia organizada se ha convertido en la tarea predominante para el Estado mexicano, por ello, desde

¹⁵ R. Benítez Manaut, “La seguridad de México después del 11 de septiembre”, J. M. Sandoval y A. Betancourt (Comps.), *La Hegemonía estadounidense después de la guerra de Irak*, México, Plaza y Valdés Editores, 2005, p. 140.

¹⁶ A. Olvera, “Poderes fácticos y democracia en México: sindicatos, caciques, monopolios y delincuencia organizada en un país en transición”, I. Cheresky (Comp.), *Ciudadanía y legitimidad democrática en América Latina*, Argentina, Prometeo Libros, 2011, pp. 330-331.

los noventa se realizaron reformas constitucionales para enfrentar jurídicamente esta lucha. Por tanto, es primordial hacer un recorrido ante tales cambios normativos.

La reforma constitucional de 1993 incluyó el tema de la delincuencia organizada. Posteriormente, en 1996, se instituyó el ordenamiento denominado Ley Federal contra la Delincuencia Organizada (LFDO)¹⁷, la cual establece en su artículo segundo:

Cuando tres o más personas acuerden organizarse o se organicen para realizar, en forma permanente o reiterada, conductas que por sí o unidas a otras tienen como fin o resultado cometer alguno o algunos de los delitos siguientes, serán sancionadas por ese solo hecho, como miembros de la delincuencia organizada:

- I. Terrorismo, previsto en el artículo 139, párrafo primero; contra la salud, previsto en el artículo 194 y 195, párrafo primero; falsificación o alteración de moneda, previsto en el artículo 234, 236 y 237; operaciones con recursos de procedencia ilícita, previsto en el artículo 400 bis, todos del Código Penal para el Distrito Federal en Materia del Fuero Común y para toda la República en Materia del Fuero Federal;
- II. Acopio y tráfico de armas, previsto en los artículos 83 bis y 84 de la Ley Federal de Armas de Fuego y Explosivos;
- III. Tráfico de indocumentados, previsto en el artículo 138 de la Ley General de Población;
- IV. Tráfico de órganos, previsto en los artículos 461, 462 y 462 bis de la Ley General de Salud, y
- V. Asalto, previsto en los artículos 286 y 287; secuestro, previsto en el artículo 366, y robo de vehículos, previsto en el artículo 381 bis del Código Penal para el Distrito Federal en Materia del Fuero Común y para toda la República en Materia de Fuero Federal, o en las disposiciones correspondientes de las legislaciones penales estatales¹⁸.

La LFDO ha tenido críticos y seguidores. Respecto a los primeros, esta ley es un óbice que disminuye las garantías de los ciudadanos y restringe derechos ante proceso penal. Para otros, los apologistas, estas restricciones son necesarias para un combate frontal a la delincuencia organizada. Entre los instrumentos de investigación implementados en esta ley, se encuentran:

¹⁷ S. García Ramírez "Garantías individuales y régimen constitucional sobre la delincuencia organizada", *El Sistema de justicia Penal en México: Retos y Perspectivas*, México, SCJN, 2008.

¹⁸ Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, *Ley Federal Contra la Delincuencia Organizada*, 14 de marzo de 2014, consultado el 1 de octubre de 2015, disponible en: <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/101.pdf>.



- La infiltración de agentes en la estructura
- La intervención de comunicaciones privadas
- El cateo
- La recompensa
- La información anónima
- El arraigo
- La reserva de actuación de averiguación previa
- El aseguramiento de bienes

El instrumento que ha causado mayores críticas es el arraigo, contemplado en el artículo 16 constitucional párrafo sexto, el cual considera que *el enemigo organizado* podrá ser arraigado por cuarenta días, término que podrá prorrogarse hasta ochenta días, siempre que el Ministerio Público acredite tal extensión.

Desde el sexenio de Ernesto Zedillo Ponce de León (1994–2000) se consideró que el narcotráfico era un problema de seguridad nacional, pues éste afectaba profundamente la estabilidad del país, por lo cual había que declarar la guerra a quienes se dedicaban a esa actividad. La fragilidad de las instituciones, fundamentalmente las encargadas de la seguridad pública, provocó la participación de las fuerzas armadas en el combate al narcotráfico. El narcotráfico ha devenido en uno de los principales problemas de seguridad nacional. Sin embargo, la problemática es añeja, así lo aclara Martín Gabriel Barrón:

México tiene una larga experiencia en la participación de las fuerzas armadas en la lucha contra las drogas, la participación de los militares en el combate a las drogas data de por lo menos la década de los treinta, pero se volvió especialmente importante a finales de los setenta. La militarización del combate a las drogas recibió nuevo impulso en la siguiente década, cuando el presidente Miguel de la Madrid lo declaró un asunto de Seguridad Nacional y con ello se ha recrudecido la militarización desde hace dos décadas de las instituciones responsables del combate al narcotráfico, todo ello a instancias y presiones de Estados Unidos¹⁹.

En 1998, Ernesto Zedillo instauró la Policía Federal Preventiva, cuyas principales atribuciones son: 1) combatir el crimen organizado y otros delitos que amenazan la seguridad nacional; 2) restaurar y mantener el orden público; 3) la lucha contra el narcotráfico; 4) rescatar a víctimas de secuestro, etc. Tal tendencia a la militarización del combate al narcotráfico se acentuó con en el gobierno de Felipe Calderón. Quizá las críticas más acuciosas a

¹⁹ M. Barrón Cruz, *Violencia y seguridad en México en el umbral del siglo XXI*, México, Editorial Novum, 2012, pp. 166–167.

su sexenio se dirigieron a la manera como manejó la seguridad nacional y la inserción del Ejército y la Armada en las calles, a partir de diciembre de 2006, por lo cual se creó una atmósfera de incertidumbre con relación a los derechos humanos y la suspensión de garantías.

Problema difícil es precisar cuándo puede el presidente hacer uso de la fuerza pública para preservar la seguridad interior; una contestación general podría ser la siguiente: existe una paz mínima para el desarrollo de la vida cotidiana; si ella peligró, el presidente puede hacer uso de esta facultad. La regla anterior es de aristas no bien definidas, pero hay que aclarar que en el ejercicio de la facultad a que nos referimos, no se deben violar los derechos humanos. Si la situación llegase a configurar una emergencia, el presidente tiene que solicitar al congreso la suspensión de las garantías individuales; es decir, el solo criterio del presidente no es suficiente para calificar lo crítico de la situación sino que para ello se requiere la intervención del congreso [...] Se ha usado esta facultad para preservar funciones relacionadas con la existencia y la operación del propio gobierno, por lo que es, sin duda, una de las atribuciones más delicadas que tiene el presidente [...] Esta facultad debe ser usada como fuerza del derecho y para preservar la vigencia de la Constitución, y no como un medio persecutorio y represivo²⁰.

Sin embargo, en la historia del país se ha evitado la utilización del 29 constitucional. Se percibe la idea de que la utilización del mismo hablaría de un gobierno débil que no resuelve situaciones de crisis o emergencia por medios normales. Para subsanar la utilización del estado de excepción, el Estado mexicano ha creado otro tipo de estrategias.

Ante la reforma constitucional en materia penal en 2008, juristas eminentes tomaron posturas a favor y en contra. En tal reforma se modificaron los artículos 16, 17, 18, 19, 20, 21, 23; las fracciones XXI y XXIII del artículo 73; la fracción VII del artículo 115 y la fracción XIII del apartado B del artículo 123 constitucionales. En el artículo 16, párrafo séptimo, se ha incorporado una descripción de la delincuencia organizada, asaz genérica y ambigua: "por delincuencia organizada se entiende una organización de hecho de tres o más personas, para cometer delitos en forma permanente o reiterada, en los términos de la ley de la materia"²¹.

Jorge Carpizo realizó algunas observaciones sobre la modificación de este artículo:

²⁰ J. Carpizo, *La Constitución mexicana de 1917*, México, Porrúa, 2002, pp. 285-286.

²¹ Secretaría de Gobernación, *Diario Oficial de la Federación*, 18 de julio de 2008, consultado el 23 de julio de 2015, disponible en: http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5046978&fecha=18/06/2008.





- a) Se definió por vez primera en la Constitución el concepto de “delincuencia organizada”, pero resulta ser amplia, imprecisa y, por ende, peligrosa para las libertades.
- b) Implica la creación de dos derechos penales: el ordinario, con amplias garantías, y otro de carácter excepcional, con garantías reducidas o “recortadas”, cuyo origen se encuentra en la Ley Federal contra la Delincuencia Organizada de 1996, la cual abrió una ruta “desgarantizadora”.
- c) Se introduce la figura del arraigo para delitos de delincuencia organizada hasta por cuarenta días, los que podrán prorrogarse hasta ochenta. El arraigo lo decreta el juez a petición del Ministerio Público.
- d) Si alguien es inculpado por delincuencia organizada y evade la justicia después de la emisión del auto de vinculación a proceso, o es puesto a disposición de otro juez que lo reclama en el extranjero, se suspende el proceso y los plazos para la prescripción de la acción penal.
- e) En caso de delincuencia organizada el juez podrá autorizar que se mantenga en reserva el nombre y datos del acusador, así también se dan beneficios a favor del inculpado, procesado o sentenciado que preste ayuda eficaz en la investigación y persecución de ese tipo de delitos.
- f) Las actuaciones en la fase de investigación podrán tener el valor probatorio, cuando no se puedan reproducir en el juicio o existan riesgos para los testigos o las víctimas. El inculpado las puede objetar, impugnar o aportar pruebas en contrario.
- g) No se considera confiscación la “extinción de dominio” de bienes a favor del Estado, lo que se ha conocido como “bienes asegurados”; es preciso que para ello se establezca un procedimiento jurisdiccional y autónomo al de materia penal, que procederá en los casos de delincuencia organizada, delitos contra la salud, secuestro, robo de vehículos y trata de personas, y respecto de los bienes que la Constitución especifica.

Este aspecto es importante porque golpea al crimen organizado y otros delitos graves en su propio corazón: los inmensos rendimientos económicos que implican y que son la causa de la realización de esos delitos. Como bien dice la exposición de motivos del proyecto, se enfrenta a la delincuencia afectándose directamente a la economía del crimen, se aumentan sus costos y se reducen sus ganancias.

- h) El Congreso de la Unión tiene facultades para legislar en materia de delincuencia organizada. En consecuencia, las entidades federativas ya no poseerán dicha atribución²².

De acuerdo con Carpizo, tal reforma se desprende en gran medida del reconocimiento del crimen organizado como realidad actual y global, además de ampararse en la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional o también conocida como Convención de Palermo²³.

Para el expresidente de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, Sergio García Ramírez, el combate a la delincuencia organizada rompió con una tradición del Derecho penal que ha llevado demasiados años construir a nivel mundial y que en México apenas se comenzaba a edificar:

Desde hace tiempo se ha insinuado, recogido o consolidado —tres pasos en un solo rumbo, difícilmente reversible y sumamente preocupante— la idea de escindir en dos direcciones el derecho penal sustantivo, procesal y ejecutivo, que fue construido a lo largo de doscientos años de trabajo en favor de la racionalidad y la democracia. [...] En primer término, existe un sistema penal “ordinario” o “regular”, en el que desembocan las mejores corrientes democráticas y garantistas, surgidas, sobre todo, en el último tercio del siglo XVIII y que prosperaron a lo largo de los siglos XIX y buena parte del XX. En segundo término, comienza a existir un sistema nominalmente “excepcional” o “extraordinario”, con procedimientos “ajustados” y garantías “limitadas”, supuestamente necesario para lidiar con formas complejas de criminalidad. Desde luego, el sistema extraordinario tiene constantes avances sobre el territorio del otro, y al cabo de algún tiempo pudiera convertirse en ordinario. En este caso, el desplazamiento significaría erosión de libertades, mengua de garantías y retraimiento de la democracia²⁴.

El constitucionalismo liberal que había velado durante tanto tiempo por la separación de poderes, el imperio de la ley y la consolidación de las garantías individuales, se enfrenta así a su más profunda crisis, el afuera de la ley del ordenamiento jurídico. México estaba en la búsqueda de ese ideal constitucional, pero con la aparición de la delincuencia organizada, —aunada a la fragilidad de muchas instituciones— se hizo necesario crear

²² J. Carpizo, “La reforma del Estado 2007 y 2008”, Andrew Ellis, Jesús Orozco, et al., *Cómo hacer que funcione el sistema presidencial*, México, UNAM/IDEA, 2009.

²³ Este documento fue suscrito por miembros de la Organización de las Naciones Unidas en Palermo, Italia, el 15 de diciembre de 2000. Fue aprobado por el Senado de la República mexicana el 22 de octubre de 2002 y publicado el 2 de diciembre del mismo año; ratificado el 4 de marzo de 2003 y publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 11 de abril del mismo año.

²⁴ García Ramírez, “Garantías individuales y régimen constitucional sobre la delincuencia organizada”, pp. 152–153.



un DPE que se expresa en detrimento de las garantías individuales y procesales:

La reforma constitucional altera el rumbo e incorpora dos sistemas: uno de carácter supuestamente ordinario, con amplios derechos y garantías; y otro de naturaleza supuestamente excepcional, con derechos y garantías reducidos o recortados, aplicable a la delincuencia organizada. Con ello se “constitucionaliza” el proceso “desgarantizador” iniciado 1996 con la deplorable Ley Federal contra la Delincuencia organizada, que infectó el proceso penal. En 1996 teníamos a la vista un grave problema: la delincuencia organizada. Ahora tenemos dos: esa delincuencia, que ha crecido hasta extremos insospechados, y la legislación dictada para combatirla. Y ya no se tratará solamente de una ley, sino de normas constitucionales, nada menos. [...] Es un error desmontar el Estado de Derecho con el objetivo de preservarlo. Esta paradoja entraña severos peligros en la propia Ley Suprema²⁵.

La lección que a nivel jurídico y penal nos ha dejado el combate a la delincuencia organizada está encaminada a reflexionar sobre la profunda mutación del paradigma jurídico nuestro país en los últimos años. En consonancia con una mutación que también se expresa a nivel global, el derecho penal nacional se encamina cada vez más hacia una justicia diferenciada donde los ciudadanos respetuosos de la ley serán juzgados bajo un ordenamiento respetuoso de sus garantías, mientras que aquellos que han violado la legalidad serán sometidos a una penalidad diferente, siempre dispuesta a arrojarlos a una zona de indeterminación, donde sus derechos y garantías pueden ser puestos entre paréntesis. Sin duda, la guerra contra el crimen organizado ha hecho necesaria una nueva disposición de la penalidad, sin embargo la reflexión jurídica y filosófica está obligada a pensar hacia dónde se encamina dicha transformación. Las herramientas encontradas en Schmitt y Jakobs nos han permitido dotarnos de un aparato dispuesto a comprender y situar tales mutaciones que afectan directamente nuestra cotidianidad.

A manera de conclusión

Jurídicamente y teóricamente la postura decisionista de Carl Schmitt y el DPE de Günther Jakobs tienen toda validez y certeza, representan una forma no sólo de entender el derecho sino la misma política. Sin embargo, son posturas que se expresan contrarias en muchos puntos a los ideales del Estado de derecho liberal-democrático, el cual sustenta la separación de poderes, el imperio y la igualdad ante la ley. Bajo este paradigma, el

²⁵ S. García Ramírez, “Sabor veneno”, *El Universal*, México, 22 de febrero de 2008, p 14.

soberano no debe tomar decisiones fuera del ordenamiento jurídico que contravengan la separación de poderes y los derechos del ciudadano; sin embargo, para autores como Jakobs y Schmitt esta situación representaría más bien un estado ideal, pero no daría cuenta de la complejidad real, en donde a veces es necesario dar paso a la contradicción y a la paradoja, es decir, a la suspensión de la ley con el fin de sostener la legalidad. Para estos autores el sistema penal “ordinario” funcionaría sin problemas para aquellos ciudadanos que han aceptado el acuerdo sinalagmático de derechos y obligaciones; por el contrario, aquellos que lo han violado serían sujetos a otra forma de penalidad que supondría la suspensión del sistema ordinario y su exclusión del mismo. Desde una perspectiva liberal–democrática, la violación de la ley no supondría suspender el orden jurídico: aunque uno viole la ley siempre existe la promesa de que, una vez cumplida la pena, sea posible reintegrarlo a la vida social. Sin embargo, desde la perspectiva de los autores aquí abordados, en el contexto del terrorismo y de la delincuencia organizada esto no es tan fácil, por ello es necesaria la existencia de un DPE y de un estado de excepción que, como decisión del soberano, a la larga se convertirá en regla.

Tanto el DPE jakobsiano como el decisionismo schmittiano dan cabida a la paradoja como fundamento del derecho y del poder político, asumen que para sustentar la legalidad y protegerla es necesario, en ocasiones, suspenderla. La “paradoja de la soberanía” de la que habla Giorgio Agamben a partir de las ideas de Carl Schmitt, parte del hecho de que es el soberano “quien decide sobre el estado de excepción”²⁶, con lo cual aquél se encontraría en una situación al menos ambigua, al mismo tiempo dentro y fuera de la ley; así, en situaciones de emergencia el soberano tiene la potestad de suspender la ley en la que se supone reside su legitimidad. Por el contrario, desde la perspectiva del derecho liberal–democrático es necesario siempre que el soberano esté regulado en situaciones de emergencia (como el terrorismo o la delincuencia organizada) bajo el yugo del ordenamiento jurídico. Entre ambos paradigmas el punto en disputa consiste en saber cómo debe enfrentar el derecho situaciones extraordinarias como el terrorismo o el crimen organizado ¿es posible enfrentar tales problemas sin dar cabida a la excepción?, ¿es posible pensar al soberano sin la excepción? Es esta, consideramos, una tarea insoslayable para el pensamiento jurídico actual, tal y como ya lo expuso Giorgio Agamben.

La contigüidad esencial entre estado de excepción y soberanía ha sido establecida por Carl Schmitt en su *Teología política* (1922). Si bien su célebre definición del soberano en tanto “aquel que decide sobre el estado de excepción” ha sido ampliamente co-

²⁶ C. Schmitt, *Teología Política*, España, Trotta, 2009, p. 13.



mentada y discutida, falta todavía hasta hoy en el derecho público una teoría del estado de excepción, y los juristas y expertos en derecho público parecen considerar el problema más como un *questio facti* que como un genuino problema jurídico²⁷.

Un talante crítico y reflexivo es imperioso para el pensamiento jurídico actual, sobre todo por la complejidad del panorama que se presenta a nivel internacional y nacional. Lo antes expuesto ha evidenciado la dificultad de dar con respuestas fáciles, lo urgente ahora es problematizar las complejas relaciones entre una realidad social y política plagada de situaciones excepcionales y un derecho que debe hacer frente a las mismas con herramientas que no siempre abarcan la pluralidad de los eventos. Lo cierto es que un Estado de derecho ideal nunca lo hemos conocido y las situaciones extraordinarias se manifiestan en el mundo fáctico por doquier. La puesta en marcha de un pensamiento crítico, conectado y preocupado por la realidad, es hoy más necesario que nunca.

²⁷ G. Agamben, *Estado de excepción, Homo sacer II. I*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2005, p. 23.



EL ESTADO GLOBAL
Y LA EVOLUCIÓN
DE LA SOBERANÍA

Maurizio Ricciardi

Soberanía y Estado

En la época de la globalización la soberanía parece abandonar al Estado. La que le había sido atribuida como una característica fundamental y necesaria, pues se somete a una redefinición constante gracias a la cual es reconocida más o menos abiertamente como una pluralidad de sujetos diferentes del Estado.

Lo que se pone en discusión no es simplemente el papel de este último, sino un específico orden político que había encontrado en la síntesis entre Estado y soberanía su propio fundamento¹. El orden soberano clásico hoy parece incapaz de responder al reto de una pluralidad de fuentes normativas, poniendo en discusión la propia historia. El Estado, en efecto, ha podido apropiarse de la soberanía, afirmándose como único factor de orden capaz de colmar el "vacío normativo" que de otra manera parecía amenazar las relaciones públicas. Éste era el único garante de un orden de otra manera inexistente y la soberanía reasumía las condiciones de posibilidad de ese orden. La tendencia a la separación entre Estado y soberanía pone en discusión la pretensión de fundar un orden racional potencialmente universal². En el interior de este orden político, la asunción de la soberanía tenía un carácter al mismo tiempo absoluto y limitado: ésta no debía tener límites, pero podía ejercerse sólo dentro de confines precisos que presuponían la existencia de otros Estados soberanos. El orden soberano se fundaba consecuentemente sobre el supuesto de que cada Estado podía no preocuparse por los demás ordenamientos, ya que éstos no lo limitaban objetivamente, al grado que cada limitación de la soberanía misma podía ser sólo una autolimitación de cada Estado. La pérdida de soberanía del Estado parece provocada, en primer lugar, por la imposibilidad de gobernar eficazmente este espacio externo. No es casual que en las últimas dé-

¹ M. Loughlin, "Ten Tenets of Sovereignty", N. Walker (Ed.), *Sovereignty in Transition*, Oxford and Portland, Hart Publishing, 2006, pp. 55-86.

² B. Waldenfels, *Ordnung in Zwielicht*, München, Fink, 2013.

casas el debate político sobre las transformaciones de la estatalidad ha sido dominado por las doctrinas de las relaciones internacionales. En la búsqueda de un “nuevo orden mundial” Anne-Marie Slaughter ha tomado como concepto de referencia al “Estado desagregado”, negando que el Estado como tal pueda poseer una voluntad unitaria³. De esta manera el Estado tiende a ser equiparado con una agencia administrativa con tareas más o menos amplias y definidas. Como consecuencia, éste no puede en modo alguno ser el garante del orden soberano, sino sólo la articulación particular de una *governance* global que parece apropiarse de la política de la soberanía. De esta forma se pone en discusión el orden político que durante siglos había establecido una modalidad precisa para la delimitación y la jerarquía de los espacios soberanos. Sin embargo, no es sólo la dificultad de gobernar en modo eficaz los espacios externos la que determina lo que aparece como una inexorable obsolescencia del Estado. La relación entre Estado y soberanía se pone en crisis también por los simétricos problemas de gobierno del espacio interno.

Como ha escrito Aihwa Ong, el impacto de décadas de políticas neoliberales ha producido “espacios y tecnologías políticas múltiples para un gobierno diferenciado del territorio nacional”. De esta manera también la unidad del espacio interno se ha puesto en discusión, porque sobre algunas porciones de ese espacio agentes económicos multinacionales y agencias internacionales terminan por tener un poder igual y a veces superior al del Estado mismo. Esta “soberanía segmentada” se caracteriza por “un *management* flexible de la soberanía como adaptación de los gobiernos a los dictámenes del capital global, dando a las *corporation* un poder indirecto sobre las condiciones políticas de los ciudadanos en zonas que son articuladas en modo diferenciado a la producción global y a los círculos financieros”⁴. Esta redefinición de los espacios estatales internos modifica también el significado de las fronteras que dejan de ser exclusivamente la línea de demarcación entre el orden interno del Estado y el desorden externo, para convertirse en instrumentos de gobierno total del espacio, líneas diferenciadas que definen las posibilidades individuales y colectivas de relación al interior del mismo Estado⁵. Lo que Mark Neocleous llamó la “fundación territorial del orden” ha sido posible conectando estrechamente el espacio interno con el externo, porque “la soberanía no implica solamente el espacio, lo crea; abandonado a sí mismo, el paisaje (*Lands-*

³ A. M. Slaughter, *A New World Order*, Princeton, Princeton University Press, 2004, p. 12.

⁴ A. Ong, *Neoliberalism as Exception. Mutations in Citizenship and Sovereignty*, Durham and London, Duke University Press, 2006, pp. 77-78.

⁵ N. Luhmann, “Territorial Borders as Systems Boundaries”, R. Strassoldo y G. Delli Zotti (Eds.), *Cooperation and Conflict in Border Areas*, Milano, Franco Angeli, 1983, pp. 235-244; S. Mezzadra y B. Neilson, *Border as method, or the Multiplication of Labor*, Durham, Duke University Press, 2013.

cape) no tiene forma política”⁶. Esta forma política, sin embargo, no posee exclusivamente una dimensión espacial. Ésta no era y no es solamente garantizada por la capacidad de conectar simultáneamente espacios globales heterogéneos, como pueden ser los del gobierno, del Derecho, del dinero, de la ciencia y de la moral⁷. Además de la regulación espacial, la soberanía contiene una promesa que se coloca completamente en el tiempo. La “fundación territorial del orden” es posible sólo si deriva de un acto legítimo que se ubica en el pasado, pero que promete permanecer válido en el futuro. A diferencia de lo que Hannah Arendt atribuye al concepto clásico de autoridad, la autoridad soberana coincide con el poder y es legitimada por su apertura al futuro y no por su referencia al pasado, ni siquiera si se trata de “un pasado no menos presente y actual en la vida de la ciudad de cuanto no lo sean el poder y la fuerza de los vivos contemporáneos”⁸. La soberanía no es sólo absoluta, sino también limitada en el tiempo y las transformaciones del espacio se vuelven significativas porque interrumpen la que ya se había consolidado como una tradición soberana.

El rompimiento de esta tradición no revela por lo tanto sólo el carácter espacialmente determinado de la existencia estatal, sino sobre todo la eventualidad de su acción⁹. La amenaza de aparecer como el titular de una autoridad contingente, que provoca incertidumbre, está estrechamente ligada a la dificultad de intervenir positivamente dentro de un ciclo económico dominado por movimientos que escapan a las posibilidades del gobierno estatal. Esta comprensión del Estado como factor de incertidumbre aparece claramente ya en 2008, es decir, antes de que la crisis mundial desplegara plenamente sus efectos políticos, cuando la *Organization for Economic Co-Operation and Development* registró el hecho de que los “Estados pueden ser una fuente de inseguridad” desde el momento en que hay un número siempre mayor de “Estados débiles, frágiles o en vías de bancarrota”¹⁰. No estamos frente a la descripción de una situación, sino más bien frente al intento de indicar posibles remedios no menos importantes para dirigir la acción de los Estados mismos. La condición de incertidumbre produce en efecto un déficit de racionalidad en las decisiones estatales, al punto de imponer al mismo tiempo una redefinición de sus tareas actuales y un replanteamiento total de su historia. Los Estados,

⁶ M. Neocleous, *Imagining the State*, Maidenhead, Open University press, 2003, pp. 118-120.

⁷ H. Willke, *Heterotopia. Studien zur Kritik der Ordnung moderner Gesellschaften*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2003.

⁸ H. Arendt, *Autorità*, in Hannah Arendt, *Tra passato e futuro*, Milano, Garzanti, 1991, p. 167.

⁹ D. Loick, *Kritik der Souveränität*, Frankfurt am Main, Campus Verlag, 2012.

¹⁰ Organization for Economic Co-Operation and Development, *Concepts and Dilemmas of State Building in Fragile Situations. From Fragility to Resilience*, “Journal on Development”, 9, 3/2008, p. 11. Sobre los problemas y los límites de la categoría de resiliencia *cfr.* M. Neocleous, “Resisting Resilience”, *Radical Philosophy*, 178, 2013, pp. 2-7.

en efecto, administran de manera problemática tanto su espacio interno como su relación con los espacios externos, pueden ya garantizar esa seguridad que debería ser su primera tarea y su primer recurso. Parece inevitable por lo tanto afirmar que “Los Estados pueden también ser una fuente de inseguridad. Son aquellos que en conjunto hacen la guerra y en las seis décadas de la fundación de las Naciones Unidas, los Estados han sido responsables de más muertes violentas que los revoltosos, separatistas y terroristas juntos”¹¹. Aquí evidentemente no se trata de la violencia “externa” que el Estado debe neutralizar, sino de aquella que él mismo produce en sus diferentes momentos de acción. La fragilidad del Estado depende de la evidencia de que es un agente directo y no ocasional de la violencia.

Esta propensión a la violencia no es, por otra parte, un fenómeno reciente, pues ha acompañado toda la historia del Estado moderno, mostrándose sobre todo en los momentos críticos de su afirmación política: la Guerra de los 30 años, la época de las revoluciones entre los siglos XVIII y XIX y la época de la descolonización. Más que un monopolizador absoluto de la violencia legítima, el Estado parece moverse dentro de una violencia que no logra jamás neutralizar realmente. La violencia, sin embargo, no solamente forma parte de la historia del Estado, al grado de permitir la periodicidad de sus épocas, sino que representa también la experiencia directa de millones de hombres y mujeres, desde el momento en que “para gran parte del mundo el término “construcción del Estado” [*State building*] trae a la mente una historia sangrienta de represión colonial y violencia postcolonial”¹². Esta observación pone en discusión la perspectiva ampliamente presente en la historia del pensamiento político, según la cual “el Estado moderno [ha sido] atentamente construido como concepto con el propósito específico de negar las pretensiones de cualquier población [*populace*] de ser ella misma el centro continuativo de la autoridad política”¹³. Si efectivamente la imagen del Estado es violenta, la centralización y la administración separada de la autoridad política pierde la legitimidad que la tradición estatal le ha garantizado hasta ahora¹⁴.

La conjugación de la historia pasada y aquella presente del Estado, explica por qué la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) asume la fragilidad y no la estabilidad como característica esencial de los Estados contemporáneos. La fragilidad se convierte en el indicador de un cambio estructural de su comprensión, también para sos-

¹¹ Organization for Economic Co-Operation and Development, *Concepts and Dilemmas of State Building in Fragile Situations*, p. 21.

¹² Organization for Economic Co-Operation and Development, p. 66.

¹³ J. Dunn, *The History of Political Theory and Other Essays*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 32.

¹⁴ K. H.F. Dyson, *The State Tradition in Western Europe. A Study of an Idea and Institution*, Colchester, ECPR, 2009, sobre todo pp. 205-206.



tener que éstos pueden pasar de la fragilidad a la resiliencia. Con mayor o menor éxito los estados contemporáneos pueden entonces reaccionar ante las condiciones de inestabilidad en las que deben actuar, pero en ningún caso aspirar a imponer sobre el plano interno e internacional una estabilidad fundada sobre su absoluto protagonismo. El rasgo característico de la acción estatal no sería entonces la potencial institucionalización de proyectos colectivos a través del tiempo, sino la capacidad de reaccionar ante situaciones complejas en las cuales la crisis no es un elemento temporal, y por lo tanto transitorio, sino que se convierte en una característica constitutiva del ambiente en el cual los Estados se encuentran operando. La historia incierta y violenta del Estado es el fin último de su situación global. De esta manera, debe señalarse que la globalización del contexto en que actúa el Estado no depende solamente de las transformaciones del espacio en que éste debe actuar. Las transformaciones de escala son sin duda relevantes, la fragilidad es un problema histórico. Las transformaciones de la espacialidad del Estado, es decir, su realizada internacionalización¹⁵, son plenamente comprensibles, considerando las transformaciones del tiempo histórico del Estado mismo, o sea las condiciones continuativas de su legitimación. La globalización transforma en forma radical el tiempo histórico en que el Estado actúa en cuanto modifica la forma de identificarlo. Las distorsiones al interior de este proceso hacen que la historia ya no funcione como fuente de legitimación, sino que con frecuencia sirva como deslegitimación de la acción estatal, haciéndola aparecer literalmente anacrónica, hasta poner en duda que sea históricamente necesaria¹⁶.

Frente a las transformaciones de su geografía política, el Estado parece tener dificultades para encontrar la solución a su historia, sin lograr representar en el tiempo un principio de autoridad de alguna manera superior al de otras instituciones¹⁷. La problemática conjugación de la historia y de la geografía del Estado revela, en otros términos, su igualmente problemática genealogía, mostrando conjuntamente el "carácter contingente y opinable del concepto"¹⁸. En el interior de la genealogía del Estado el

¹⁵ Cfr. M. Wissen y U. Brand, "Approaching the Internationalization of the State: An Introduction"; J. Hirsch y J. Kannankulam, "The Spaces of Capital: The Political Form of Capitalism and the Internationalization of the State", ambos en *Antipode*, 43,1, 2011, respectivamente pp. 1-11 y pp. 12-37.

¹⁶ Cfr. W. Reinhard, "La storia come delegittimazione (Discorso tenuto in occasione dell'attribuzione di un importante premio storico, Monaco, 23 novembre 2001)", *Scienza & Politica. Per una storia delle dottrine*, XIV, 27, 2002, disponible en: <http://scienzaepolitica.unibo.it/article/view/2895>.

¹⁷ Cfr. Los tres ensayos de M. Sparke, "Political Geography: Political Geographies of Globalization (1) - Dominance", *Progress in Human Geography*, 28, 6, 2004, pp. 777-794; "Political Geography: Political Geographies of Globalization (2) - Governance", *Progress in Human Geography*, 30, 2, 2006, pp. 1-16; "Political Geography - Political Geographies of Globalization III: Resistance", *Progress in Human Geography*, 32,3, 2008, pp. 423-440.

¹⁸ Q. Skinner, "The Sovereign State: A Genealogy", H. Kalmo y Q. Skinner (Eds.), *Sovereignty in*

impacto de la geografía no puede no ser reconducido y limitado meramente a las diferentes manifestaciones nacionales que el concepto de Estado ha tenido. No se trata de comparar, en un último análisis, una pluralidad de formas concretas asumidas por el Estado con el fin de reafirmar, gracias a la teoría de la ficción, el papel central del Estado y del discurso político que se ha desarrollado en torno a ese rol.

En cuanto *persona ficta* el Estado es capaz de asumir obligaciones que ningún gobierno y ninguna generación de ciudadanos puede siquiera esperar cumplir. Llegaría al punto de afirmar que, en la condición presente del Derecho contractual [*contract law*], no hay ningún otro modo de cumplir tales obligaciones si no es invocando la idea del Estado como persona en posesión, según la expresión de Hobbes, de una eterna vida artificial. Debemos reconocer que hay una razón por la cual probablemente los Estados están permaneciendo como actores poderosos del mundo contemporáneo y sobreviven a todos nosotros¹⁹.

La nostalgia por la capacidad del Estado para garantizar con su autoridad los contratos, y en definitiva, por la misma capacidad del contrato para regular las relaciones sociales²⁰, es la señal más evidente de la dificultad que éste encuentra para producir a través del tiempo todos los elementos que le han garantizado el éxito. La nostalgia no hace otra cosa que confirmar la fragilidad que deriva de las dificultades de globalizar homogéneamente la experiencia estatal. No obstante su pasado glorioso, ni siquiera la teoría de la ficción es capaz de subsumir espacialidades políticas diferentes gracias a la universalización de la forma Estado. Más que a una globalización del Estado estamos frente a procesos que parecen llevar a la formación de una sociedad-mundo, una *Weltgesellschaft*, en la cual la "específica combinación de Derecho y política", o sea la producción normativa monopolizada o de cualquier forma autorizada por el Estado-nación unitario, podría incluso revelarse como un callejón sin salida, una "especialización carente del desarrollo humano"²¹. Se convierte en poco probable la realización de un Estado mundial, en el cual en todo el globo en su conjunto se extienda el modelo de Estado-nación unitario; sin embargo, la centralidad política

Fragments: The Past, Present and Future of a Contested Concept, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 27.

¹⁹ Skinner, p. 46.

²⁰ P. Perulli, *Il dio contratto. Origine e istituzione della società contemporanea*, Torino, Einaudi, 2012.

²¹ N. Luhmann, "Die Weltgesellschaft", N. Luhmann, *Soziologische Aufklärung 2*, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften, 2005, p. 71; Cfr. anche R. Stichweh, *Die Weltgesellschaft. Soziologische Analysen*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2000.

asumida por los procesos evolutivos deja la puerta abierta y es más, plantea en modo todavía más decidido el problema de una estatalidad mundial²².

Se trata por tanto de indagar sobre el concepto de Estado global con sus diferencias y en continuidad con aquello que, con una formulación ya clásica, es definido como Estado moderno. Conceptualizar al Estado significa construir un instrumento históricamente coherente y significativo que tome en cuenta las transformaciones que intervienen en el interior de las disciplinas políticas de lo social que se han ocupado del Estado y que han contribuido a definirlo precisamente como objeto disciplinario. Vale la pena subrayar que se intenta reconstruir el concepto para ir más allá de la multiplicación territorial, pero también hacia la fragmentariedad de los infinitos análisis empíricos, históricos y politológicos sobre las diferentes experiencias estatales. Recientemente Mauro Calise y Theodor Lowi han introducido su *Interactive Dictionary of Political Science Concepts* afirmando programáticamente la necesidad de “bringing concepts back in”²³. La fórmula retoma literalmente aquella frase tan célebre utilizada a mediados de los años ochenta para reafirmar la autonomía del Estado como institución: *Bringing the State Back in*²⁴. Resulta sin embargo significativo que en el diccionario la voz “Estado” sea construida en el cruce de muchas otras, pero sin poseer una voz propia, por así decirlo, narrativa. La dificultad de construir un concepto de Estado, si no es en la intersección de otros conceptos que terminan más por determinarlo que por ser determinados, resulta así plenamente evidente. Esto demuestra también que el Estado es un concepto disciplinario en el sentido que es regularmente construido y reconstruido en el cruce de los discursos de las disciplinas políticas de lo social. Se trata de sistematizaciones conjuntas, aunque con frecuencia contradictorias que sin embargo establecen los modos legítimos para referirse al Estado tanto en el discurso científico como en el discurso público. Al mismo tiempo, éste es también un sujeto disciplinante que —también a favor de esta construcción— produce e impone técnicamente procesos específicos para disciplinar lo social. No obstante, no sólo en el Derecho, sino también en las disciplinas sociales, siempre con mayor continuidad, se vienen subrayando los límites del concepto de Estado. A decir verdad, los juristas disponen de una salida que les hace pasar del concepto de Estado al de constitución.

²² M. Albert y R. Stichweh (Eds.), *Weltstaat und Weltstaatlichkeit. Beobachtungen globaler politischer Strukturbildung*, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften, 2007.

²³ M. Calise y Th. J. Lowi, *Hyperpolitics. An Interactive Dictionary of Political Science Concepts*, Chicago/London, University of Chicago Press, 2010.

²⁴ P. B. Evans, D. Rueschemeyer y Th. Skocpol (Eds.), *Bringing the State Back in*, Cambridge/New York, Cambridge University Press, 1985.

Hasso Hofmann sostiene que “el concepto de Estado ha perdido en gran parte su fuerza creadora de sistemas y el que gana es el concepto de Constitución”²⁵. En las mismas Ciencias Sociales, que han contribuido en forma tal vez decisiva a la sistematización del concepto de Estado moderno²⁶, se ha afirmado un específico “desencanto sociológico” sobre el Estado, poniéndolo como sistema descentralizado al interior del sistema social en su conjunto, la cual tematiza una específica modestia del Estado que debería llevarlo a reconocer irónicamente la ya propia e inequívoca parcialidad²⁷. Se trata de una tendencia reciente en Sociología que sin embargo tiene antecedentes célebres en otras disciplinas. Ya Alessandro Passerin d’Entrèves, podía distinguir que “la disolución del concepto de Estado en la moderna ciencia política”²⁸ no es un hecho episódico, sino una tendencia histórica de largo periodo. En efecto, más allá de las notables posiciones de Arthur F. Bentley, se debe pensar en la postura célebre de David Easton, que aconsejaba evitar completamente el uso del término Estado a favor de una menos comprometedora referencia al sistema político²⁹.

Sin embargo, discutir sobre el Estado en la época de la globalización³⁰ no significa necesariamente recorrer de nuevo la genealogía de las caídas y los renacimientos de su concepto dentro de cada disciplina, sino tratar de individuar si éste mantiene un significado compartido en la escala global y cómo lo hace. Significa tratar de construir una nueva Epistemología del Estado, como lo ha hecho Otto Hintze después de la Primera Guerra Mundial, registrando lúcidamente las transformaciones que han intervenido en la que él define como “la historia y el sistema del Estado y de la sociedad”³¹. Hintze individua un verdadero cambio de paradigma que las Ciencias Sociales, no sólo en nombre de Max Weber, imponen en el modo de observar y comprender la experiencia histórica del Estado en occidente. Esta vez desde la Historia política y desde el Derecho hasta la Sociología como ciencia de la investigación, pero también de la legitimación del Estado, esto se ha cumplido en forma definitiva atropellando la so-

²⁵ H. Hofmann, *La libertà nello Stato moderno. Saggi di dottrina della Costituzione*, Napoli, Guida, 2009, p. 55.

²⁶ M. Ricciardi, *La società come ordine. Teoria politica dei concetti sociali*, Macerata, EUM, 2011, pp. 247-248.

²⁷ H. Willke, *Ironie des Staates. Grundlinien einer Staatstheorie polyzentrischer Gesellschaft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1992; H. Willke, *Governance in a Disenchanted World. The End of Moral Society*, Cheltenham, Northampton (MA), E. Elgar, 2009.

²⁸ A. Passerin d’Entrèves, *La dottrina dello Stato. Elementi di analisi e di interpretazione*, Torino, Giappichelli, 2009, p. 92.

²⁹ D. Easton, *The Political System. An Inquiry into the State of Political Science*, New York, Knopf, 1953, p. 106.

³⁰ R. Gherardi y M. Ricciardi (Eds.), *Lo Stato globale*, Bologna, CLEUB, 2009.

³¹ M. Ricciardi, “Otto Hintze, lo Stato e il problema della pratica storica”, *Contemporanea*, XIII, 2010, pp. 163-171.

beranía estatal, sus fundamentos, los atributos de su "absoluto". Se debe por el contrario considerar la hipótesis de que la Sociología histórica del Estado necesita un replanteamiento desde el momento en que éste parece perder entre miles de contradicciones pero inexorablemente el atributo de "social". El ocaso de lo social no corresponde sin embargo al abandono de las prácticas disciplinarias que habían acompañado a la Constitución y al gobierno. El modelo social del Estado que la Sociología había dirigido y acompañado parece abrir paso a una disciplina sin compensación, a la constitución de lo social sin el reconocimiento de los sujetos que lo mueven. Esto vuelve inevitable y necesario tomar al Estado como sujeto disciplinante que produce efectos normativos sobre la realidad social, porque puede orientar y plasmar un conjunto de prácticas, de discursos y de retóricas para tomar decisiones colectivamente vinculantes.

Como ha escrito Pierre Bourdieu: "El Estado es un principio de ortodoxia, de consenso sobre el sentido del mundo"³². Una ortodoxia que no es inmediatamente evidente o, en todo caso, si en algún momento lo ha sido, ya no lo es, al grado que su forma democrática ya no es imaginada como la cúspide de su desarrollo, sino como un proceso separado que puede redefinir la función misma del Estado³³. Como consecuencia, también la investigación sobre el concepto de Estado global debe tomar en cuenta la lucha en torno a esa ortodoxia, que sin embargo no puede ser considerada el resultado de un desarrollo orientado teleológicamente, casi como el cumplimiento del sentido de la historia que se manifiesta gracias a y en el interior de la globalización. Los dos términos que componen el sintagma "Estado global" establecen un campo de tensión en el interior del cual no se determina en modo alguno un desarrollo cierto³⁴. Contrario a lo que sostiene Martin Shaw, el Estado global no es simplemente la articulación, por muy compleja que sea, "del Estado occidental globalizado"³⁵. Éste no es el encargado de cumplir, es decir, de globalizar, la revolución democrática que habría caracterizado a la modernidad. Éste no representa siquiera la evolución al mismo tiempo natural y conflictiva de aquellos que se consideran los contenidos universales de la globalización. De esta manera, en efecto el sustantivo Estado es subordinado a un proceso de

³² P. Bourdieu, *Sur l'État. Cours au collège de France 1989-1992*, Paris, Raisons d'agir, 2012, p. 19.

³³ "El activismo y las manifestaciones públicas, el enfrentamiento mediático y el debate abierto son algunos de los modos en que es posible promover la democracia global sin esperar la creación de un Estado global", A. Sen, *The Idea of Justice*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2009, pp. 409-410.

³⁴ Esta acepción es diferente de aquella que concibe al Estado como una estructura altamente diferenciada pero globalmente presente: A. Kazancigil (Ed.), *The State in Global Perspective*, Aldershot, Gower/Paris, Unesco, 1986.

³⁵ M. Shaw, *Theory of the Global State. Globality as Unfinished Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 255.

globalización imaginado en manera no muy diferente a la más clásica historia universal. El Estado global no es el Estado globalizado, pero señala una persistencia del Estado que tiene en su concepto contradicciones que detectan algunas transformaciones irreversibles y, por lo tanto, una nueva y diferente posición del Estado al interior del sistema social.

Un cambio de Estado

El error es asumir que el Estado es el solitario y a veces único indicador del orden de la sociedad moderna. En cambio, se debe considerar que la continuidad de su forma organizativa capitalista se sostiene sobre un orden normativo mucho más vasto y complejo que el orden factual impuesto y garantizado por el Estado. Incluso la tendencial obsolescencia del Estado-nación debe ser comprendida y explicada en el cuadro de la sociedad global como orden³⁶. Esto, en efecto, parece progresivamente inadecuado tanto desde el punto de vista organizativo, es decir, respecto a la dimensión global de las relaciones capitalistas de producción, como desde el punto de vista normativo, porque el llamado a la nación no constituye ya una referencia normativa adecuada y suficiente frente a la tensión manifiesta entre el pueblo y la población. Sin embargo, el hecho empíricamente observable a simple vista de que el capitalismo no sea sólo global³⁷, así como que el cuadro normativo no sea sólo cosmopolítico, permite al Estado regresar constantemente al juego en el doble papel de jugador y de garante del juego mismo, mientras al mismo tiempo es solamente un sujeto más o menos relevante del capitalismo global y del orden jurídico transnacional. Esta oscilación entre los roles genera también la incerteza de la representación comprensiva de aquello que conocemos como Estado nación, titular de la potestad exclusiva de producción del Derecho positivo. Este último se coloca en cambio en la cúspide de la contradicción entre el ordenamiento normativo de la sociedad y su organización. Esto lo hace porque, como veremos, puede utilizar recursos normativos provenientes de los procesos de disciplinamiento y de gubernamentalidad para garantizar la legitimidad de sus pretensiones de soberanía. El Estado global es capaz entonces de garantizar la propia continuidad porque puede utilizar ordenamientos normativos que no produce y que ni siquiera legitima. Los procesos de disciplinamiento y de gubernamentalidad no representan ni una alternativa ni una contradicción incurables para la soberanía del Estado. La multiplicidad

³⁶ M. Ricciardi, *The Stalemate of Sovereignty: Talcott Parsons and the Eve of a Global Social System*, F. Fasce, M. Vaudagna y R. Baritono (Eds.), *Beyond the Nation: Pushing the Boundaries of U.S. History from a Transatlantic Perspective*, Torino, Otto, 2013, pp. 205–224.

³⁷ S. Picciotto, *Regulating Global Corporate Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.



de las formas de acceso estatal al ordenamiento normativo produce una correspondiente multiplicidad de formas empíricas de Estado, sin que ello implique la imposibilidad de construir un concepto incluyente de Estado.

A mi parecer hay tres indicadores significativos en el paso del Estado moderno al Estado global. En los tres casos se registra la presencia de una interrupción en la continuidad de la historia del Estado: a) el Estado global no puede asumir el origen del Estado como absolutamente significativo por su concepto. El Estado global no es entonces solamente la progresión infinita del Estado moderno; b) esta discontinuidad histórica corresponde a una interrupción entre el origen y el funcionamiento del Estado, a la cual corresponde una transformación de la legitimidad del Estado mismo; c) las transformaciones que se manifiestan en el Estado global son particularmente evidentes en la soberanía: de monopolio exclusivo de un agente a práctica difusa de una serie de estructuras sociales.

Desde mi punto de vista, el conjunto de estas contradicciones es más que nunca evidente en la figura sólo aparentemente intermedia, es decir, a primera vista contingente y residual del Estado postcolonial. Un Estado, pues, que según su denominación es definido por la necesidad de enfrentarse a su pasado, con una soberanía incierta, con una historia por construir. El adjetivo *postcolonial* ha asumido ya un significado casi universal, indicando no sólo la transición más allá del colonialismo, sino profundizando más en las características generales de una época en la que a escala global no se puede de ninguna manera evitar enfrentarse con los resultados todavía presentes del colonialismo³⁸. Como detecta justamente Nancy Brown, el prefijo *post* no implica la llegada del fin de un proceso, sino que indica más bien:

una formación que es *temporalmente sucesiva pero no supera* el término al que acompaña. "Post" indica una condición muy particular de posterioridad, por lo cual lo que ha pasado no ha sido superado sino que, por el contrario, inexorablemente condiciona e incluso domina un presente que sin embargo, de algún modo introduce una discontinuidad. En otras palabras, usamos el término "post" sólo para indicar un presente que continúa siendo capturado y estructurado desde el pasado"³⁹.

Justo porque se refiere a la época en su conjunto, el atributo postcolonial termina entonces por actuar sobre todos los conceptos políticos y sociales obligando a su redeterminación total⁴⁰. El Estado postcolonial es así algo

³⁸ S. Mezzadra, *La condizione postcoloniale. Storia e politica nel presente globale*, Verona, Ombre Corte, 2008.

³⁹ N. Brown, *Walled States. Waning Sovereignty*, New York, Zone Book, 2010, p. 21.

⁴⁰ G. Ch. Spivak, *A Critique of Postcolonial Reason. Toward a History of the Vanishing Present*, Cambri-

mucho más vasto y complejo que el emerger de la forma estatal en países anteriormente sometidos a la dominación colonial. No sucede que estos últimos emprendan el camino de la estatalidad como si ésta fuera única y determinada. La realidad del Estado postcolonial retroactúa en cambio sobre el concepto de Estado moderno, evidenciando: a) características del Estado moderno que se consideraban superadas y de cualquier modo incompatibles con su forma constitucional, democrática, racional; b) líneas de tendencia de la estatalidad moderna presentes, si bien con una intensidad diferente, incluso en los Estados que no provienen de una experiencia colonial sino, frecuentemente, como colonizadores. En otros términos, el Estado post colonial no es representable sólo como un retraso en el desarrollo de la estatalidad moderna, sino que determina el concepto en el momento en que ésta se encuentra encerrada en una espacialidad política, subvierte las distinciones entre centro y periferia, entre desarrollo y subdesarrollo. Desde el punto de vista conceptual no se trata de “balancear diferentes acercamientos al estudio del Estado”, sino de “reconocer las conexiones integrales entre economía política, estructura social y diseño institucional, práctica cotidiana y representación”⁴¹. En el Estado global postcolonial el análisis no debe centrarse en la contraposición entre el carácter nacional del Estado y la posición internacional, sino más bien en la compleja conexión administrativa que, gracias a los sistemas de *governance*⁴², lo conecta con los otros Estados. El Estado global postcolonial siempre se ha enfrentado a la propia insuficiencia, porque en su interior los procesos de constitucionalización vuelven a necesitar prácticas específicas de disciplina administrativa, porque no llegan nunca a normalizar la situación⁴³. Esto no ocurre sólo porque en la mayor parte de los casos la Constitución es, por así decirlo, un producto de importación que revela constantemente su característica de Constitución colonial, sino también porque ésta no alcanza a convertirse en un marco de referencia que pueda garantizar la efectiva formalidad y universalidad del Derecho. Ésta reclama continuamente entonces la acción de prácticas “gubernamentales” que no configuran una relación entre el Estado como un lugar más o menos exclusivo de la política⁴⁴ y

dge (MA)/London, Harvard University Press, 1999.

⁴¹ A. Gupta and A. Sharma, “Globalization and Postcolonial States”, *Current Anthropology*, 47, Number 2, April 2006, p. 279.

⁴² S. Bell y A. Hindmoor, *Rethinking Governance. The Centrality of the State in Modern Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

⁴³ Cfr. el capítulo sobre el *Colonial Constitutionalism*, R. Samaddar, *The Materiality of Politics. The Technologies of Rule*, London, Anthem Press, 2007.

⁴⁴ Sobre el uso político de la categoría de “gubernamentalidad” cfr. N. Rose y P. Miller, *Governing the Present. Administering Economic, Social and Personal Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008. Vale la pena reenviar también a la crítica al papel “dejado” al Estado por los dos autores, cfr. B. Curtis, “Taking the State Back Out: Rose and Miller on Political Power”, *The British Journal of Sociology*, 46, 4, 1995, pp. 575–589.





la sociedad como ámbito que ha sido abierto —y precisamente por esto es impolítico— a la acción individual, sino más bien forman la producción de una mediación entre un grupo de agencias frecuentemente no estatales —gubernamentales o no gubernamentales— y la población⁴⁵. Se determina así una condición en la cual proliferan relaciones políticas o relaciones que continuamente están en riesgo de ser politizadas porque no existe un ámbito único y cierto que pueda pretender el monopolio de la definición de qué es político y qué no lo es. “Esta oscilación entre lo político y lo social se transfiere hoy a la sociedad mundo”⁴⁶, produciendo como veremos otras oscilaciones al interior del mecanismo soberano y de su legitimación.

En los Estados postcoloniales cambia la conexión que históricamente ha ayudado a insertar a cada Estado en un sistema, reconociendo y legitimando la existencia y el carácter absoluto de su soberanía. En los Estados globales postcoloniales parece que el sistema se vuelve contra los Estados poniendo si no en peligro, al menos en discusión cada pretensión de absolutismo. “Esto es posible porque el Estado está irreversiblemente conectado con un *orden* que empuja hacia la evolución de formas de soberanía compartida”⁴⁷. En otros términos, en el Estado históricamente postcolonial se evidencian procesos que, algunas veces como una verdadera anticipación, están presentes en los Estados que un tiempo fueron colonizadores. Aun sin repensar irónicamente la propia representación, cada Estado se convierte, como consecuencia, en una estructura social que debe renunciar a la pretensión de ser un agente soberano único y exclusivo.

El Estado postcolonial asume algunos rasgos paradigmáticos del Estado global contemporáneo porque interrumpe la posibilidad de la analogía gracias a la cual procesos locales o temporalmente determinados son normalmente atribuidos a la historia del Estado en su conjunto. El estudio histórico de los procesos de formación del Estado nunca ha sido un mero ejercicio antiguo, sino que ha siempre implicado la individuación de estructuras que, precisamente porque están presentes desde el origen, son literalmente llamadas a acuñar el concepto de Estado, estableciendo algunas de sus características consideradas necesarias. Las diferentes historiografías sobre la formación del Estado, las diferentes sociologías históricas —y como veremos, también las investigaciones sobre la Antropología del Estado— son episodios de la lucha por la ortodoxia del Estado de la que

⁴⁵ P. Chatterjee, *Sovereign Violence and the Domain of the Political*, Th. Blom Hansen y F. Stepputat (Eds.), *Sovereign Bodies. Citizens, Migrants, and States in the Postcolonial World*, Princeton, N.J./Oxford, Princeton University Press, 2005, pp. 82–100.

⁴⁶ G. Teubner, *Costituzionalismo societario: alternative alla teoria costituzionale stato-centrica*, in Gunther Teubner, *La cultura del diritto nell'epoca della globalizzazione*, Roma, Armando editore, 2005, p. 110.

⁴⁷ R. Samaddar, *The Materiality of Politics. Subjects Positions in Politics*, p. 156.

habla Bourdieu⁴⁸. Si efectivamente el Estado es un “lugar de circulación de la palabra oficial, del reglamento, de la regla, del orden, del mandato, de la nominación”, dirigirse al origen resuelve el problema de lo que en el Estado debe aparecer como elemental, capaz de repetirse en el tiempo⁴⁹. El origen del Estado es al mismo tiempo un momento y un proceso que, justamente por esto, es tanto histórico como simbólico. En su análisis de la democracia estadounidense Tocqueville escribe al respecto que “después de haber estudiado la historia, se queda profundamente convencido de esta verdad: que no hay opinión, hábito, ley, diría cualquier hecho que no pueda ser fácilmente explicado desde el ‘punto de partida’”⁵⁰. En Estados Unidos el punto de partida es, para Tocqueville, la conjunción entre la democracia entendida como “Estado social”, es decir, como conjunto de costumbres, hábitos y opiniones y la forma política, o sea la democracia entendida como sistema de gobierno. En manera ciertamente significativa, hablando sucesivamente de Francia, Tocqueville abandona esta distinción, considerando la democracia sólo como forma política, pero al mismo tiempo proponiendo una historia mucho más compleja y articulada que el origen⁵¹. En ambos casos el “punto de partida” representa una especie de teleología al revés, una coacción a la repetición. El origen introduce una estática del desarrollo político que puede apuntar a neutralizar las dinámicas sucesivas potencialmente disgregantes, y también a indicar una patología constitutiva —como en el caso de la centralización administrativa en Francia— para la cual deben prepararse constantemente las formas adecuadas de profilaxis política.

Sin asumir el desarrollo paradigmático para el desarrollo social en su conjunto, Niklas Luhmann cancela la relevancia constitutiva del punto de partida, gracias a un concepto de evolución en el cual la forma actual —lo evolucionado— determina también las características del proceso histórico⁵². La realidad histórica de los Estados contemporáneos plantea no pocos problemas a una sistematización como esta, no sólo por la heterogeneidad de las formas elementales, sino porque éstas en realidad presuponen el cuadro unitario en el cual se insertan después. La historia del Estado moderno se ha desentrañado en el doble escenario: el de la teoría que afirma la plena y absoluta soberanía de cada Estado desde su misma fundación y la real, que alcanza con dificultad y con frecuencia parcialmente esa

⁴⁸ T. Vu, “Studying the State through State Formation”, *World Politics*, 62, 1, 2010, pp. 148-175.

⁴⁹ P. Bourdieu, *Sur l'État*, pp. 139-140.

⁵⁰ A. de Tocqueville, *La democrazia in America*, A. de Tocqueville, *Scritti politici*, Torino, Utet, 1968, vol. II, p. 45.

⁵¹ F. Furet, *Tocqueville et le problème de la Révolution française*, en *Penser la Révolution française*, Paris, 1978; pero consultar también L. Jaume, “Entre droit de l'état et droits de la société: le choix de Tocqueville”, *Historia Constitucional*, 6, 2005, disponible en: <http://hc.rediris.es/06/index.html>.

⁵² N. Luhmann, *Die Politik der Gesellschaft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2002, pp. 407-434.

condición. Estas dos historias del Estado moderno no son recíprocamente indiferentes. Sin la narración de un pacto originario, de un poder constitutivo, de una representación, y sin la prospectiva de la salida de un Estado de naturaleza absolutamente hipotética, no habría siquiera procesos reales de unificación y constitucionalización del Estado. El Estado global, sin embargo, se ve obligado a renunciar a su supuesto teórico tanto desde la realidad como desde el carácter escasamente performativo que las narraciones clásicas han hecho sobre su formación. No obstante, la actual situación fragmentada y algunas veces indescifrable de la soberanía parece reproducir desde muchos ángulos la del origen de la estatalidad moderna, en lugar de ceder a las tentaciones del demonio de la analogía, pues es más realista reconocer que se ha hecho una pausa por la cual no se puede asumir completamente el origen del Estado moderno como decisivo para el concepto de Estado global. Incluso cuando ocurre en manera silenciosa o sigue practicando el lenguaje de la soberanía única e indivisible, esta renuncia hace del Estado un "actor crítico"⁵³ si bien no en el mismo modo en que ciertamente lo era su fase de formación. El Estado global es un actor crítico porque contribuye en manera sustancial a aquella privatización de lo público que está en la base tanto de la cada vez mayor preponderancia de los Ejecutivos sobre los Legislativos, como de los procesos de *governance*, técnica de las funciones administrativas internas e internacionales. Se trata además de un proceso largo que no se desarrolla a través de las líneas propuestas por las ideologías neoliberales, aunque éstas imaginan un centro de autoridad estatal que garantice, sobre la escala local, la validez de los contratos e imponga el *rule of law* en el respeto de las jerarquías sociales, mientras al mismo tiempo esta autoridad es desafiada y constantemente retrasada por la autoridad de leyes de mercado que no actúan en la escala local y no se limitan a criterios jurídicos⁵⁴. El concepto de Estado global toma en cuenta el hecho de que la *governance* global no resuelve la cuestión de la soberanía, o sea, no la cancela como necesidad funcional. Los sistemas de *governance*, aunque cada vez más difundidos y siempre más capaces de establecer vínculos organizativos y de procedimiento, no llegan a constituir sobre su capacidad técnica el fundamento de legitimidad de "un monopolio de la violencia".

Los procesos institucionales e ideológicos están en el origen del Estado moderno, por lo tanto, se encuentran en crisis en los Estados que los han asumido como reales y no se han reproducido en aquellos postcoloniales, mientras la estructuración estatal de las colonias se ha realizado a través de una institucionalización violenta de sistemas burocráticos. La

⁵³ S. Sassen, *Territory, Authority, Rights. From Medieval to Global Assemblages*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2006, pp. 76-82.

⁵⁴ R. Plant, *The Neo-liberal State*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

narración del origen tal como aparece en el contractualismo clásico, desde Hobbes hasta Rousseau, pasando por Locke, ya no llega a indicar el mito fundacional de un Estado constituido sobre el consenso original de sus ciudadanos. No se trata de la contraposición del origen imaginario sobre el empírico. Esas narraciones, en efecto, han desarrollado un papel histórico preciso que ha ido más allá de la crítica y del abandono de la hipótesis lógica del Estado de naturaleza y del contrato social. No es casual que éstas hayan funcionado mucho más allá de los países y las tradiciones que las habían producido, porque establecían como supuesto del Estado moderno la existencia de hombres naturalmente libres, haciendo de la libertad empíricamente inexistente una presencia no eliminable en la fundación misma del Estado. Justo esta presencia volvía a los individuos imaginariamente presentes en el momento de la fundación. Aparte de algunas excepciones o algunos olvidos significativos, la Antropología fundamental de la modernidad se basa en la existencia de un individuo naturalmente libre. Es la crisis de esta Antropología, aquella que imagina al sujeto del Estado y lo vuelve real, la que se manifiesta también como crisis de la soberanía.

Por lo tanto es casualidad que, frente a las oscilaciones y las tensiones del concepto de Estado, sean los antropólogos, los científicos sociales que están más en contacto con la experiencia postcolonial, quienes se pregunten "¿qué cosa es un Estado si no es soberano?" La pregunta es urgente justo en aquellos Estados a los cuales siempre se les reprocha un déficit de estatalidad ya sea desde el punto de vista de la organización administrativa e institucional que desde el económico. La pregunta formulada por Clifford Geertz no vale sólo para aquellos que él llama "lugares complicados", es decir, no sólo para los Estados de Asia y África que en los años cincuenta y sesenta atravesaron por los procesos de descolonización, con el problema de gobernar una estructura social frecuentemente multiétnica, multilingüística y multireligiosa. El proyecto de la Antropología del Estado indica una aproximación que vuelve a problematizar entre el Estado como institución y la unidad política que éste históricamente es llamado a representar. Las preguntas sobre el déficit de estatalidad que hoy se formulan respecto a los países del núcleo original de la historia estatal moderna son las mismas que en los últimos 50 años se han hecho a propósito del retraso de estatalidad de los Estados postcoloniales. Es indicativa la larga lista de aproximaciones con la que éstos han sido descritos, queriendo indicar mostrar el grado de separación respecto a un concepto de Estado tal vez rechazado: de las "tribus con una bandera", a los microestados, a los Estados fallidos. En todo caso, como escribe Geertz: "Si China es una civilización que busca un Estado, Arabia Saudita es un negocio familiar en forma de Estado, si Israel es una fe inscrita en un Estado, quién sabe qué cosa es Moldavia?" Obvia-



mente hay respuestas⁵⁵. Lo que a nosotros nos interesa es el plano de la pregunta que no afecta solamente a la organización institucional, sino a su legitimación. En otros dos ensayos Geertz se preguntaba: "¿qué cosa es un país si no es una nación? y ¿qué cosa es una cultura si no es un consenso?"⁵⁶ Estas dos preguntas imponen un plan de análisis que alcanza el mismo fundamento de posibilidad del Estado moderno poniéndolo de frente a aquellas que históricamente parecían adquisiciones estables. Las respuestas de los antropólogos se organizan con frecuencia en torno a una noción resbaladiza y compleja como la de identidad: subiendo de alguna manera desde las identidades individuales o de grupo, éstas llegan a constituir la posible identidad política que debería legitimar la acción del Estado.

Problemas del Estado global

En realidad se trata de una postura que puede resultar complementaria a aquella clásicamente política que asigna al Estado la tarea de representar la unidad política. "Los análisis antropológicos del Estado comienzan con la noción contraintuitiva de que los Estados que son estructuralmente similares pueden sin embargo ser profundamente diferentes unos de otros por los significados que éstos tienen para sus poblaciones"⁵⁷. No se puede evitar notar que en la definición clásica weberiana de Estado⁵⁸ el elemento que falta es precisamente la población, no obstante sea luego la obediencia existente la que legitima al Estado en cuanto forma específica de poder. El pueblo y el territorio, si bien no son exactamente identificados por Weber, están de cualquier manera estrechamente conectados en un espacio de obediencia al mismo tiempo personal y físico. El pueblo weberiano está completamente dentro del tipo burocrático de la *Herrschaft*, dado que la rutina como característica específica del actuar burocrático tiene también el sentido de evidenciar la continuidad del Estado, no obstante las distancias y las diferencias⁵⁹. La repetición burocrática es la señal de una igualdad

⁵⁵ D. Sacchetto (Ed.), *Ai margini dell'Unione Europea*, Roma, Carrocci, 2011; R. H. Jackson, *Quasi-States: Sovereignty, International Relations, And The Third World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

⁵⁶ Ambos se encuentran en C. Geertz, *Mondo globale, mondi locali. Cultura e politica alla fine del ventesimo secolo*, Bologna, il Mulino, 1995.

⁵⁷ A. Sharma y A. Gupta, "Introduction: Rethinking Theories of the State in an Age of Globalization", A. Sharma y A. Gupta (Eds.), *The Anthropology of the State. A Reader*, London, Blackwell, 2006, p. 31.

⁵⁸ "Por Estado se debe entender una empresa institucional de carácter político en la cual —y en la medida que— el aparato administrativo hace avanzar con éxito una pretensión de monopolio de la coerción física *legítima*, en vista de la actuación de los ordenamientos al interior de un determinado territorio", M. Weber, *Economia e società*. 1. *Teoria delle categorie sociologiche* (1922), Milano, Comunità, 1980, p. 53.

⁵⁹ D. Rueschemeyer, "Building States —Inherently a Long-Term Process? An Argument from Theory", M. Lange y D. Rueschemeyer (Eds.), *States and Development. Historical Antecedents of*

de tratamiento que está también en la base de la legitimación. La irrupción de las prácticas de *governance* y gubernamentales han puesto repetidamente en peligro, cuando no ha interrumpido, estos efectos políticos del dominio burocrático, en correspondencia con la transformación de los modelos administrativos públicos y privados.

En las últimas décadas, al interior de la historia del pensamiento político se ha asistido a un lento pero inexorable pasaje de acento y de significado dentro de la fórmula: gobierno del pueblo⁶⁰. Hasta hace no mucho tiempo, esto significaba la indiscutible soberanía del pueblo dentro del Estado democrático. De ese Estado y de ese pueblo se reconstruía la historia común para legitimar la afirmación que cada uno de los dos era imposible sin el otro. El pueblo era la solución siempre dada del enigma del Estado democrático. Desde los años sesenta, sin embargo, se afirma una variación que hace del pueblo no el sujeto, sino el objeto de las políticas de un gobierno que no coincide necesariamente con la idea que se tiene al interior del Estado democrático. Como es evidente en las investigaciones de Michel Foucault, la transformación es tan imponente que al final de este proceso el pueblo se convierte en población y el gobierno se convierte en gubernamentalidad⁶¹. Respecto al pueblo, no se trata simplemente de la sobreposición de un nuevo léxico al precedente. En la Europa del siglo XVIII la población tiene una existencia conceptualmente relevante que se desarrolla junto a la del pueblo. Pueblo y población establecen un campo de tensión irrenunciable para el discurso político de la democracia. El pueblo es constantemente evocado como fundamento necesario de la legitimidad del gobierno democrático, pero materialmente puede existir sólo para ser gobernado en cuanto población o si se quiere, en cuanto sociedad del pueblo. La tensión llega al punto que el pueblo incluso soberano puede correr el riesgo de aparecer como una especie de impedimento para el cuidado de la población. El pueblo, como fundamento del orden soberano, en efecto, es titular de derechos que teóricamente ningún gobierno puede infringir. Como ha escrito justamente Partha Chatterjee: "A diferencia del concepto de ciudadano, el de población es enteramente descriptivo y empírico y carece absolutamente de valor normativo"⁶². También a este respecto, el Estado colonial antes y el postcolonial después funcionan como anticipación significativa del Estado global en cuanto Estados con una población a la que le ha costado y le cuesta trabajo presentarse como pueblo.

Stagnation and Advance, Basingstoke 2005, pp. 165-182.

⁶⁰ Cfr. a este propósito G. Ruocco y L. Scuccimarra (Eds.), *Il governo del popolo. Rappresentanza, partecipazione, esclusione alle origini della democrazia moderna*, 1. *Dall'antico regime alla rivoluzione*, Roma, 2011, e 2. *Dalla Restaurazione alla guerra franco-prussiana*, Roma, Viella, 2012.

⁶¹ M. Foucault, *Sécurité, Territoire, population. Cours au Collège de France 1997-1978*, Paris, Gallimard / Seuil, 2004.

⁶² P. Chatterjee, *Oltre la cittadinanza. La politica dei governati* (2004), Roma, Meltemi, 2006, p. 50.



Conocer a la población significa, como veremos, ocuparse positivamente de las culturas del pueblo. La tensión entre pueblo y población se ha reflejado en la dialéctica entre Constitución y gubernamentalidad, a tal punto que pone en discusión la confianza de los juristas acerca del hecho que la Constitución pueda ser la respuesta a los problemas de la estatalidad contemporánea y deba a su vez ser transpuesta sobre el plano de la sociedad mundial⁶³. En el Estado postcolonial —así como en el Estado global— la Constitución es en efecto la forma en la cual “cada cosa es designada, cada cosa es construida sin dejar nada a la casualidad: desde los aspectos ordinarios del gobierno cotidiano [*daily rule*] hasta regular la vida entera del sujeto político”⁶⁴. La Constitución es la forma del orden y del constitucionalismo colonial, ya sea como sistema institucional que como discurso sobre la Constitución, es la verdad del propio constitucionalismo, puesto que obliga al orden teniendo siempre en consideración la posibilidad de una guerra que debe ser localizada y no puede en ningún caso invertir a la metrópoli. Al mismo tiempo es la garantía de que existe un orden no fundado sobre relaciones inmediatas y cotidianas y que es suficiente respetarlo. Precisamente por esto necesita un suplemento en el interior de estas relaciones, capaz de determinar sus prácticas cotidianas. Este constante proceso disciplinario, para decirlo como Weber o de gubernamentalidad, como diría Foucault, instituye al individuo no como sujeto abstracto, titular de derechos, sino como singular o perteneciente a un grupo que debe practicar más facultades que derechos. La gubernamentalidad es un orden que pretende constituirse al interior de las relaciones.

El giro cultural que ha invertido también la conceptualización contemporánea del Estado apunta exactamente a descubrir las diferentes modalidades con las cuales es percibida la acción del Estado, en el momento en que la fragmentación de los tipos de acción constitucional burocrática terminan por corresponder a una pluralidad de posiciones ocupadas por los sujetos al Estado. Esto evidentemente no significa que en la historia del Estado en Occidente esta dimensión no haya existido. También el caso del Estado británico ha sido reconstruido como triunfo de un producto cultural, más que como avance irresistible a la monopolización de la fuerza o de la fiscalidad. En otros términos, la Gran Bretaña aparece como un Estado basado en el arcaísmo de la constitución social y el anacronismo de la or-

⁶³ G. Teubner, *Verfassungsfragmente. Gesellschaftlicher Konstitutionalismus in der Globalisierung*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2012; D. Grimm, *Die Zukunft der Verfassung II. Auswirkungen von Europäisierung und Globalisierung*, Frankfurt am Main 2012, in particolare pp. 203–204.; A. Peters, “The Merits of Global Constitutionalism”, *Indiana Journal of Global Legal Studies*, 16 ,2, 2009, pp. 397–411.

⁶⁴ Samaddar, *The Materiality of Politics. The Technologies of Rule*, p. 25. Pero consultar también P. Rudan, “Constitution” in *The Encyclopedia of Postcolonial Studies*, de próxima publicación (inicio 2016) per Blackwell.

ganización política, que contradice la tesis clásica que hace del proceso revolucionario —con frecuencia recortado sobre el modelo francés— el supuesto de la modernización capitalista de la sociedad y por lo tanto de la transformación del Estado⁶⁵. Si el capitalismo puede presentarse, en forma muy poco weberiana, como una “contra-modernización” —indiferente por lo tanto a la constitución social y a la forma política— entonces se puede explicar su fortuna cultural en muchos Estados postcoloniales, no obstante éstos no hayan replicado ni la racionalización de la administración ni aquella de la sociedad⁶⁶. La reproducción del Estado y de su legitimidad se pone significativamente en discusión si los ciudadanos—sujetos perciben en forma altamente diferencial el actuar burocrático. La renuncia o tal vez la imposibilidad del universalismo abre o quizá obliga a tomar el camino de una gestión administrativa de los conflictos, pero sobre todo de los derechos. Estos últimos se reducen progresivamente a su dimensión civil y política, para decirlo como Thomas H. Marshall, mientras los derechos sociales no se niegan, pero son negociados continuamente con diferentes grupos de la población. Aquí tenemos una nueva contradicción, porque aquello que en los Estados europeos se presenta como un proceso de disposición controlada de los derechos, en los Estados postcoloniales se propone como un reconocimiento gobernado y revocable de derechos a grupos de la población. El rasgo común —es decir, lo propio del Estado global— es de cualquier manera representado en la administración de los derechos, pues ésta se basa en el reconocimiento de que no todos los ciudadanos son iguales.

La pregunta por hacer es si el Estado global puede prescindir de representar la unidad política del pueblo, estableciendo consecuentemente una relación diferente con su población. De esta manera, lo que se somete a una evidente tensión es la representación política como pilar organizativo del Estado. Esta tensión no es una crisis genérica de la representación causada por el decaimiento más o menos eventual de la calidad de los representantes, sino la disminución de la capacidad de representar continuativamente la unidad política del pueblo como en cambio está previsto por la doctrina política moderna desde Hobbes hasta Schmitt. Esta indecisión respecto a la unidad tiene el efecto de hacer evidente el déficit de institucionalización que parece caracterizar al Estado global. Este déficit no es solamente procesal, sino que tiene que ver directamente con las modalidades en las que el Estado viene reconocido y por lo tanto obedecido. De esta manera se repropone

⁶⁵ Ph. R.D. Corrigan y D. Sayer, *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*, Oxford, Blackwell, 1985.

⁶⁶ J. C. Scott, *Seeing like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven/London, Yale University Press, 1998.



el problema de la legitimación del Estado, esta vez no referida a su funcionamiento, sino directamente de frente al sujeto de su legitimidad.

Por lo tanto, no es una casualidad que también los científicos políticos hayan comenzado a investigar el nexo entre Estado y cultura. El llamado "cambio cultural" corresponde a un cambio de perspectiva que es al mismo tiempo político y disciplinario⁶⁷. Lo que esto detona, desde nuestro punto de vista, es que la referencia a la cultura acompaña y sostiene y en ciertos aspectos sustituye a la opinión. Más allá de la referencia clásica a la cultura cívica y política, relacionar cultura y Estado significa contextualizar a este último en un ámbito prepolítico e incluso apolítico. Frente a la multiplicidad de las culturas no se trata tanto de captar o subrayar cómo el Estado influencia, relativiza y finalmente modifica las culturas que encuentra, sino de registrar su ser capturado desde las relaciones particulares y descentralizadas que no consienten ni las certezas de la elección racional ni la inclusión diferencial de la ciudadanía multicultural. La centralidad reconocida a la cultura es un momento fundamental de aquella que podemos reconocer en la evanescencia de lo individual⁶⁸. Con el cambio cultural, en efecto, el individuo es definitivamente desposeído de su posición de supuesto del orden político moderno. Como consecuencia, se modifica la idea de una esfera pública unitaria tal como se ha dado históricamente al interior del Estado nacional, es decir, como correlato, y fundamento de su legitimidad. Las opiniones, las posiciones respecto a los valores no se forman en el debate entre individuos, sino que son asignadas y reconocidas a partir de los ámbitos culturales, que son por definición plurales y no limitados al interior del Estado. Un segundo efecto es el de mostrar la globalización no sólo como una ingenua e universal conexión de particularidades y de diferencias irreconciliables dentro de la forma histórica del Estado nacional moderno. Si la globalización evidentemente no ha borrado la presencia o la relevancia absoluta de los Estados nacionales, ha ciertamente interrumpido el proceso de su afirmación como actores soberanos exclusivos de cuya uniformidad y conformidad a un modelo único vale la pena dudar⁶⁹.

A propósito de esta oscilación de la soberanía, Robert Latham escribe atinadamente que "la soberanía puede asociarse a una gama más amplia de aquella identificada sólo como Estado o del Estado; lo que está en juego en la soberanía no es el estatus de un agente (como puede ser el Estado) sino de un cuerpo de relaciones que dan forma a esferas de vida operantes en el interior, pero también a través de las fronteras estata-

⁶⁷ G. Steinmetz, "Introduction: Culture and the State", G. Steinmetz (Ed.), *State/Culture: State Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, N.Y, Cornell University Press, 1999.

⁶⁸ Ricciardi, *La società come ordine*, pp. 223-224.

⁶⁹ M. Mann, "Has Globalization Ended the Rise and Rise of the Nation-State?", *Review of International Political Economy*, 4, 3, 1998, pp. 472-496.

les⁷⁰. Sin embargo, aún si se entiende como un conjunto de relaciones, la soberanía implica necesariamente la posibilidad concreta de que uno de los sujetos de la relación pueda interrumpirla, imponiendo coercitivamente determinados comportamientos. La disociación de la unión clásica con el Estado⁷¹ produce una multiplicación de manifestaciones de una soberanía social que refuerza la necesidad de un nexo constitutivo del Estado moderno, es decir entre legitimidad y disciplina. Transmitir, favorecer, imponer involucrar y disciplinar es en efecto la única posibilidad para no tener que recurrir al uso de la fuerza en última instancia, que de cualquier manera está presente en cada referencia a la soberanía. En este orden, debe subrayarse que pese a ser evidentemente verdadero que la disciplina actúa modulando los comportamientos individuales, o sea en ausencia de normas generales abstractamente reconocidas, ésta contiene de cualquier forma un discurso público funcional a la constante reproposición de las relaciones soberanas⁷². Se trata evidentemente de relaciones asimétricas, en las cuales no se debe suponer un reconocimiento igual entre la estructura y los individuos que inician más o menos libremente una relación. Precisamente la necesidad de mantener conectadas estas relaciones, que atraviesan los confines históricos de los Estados nacionales, hace que el proceso del Estado moderno al Estado global no implique exclusivamente un “desvanecimiento del Estado”⁷³. El Estado global representa más bien un momento histórico específico de la degeneración del Estado, es decir, literalmente de su paso a otro género de dominio y coordinación⁷⁴. No obstante las transformaciones de la soberanía la lleven al interior de relaciones sociales siempre más complejas, esto no significa que el concepto de Estado global prevea una inclusión universal, como por otra parte esta última no está incluida en la *Weltgesellschaft* luhmaniana⁷⁵. En el Estado global parece en cambio marcarse prácticamente la contradicción entre reconocimiento y exclusión. Existen en efecto aquellos que, como los migrantes regulares, no son ciudadanos pero cuya presencia es, para decirlo como Saskia Sassen, “no autorizada, pero reconocida”⁷⁶. Y existen también aquellos que son ciudadanos, pero que no alcanzan con este título tuteladas, garantías o dere-

⁷⁰ R. Latham, “Social Sovereignty”, *Theory Culture Society*, 17, 1, 2000, p. 3.

⁷¹ H. Quaritsch, *Staat und Souveränität. Die Grundlagen*, Frankfurt am Main, Athenäum, 1970; R. Prokhovnik, *Sovereignties. Contemporary Theory and Practice*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007; N. McCormick, “Questioning Post-Sovereignty”, *European Law Review*, 29, 2004, pp. 852–863.

⁷² T. P. Mitchell, “Society, Economy and the State Effect”, *State/Culture*, pp. 76–97.

⁷³ H. Spruyt, “The Origins, Development, and Possible Decline of the Modern State”, *Annual Review of Political Science*, 5, 1, 2002, pp. 127–149.

⁷⁴ P. Schiera, *Lo Stato moderno. Origini e degenerazioni*, Bologna, Clueb, 2004.

⁷⁵ N. Luhmann, *Jenseits der Barbarei*, N. Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1999, pp. 138–150.

⁷⁶ S. Mezzadra y M. Ricciardi, “Introduzione”, S. Mezzadra y M. Ricciardi, *Movimenti indisciplinati. Migrazioni, migranti e discipline scientifiche*, Verona, ombre corte, 2013, pp. 7–28.



chos. El Estado global debe de esta forma confrontarse continuamente con el problema político que el Estado moderno presumía haber resuelto en modo definitivo⁷⁷. En cuanto forma de dominio, éste debe constantemente ajustar cuentas con una soberanía que escapa sin ser de verdad evanescente. En su evolución esa es también la modalidad de ejercicio del poder tanto del Estado como de otras formaciones no estatales, pues mientras descubre la posesión de otras estructuras de poder, es incapaz de lograr una relación establemente legítima entre el gobierno y los individuos que se definen mejor como sociedad global segmentada y diferenciada que como pueblo o nación.

⁷⁷ M. Ricciardi, "Il problema politico dello Stato globale", *Equilibri*, 2, 2014, pp. 293-300.



NATURALIZAR LAS PARADOJAS:
UN ACERCAMIENTO
A LA GLOBALIZACIÓN
DESDE GILLES DELEUZE

María Luisa Bacarlett Pérez

Introducción. Definir la globalización

Cuando una palabra es de uso reciente, es posible que la pluralidad de sus sentidos se vaya estabilizando a lo largo del tiempo, pero a veces ocurre lo contrario. Hay términos que aparecen en nuestro vocabulario con un significado más puntual, pero a lo largo de los años éste se hace difuso, al punto que es difícil reconocer su faz originaria. Quizá el término *globalización* ha corrido esta segunda suerte, sobre todo porque es un concepto que al tiempo que se presentaba como auténtica novedad, hablaba de un proceso que ya formaba parte, de alguna manera, de la historia de Occidente. Como lo expone Michael Reder, la globalización es un proceso que va mucho más allá del siglo XX: “[...] no es un fenómeno nuevo. Algunos estudiosos señalan, antes bien, que la historia de los últimos 500 años ya ha conocido varias fases de globalización”¹. Hablar de globalización en el mundo actual nos refiere a un proceso ligado de manera profunda con el capitalismo y la política liberal; sin embargo, si pensamos que los flujos de gente, alimentos, símbolos, cultura, etc., marcan la historia misma de la humanidad, bien podríamos apuntar que la globalización de hoy tiene cierta continuidad con un proceso que ha acompañado y forjado la historia de los seres humanos desde siglos atrás. Este argumento, sin embargo, tiene un lado riesgoso, puede llevarnos a suponer que hay una naturalidad en todos los procesos y fenómenos actuales y, por ende, que no sólo sería superfluo el análisis, sino también la crítica, con lo cual dejaríamos de reparar en los efectos negativos y nos resignaríamos a dejar de buscar alternativas.

Con todo, es innegable que la expansión, la exploración, la migración, la conquista, el intercambio, el dominio y la influencia, entre muchas otras cosas, forman parte intrínseca de la historia de la humanidad, de la manera en que los grupos humanos se relacionan entre sí y cómo se conectan con la tierra. Esta dinámica humana ligada a la expansión, a la creación

¹ M. Reder, *Globalización y filosofía*, Madrid, Herder, 2012, p. 11.

de trayectos y a la colonización de nuevos territorios no ha sido una pauta que tenga un signo meramente positivo, pues a toda expansión ha seguido tarde o temprano un retraimiento; a toda territorialización le ha acompañado una desterritorialización; a todo cruce de fronteras, el levantamiento de nuevos límites; a todo gesto de avanzada, un gesto de retiro; a todo nomadismo, un momento de sedentarismo, etc. Ya Paul Virilio² anotaba que la humanidad se construyó en el trayecto, en el proceso de demora a través del cual los hombres, yendo de un lugar a otro —muchas veces sin saber dónde terminarían—, se conectaron con la tierra y sus diversos climas, fauna, costumbres, etc. En este proceso de dilación se formó la humanidad —al tiempo que se expandía y diferenciaba— y con ello también los seres humanos territorializaron una tierra que, con todo, jamás puede totalizarse bajo ningún trayecto humano. En este sentido, a la humanidad le son intrínsecos sus trayectos y, con ellos, los flujos abiertos: de personas, de comida, de animales, de símbolos, de cultura, de dinero, etc. La historia de la hominización no puede desvincularse de la migración. Hace aproximadamente dos millones de años el *Homo ergaster* salió de África para avanzar sobre el Próximo Oriente y de ahí en adelante continuaron sin parar migraciones a Europa y Asia³. Pero estos trayectos siempre respondieron a una doble lógica, no abrieron una trayectoria sin cerrar otra, no forjaron territorios sin desterritorializar otros, no conquistaron sin abrir al mismo tiempo un umbral de mutua influencia con lo conquistado. En este talante, si el trayecto es intrínseco a la historia de la humanidad, los flujos son intrínsecos a todo trayecto, flujos que no van en un solo sentido, que son al menos bidireccionales. Desde esta perspectiva, la globalización no significaría un mero proceso expansivo, integrador u homogeneizador, sino tomaría una forma compleja que incluye signos de muy distinto cuño, a veces contradictorio. Sin embargo, muchas de las definiciones de la globalización han hecho énfasis en la perspectiva contraria, es decir, como fenómeno homogeneizador que corre en una sola dirección. Como expone William Scheuerman, tradicionalmente la globalización ha sido vista como un fenómeno bastante homogéneo y unidireccional, en donde se han privilegiado las figuras de la expansión, el crecimiento, la integración y la unificación.

En el discurso popular, la globalización funciona como sinónimo de uno o más de los siguientes fenómenos: la irrupción de las políticas liberales clásicas (“libre mercado”) en la economía mundial (“liberalización económica”), el creciente dominio de las formas occidentales de la vida política, económica y cultural (“occidentalización” o “americanización”), la proliferación de nuevas tecnologías de la información (la “revolución de internet”), así como la

² P. Virilio, *La velocidad de liberación*, Argentina, Manantial, 1997.

³ G. Gallien, *Homo. Histoire plurielle d'un genre très singulier*, Paris, PUF, 2002.



noción de que la humanidad se sitúa en el umbral de la realización de una sola comunidad unificada en la cual las mayores fuentes de conflicto social serán borradas (“integración global”)⁴.

Cuando el término comenzó a usarse⁵, la manera como fue concebida la globalización privilegiaba su carácter unificador, integrador y homogeneizador, características que desplegaban consecuencias tanto positivas como negativas. Es cierto que las posturas críticas destacaron como signo negativo la igualación del mundo, pero esta crítica siguió anclada en una lógica dicotómica en la cual la expansión se contraponía a la retracción, lo homogéneo a lo heterogéneo, el centro a la periferia, lo global a lo local, etc. Frente a esta perspectiva, algunos analistas repararon en que había muchos elementos no lineales en muchos fenómenos ligados a la globalización, es decir, encontraron algunas paradojas que hacían difícil definirla como un simple proceso de homogeneización. Sin duda, la paradoja más evidente es la extraña imbricación entre lo local y lo global. Con el término *glocal* se trató de dar cuenta de ciertas prácticas y procesos que tienen al mismo tiempo un carácter global y local. El término viene del japonés *do-chakuka*, palabra derivada de *dochaku*, que significa “viviendo en la propia tierra de uno” y que se refiere a la adaptación de técnicas agrícolas modernas a las condiciones locales de los poblados⁶. Para Giacomo Marramao, el neologismo *glocal* retrata bastante bien el carácter paradójico de la globalización, pues nos habla de la imbricación compleja —ni mera adición, pero tampoco sustracción; ni mera homogeneización, pero tampoco pura diferenciación— entre lo local y lo global: “A la óptica dicotómica parece escapársele un elemento decisivo: para superar la visión unilateral del proceso de globalización no basta con producir un desdoblamiento, sino que cabe más bien abordar el núcleo paradójico, que puede rastrearse justamente en la íntima copertenencia e interacción entre las dos dimensiones de lo global y lo local”⁷. Superar esta lógica dicotómica supone varias cosas; en primer lugar, que no puede hablarse de ningún gesto originario: no existe la globalización pura, pues ésta no puede concebirse sin conjuntar expresiones locales; pero en sentido inverso, no existe lo local en estado puro, pues todo gesto particular es ya una expresión que conjunta rasgos

⁴ W. Scheuerman, “Globalization”, *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford, Stanford University, 2014.

⁵ Scheuerman apunta que el término comenzó a utilizarse en los años setenta, fue acuñado por Ronald Robertson y con él subrayaba sobre el carácter no unívoco sino paradójico de la globalización; intentaba así superar el mito de verla como un mero proceso de unificación. Cfr. R. Robertson, “Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity”, M. Featherstone (Ed.), *Global Modernities*, London, London Sage, 1995.

⁶ Cfr. *Oxford Dictionary of New Words*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

⁷ G. Marramao, *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 40.

y relaciones con otros pueblos y con lo global. Pero de igual forma, este último no se resume en ser la síntesis o la suma de las diversas expresiones locales; mientras que lo local no es aquello que se pierde e integra sin más en la generalidad. Desde esta perspectiva, el término glocalización daría cabida al carácter complejo de un proceso que no homogeniza sin, al mismo tiempo, producir diferencias; que no integra en una totalidad sin, a la vez, multiplicar lo parcial; que no universaliza sin particularizar. En un panorama tal, la globalización, si bien presenta una tendencia a la homogenización y a la totalidad, en realidad nunca puede alcanzar tal cierre, fundamentalmente porque no es un bloque homogéneo, está hecha de expresiones locales y gestos particulares que, a su vez, se producen en relación a lo global.

El argumento subyacente en esta discusión está centrado en la afirmación de que el debate en torno a homogeneización global versus heterogeneización debe trascenderse. No es una cuestión ni de homogeneización ni de heterogeneización, sino de los caminos en los cuales estas dos tendencias se han convertido en formas de vida a lo largo de la última parte del siglo XX en el mundo⁸.

Las posturas que ya no ven en la globalización solamente un proceso unificado y homogeneizador, han problematizado y han vuelto más compleja la manera de ver un fenómeno que nos atañe a todos, que vivimos de manera directa en diferentes rubros de nuestra vida, y precisamente por ello no puede reducirse a un esquema de causa–efecto o a un modelo unificador en el cual todo se volvería homogéneo y unitario. “Para describir estas tendencias contrarias de la sociedad [...], las formulaciones paradójicas parecen especialmente adecuadas. [...] muestran que la globalización no es un proceso lineal, sino que consiste más bien en tendencias contradictorias”⁹. Sin duda, son muchas las paradojas que se han destacado en variados análisis —como los de Reder¹⁰, Marramao¹¹, Robertson¹², Ritzer¹³ y Bauman¹⁴, entre otros—; sin embargo, la finalidad del presente trabajo es preguntarnos hasta qué punto dichas paradojas no terminarían produciendo la homogeneidad que intentan esquivar a toda costa. Es innegable que se necesita un esquema más complejo para dar cuenta de todos los problemas y consecuencias que ha traído el proceso globalizador, para ello es necesario

⁸ Robertson, “Glocalization: Time–Space and Homogeneity–Heterogeneity”, p. 27.

⁹ Reder, *Globalización y filosofía*, p. 56.

¹⁰ Cfr. Reder, *Globalización y filosofía*.

¹¹ Cfr. Marramao, *Pasaje a Occidente*.

¹² Cfr. Robertson, “Glocalization: Time–Space and Homogeneity–Heterogeneity”.

¹³ Cfr. G. Ritzer, *Globalization*, West Sussex, Wiley–Blackwell, 2011.

¹⁴ Cfr. Z. Bauman, *Modernidad líquida*, México, FCE, 2003.



considerar que en él no todo es lineal ni homogéneo, es necesario reparar en su carácter paradójico; sin embargo, la pregunta que guía este trabajo es saber si, al final, estas paradojas no contribuirían en dar una imagen más homogénea y amigable de la globalización. En el último apartado nos valdremos de los análisis realizados por Gilles Deleuze¹⁵ y también por Felix Guattari, para tratar de responder a tal cuestión, para saber si una paradoja puede naturalizarse y, así, desactivar su carga crítica. Sin embargo, antes de abordar este asunto, trataremos de exponer, de manera general, en qué consisten las llamadas *paradojas de la globalización*.

Algunas paradojas de la globalización

La paradoja que ha servido como punto de partida para entender el carácter complejo de la globalización es aquella que se expresa bajo el mote de lo *glocal*. Hemos adelantado ya que a través de este término la globalización se concibe no como un fenómeno exclusivamente unitario ni homogeneizante, sino como algo contradictorio. Es decir, que en su tendencia a la uniformidad se vale de lo local, de lo diferente y lo particular, y no sólo eso, también los produce. Lo global es local y viceversa. Pensemos en los husos horarios. Implementados mundialmente en 1929, representaron en su momento un claro movimiento hacia la unificación, los países ya no pudieron decidir por sí solos qué horario usar, antes bien, tenían que incluirse en la gama unificadora de husos que daba a cada país y ciudad un horario particular. ¿Tal movimiento fue exclusivamente unificador? La respuesta es claramente negativa: unificó, pero dando lugar a las diferencias; homogeneizó, pero a partir de ciertas particularidades que se ajustaron sin borrarse. “En otras palabras, la homogeneización va de la mano con la heterogeneización”¹⁶. Sin embargo, esta paradoja está lejos también de tener un sentido unívoco, antes bien, se desdobra en una infinidad de aporías que afectan los ámbitos más cotidianos de la vida. A pesar de las múltiples formas que toman, creemos que éstas pueden ubicarse en cinco formas distintas que intentan dar cuenta de la complejidad de la paradoja de base. Hemos decidido exponer tales paradojas en términos de elementos contrarios, para resaltar su carácter contradictorio.

¹⁵ En particular nos hemos centrados en libros como: *Différence et répétition*, Paris, PUF, 1968; *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 1989; *Pourparlers*, Paris, Minuit, 1990. (Con Claire Parnet) *Dialogues*, Paris, Flammarion, 1977; (con Felix Guattari) *Le Anti-Cédipe. Capitalisme et schizophrénie 1*, Paris, Minuit, 1972; y *Mille plateaux. Capitalisme et schizophrénie 2*, Paris, Minuit, 1980.

¹⁶ Cfr. Robertson, “Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity”, p. 36.

a) Homogeneización–heterogeneización

La globalización tiene una clara *tendencia* hacia la homogeneización de muy diversos elementos: información, hábitos, costumbres, perspectivas, modos de vida, etc. Esta tendencia es una consecuencia lógica de la extensión y sofisticación de los medios de comunicación y de las tecnologías de la información. En el momento en que ocurre un evento importante —una catástrofe natural, un golpe de Estado, por ejemplo— es cuestión de minutos que la noticia se filtre por internet, por las redes sociales, por mensajes telefónicos, por televisión, etc. Muchas veces la noticia llega a todas partes con las mismas palabras y expresiones, con las mismas imágenes y comentarios. En el globo entero se tiene el mismo formato del acontecimiento, pero en definitiva no se recibe ni se interpreta de la misma forma y no significa lo mismo; es decir, lo homogéneo termina apropiándose de manera heterogénea, quizá porque lo local es también complejo, no se existe de manera pura y aislado de todo contacto con otras particularidades y con lo global; para Marramao, por ejemplo, puede hablarse aquí de una “producción global de la localidad”¹⁷, lo cual no implica que lo local no exista, solamente subraya que no existe como forma pura y aislada. Para Robertson, *no hay cosmopolitanismo sin localismo*. Ritzer¹⁸, por su parte, aduce el riesgo de seguir concibiendo a la globalización como una cuestión meramente unificadora, pues supondría pensar que la gente, las comunidades y pueblos son entidades pasivas sobre quienes se imponen, sin mayor resistencia o modificación, patrones globales.

Estrechamente ligada con la anterior paradoja se encuentra la compleja relación entre lo particular y lo universal. La perspectiva unificadora de la globalización supone que estamos entrando a un mundo donde ciertos valores, modelos, principios e ideas tienen un carácter universal que terminará eclipsando y diluyendo cualquier perspectiva particular. El elemento problemático de esta situación estriba en que esta plataforma universal es también un modelo particular —europeo–norteamericano— que se ha hecho hegemónico por cuestiones políticas, económicas y culturales. Así vistas las cosas, lo universal se desprende de una pluralidad de particularidades —no homogéneas, sino ellas mismas plurales— que se han extendido y se han vuelto hegemónicas. Por otra parte, lo universal no aniquila lo particular, antes bien, lo integra y también lo produce, lo produce tanto en forma de resistencia como en forma de apropiación singular.

¹⁷ Marramao, *Pasaje a Occidente*, p. 42.

¹⁸ Ritzer, *Globalization*.





b) Totalidad–parcialidad

Otro prejuicio frecuentemente ligado al carácter homogéneo y unificador de la globalización consiste en verla como una totalidad continua y completa, como si se tratara de un bloque de medidas, procesos, principios, prácticas, imágenes y valores que respondieran a una misma lógica y que, por ello mismo, formarían un sistema bien delimitado y coherente, sin contradicciones ni vacíos. Del otro lado, lo parcial se ve siempre como lo no completo, necesitado de coherencia e integración en un todo más vasto. La unificación que implica la lógica global se expresaría como integración de un conjunto de expresiones parciales que por sí mismas carecen de consistencia y completud. Sin embargo, ambos elementos en realidad no se excluyen, sino se complementan: ninguno de los dos es ni completo ni carente de manera absoluta. Ni lo global es una totalidad coherente y uniforme, ni lo local es parcial e incoherente; pero tampoco lo local es unitario y completo en sí mismo, perspectiva que suele encontrarse en ciertas apologías que abogan por la autenticidad y pureza de lo local, atributos que, en contraste, faltarían a lo global. Los que subrayan esta paradoja asumen, por ende, que lo total siempre tiene algo de parcial y viceversa. Así, la relación entre lo total y lo parcial no es siempre de choque y confrontación, sino más bien de una imbricación compleja: los dos se producen mutuamente. No existen ni lo global ni lo local en sí mismos. No todo el mundo es *McDonalds*, pero tampoco todo el mundo es *Jihad*. Totalizar tanto lo global como lo local puede tener fatales consecuencias para la política.

Tomar a ambos, *McMundo* o *Jihad*, como una política natural, resulta más bien una antipolítica. En el caso del *McMundo*, sería la antipolítica del globalismo: burocrático, tecnocrático y meritocrático, basado [...] en la administración de las cosas —con la gente entre las cosas a ser administradas. [...]

En el caso de la *Jihad*, la antipolítica o la tribalización es explícitamente antidemocrática: dictadura de un partido único, gobierno por una junta militar, fundamentalismo teocrático —frecuentemente asociado con una versión del *Führerprinzip* que empodera a un individuo para dirigir un pueblo¹⁹.

Finalmente, aunque pensáramos tanto lo local como lo global como unidades, éstas no sólo son parciales y momentáneas, sino además siempre están hechas de relaciones y conexiones dinámicas, en constante rotación. “[...] en la descripción de la globalización lo importante no son las descripciones sustanciales de los distintos actores o sistemas, sino la conexión

¹⁹ B. Barber, “Jihad Vs. McWorld”, *The Atlantic*, vol. 3, no. 269, 1992, p. 64.

entre ellos. Aquello que constituye la globalización son las conexiones [...], la relación se convierte en la categoría fundamental de una teoría de la globalización convincente”²⁰.

c) Finitud–pluralidad

Junto con la idea de homogeneización también apareció la figura de un mundo más compacto, más finito, que implosionaba hacia la uniformidad de un solo modelo. Con la aparición de *The End of History and the Last Man*, en 1992, Francis Fukuyama pareció alentar tal postura al retomar un antiguo debate: el fin de la historia, cuestión que ya habían adelantado Hegel y Marx. En el contexto actual, suponía el advenimiento de una etapa posthistórica en la cual —una vez caído el Muro de Berlín y terminada la gran confrontación entre capitalismo y socialismo— el mundo se instalaría en la planicie de una sola y única visión triunfante, la lógica capitalista. Ello significaba el fin de la Guerra Fría, de la amenaza bélica y de los grandes conflictos de la humanidad, y con ello una especie de reducción del globo a un solo modelo económico y cultural, así como una unificación de la pluralidad de posturas, idiosincrasias y particularidades que pueblan el mundo. Sin embargo, tal reducción está lejos de ser total, la globalización ha representado sin duda una tendencia a la finitud, pero al mismo tiempo ha multiplicado gestos y reacciones particulares, a veces extremos o violentos, así como una diversidad de visiones del mundo. Es decir, si la dupla finitud–pluralidad ha sido vista mayormente en términos lineales y excluyentes, más bien entre ambos se abre una paradoja en la cual no hay finitud sin creación de pluralidad, a la vez que lo plural se integra y se produce en parte dentro de esta tendencia a la finitud. El propio Fukuyama mostraba sus reparos ante una concepción totalmente finita del mundo y, por ende, al fin radical de la historia, dejaba así abierta la puerta a la aparición de contradicciones que terminarían relanzando la historia: “El problema con el fin de la historia puede ser expuesto de la siguiente manera: ¿existen ‘contradicciones’, en nuestro orden social contemporáneo, liberal y democrático que nos permitirían esperar que el proceso histórico continúe y produzca un nuevo y más alto orden?”²¹. En suma, la finitud a la que nos acerca la globalización es una que se sostiene en y no deja de producir gestos y perspectivas plurales, con lo cual, no hay algo propiamente global ni algo propiamente local, o en dado caso, se trataría de una propiedad bastante peculiar: salpicada de elementos extraños y ajenos, de elementos que no son propios, pero que terminan asumiéndose como tales; una propiedad que se sostiene en lo impropio. Con ello; estaríamos lejos de observar

²⁰ Reder, *Globalización y filosofía*, pp. 54–55.

²¹ F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, New York, The Free Press, 1992, p. 136.





identidades y diferencias blindadas, es decir, totalmente propias: no hay nada propio que de alguna manera no sea o haya sido de otros.

d) Origen–fin

Ligado con el tema de la propiedad está el problema del origen y la autenticidad. Es indiscutible que la defensa de lo propio, de las identidades nacionales, de las particularidades étnicas y culturales, se ha exacerbado con la aceleración de la globalización. La explosión de gestos que defienden lo particular, la diferencia o lo distintivo de comunidades concretas, frente al afán unificador de los procesos globales, es una característica de nuestros tiempos; sin embargo, como ya lo había anunciado Benedict Anderson, buena parte de esta *nostalgia del origen* ha sido producida por la propia dinámica global. Esos paraísos perdidos, ese pasado que nunca volverá, en realidad nunca existió tal cual, sino es más bien producto de una idealización que se ha exacerbado con la aceleración de la lógica global y su tendencia a la homogeneización. Esas formas de vida perdidas serían entonces, en gran parte, creación de la globalización, por ende, esas comunidades paradisíacas no estarían en realidad en el origen, sino al final, en el intento de narrar y de dar sentido a lo local frente a una realidad que tiende a ser homogénea. Así como una persona no puede recordar de cabo a rabo todos los eventos de su vida y por eso la narra, para dar sentido y construir un pasado que no posee de manera íntegra; de la misma manera los pueblos, las comunidades y las naciones recurren a la narración y a la reconstrucción de sus orígenes, para darse una identidad y una propiedad: lo que no puede ser recordado o fundamentado de manera fehaciente, tiene entonces que ser narrado, es decir, creado a partir de una narrativa. Incrustadas en una historia que no tiene finalidad ni desenlace preestablecido —que es lo propio del tiempo secular—, las comunidades y las naciones se ven en la necesidad de recrear sus orígenes y, con ello, su identidad: “La conciencia de estar formando parte de un tiempo secular, serial con todo lo que esto implica de continuidad [...] da lugar a una narración de la identidad”²². La paradoja implica, así, que ese pretendido origen perdido está al final, en las narraciones locales que tratan de hacer frente a la tendencia unificadora de lo global.

²² B. Anderson, *Comunidades imaginadas*, México: FCE, 1993, p. 285.

e) Centro–márgenes

Esta última aporía rechaza que la globalización tienda a centralizar los procesos y la vida misma bajo un solo modelo directivo, todo lo contrario, lo que se produce es un movimiento inverso en el cual el centro está ahora en todas partes. Ya no hay un solo centro desde donde se irradian de manera unívoca las políticas, la producción, las formas de vida, las modas, normas, etc.: “el mundo globalizado se presenta como un mundo sumamente policéntrico, es decir, en él coexisten numerosos estados, culturas, religiones, etcétera, no habiendo ya un centro único de la sociedad mundial”²³. La expresión, *el centro está en todos los lados* ha hecho fortuna para indicar su atomización en una pluralidad de puntos difícilmente identificables. Fueron sobre todo Michael Hardt y Antonio Negri quienes impulsaron esta perspectiva con la idea del *imperio*: no vivimos ya en un mundo dominado por una sola nación, o un Estado claramente localizado —lo que ellos identificarían como *imperialismo*—, sino por un dominio global descentrado, que por ello mismo se ha vuelto mucho más eficiente al ejercer una hegemonía planetaria, dinámica y polimorfa. El centro se ha atomizado en una pluralidad de puntos no localizables —por ende, omnipresentes—, así, irradian de manera más efectiva los patrones y formas de vida del capitalismo global. Han sido principalmente dos los procesos que han impulsado esta tendencia a la descentralización: la aparición de empresas trasnacionales que instalaron plantas y oficinas en países periféricos y, con ello, transfirieron tecnología y un cierto estilo de vida a las poblaciones en donde se asentaron; en segundo lugar están las nuevas tecnologías de la información, que terminaron impulsando más este proceso, pues millones de transacciones, de volúmenes de información, de ventas y compras, de decisiones y negocios, son realizadas hoy a través de internet, entre agentes que no sólo no se conocen y pueden estar a miles de kilómetros de distancia, sino de los cuáles es difícil, si no imposible, determinar su ubicación real.

La imagen de un centro que está en todos lados, diseminado en los márgenes, ha contribuido en ocasiones a ver en la globalización un proceso positivo, perspectiva que tendría que matizarse, pues si bien se ha traducido en transferencia de tecnología e información a comunidades que con ello pudieron mejorar su nivel de vida, también ha significado, paradójicamente, un fortalecimiento de ese centro que ahora no está en ningún lado. Es decir, aunque no haya un centro geográfica y estrictamente identificable, la *función centro* no ha desaparecido, sólo que ahora se presenta como una *nube de influencias* que puede estar en todos lados, pero que no por ello pierde cierta consistencia y fuerza. Como lo exponen

²³ Reder, *Globalización y filosofía*, p. 55.



Hardt y Negri, es precisamente ese descentramiento lo que ha hecho a las transnacionales más fuertes: pueden retirarse de un país y arruinar a una población, sin que exista la amenaza de sanciones legales efectivas. De igual forma, los mandos de una empresa, aunque estén a kilómetros de distancia, es decir, *ausentes*, pueden estar bastante *presentes* al controlar de manera remota, pero altamente efectiva, la producción en sus fábricas, gracias a las nuevas tecnologías de la información.

La descentralización y la dispersión global de los procesos y las áreas de producción, características de la posmodernización o de la informatización de la economía, provocan una correspondiente centralización del control de la producción. El movimiento centrífugo de la producción se equilibra mediante la tendencia centrípeta del mando. Desde la perspectiva local, las redes informatizadas y las tecnologías de las comunicaciones propias de los sistemas de producción actuales permiten controlar más extensamente el desempeño de los trabajadores, desde un lugar central remoto²⁴.

La paradoja centro-márgenes ha servido desde muy temprano para caracterizar el proceso de globalización; sin embargo, es también una paradoja engañosa o, si se quiere, una paradoja que encierra en sí misma otra aporía que invalida la primera: si bien el centro ya no pertenece a un lugar geográfico determinado, ya no se circunscribe a la lógica del Estado-nación, no por eso desaparece, al contrario, toma la forma de una función y de una nube de influencia, que sin ser homogénea ni completa, actúa por ello mismo de manera más eficiente.

Hasta ahora hemos expuesto algunas de las principales paradojas de la globalización, tratando de destacar su carácter no exclusivamente unificador y homogéneo. En este acercamiento paradójico, lo global no se contrapone a lo local, sino, muy al contrario, lo integra, lo usa y lo produce, al tiempo que lo local emerge en consonancia con lo global y también lo genera y utiliza: glocalización. Hemos apuntado, de igual forma, que el acelerado proceso de globalización que vivimos hoy es la radicalización de una tendencia que ha acompañado a buena parte de la humanidad desde sus comienzos: expansión, exploración, conquista, dominio, etc. Sin embargo, dar por sentado estos dos elementos contiene un cierto riesgo, que es lo que ahora nos disponemos a explorar. Ambos elementos —ver en la globalización la aceleración de un proceso tan antiguo como la humanidad y concebirla como algo no completo y no homogéneo, es decir, lleno de paradojas— ¿no nos pondrían en riesgo de ver en ella un proceso natural y casi inevitable que, además, tendría un cierto talante inclusivo y democrático, en tanto no sólo incluye sino también produce diferencias?

²⁴ M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 320.

¿Acaso no el capitalismo se ha mostrado sumamente diestro a la hora de absorber y naturalizar sus contradicciones? ¿Hasta qué punto el reconocerlas y verlas como naturales puede hacernos caer en un abandono de la crítica y de la urgencia de pensar otras formas de vida, precisamente porque terminaríamos viendo en la globalización un monstruo amable —por utilizar el término de Raffaele Simone²⁵— que está condenado a sus propias aporías? Naturalismo y acriticismo sería quizá el costo de asumir que la globalización y sus efectos son algo natural, algo que se autolimita debido a sus propias paradojas. Por ende, no habría que sobresaltarnos demasiado, la posibilidad de acceder al consumo de mercancías que antes estaban fuera de nuestro alcance, la comodidad de vivir en un mundo lejos de la perfección, pero que nos brinda satisfactores necesarios, todo esto haría soportables los costos de una realidad que podría ser mucho peor, o que, a la manera de la Teodicea de Leibniz, resulta ser el mejor de los mundos posibles, pues todo el mal que encontramos en él estaría dispuesto hacia un mayor bien, un bien que nuestros limitados ojos no pueden ver.

La pregunta central ya no es ¿qué hacer, optar por la homogeneización o la heterogeneización?, ¿por la interpretación unificadora o por la que hace énfasis en el estallamiento de una infinidad de diferencias? Algunas de las respuestas a tal cuestión, —por ejemplo, la de Marramao²⁶—, han optado por no elegir ni una ni otra, sino las dos, por afirmar el carácter paradójico de la respuesta: las dos a la vez, homogeneización y heterogeneización simultáneamente. Nosotros también optamos por esta respuesta, sin embargo, creemos que sobre ella se alza una pregunta más importante: si habremos de aceptarlas ¿qué hacemos con estas paradojas?, ¿las naturalizamos, y por ende, las volvemos incluyentes, o las radicalizamos?, ¿las volvemos amables, o afirmamos su carácter irresoluble e indecidible? La respuesta que queremos esbozar a continuación toma como motivo el pensamiento de Gilles Deleuze —y también de Félix Guattari—; en su propuesta, la única manera de permanecer críticos y alerta frente a la globalización y el capitalismo, y evitar efectivamente una homogeneización del mundo, es rechazar la naturalización de sus paradojas, es decir, evitar ver en ellas contradicciones incluyentes que terminarían haciendo de lo global y lo local opuestos complementarios; lo que ellos proponen, antes bien, es afirmar su carácter irresoluble: que uno no se resuelve ni se disuelve en el otro. Sin duda, los términos de la contradicción permanecen relacionados, pero no son reducibles entre sí; permanecen afirmando su diferencia, una que no es ni sustancial ni permanente, sino siempre relacional.

²⁵ R. Simone, *El monstruo amable*, México, Taurus, 2011.

²⁶ Cfr. Marramao, *Pasaje a Occidente*.





Un monstruo amable e incluyente

El carácter autorregenerador del capitalismo no es un tema nuevo, ya Carlos Marx hacía énfasis en la enorme capacidad que tiene éste no sólo de regenerarse, sino de tomar nuevos impulsos de sus crisis. Esta sombría capacidad de restablecimiento, así como de parecer amigable e incluyente, fue también un tópico central en algunos trabajos de Herbert Marcuse y de Pier Paolo Pasolini, en textos como *El hombre unidimensional* y *Escritos corsarios*²⁷, respectivamente. Para el primero, por ejemplo, quedaba claro que “La conquista tecnológica y política de los factores trascendentes en la existencia humana, tan característica de la civilización industrial avanzada, se afirma en la esfera instintiva, como satisfacción lograda de un modo que genera sumisión y debilita la racionalidad de la protesta. [...] El placer, adaptado de este modo, genera sumisión”²⁸. La gran paradoja de la felicidad en nuestros tiempos es, como lo afirma Alain Badiou²⁹, que ésta se ha reducido a la satisfacción, ser feliz es satisfacer todas aquellas necesidades que la lógica de consumo ha creado y que son, por ello mismo, interminables. El capitalismo global ha sabido vender una forma de sumisión que se acepta de manera no sólo dócil, sino además alegre. Raffaele Simone encuentra también en Alexis de Tocqueville, contemporáneo de Marx, otro ejemplo de pensador casi visionario que supo entrever la llegada de un nuevo soberano que ejercería el poder de manera despótica y total, pero que en lugar de causar revueltas y protestas, sería recibido con beneplácito, se trataría, pues, de un poder que degradaría a los hombres sin atormentarlos.

[...] el régimen esbozado con alarma por Tocqueville se ha materializado plenamente hoy en día, pero con una diferencia respecto a la previsión: el puesto del “soberano absoluto” no lo ocupa el rey (como el temía), sino un ente inmaterial e invisible. Es una entidad que no tiene ni cuerpo ni domicilio postal, que no reside en ningún lugar sino que tiene una sede difusa, porque está formada por todos aquellos que gobiernan la cultura de masas del planeta: en suma, por lo que denominaré “el monstruo amable”³⁰.

Resulta casi contradictorio pensar que un régimen lleno de paradojas, como las expuestas en el apartado anterior, pueda al final convertirse en un *monstruo amable*: ¿cómo podría amarse una paradoja que nos termina sometiendo y humillando? La respuesta es en sí misma aporética. Las paradojas se han vuelto soportables y amables porque se han naturalizado, por-

²⁷ P. P. Pasolini, *Escritos corsarios*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2009.

²⁸ H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, Planeta, 1993, p. 105.

²⁹ A. Badiou, *Métaphysique du bonheur réel*, Paris, PUF, 2015.

³⁰ Simone, *El monstruo amable*, p. 121.

que a través de ellas se ha suavizado el golpe y la fuerza de un sistema que somete y humilla, pero que se presenta como amable e incluyente, lleno de contradicciones y de debilidades que terminan abrazando aquello que parece su contrario, por ende, monstruo con apariencia débil y comprensiva, limitado por sus propias languideces. Monstruo aceptable que nos invita a tolerarlo y a volvernos complacientes. Las paradojas de la globalización no desaparecen, pero se han desactivado porque se han suavizado, se han naturalizado o se ven como inevitables, entonces hay que *dejarlas ser y dejarlas pasar*. De acuerdo a Foucault, estas aporías han asumido el naturalismo propio del liberalismo, se han naturalizado porque se muestran como la forma de vivir de estos tiempos, contra las que poco se puede hacer y que además no son tan malas, nos permiten integrarnos, consumir y satisfacernos. Para Foucault, el liberalismo es un sistema político y económico que debe su éxito a que ha dejado de reprimir y coaccionar para gobernar, ahora más bien produce libertades, pero libertades funcionales a la lógica liberal. En esta lógica, las paradojas se ven como un mal necesario que se incluye en el ámbito de los riesgos, pero que siempre se pueden gestionar, tolerar e incluir. Así, lo propio de esta etapa del capitalismo no es la represión, sino producir y consumir libertades. Este nuevo arte de gobernar:

[...] no se contenta con respetar tal o tal libertad, de garantizar tal o tal libertad. Más profundamente, consume libertad. [...] no puede funcionar sino en la medida en que hay efectivamente un cierto número de libertades: libertad de mercado, libertad del vendedor y del comprador, libre ejercicio del derecho de propiedad, libertad de discusión y eventualmente libertad de expresión, etc. La nueva razón gubernamental tiene necesidad de libertad, el nuevo arte gubernamental consume libertad. [...] está obligado a producirla, está obligado a organizarla³¹.

En “*Post-scriptum sobre las sociedades de control*”, Gilles Deleuze vuelve sobre el mismo tópico y para ello retoma también un motivo foucaulteano: el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Los emplazamientos cerrados —la fábrica, la escuela, la prisión, el hospital, etc.—, el enclaustramiento en planos bien cuadrículados, una administración puntual del tiempo y de las actividades, es lo que dio a las disciplinas su principal fuerza y efectividad: producir sujetos obedientes y aptos para el trabajo. Sin embargo, las cosas han cambiado, vemos aparecer nuevas formas de poder que ya no se basan en la clausura, sino en una forma de control más sutil, al *aire libre*, los flujos no se detienen ni se obstaculizan, sino todo lo contrario, se animan, se redirigen, se impulsan. La videovigilancia, las nuevas tecnologías de información, la deslocalización que éstas

³¹ M. Foucault, *Naissance de la biopolitique*, Paris, Gallimard-Seuil, 2004, p. 65.



permiten, la transnacionalización, la porosidad y desdibujamiento de los Estados nacionales y las fronteras, así como el flujo continuo de personas, mercancías, datos, dinero, imágenes, etc., han hecho necesaria toda una nueva lógica de gobierno no más basada en los grandes encierros.

Son las sociedades de control las que están en proceso de reemplazar a las sociedades disciplinarias. "Control" es el nombre que Burroughs propone para designar al nuevo monstruo y que Foucault reconoce como nuestro porvenir. Paul Virilio también no cesa de analizar las formas ultrarrápidas de control al aire libre, que remplazan las viejas disciplinas que operan en la duración de un sistema cerrado³².

Deleuze apunta que no se trata de un modo más dulce o más duro de vigilancia —en comparación con las sociedades disciplinarias—, simplemente se trata de otra forma de control, *con sus propias liberaciones y servilismos*. Sin embargo, se trata de un esquema mucho más efectivo que el anterior, en tanto hace frente a un mundo distinto, es decir, fluido y líquido. Si algo distingue a la lógica capitalista es esta capacidad de aprender de los obstáculos y volverlos funcionales a sus requerimientos; si la realidad es fluida y líquida, el capitalismo no sólo ha abandonado el bloqueo y el enclaustramiento de los flujos, ahora los propicia y se monta en sus oleadas. Esta flexibilidad, esta gran capacidad de oportunismo, de sacar ventaja de sus propias crisis, responde a que el capitalismo es sobre todo un arte de gobernar, una gubernamentalidad³³, antes que una doctrina rígida cuya efectuaación pueda calificarse como verdadera o falsa respecto a un texto. Por ejemplo, cuando se toma una medida liberal de gobierno, uno no se pregunta si es fiel a tal texto o tal conjunto de principios, sino si es efectiva, si produce los resultados esperados, si es radical o tímida. En cambio, el socialismo siempre tuvo necesidad de justificarse como verdadero o como falso frente a los textos que fundaron la doctrina.

¿Pero es que al liberalismo se le hace la misma pregunta que uno expone al interior y a propósito del socialismo, a saber: verdadero o falso? Al liberalismo se le demanda si es puro, si es radical, si es consecuente, si es mitigado, etc. Es decir, uno le demanda qué reglas se pone a sí mismo y cómo compensa los mecanismos de

³² Deleuze, *Pourparlers*, p. 241.

³³ Por gubernamentalidad hay que entender las acciones efectivas y las tecnologías implicadas en el ejercicio del gobierno, es decir, todas aquellas decisiones y medidas que justifican y dan concreción al acto de gobernar. De manera más específica, con este concepto Foucault se refiere a una forma de ejercicio del poder aparecida en el siglo XVIII y que tiene como su principal foco la población, su principal estrategia la economía política y su principal cometido técnico, la seguridad.

compensación, cómo mide los mecanismos de medida que ha instaurado al interior de su gubernamentalidad³⁴.

El capitalismo liberal no es algo que deba justificarse frente a un texto, no es algo que pueda fundarse en un conjunto de principios canónicos, todo lo contrario, si algo lo distingue, si algo le da fuerza y lo hace maleable, es su capacidad de rotar y adaptar sus “fundamentos” a lo que sea la ocasión. De hecho, sería aquí arriesgado hablar de fundamentos, lo que hay en el fondo de la lógica capitalista es un conjunto de *axiomas* que se rehacen cada vez que es necesario. Desde la perspectiva de Deleuze, el capitalismo debe su gran poder de reactivación y rehabilitación, a pesar de sus crisis, a su gran capacidad axiomatizadora. Lo propio de la lógica capitalista no es dar lugar a un fundamento o a un código base a partir del cual todos los demás códigos se deberían ajustar; todo lo contrario, lo que crea son axiomas que, en tanto enunciados autoevidentes y que no necesitan demostrarse ni derivarse de nada anterior a ellos, resultan sumamente aptos para acomodarse y reformarse a partir de las necesidades de cada situación. Un axioma no sólo imprime orden, sino puede modificarse para establecer uno nuevo. Toda cosa que se salga de este orden —una *línea de fuga*³⁵, por ejemplo— puede ser integrada y reinterpretada a la luz de un cambio en los axiomas, estos siempre pueden resemiotizarse, reestructurarse y flexibilizarse para incluir aquello que se les escapa, siempre pueden territorializar aquello que se había desterritorializado³⁶.

Lejos de líneas de fuga creadoras y de conjugar trazos de desterritorialización positiva, la axiomática barre todas las líneas, las somete a un sistema puntual, y detiene las escrituras algebraicas

³⁴ Foucault, *Naissance de la biopolitique*, p. 94.

³⁵ Las *líneas de fuga* son todos aquellos gestos y actos que se escapan de los estratos duros introducidos por las instituciones, por la lógica capitalista y el Estado, mismos que tratan siempre de traducir e introducir a toda conducta y acción humana dentro de una etiqueta, identidad o casilla. Es una línea que huye de un territorio y de identidades fijas, implica, por ende, la imposibilidad de darle una ubicación exacta; en este sentido siempre se encuentra en el entre, pasa entre los puntos, sin jamás instalarse en uno de ellos

³⁶ En la ontología deleuziana la pareja territorialización–desterritorialización resulta central. De inicio, siguiendo las huellas de Jacob von Uexküll (etólogo estonio, fundador de la etología y que vivió de 1864 a 1944), no hay un territorio en sí para ningún ser vivo, antes bien, éste es producto de una dinámica de territorializaciones que vuelve familiar el entorno a través de marcas, olores, hábitos, huellas, madrigueras, cantos, en suma, una pluralidad de materias de expresión. Territorializar significa construirse un territorio que sea familiar a través de diversas marcas de expresión, pero no hay territorio fijo. Territorializar es una dinámica continua de remarcar y retrasar, extender y alterar, abandonando parajes o modificando los ya conocidos; por ende, no hay territorialización sin una paralela desterritorialización. En esta dinámica, no sólo se territorializa la tierra, sino también otros cuerpos, otros sujetos, estos también se marcan, entramos en simbiosis con ellos, hacemos marcas y trazos sobre ellos, los organizamos y desorganizamos de cierta forma, de la misma manera que tratamos de hacer familiar un territorio.



y geométricas que huyen de todas partes. Es como con la cuestión del indeterminismo en física: se realiza una "puesta en orden" para reconciliarla con el determinismo físico. Las escrituras matemáticas se hacen axiomatizar, es decir, re-estratificar, re-semiotizar; los flujos materiales se hacen re-fisicalizar. Es una cuestión tanto de política como de ciencia: la ciencia no debe devenir loca... Hilbert y de Broglie fueron hombres políticos tanto como científicos: han puesto orden³⁷.

Los axiomas funcionan como las hipótesis *ad hoc* en epistemología: si algo no se ajusta a la teoría, se introduce una pequeña modificación en algunos enunciados secundarios para que las cosas tengan sentido y las teorías no se caigan³⁸. El capitalismo actúa de manera semejante, carece de fundamentos y de principios permanentes, se sustenta más bien en un conjunto de axiomas que son modificables y ajustables según el escenario, lo importante es que la situación no *devenga loca*, sino que pueda ser comprendida tarde o temprano dentro del orden. Ahora bien, para poner orden no es necesario crear ni principios ni códigos permanentes, no es necesario territorializar de manera rígida para que todas las demás desterritorializaciones se detengan en su juego loco. Lo innovador de la lógica capitalista es que no intenta detener las desterritorializaciones de lo local, de las tribus y gestos particulares, con una territorialización o un modelo universal, sino precisamente las ataca con un gesto igualmente diverso: produciendo una desterritorialización sin parar, un juego igualmente loco.

No hay forma de vida que no se exprese como una forma de territorialización sobre la Tierra, la Tierra sería ese gran espacio sobre el cual toda forma de vida se crea un territorio. Ahora bien, la Tierra no es en realidad ningún territorio, es más bien la posibilidad de todo territorio, es aquello que Deleuze llama *la desterritorializada*, pues en ella no hay un territorio ni una forma de vida en sí, sino la posibilidad de que las particularidades y singularidades existan siempre de manera plural y dinámica, interconectándose, territorializando y desterritorializando: "[...] la Tierra es pues la Desterritorializada, ella es inseparable de un proceso de desterritorialización que es su movimiento aberrante [...]: las multiplicidades la pueblan, las singularidades se conectan, los procesos o los devenires se desarrollan, las intensidades suben o descienden"³⁹. Lo peculiar del capitalismo es que éste no se ha implantado en la Tierra como un proceso más de territoria-

³⁷ Deleuze y Guattari, *Mille plateaux*, p. 179.

³⁸ De acuerdo con Imre Lakatos, las hipótesis *ad hoc* son aquellas que pueden introducirse expresamente para evitar que una teoría sea falseada o para ajustar de manera más coherente a la teoría con los hechos. Cfr. *Escritos filosóficos I. Los programas de investigación científica*, Madrid, Alianza, 2007.

³⁹ Deleuze, *Pourparlers*, p. 201.

lización, sino precisamente ha puesto en marcha la estrategia contraria, emulando a la Tierra, su dinámica es la desterritorialización permanente.

El capitalismo es más bien aquello que desterritorializa la Tierra, pero para seguir y controlar los flujos de mercancías, de trabajo y de dinero que se distribuyen sobre ella en todas las direcciones; esta desterritorialización generalizada, propia del capitalismo, no se realiza sin suscitar las reterritorializaciones más ficticias (familiarismo, regionalismo, regreso a las tradiciones, a los folklores)⁴⁰.

No hay desterritorialización sin reterritorialización, la efectividad del capitalismo, en particular de liberalismo, radica en que ha encontrado que se puede gobernar y gestionar siguiendo los desplazamientos naturales de las cosas, propiciando los flujos más que bloqueándolos; sin embargo, para realizar tal descodificación y desterritorialización puede valerse incluso de lo contrario, de codificaciones y territorializaciones, de la posibilidad de designar y establecer identidades.

Paradojas ficticias vs. Paradojas radicales

Como hemos visto, el capitalismo no responde a un código o a un fundamento fijo, su lógica responde a una desterritorialización permanente, pero en esta dinámica no rechaza la creación de códigos y reterritorializaciones de todo tipo: desde la familia hasta las tribus, desde lo más tradicional hasta lo más vanguardista, desde lo más clásico hasta lo más *kistch*. Se muestra, de manera semejante a la *gran desterritorializada* (la Tierra), como el suelo desde el cual es posible incluirlo y flexibilizarlo todo. Sin embargo, este gesto inclusivo termina eliminando la posibilidad de la diferencia⁴¹, no

⁴⁰ D. Lapoujade, *Deleuze, les mouvements aberrants*, Paris, Editions du Minuit, 2014, p. 41.

⁴¹ La *diferencia* en la que piensa Deleuze es una que no puede establecerse a partir de un origen, no es la desviación de un original que terminó desdoblándose o desvirtuándose; antes bien, la diferencia es lo originario, es su diferenciación intensiva y no responde a ningún original, por ende, no puede determinarse ni compararse con algún referente externo a “más auténtico”, no puede representar nada fuera de ella. Esta diferenciación intensiva se realiza siempre en conexión con otras cosas, ellas mismas diferenciándose, sin que tengan que reducirse unas a otras o hibridarse. En este talante, las particularidades y las singularidades por las que apuesta Deleuze —culturales, políticas, sociales, etc.— no podrían reducirse a ningún modelo general u original, pero tampoco conformarían unidades coherentes y permanentes, precisamente porque no dejan de diferenciarse y de crearse con cada nueva conexión. No hay origen sino sólo superficie, así, los simulacros lo son todo, pues ya no tienen original al cual responder. El mundo responde a una interminable dinámica de conexiones y desconexiones, acoplamientos y desacoplamientos, territorializaciones y desterritorializaciones, de diferencias que se conectan con otras diferencias a partir de sus diferencias: “El simulacro es el sistema donde lo diferente se relaciona con los diferentes por la diferencia misma” (Deleuze, *Différence et répétition*, p. 355). Cabe también aclarar que por intensivo Deleuze comprende todo movimiento que acontece en el mismo lugar y que varía por su propia diferenciación



sólo porque lo singular y local se homogenizan, sino también porque no los puede integrar sin darles un nombre, una etiqueta, una identidad. La lógica capitalista no incluye sin exigir algún tipo de identidad, de pertenencia o propiedad, pero no sólo las exige, también las fija, con lo cual la paradoja se torna más engañosa, se convierte en el mecanismo por el cual se crea un afuera ficticio para poder nombrarlo y luego absorberlo. Afuera ficticio que crea otra ficción: que el capitalismo carece de exterior⁴², pues al final, tarde o temprano lo que parece externo ya está incluido de alguna forma, queda incluido a través de una paradoja que lo vuelve complemento de su contrario. Se trata, así, de aporías que ya han sido axiomatizadas y que en vez de dar lugar a diferencias radicales crean híbridos, hacen homogéneo lo dispar, lo hacen digerible a fuerza de nombrarlo y de hacerlo complementario. Es difícil negar el caudal de paradojas que conforman la globalización; sin embargo, lo que hagamos con ellas no arroja iguales resultados. Las paradojas pueden naturalizarse, pueden ser absorbidas por un axioma que les arranca su carácter indecidible y las hace aparecer como hechas de opuestos etiquetables, por ende, homogeneizables; de esta manera, las aporías se vuelven incluyentes y se debilitan, los contrarios se vuelven visibles y bien delimitados: las minorías y los movimientos contestatarios terminan asumiendo un rostro definido, una identidad reconocible. Pero también se pueden hacer otras cosas con las paradojas, podemos llevarlas al extremo y afirmar su carácter indecidible, podemos radicalizarlas y *acelerar el proceso*.

¿Pero qué vía revolucionaria si es que aún hay una? —¿Retirarse del mercado mundial, como Samir Amín aconseja a los países del tercer mundo, en una curiosa renovación de la “solución económica” fascista? ¿O bien, ir en el sentido contrario? ¿Es decir, ir aún más lejos que el movimiento del mercado en la descodificación y desterritorialización? Es que quizá los flujos no están tan desterritorializados, no tan decodificados, desde el punto de vista de una

inmanente; es decir, lo intensivo habla de una diferencia no extensiva, como por ejemplo, cuando un objeto cambia de lugar, sino de una diferenciación que no implica que el objeto simplemente se desplace o se mezcle con otro. Podemos mezclar agua y sal, extensivamente ello nos dará agua salada, como si ambos elementos fueran unidades coherentes y unitarias antes de la unión; pero desde un punto de vista intensivo, no hay en realidad una mezcla, sino el acoplamiento de dos elementos que en sí mismos están diferenciándose permanentemente aún antes de encontrarse; así, la relación se establece no a través de sus consistencias, sino de sus diferenciaciones.

⁴² Cuando decimos que *el capitalismo no tiene exterior*, en realidad estamos apuntando a la manera como éste funciona, según Deleuze: como una realidad que abarca toda la Tierra y que emula la desterritorialización de la misma; de esta manera se presenta como el suelo natural, originario y total sobre el cual tienen lugar todas las territorializaciones, trayectos y expresiones —desde las más conservadoras hasta las más marginales—. Sin embargo, para el filósofo francés, esta imagen de totalidad es ilusoria. Hay un afuera del capitalismo una exterioridad que éste no podrá abarcar ni engullir del todo, aquello que Deleuze llama *el esquizo*.

teoría y una práctica de flujos de alto contenido esquizofrénico. No retirarse del proceso, sino ir más lejos, “acelerar el proceso”, como decía Nietzsche: en verdad, en esta materia aún no hemos visto nada⁴³.

¿Acelerar el proceso significaría hipostasiar la oposición entre lo global y lo local? La respuesta es claramente negativa, pues es gracias a haber fijado los opuestos, haberles dado un nombre y una etiqueta, que se han vuelto digeribles y homogéneos. Como lo expone Benjamin Barber, es igualmente peligroso, y en muchos sentidos es equivalente, *mcdonalizar* al mundo, volviéndolo una entidad uniforme y plana, sometida a los mismos estilos y modos —música, ideas, modas, alimentos, tecnología—; que *jihadizarlo*, parcelizarlo en posturas puras y blindadas en donde la disidencia se paga con sangre. Ambas convierten a la Tierra en un *espacio estriado* donde de antemano a cada cosa le corresponde un lugar, donde hay una manera de ser y de vivir, fuera de la cual está la marginación o la muerte. Ambas posibilidades producen a su manera gestos de violencia e intolerancia, al tiempo que encasillan al mundo dentro de determinadas estrías, casillas y direcciones.

Lo que llamo fuerzas de la *Jihad* y fuerzas del *McMundo* operan con igual ímpetu en direcciones opuestas, una dirigida por odios parroquiales, el otro por mercados universales; uno recreando viejas fronteras subnacionales y étnicas, el otro volviendo porosas las fronteras nacionales. Ambos tienen una cosa en común: ninguno ofrece mucha esperanza a los ciudadanos que buscan caminos prácticos para gobernarse a sí mismos de manera democrática⁴⁴.

La *jihadización* del mundo y su *macdonalización* son dos realidades opuestas a la vez que muy homogéneas: una puede verse como el reverso, el efecto o la reacción de la otra, por ende, comparten en muchos sentidos la misma lógica. Estamos aquí ante una paradoja ficticia que sólo puede establecer la contradicción al precio de volver homogéneos los opuestos. En cambio, una paradoja radical afirmaría la diferencia irreductible de los opuestos, en gran medida dejarían de ser opuestos para tornarse diferencias radicales que estrictamente no serían asignables ni a lo local ni a lo global, ni al híbrido de ambos, sino que emergería *entre* ellos, en los intersticios que no alcanzan a ser comprendidos por ningunos de los dos ni por su mezcla. Por el contrario, si pensamos que la finalidad de una paradoja es producir híbridos, estamos ante una aporía ficticia, aquí los opuestos terminan volviéndose homogéneos, sea porque uno se deriva del otro, sea porque emerge como mera reacción frente al otro, sea porque se mezcla

⁴³ Deleuze y Guattari, *Le Anti-Œdipe*, p. 285.

⁴⁴ Barber, “Jihad vs. McWorld”, p. 53.



con el otro. Una paradoja ficticia termina reconciliando los opuestos una vez que los ha nombrado, en cambio, una paradoja radical afirma la diferencia de sus elementos, sin dejar de relacionarlos entre sí, pero sin reducir uno al otro. La idea, por ejemplo, de que lo local es finalmente producido por lo global comparte este cuño, no nos deja pensar la diferencia, es decir, ¿qué forma tendría una manifestación singular sin tener que reducirla a lo global o a lo local?, ¿toda diferencia tiene que caber en alguna de estas casillas? El problema, por ejemplo, con la *jihadización* es que no encontramos en ella una verdadera diferencia, pues su razón de ser es luchar contra Occidente y el *McMundo*, contra lo global, pero al hacerlo se hace complementaria de aquello contra lo cual lucha. ¿No es este acaso uno de los peligros de naturalizar las paradojas? Es decir, ver que las contradicciones están formadas por opuestos definibles y delimitados, y que la diferencia sólo puede aparecer en la mera oposición, ¿no es una manera de desactivar dichas aporías y volverlas amables e incluyentes, a la vez que unívocas y homogeneizadoras? ¿No es una manera también de desactivar la crítica y la posibilidad de resistencia? Desde una perspectiva tal, lo local, lo tribal, lo singular, verían en riesgo su diferencia y la posibilidad de resistir, pues simplemente se traducirían en el reverso de aquello que rechazan, en híbridos de aquello con lo cual se enfrentan. Por el contrario, como lo expone Ronald Bogue, la auténtica diferencia y la auténtica resistencia sólo podrían presentarse como línea de fuga.

Una línea de fuga es una línea que escapa de cualquier orden fijo y estable. Es una línea *entre las cosas*, entre entidades e identidades claramente demarcadas, un zigzag, curso impredecible que perturba las coordenadas de un espacio organizado. La línea de fuga es, en pocas palabras, la línea nómada de un espacio liso⁴⁵. Y lo que es esencial es que una línea de fuga es una línea de devenir-otro, de metamorfosis, de constante transformación⁴⁶.

Llevar las paradojas a su límite, acelerar el proceso, no significaría superar su carácter indecidible, sino afirmarlo, implicaría no hibridizar sus términos en un proceso de complementación e identificación mutua; al contrario, lo singular, las expresiones particulares, las verdaderas diferencias que podrían resistir y reactivar la crítica, no nacerían ni en lo local ni en lo global, vistos como opuestos consistentes; surgirían más bien *entre ambos*, en una

⁴⁵ Por *espacio liso* hay que entender un espacio libre sobre el cual todo trayecto y desplazamiento es posible, no tiene ni caminos, ni lugares, ni marcas, ni casillas preestablecidos, sino se explora como posibilidad de trazarlos, de definir líneas, caminos y de hacer territorio. En contraste, el *espacio estriado* ya tiene caminos, lugares y nichos preestablecidos, mismos que nos dicen a dónde ir, qué trayectos tomar, cómo territorializar, en dónde parar.

⁴⁶ R. Bogue, "Nomadic Flows: Globalism and the Local Absolute", *Concentric: Literary and Cultural Studies*, vol. 31, no. 1, 2005, p. 18.

zona de indecidibilidad entre lo local y lo global: ni propiamente globales ni propiamente locales. Las paradojas radicales a las que aspira Deleuze nos hablan de polos no claros, que se conforman y rehacen a la medida que se encuentran y confrontan.

Finalmente, el peligro de naturalizar las paradojas es que al hacerlo perdemos la posibilidad de experimentar la diferencia radical, aquella irreductible a una dicotomía preestablecida, pues tales coplas suelen estar auspiciadas —en el fondo— por la hegemonía de alguno de los opuestos que las constituyen. En el caso de lo *glocal*, es sin duda la perspectiva global-liberal la que domina la paradoja, con lo cual lo local termina definiéndose exclusivamente en oposición a una dicotomía impuesta desde la perspectiva hegemónica, perdiendo la posibilidad de explorarse como diferencia radical. En este punto, autores como Marramao concordarían abiertamente con la perspectiva deleuziana.

En este conflicto, lo local no se constituye como alternativa a lo global [...]. Los localismos pertenecen en todo y por todo a la lógica de la globalización: se alimentan de ella incluso cuando ostentan irreductible enemistad [...]. Autorreferencia tecnocrática de la lógica global y deriva populista de los contextos locales de identificación simbólica se relacionan entre sí como las dos caras de una misma moneda, diseñando en forma conjunta un eje de relaciones conflictivas con respecto a las políticas de universalización⁴⁷.

Coda. Un pueblo por venir

Es cierto que el capitalismo, tal y como lo define Deleuze, evade todo fundamento, toda territorialización permanente; sin embargo, en este movimiento desterritorializador no puede prescindir de territorializar, de asignar identidades y límites estables; es ahí precisamente donde las singularidades⁴⁸ corren el peligro de ser reducidas a una expresión fija. Si queremos conservar lo local como diferencia radical, si no queremos fijarlo en una identidad estable, no podemos verlo en simple continuidad o como reacción frente a lo global, sobre todo porque éste respondería a aquello que

⁴⁷ Marramao, *Pasaje a Occidente*, p. 249.

⁴⁸ En la perspectiva deleuziana, las singularidades son lo que existe antes de los individuos y lo que permite la individuación; es aquello que emerge a partir de una dinámica intensiva de relaciones y acoplamientos, por ello, alcanza sólo una estabilidad precaria y momentánea, pues cambia de naturaleza así como cambian sus conexiones. Las singularidades no son absolutamente indiferenciadas, pero tampoco nos remiten a individuos acabados y bien definidos. Bien podríamos decir, son puntos precarios y difusos que pierden su consistencia en cada nuevo acoplamiento y que alcanzan una nueva con cada nueva conexión.



Deleuze y Guattari llaman lo *relativo global*, es decir, un *espacio estriado*, dividido en partes, en lugares, que establecen direcciones fijas y bordes, así como las maneras válidas de traspasarlos. Frente a lo relativo global se alzaría lo *absoluto local*, es decir, un *espacio liso* que no tiene ni compartimientos ni surcos que indiquen de antemano qué distribución tomar, en qué casilla instalarse o qué forma adquirir. Lo *absoluto local* se presenta como *movimiento nómada* que no es localizable ni delimitable de manera permanente, pues se orienta y se refiere a una pluralidad de manifestaciones, ellas mismas en mutación. Lo absoluto local se refiere entonces a: “[...] un absoluto que tiene su manifestación en lo local y que se engendra en una serie de operaciones locales de orientaciones diversas: el desierto, la estepa, el hielo, el mar”⁴⁹. Significa *hacer aparecer lo absoluto en el lugar*, sin pretender que ese lugar se vuelva absoluto. Hacer aparecer el lugar en lo absoluto es precisamente la estrategia capitalista y de la globalización en general: al presentarse como un monstruo sin fundamentos y cuya tarea es la desterritorialización intensiva⁵⁰, se manifiesta como un lugar con carácter absoluto, como una perspectiva particular que se convierte en total y sin exterior. Hacer pasar por global una perspectiva que es en realidad particular, es la estrategia óptima para absorber todas las demás particularidades. Esta es la función de las paradojas ficticias, naturalizar las contradicciones y absorber las diferencias. En cambio, las paradojas radicales conservan y potencian la diferencia, sus elementos ya no tienen más la forma de opuestos, sino de *entidades nómadas* o multiplicidades⁵¹ que no paran de diferenciarse, que tienen una pluralidad de referentes y de relaciones, cambiando de naturaleza con cada nueva relación y conexión. Se trata entonces de diferencias inmanentes que no pueden *esencializarse* ni reducirse o incluirse en un referente total o en una polaridad dicotómica estable.

Las paradojas que hemos esbozado corren el riesgo de hacer aparecer lo local y lo global como dos polos claramente definidos y delimitados, de ahí que toda diferencia o singularidad sólo pueda comprenderse a la luz de ambos. Esa es precisamente la manera como una paradoja se hace ficticia. Por el contrario, en una paradoja radical los opuestos se establecen como diferencias irreductibles que, si bien se relacionan, no adquieren ni

⁴⁹ Deleuze y Guattari, *Mille Plateaux*, p. 474.

⁵⁰ El significado de *intensivo* es aclarado en la nota 41.

⁵¹ Con el término *multiplicidad* Deleuze trata de hacer frente a una concepción de las cosas, de los cuerpos y de los sujetos en términos de identidad y de propiedad. Para el filósofo francés, los cuerpos nunca permanecen idénticos a sí mismos, difieren de ellos mismos de manera intensiva y constante, cambian de naturaleza así como se dividen o se conectan con otros cuerpos, aun así, los cuerpos son múltiples de manera inmanente y no por mera agregación: “cada multiplicidad está ya compuesta de términos heterogéneos en simbiosis, [...] ella no cesa de transformarse en otras multiplicidades en hilera, siguiendo sus umbrales y sus puertas” (Deleuze y Guattari, *Mille plateaux*, p. 305).

rasgos estables ni identidades. Se trata entonces de diferencias nómadas. Lo nómada no es aquello que va de un punto a otro, su razón de ser no es ir de A hacia B, antes bien, su razón de ser está en el trayecto mismo, sin origen ni fin determinado. En este talante, tales conceptos nos dan herramientas nuevas para pensar lo local como verdadera diferencia, es decir, como pluralidad de expresiones nómadas, no fijas y con una diversidad de referentes, no sólo lo global. La forma, expresiones y contenidos de lo local estarían entonces permeados por una constante diferenciación, por hacerse y rehacerse a medida que cambian sus relaciones. Lo heterogéneo no se podría reducir a ser un efecto de lo homogéneo, lo particular no sería una de las manifestaciones de lo universal, lo plural no sería una de las formas en que lo finito implosiona, los márgenes no estarían en continuidad con el centro. Lo local, las singularidades, las diferencias, no tendrían que demandar una carta de identidad, una asignación de nombre o el reconocimiento de su unidad y coherencia para actuar, resistir y crear nuevas formas de vida. Si hay alguna forma de resistencia al proceso globalizador que vivimos, que se vale de la naturalización de sus contradicciones, ese reducto estaría en resistir a la identidad y a la delimitación permanentes, a ser abducidos necesariamente por alguno de los polos de la contradicción. Como expone Giorgio Agamben, si hay algo que el Estado y las instituciones que apuntalan la lógica globalizadora no pueden tolerar "es que las singularidades que forman una comunidad no sean reivindicadas en alguna identidad, que haya seres humanos que se copertenezcan sin una condición representable de pertenencia (ser italiano, de clase trabajadora, católico, terrorista, etc.)"⁵². La *comunidad que viene* agambiana sería precisamente la expresión de formas de vida que no necesitan justificarse o modificarse para pertenecer a un conjunto que en sí mismo no puede nombrarse ni fijarse, no puede adquirir ninguna identidad. Se trataría, como también lo afirma Marramao, de *una comunidad paradójica, comunidad de los sin comunidad*. Sólo así sería pensable la democracia, como algo siempre "[...] 'por venir' justamente porque nunca sacrifica a la utopía de una tradición absoluta la opacidad de la fricción y del conflicto"⁵³. Deleuze tomaba la misma ruta al hablar de *un pueblo por venir*, expresión que no tendría un carácter mesiánico, al contrario, se trata de un pueblo por venir porque nunca llega del todo, porque nunca se consolida en un programa, en una identidad o en una propiedad. Se trata de un pueblo que no comunica nada, porque no se asume en continuidad con los interlocutores establecidos, un pueblo que crea en tanto escapa a la designación y a designar, que inventa nuevas formas de decir y de vivir. "Se escribe en función

⁵² G. Agamben, *Means without end. Notes on Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2000, p. 87.

⁵³ Marramao, *Pasaje a Occidente*, p. 202.





de un pueblo por venir y que no tiene aún lenguaje. Crear no es comunicar, sino resistir. Hay una liga profunda entre los signos, el acontecimiento, la vida, el vitalismo”⁵⁴. Deleuze evoca, así, a un pueblo que emerge en el *entre*, que se conecta con todo lo que le rodea, pero que se niega a hacer de puente entre las grandes dicotomías, que no se presenta como híbrido de los grandes referentes y que no asume identidad alguna. Se trata de un pueblo intersticial.

⁵⁴ Deleuze, *Pourparlers*, p. 196.



EL ESTADO MODERNO
HOY Y MAÑANA

Pierangelo Schiera

Si se quiere hablar del Estado del futuro, o mejor aún, de la condición del Estado en el futuro, es decir, de su crisis proclamada hace más de un siglo, la mejor perspectiva histórica para hacerlo no es la de considerar la situación en su periodo de florecimiento (entre los siglos XVII y XX), sino la de intentar colocarse antes de éste, es decir a partir de las “estructuras pre-estatales y pre-modernas”¹. En efecto, creo que la llamada crisis del Estado es la crisis de la huella unitaria, centralizada y monolítica que el “Estado (moderno)”² se ha venido construyendo en su periodo histórico más alto: el del absolutismo de los siglos XVII y XVIII. Después, con la Revolución, vencieron *Liberté* y *Égalité*, debidamente registradas en las Cartas constitucionales; pero con el dominio burgués el sistema estatal se ha endurecido, volviéndose tendencialmente monolítico, es decir, de clase. Tanto que, como se sabe, la tensión entre democracia liberal y prestación administrativa y burocrática (la jaula de hierro de Weber) ha conducido al producto principal del siglo XX político: el totalitarismo.

El fenómeno-Estado al cual evocar para tener la mejor perspectiva para nuestro futuro, para el futuro de nuestro Estado, pues, yo lo describía así, en resumen, en 1994: un proceso de estatización “[...] en el cual el carácter de la unidad tendencial de la forma de gobierno sobre un determinado territorio, con los corolarios de la uniformidad de los comportamientos políticos, de la racionalización institucional y de la burocratización del

¹ Como las ha llamado mi esposa Giuliana Nobili en la traducción (1983) del título de la obra de Otto Brunner *Land und Herrschaft. Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte Österreichs im Mittelalter* (1939): G. Nobili Schiera, “A proposito della traduzione recente di un’opera di Otto Brunner”, G. Nobili Schiera, *Tre scritti*, Trento, Fondazione Bruno Kessler Press, 2015.

² Es esta la expresión gráfica usada por mi Maestro Gianfranco Miglio (*Genesi e trasformazioni del termine-concetto ‘Stato’* [1981], Brescia 2007) para distinguir la forma de organización del poder sobre la que estamos tratando de cualquier otra forma histórica de este último.

mando, coexiste y lucha con el carácter alternativo de la pluralidad de los ordenamientos y con la riqueza de las presiones sociales”³.

La situación, en cambio, es que nuestra visión del problema Estado es estrecha y plana en la visión liberal del mundo que conduce todo al modelo clásico del Estado de derecho, de exclusiva connotación parlamentaria, con una eventual apertura al carácter democrático–social desarrollado hacia el final del siglo XIX. Esto coincide en gran medida con la tendencia a considerar al Estado como un “todo” simbólico, además de y antes que institucional. Pero no existe un sistema simbólico sin poder efectivo, es decir, sin referencia a la política⁴. Es dentro de este rango que está también el actual estado del Estado. El hecho es que este rango se ha ampliado desde hace cien años y tal vez hayamos ya salido de él, pero sin darnos cuenta, no obstante las plagas y los genocidios ocurridos mientras tanto, y no obstante los sinceros tentativos postcoloniales de “provincializar” Europa, ampliando hacia ella la nueva categoría de “sociedad política” en lugar de aquella putrefacta categoría de “sociedad civil” y teniendo el valor de proponer una “política de los gobernados” en lugar de aquella tan frecuente de los gobernantes⁵.

Sería necesario ver si, con el ocaso del Estado de derecho, tenemos a la vista algún otro conjunto simbólico capaz de sustituir a nuestro “atlántico” (o quizá lo ha ya sustituido, sin que lo sepamos), como lo cristiano había reemplazado (“sin hacer ruido”) a lo clásico de la mitología griega y romana: “Por eso se procedió a la destrucción de teatros, a la destrucción de los templos o su transformación en iglesias o santuarios cristianos”. A mí me interesa el *Welt-Bild*: más que la *Welt-Anschauung*: es decir, no tanto la “concepción” como el “cuadro” del mundo, o al menos este último como figura, cosa representable o representada, imagen o representación en sentido más estructural que espiritual⁶. El *Weltbild* se acerca e incluye, me parece, al sistema (aún más incluyente) simbólico y me permite decir

³ P. Schiera, Presentación del volumen *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, editado por Giorgio Chittolini–Anthony Molho–Pierangelo Schiera, Bologna, il Mulino, 1994.

⁴ Fue Mauro Pesce —que no es un estudioso del Estado, sino de la religión— quien presentó como indispensable al sistema simbólico de la llamada modernidad “una mutación de la organización del vivir asociado, resumible [entonces saliendo de lo cristiano] en la creación del Estado moderno, es decir en la práctica y en la teoría de la política”: M. Pesce, “La modernità ha costruito un sistema simbolico alternativo a quello cristiano antico?”, Ch. Dipper y P. Pombeni (Eds.) *Le ragioni del moderno*, Bologna, il Mulino, 2014, pp. 387–422.

⁵ P. Chatterjee, *The Politics of the Governed. Reflections on Political Society in the Twenty-First Century*, New York, Columbia University Press, 2004.

⁶ Lo digo porque el término viene del libro de Franz Borkenau, editado y presentado en Italia por Giacomo Marramao: F. Borkenau, *La transizione dall'immagine feudale all'immagine borghese del mondo: la filosofia del periodo della manifattura*, Bologna, il Mulino, 1984 (título en alemán: *Der Übergang vom feudalen zum bürgerlichen Weltbild. Studien zur Geschichte der Philosophie der Manufakturperiode*, Paris 1934).

algo más sobre el Estado “histórico” y sobre su “estado” actual. Ese Estado, independientemente de las modalidades no unívocas con que surgió y posteriormente se desarrolló, necesitaba ser percibido como un *Bild*, una imagen, y ser objeto de representación. Mucho más de mandato que de representación; debo agregar que tal vez justo el paso del mandato (por clases) a la representación (parlamentaria) ha sido uno de los “rechazos” que lo condujeron a la “de–generación”, en el siglo XIX⁷.

¿Cuál fue entonces la “realidad” en el paso de lo feudal a lo burgués, más allá del nuevo modo de producción que Franz Borkenau coloca en la *Manufakturperiode*? La respuesta que elijo es: el Estado y su “razón”. Pero de Borkenau aprendí también el papel estructural de la Filosofía, que es como decir el papel de la consciencia en la historia⁸: no sólo aquella “macro–europea” (atlántica) o “del capitalismo” o “de clase”, sino sobre todo la micro, individual, del hombre que descubre ser productivo y poder serlo conscientemente. Esto significa entrar en lo específico de la ideología, forma históricamente determinada de lo político en la edad moderna⁹. Queda incluida la ciencia, que nace como síntesis de conciencia y manufactura y da soporte al Estado, del cual es al mismo tiempo producto. Es filosofía del mecanicismo, pero no sólo, es también ideología del productivismo, que representa quizá el núcleo central de la doctrina del Estado (y del hombre) burgués. Ciencia–técnica–producción–capital, en la cadena hecha por el dinero, pero ciertamente también producto del Estado: como intermediación, pero también como estructura.

Lo que yo digo son cosas simples: es a partir de aquí que se puede medir el estado del Estado de hoy, es decir, de su relación con lo moderno: porque si se quita el atributo de “moderno” al “Estado”, ¿qué queda? ¿Será entonces la modernidad que necesita volver a hablar, en la presunción de que en el destino de la humanidad no puede haber otra cosa que lo “moderno”? Inicio a partir de un ensayo de Scuccimarra¹⁰, por una pequeña consideración sobre la “temporalidad” utópica, insistiendo más

⁷ P. Schiera, *Lo Stato moderno. Origini e degenerazioni*, Bologna, il Mulino, 2004.

⁸ Que había alcanzado a través de A. Negri, *Descartes politico o della ragionevole ideologia*, Milano, Feltrinelli, 1970, pero consultar el *cfr.* El comentario del mismo Negri, treinta años después en ocasión de la republicación del libro: “Descartes politico: metafisica e biopolitica”, en *Scienza & Politica*, 16, 31, 2004, pp. 21–37.

⁹ P. Schiera, “L’ideologia come forma storicamente determinata del ‘politico’ nell’età moderna”, *Aspetti e tendenze del diritto costituzionale. Scritti in onore di Costantino Mortati*, vol. I, Milano, Giuffrè, 1977, pp. 833–864. Consultar M. Ricciardi, “L’ideologia come scienza politica del sociale”, *Scienza & Politica*, 27, 2015, pp. 165–195.

¹⁰ El cual habla “de aquel dinámico contexto de innovación y “auto–trascendencia” política y social en la que numerosos intérpretes —a partir de Koselleck— han querido captar el auténtico elemento caracterizante de la modernidad, como específica constelación de la época”: L. Scuccimarra, “Il futuro della modernità. Sul dilemma della temporalità utopistica”, Ch. Dipper y P. Pombeni (Eds.) *Le ragioni del moderno*, p. 423.

en el cambio cronológico que en el topológico. Me refiero al subgénero de la “dis-topía” que me parece designa la descripción de una sociedad imaginaria o una comunidad futura, en la cual algunas tendencias sociales, políticas y tecnológicas advertidas en el presente son vistas en una evolución al mismo tiempo necesaria y, a los ojos del hoy, pesimista. Sin poder detallar uno de los géneros más “invasivos” de la producción cultural contemporánea, quisiera preguntarme ¿cómo es que sólo a partir del siglo XIX ese género se presenta con fuerza y precisamente en una Inglaterra que estaba construyendo el estándar de la *modernity*? Mejor dicho, ¿cómo es que hacia la mitad del siglo XIX la idea iluminista de lo “moderno” al centro del progreso, fundado a su vez en la capacidad productiva del hombre —o tal vez de la burguesía (*vertu mesure du bonheur*)— casi inadvertidamente se convirtió en una visión centrada en las especies (entre ellas la humana) y en la capacidad evolutiva de esta última?

En este pasaje se omiten el tiempo y también la fe, que eran tal vez los caracteres principales de la vieja idea de modernidad iluminista, capitalista y burguesa. La evolución ya no necesita —como ocurría con el progreso— ni de tiempo ni de fe (y quizá tampoco de burguesía). Ciertamente estará en medio de esto Darwin, además de Spencer¹¹, pero sobre todo actúa la extraordinaria difusión de un bloque cultural (de un conjunto) evolucionista llamado a dar respuesta, incluso a nivel popular, a una transformación en curso —cierto, industrial y social, pero también cultural y política— que parecía imparable y que, a la larga, tendrá que ver no sólo con el hombre sino con las máquinas que éste ha aprendido a producir. Es más, no sólo el hombre y la máquina, sino una “maquinaria” mucho más grande que precede a ambos y que es la de la organización industrial y social: una nueva “visión mecanicista del mundo”, para retomar a Borkenau¹². Ciertamente no es casualidad que parte del recorrido inicial de este nuevo *Welt-Bild* esté entrelazada con los movimientos socialistas que acompañan, particularmente en Inglaterra, la última fase de modernización¹³.

Porque de hecho, en esta otra *Sattelzeit fin de siècle* se cumple el paso de una *modernity* gobernada por la fuerza productiva del hombre-individuo, al interior de su próspera y bien organizada clase burguesa, a un *modernism* en cambio empujado por la fuerza ciega, pero no tan escondida, en cuanto está en las raíces mismas de la evolución de las especies, que la biología del tiempo espera “explicar”. Entonces no puedes hacer nada, debes sólo tratar de entender y adaptarte, si eres capaz; y no sólo en la na-

¹¹ G. Lanaro, *L'evoluzione, il progresso e la società industriale. Un profilo di Herbert Spencer*, Firenze, La Nuova Italia, 1997.

¹² F. Borkenau, *Pareto*, New York, J. Wiley & Sons., 1936, en el cual es delineada una original y precoz teoría del totalitarismo.

¹³ Todavía útil la referencia a E. Halévy, *Histoire du socialisme européen*, Paris, Gallimard, 1948.

turalidad —como parece ser experimentalmente comprobado— sino también en lo social y en lo político, porque a fin de cuentas, para usar el título del libro que hasta ahora ha afrontado mejor el tema del *modernism* y lo ha hecho desde un punto de vista marxista, *All that is solid melts into air*¹⁴.

Ciertamente esta evaporación consideró también al Estado, en su acepción de “moderno”. Y en efecto los más honestos comenzaron entonces a hablar de “crisis del Estado”, así como a proponer remedios: dos casos ejemplares son Santi Romano en Italia e Carl Schmitt en el *Reich*, a ambos ciertamente no les eran indiferentes las próximas soluciones fascistas y totalitarias. No hablo de la Rusia soviética, pero recuerdo que uno de los fragmentos importantes de la literatura distópica fue la novela *Nosotros*, publicada en inglés (*We*) en 1921 por Evgenij Zamjatin, el ingeniero ruso que en los primeros años de la Revolución experimentaba en Portsmouth con los barcos de guerra soviéticos. En el mismo año 1921, en *L'ordine nuovo*, Gramsci invitaba a los camaradas a “no tener miedo de los monstruos”, utilizando tal vez también a los futuristas (Marinetti a la cabeza) para construir una “cultura (una civilización) proletaria, totalmente diferente a la burguesa”. Los futuristas en efecto habían tenido antes de la Guerra, según Gramsci, el valor de “destruir”: “han tenido la concepción neta y clara que en nuestra época, la época de la gran industria, de la gran ciudad obrera, de la vida intensa y tumultuosa, debería haber nuevas formas de arte, de filosofía, de costumbres, de lenguaje”. Aparte de la deslumbrante seguridad con que Gramsci reconoce que “la clase obrera revolucionaria tuvo y tiene la conciencia de deber fundar un nuevo Estado, de deber elaborar una nueva estructura económica, de deber fundar una nueva civilización” y aparte de su lacerante llamado a la “fórmula” leninista de un “Estado burgués sin la burguesía”, su inventiva profuturista puede servir para reunir bajo un común denominador elecciones diferentes tanto en el plano ideológico como en el de la inteligencia histórica, de frente a la evidencia de la crisis del tiempo y a la exigencia de darle solución¹⁵. Monica Cioli, por su parte, está buscando aplicar la etiqueta de “modernista” también al fascismo, recordando también que uno de los márgenes principales fue

¹⁴ M. Berman, *All that is solid melts into air. The Experience of Modernity*, New York, Verso, 1982.

¹⁵ Agradezco a Michele Filippini, quien está trabajando a un majestuoso *Gramsci Project* (dl.gramsci-project.org), por las indicaciones sobre el interés de Gramsci por Marinetti y el futurismo: el pasaje citado está en A. Gramsci, “Marinetti rivoluzionario”, *L'ordine nuovo* (5 de enero de 1921). El artículo inicia así “Ha ocurrido este hecho inaudito, enorme, colosal, cuya divulgación amenaza con aniquilar totalmente el prestigio y el crédito de la Internacional comunista: en Moscú, durante el II Congreso, el camarada Lunaciarsky ha dicho, en su discurso a los delegados italianos [...] que en Italia existe un intelectual revolucionario que es Filippo Tommaso Marinetti”. El ensayo de Gramsci es citado, en la traducción al inglés (A. Gramsci, *Selections from Cultural Writings*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1985, pp. 95–96) también por M. E. Versari, “Futurist Machine Art, Constructivism and the Modernity of Mechanization”, G. Berghaus (Ed.), *Futurism and the technological imagination*, Amsterdam, Rodopi, 2009.

justamente para los futuristas, la referencia constante al *Bild* de la “máquina”, el cual por otra parte representó también un mito transversal para las vanguardias artísticas europeas de la época¹⁶.

¿Qué quiere decir? Tal vez que, de un mecanicismo a otro, también el Estado—máquina de Borkenau, ya en parte degenerado en una forma de Estado ya del todo autorreferente (el Estado de derecho burgués del siglo XIX) y estrechamente conectado con una *modernity* en crisis, pudo caer en el vórtice modernista, rindiéndose más fácilmente al giro totalitario de los distintos fascismos, en nombre de revoluciones falsas (además de barrocas), por así decirlo, a su vez “mecanizadas”, pero en las cuales muchos creyeron, empezando por las vanguardias, no sólo artísticas y literarias.

Yo no puedo decir lo que se necesitaría hacer; trato sólo de entender lo que es probable que suceda y ciertamente no estoy viciado por la posición privilegiada (personal, pero sobre todo occidental) desde la cual me encuentro pensando en estas cosas. Me parece que estamos fuera no sólo del “conjunto simbólico” que, en sus contradicciones, ha acompañado al Estado durante algunos siglos; estamos fuera también del campo de intermediación estructural que esa forma ha podido realizar, por largo tiempo, respecto a las contradicciones de clase del capitalismo maduro. En este punto, parece haberse roto el elástico que ha mantenido juntos Estado y política en Occidente, durante más o menos toda la edad moderna. Ignoro si hay otros “casos” de modernidad después de lo postmoderno o dónde se darán otros lugares de politización. Ciertamente ya no en el Estado.

El destino del Estado —como el de todas las figuras organizativas de sí que la humanidad se ha dado en el curso de su evolución— será confluir en el gran “depósito” de la administración que ha sido, aún antes de la política, el específico modo de ser humano en comunidad, es decir, la primera y fundamental “comunidad”. Si es posible descubrir y hacer rendir, en la administración, el respeto de los seres humanos hacia sí mismos y hacia los demás¹⁷ no lo sé, pero lo espero. De otra forma, el futuro será de verdad distópico, como nos están advirtiendo, y no desde hace poco, los *desperates* de un *New brave world*¹⁸, o nos tendremos que limitar a diagnosticar, junto con Anne-Marie Slaughter, la aparición de una especie de *disaggregate State*, suspendido entre *governance* y *government*¹⁹. Los más optimistas llaman la atención sobre los “puntos nodales”, sugiriendo por ejemplo que “el deshacerse de la problemática solidaridad entre

¹⁶ M. Cioli, *Il fascismo e la “sua” arte*, Firenze, Olski, 2005; también M. Cioli, *Fascismo e modernismo*, de próxima publicación.

¹⁷ L. Duguit, “Jean-Jacques Rousseau, Kant e Hegel”, *Revue de droit public et de la science politique en France et à l'étranger*, 2-3, avril-septembre 1918, pp. 173-211, 325-377.

¹⁸ A. Huxley, *Brave New world* (1932) y *Brave new world revisited* (1958).

¹⁹ A.M. Slaughter, *A new world order*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2004.



el “espíritu del capitalismo”, liberalismo económico y Estado–nación (en su forma democrático–representativa) es el aspecto crucial de la línea nodal que estamos atravesando²⁰. Pero mientras la línea se arma, se inventan siempre nuevos modos para atizar el fuego y mimetizar a los sujetos que deberían ser golpeados.

El Estado, como estamos acostumbrados a conocerlo hoy, presenta otro vínculo que parece indisoluble, además de aquel con la historia: el vínculo con el Derecho. El Estado es el lugar del Derecho y el Derecho es el lugar del Estado. El único Derecho es aquel del Estado y el único Estado es aquel del Derecho. Vista históricamente esta perspectiva no se sostiene: hubo épocas y todavía hay lugares en los que el Derecho pudo existir sin Estado, como ha habido estados —y todavía los hay— en los que el Derecho (al menos el nuestro) no es elemento estructural. En suma, conectar definitivamente el Estado con el Derecho me parece sustancialmente un error de perspectiva, ya sea por lo tocante a su génesis que por lo que tiene que ver con su futuro.

El mismo “Estado (moderno)” nació más allá del Derecho. La famosa fórmula del *superiorem non recognoscens* no podía aún preocuparse por el Estado, así como los dinámicos Estatutos de las ciudades medievales²¹. El Estado surgió sobre bases “estructurales” más amplias que el Derecho, que incluían elementos de psicología, antropología y ética, constitutivos de un tipo político (y quizá humano) distinto al que durante casi un milenio sobrevivió a la caída “silenciosa” del imperio romano de occidente²², formando también parte del gran paso de un cristianismo fluido a uno más sólido e institucionalizado, hacia una dimensión más laica y activa de la vida²³. Las bases de este Estado “histórico” han sido esencialmente de tipo cultural, incluso reflejando la necesidad fundamental de una nueva normativa expresada por el orden productivo, que mientras se instauró en proyección manufacturera y capitalista. La estadística, la búsqueda de las causas de la grandeza de las ciudades y la razón de Estado, fueron formas de investigación e instrumentos de regulación de la actividad pública que de alguna manera precedieron al Derecho, así como la *ratio studiorum* o el nacimiento de las academias o la gran, doble reforma de la Iglesia. Información, comunicación

²⁰ M. Pezzella, *Insorgenze*, Milano, Jaca book, 2014, p. 24.

²¹ Véanse los ensayos de A. P. Schioppa, H. Keller y Ch. Zendri en S. Lepsius, R. Schulze y B. Kanowski (Eds.), *Recht - Geschichte - Geschichtsschreibung. Rechts- und Verfassungsgeschichte im deutsch-italienischen Diskurs*, Berlin, Erich Schmidt Verlag, 2014. Se trata de escritos en honor de Gerhard Dilcher, del cual señalo “Zum Verhältnis von Autonomie, Schriftlichkeit und Ausbildung der Verwaltung in der mittelalterlichen Stadt”, nel *Beiheft* no. 19 de la revista *Der Staat*, pp. 9–38.

²² Por citar a A. Momigliano, “La caduta senza rumore di un impero”, A. Momigliano, *Sesto contributo alla storia degli studi classici*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1980, pp. 159–165.

²³ *La conversione al cristianesimo nell'Europa dell'alto Medioevo*, Atti della 14° Settimana di studio del Centro italiano di studi sull'alto Medioevo, 14–19 aprile 1966, Spoleto 1967.

y administración han formado la masa correspondiente a la nueva economía, pero imponiendo organización. A eso respondió el Derecho cuando, a su vez, fue actualizado y reformado hasta llegar al grado de perfeccionar —con la codificación de lo tradicional, su consecuente racionalización y la proyección en la Constitución y en el ordenamiento jurídico— el nivel de orden necesario para el modo de producción que mientras se consolidaba.

Mirar al Estado sólo a partir del Derecho —como suelen hacer los “constitucionalistas”— implica el riesgo de retroceder hacia una condición histórica (un estado) “tardía” del mismo Estado, es decir, aquella “contemporánea”, la cual a su vez parece ya superada, de frente a los nuevos criterios de normatividad que se van afirmando. En efecto, se convertiría en normal y sería correcto decir —como tradicionalmente se hace— que con el término Estado se indica un ordenamiento jurídico “originario” (en cuanto sus poderes no provienen de la voluntad de otros sujetos); “soberano” (porque está dotado en su interior de un legítimo poder de supremacía sobre una colectividad que habita en un determinado territorio); “político” (porque persigue fines generales y de pacífica convivencia) e “independiente” de cualquier otro ordenamiento jurídico (ya sea aquellos existentes en su interior, respecto a los cuales está obviamente en condición de supremacía, o bien respecto a aquellos externos con los que está en condición de paridad, pero “soberana”). De esta manera, al final, los elementos constitutivos del Estado moderno serían justamente pueblo, territorio y soberanía²⁴.

Me parece difícil conciliar este cuadro del Estado con la gran transformación de las dos categorías fundamentales de la modernidad occidental, sobre las que el mismo “Derecho” se ha erigido, construyendo —entre las otras ciencias sociales— su hegemonía de normatividad: el tiempo y el espacio. Hasta hoy, ningún hombre o mujer sabe exactamente dónde está y bajo qué calendario vive: en ambas direcciones se considera como criterio lo “multinacional”. Sin espacio y tiempo definibles y ciertos, el Derecho pierde estabilidad, por lo tanto capacidad normativa, es decir, posibilidad de ofrecer legitimidad como ha hecho hasta ahora, instaurando la medida de la legalidad. ¿Qué puede quedar del Estado, así como estamos habituados a pensarlo y vivirlo, sin legalidad? ¿Se podrá todavía hablar de una legitimidad del Estado y sobre qué bases?

Los puntos de vista desde los cuales proyectar una respuesta son múltiples: me limito a indicar dos, sólo aparentemente antitéticos. El primero tiene que ver con el Estado como contenedor de valores. En Inglaterra, donde saben del asunto, es un continuo echar en cara los *British values* ante las pretensiones de inserción y control de parte de la Unión Euro-

²⁴ Retomo la descripción de R. D. Nardi-Rita Coen, *La Costituzione italiana. Guida alla lettura*, Roma, Aracne, 2012.

pea. Pero también los responsables de esta última (que tampoco habían logrado ponerse de acuerdo sobre los principios generales por insertar en la Constitución) reivindican *European values*, que deben defenderse particularmente frente a una Rusia nuevamente “imperial.” Hay también *Western values* (que incluyen *Human rights*) que valen para el resto del mundo, en particular el Oriente, demasiado orgulloso de su propia tradición cultural múltiple; pero también estos últimos ceden respecto a aquellos que podríamos llamar *Civilized values*²⁵, operativos contra el terrorismo “incivil” del ISIS u otros “supuestos Estados”. Todos estos valores producen, en diferentes niveles, instrumentos de identidad que sirven a la gente —a todos nosotros— para reconocerse entre sí y dar nombre y color a las normas consideradas indispensables para la vida en común. Esto forma la base del consenso que es a su vez el último refugio del poder legítimo, el cual se configura y justifica hasta nuestros días, esencialmente, sólo en el tranquilizador marco “estatal”.

Un segundo punto de vista considera la otra función de la unidad de la gente, más allá de reconocerse en la identidad: me refiero a la administración pública. El Estado se convierte en “aparato administrativo” tratando de huir de las pérdidas relativas al plano más noble de la estatalidad, el de la soberanía. Es un deber recordar que la administración ha sido un *prius* del Estado moderno, el cual ha dado respuesta —centralizada y burocrática para describirla en dos palabras— al déficit administrativo surgido en el medioevo tardío, ciudadano y señorial de la discrepancia entre expansión de las necesidades de orden y fragmentariedad de la respuesta pública. La convivencia en las nuevas comunidades productivas exigía en primer lugar atención hacia la administración, entendida como regulación actualizada y moderna de relaciones que iban constituyendo la espina dorsal del nuevo modo de producción. Pero si la administración puede ser vista como motor del nacimiento del “Estado (moderno)”, gracias al reagrupamiento en torno al príncipe de un agregado de notables y expertos dedicados al gobierno de la cosa pública, no es impensable que la administración pueda de nuevo ser el motor para llevar tal gobierno fuera del Estado, en ámbitos funcionales (*governance*) más adecuados.

Paolo Napoli parece reconocer en la figura neotestamentaria del “depósito” un arquetipo del principio organizativo, en clave comunitaria, de la entera experiencia política moderna²⁶. Siguiendo por mi cuenta esta propuesta, tendría muchas dudas en atribuir a ese principio carácter “teológico”. Tal vez esto depende de mi aversión al uso acríptico del *dictum* schmittiano del *amicus-hostis* y a mi consecuente necesidad lógica de

²⁵ P. Crowther, *Philosophy After Postmodernism: Civilized Values and the Scope of Knowledge*, London and New York, Routledge, 2003.

²⁶ P. Napoli, *Il “deposito”*. *Genealogia di un archetipo amministrativo*, pp. 108-124.

mantener la amistad (el amor) en los límites de lo político, aceptando las consecuencias (positivas y negativas) de esto, en términos de mayor porosidad científica y de menor rigor interpretativo. Esto me lleva a rechazar también la otra conclusión drástica schmittiana respecto al intrínseco carácter negativo de la técnica. Antes que alinearme a cualquier revalidación del Derecho natural, —incluso en versión laica— prefiero tomar en serio el componente tecno–científico que forma parte del perfil cultural del hombre contemporáneo. Aun si, para la técnica debería valer el inicio apasionado que precisamente Carl Schmitt dedicó al Estado, en la versión original de su ensayo sobre el *Concepto de político*: “el concepto de Estado supone el concepto de político”. Lo mismo debe decirse, exactamente, para la técnica que está en muchos sentidos cubriendo y sustituyendo (incluso bajo forma de *governance*) muchas “funciones” de nuestro viejo Estado.

Ésta representa, al menos desde hace un siglo a esta parte, el campo privilegiado de neutralización de los conflictos políticos que minaban las bases del Estado liberal–democrático; tanto, que la misma técnica puede ser vista como la palanca que ha roto la ecuación apenas citada, llegando a separar el aspecto liberal de aquel democrático del viejo sistema, pero también a sostener, con una dilatación en términos de masa de la opción democrática, la afirmación de las soluciones totalitarias²⁷.

La aparente indiferencia política de la técnica debe sólo conducirnos a llamar de nuevo la atención sobre los sujetos que recurren a ésta (o que están sometidos a ella) y sobre sus responsabilidades específicas, pero al mismo tiempo podría también servir para relativizar aquellas funciones del Estado que, como mencioné, han sido tecnificadas. En la medida en que la técnica va sustituyendo al Derecho, debería ser más fácil usarla para que los sujetos sepan llenarla de los contenidos deseados; mientras para el Derecho eso era mucho más difícil, por estar impregnado de contenidos preestablecidos, de fuerte matriz clasista (y por eso confiada, tal vez, a la gestión casi casta de un cuerpo *ad hoc*: el de los juristas). No se trata de atribuir a la técnica capacidades liberatorias o humanitarias, sino simplemente de formular hipótesis sobre un uso correcto por parte de los sujetos, ellos sí *eventually* cargados de contenidos liberatorios y humanitarios. Referirse a la técnica significa, por lo tanto, aludir de nuevo a sujetos agentes, pero esta vez menos obstaculizados en su actuar por las contraindicaciones ya presentes en el ordenamiento jurídico y, por su trámite, en el Estado jurídicamente concebido.

En esa grieta del Derecho puede tal vez encontrar camino el intento de “provincializar” Europa (pero también el Occidente con su Atlántico) mostrando el intrínseco “nacionalismo” del cual las nuevas tecnociencias

²⁷ J. Habermas, *Technik und Wissenschaft als ‚Ideologie‘*, Frankfurt a.M. 1968.



(incluidas aquellas sociales) no alcanzan a liberarse. Mientras, Ulrich Beck ha reivindicado la necesidad de la Sociología de superar los parámetros tradicionales y los esquemas mentales que corresponden a la memoria (nacional) de los siglos XIX y XX en favor de una *Neuvermessung der Ungleichheit unter den Menschen*; aquí señalo que todavía prevalece la idea de una “nueva medida” que se debe inventar y adoptar para seguir la evolución del mundo entero²⁸.

Recurrir a una observación de 360 grados corresponde también a la dimensión de la globalización asumida por la nueva realidad. Ésta me parece caracterizada en primer lugar por el pluralismo de los poderes, que, desde puntos de vista diferentes y con objetivos diversos, concurren a determinar el flujo decisional global, quitando cada vez más a la unicidad del poder que en cambio había caracterizado —en el mundo de los viejos Estados— el predominio “legal”²⁹. Se trata entonces de cosas efectivamente nuevas, que se deben estudiar con métodos y perspectivas también nuevas, que conducirán sin duda no sólo a una visión más compleja y descentralizada del mismo fenómeno estatal, sino que tal vez pronto llegarán a prospectar nuevos conceptos, categorías, figuras y formas de lo político. Precisamente para esto podría servir —reitero— un “discurso político” al servicio de la comunicación de valores y métodos nuevos, capaces de contribuir también a “provincializar” nuestra cultura, reduciendo la tradicional aura de superioridad e insuperabilidad, sobre todo en el campo de la convivencia civil y de la política.

Pero existe también la posibilidad de que tengan razón los bien intencionados y que el Estado no sufra todos los males que hasta ahora he descrito y que tenga solamente necesidad de una cura “reconstituyente”, como tantas veces ha sucedido en su historia, rejuveneciendo su “Constitución” en los tres caracteres esenciales de pueblo, territorio y soberanía. La respuesta es más estricta en ese sentido y parece todavía ser la del federalismo en su versión tradicional, que ya ha encontrado varias formas de aplicación exitosa en la historia constitucional de Occidente y sobre todo atlántica. Tanto así que se puede decir que no existe Estado que no haya ambicionado o no aspire a tener una estructura de tipo federalista; hasta la informe Unión Europea hace énfasis en ese modelo, aunque sea en las formas más relajadas posibles.

²⁸ Es el título del *Eröffnungsvortrag zum Soziologentag “Unsichere Zeiten” am 6. Oktober 2008*, que Ulrich Beck tuvo en Jena.

²⁹ P. Schiera, *Del poder legal a los poderes globales. Legitimidad y medida en política*, Madrid, Fundación Coloquio Jurídico Europeo, 2013, (ed. it. *Dal potere legale ai poteri globali. Legittimità e misura in politica*, “Quaderni di Scienza & Politica, n. 1”, consultable en el sitio: http://amsacta.unibo.it/3655/1/Quaderno_1_S&P_Schiera-1.pdf).

Entendida en una forma más sofisticada, la propuesta federalista altera el juego fundamental de la representación y la misma doctrina de la separación de los poderes, dividiendo, con el instrumento horizontal del municipalismo, la clásica estructuración vertical. Implementado a fondo, el federalismo podría abrir una nueva época del constitucionalismo. Este último había representado —a partir del siglo XVIII— una importante emergencia en la historia del Estado moderno con la invención de la Constitución como “carta”, es decir, como codificación sintética de los contenidos del Estado, en abierta contraposición a la práctica absolutista que había caracterizado la fase inicial. Gracias a la Constitución, el Derecho como instrumento se convirtió en el fin de la vida del Estado, mediante la *Déclaration des droits de l’homme et du citoyen*, en el continente y en América Latina y la *Rule of Law* en territorio anglosajón. En ambas direcciones —que desde siempre corren paralelas— obtuvo hegemonía el papel del Parlamento, tabernáculo del pueblo y de la ley y como mera consecuencia de la soberanía del uno y de la otra. Fue también en todo caso, la apertura definitiva de la política al resto del mundo (y de éste a la política), con el inicio de una mundialización del Estado que parece todavía incompleta. Todavía no es globalización, cierto, pero sí es imperialismo.

Para muchos estudiosos, el Estado constitucional postrevolucionario es el único y verdadero Estado “moderno”, liberado por los límites del absolutismo monárquico y bendecido por la Constitución liberal, además de encuadrado en el majestuoso proceso de *nation-building*, con todas sus gloriosas luchas de independencia y de unificación, precisamente nacional y correctamente (ideológicamente) definible como proceso de construcción de un ordenamiento estatal democrático: doctrina (aunque si no practicada en todas partes) que se ha mantenido como eficaz hasta hoy, gracias a la conjugación de principio democrático en términos de mayoría. Y aquí estamos en el meollo del asunto, porque tocamos el problema de la legitimidad del poder que había sido exactamente lo que desencadenó el momento revolucionario contra el antiguo régimen. El poder le corresponde al pueblo, en el interior de la nación; el Estado es la máquina a través de la cual se ejercita ese poder; el Derecho es el elemento de garantía de ese ejercicio, ya sea por la superioridad del poder legislativo, que por la prioridad de los *human rights*. La Constitución contiene todo esto; el Estado “moderno” es Estado constitucional, con base parlamentaria y contenido liberal. Queda el problema de las *majorities*: en este Estado, éstas han sido inequívocamente burguesas. Este Estado ha sido siempre, por lo tanto, Estado burgués, concentrando la propia legitimidad en legalidad, presen-

tándose entonces como Estado de Derecho, incluso no desdeñando, en cualquier interpretación, hacerle la corte al más retorcido totalitarismo³⁰.

El punto central del constitucionalismo es el Derecho, por una parte, pero por la otra es la fuerza (*Gewalt*), que lo coloca y lo garantiza, sancionando las violaciones³¹. La gestión de esta relación ha sido confiada por mucho tiempo a la Constitución, la cual sin embargo no ha podido resistir totalmente la presión de la transformación social de siglo XIX. De ahí la derivación autoritaria y totalitaria que ha marcado el siglo XX. La refundación constitucional–democrática después de la Segunda Guerra Mundial se ha enfrentado al inmenso problema de la crisis de la forma tradicional del Estado, por una parte, y de la vertiginosa globalización, por otra. Tan es así que el Derecho público y constitucional ha tenido que ceder el paso al “nuevo” Derecho internacional, sucesor del glorioso *ius publicum europaeum* del que Carl Schmitt había proclamado el final hacía tiempo. La Constitución ha vuelto a dejar pasar al constitucionalismo, hecho de cosas nuevas en el interior (basta pensar a la dinámica del nuevo factor “comunidad”) y en el exterior (*global polity*) de la tradicional escuadra político–estatal. Los dos movimientos se pueden encontrar tal vez en la siguiente síntesis que Anne Peters ha hecho de *Compensatory Constitutionalism*: “the bulk of the most important norms which regulate political activity and relationships in the global polity”³², donde sin embargo no sólo cuentan las “international norms”, sino también tienen espacio las “fundamental structures”, lo que en verdad no supera la necesidad del Derecho, pero mina su hegemonía, poniendo en el campo fuerzas que se deben medir de otro modo, con otras competencias y capacidades (y usando otras ciencias).

En efecto, no se puede subestimar la cuestión de fondo relativa a la resistencia histórica del Derecho mismo. Más allá de su dimensión antro-

³⁰ P. Schiera, *El constitucionalismo como discurso político*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid, 2012. Carl Schmitt consideraba el constitucionalismo un concepto no suficientemente riguroso para una ciencia política realista y junto a una base jurídico–positiva, la cual debía ser la suya. Él se encargó de “Estado de derecho” (*Rechtsstaat*): también en un ensayo, con frecuencia olvidado, que apareció en 1934 como apertura del gran manual *Das Deutsche Recht*, predispuesto, por parte de la NSDAP, por Hans Frank —después ajusticiado en Nuremberg— con el fin de proveer al estado del arte del nuevo Derecho del cual el régimen nazi disponía para alcanzar sus propios objetivos. Un artículo, como de costumbre, pertinente y brillante, cuya conclusión era que el verdadero Estado de derecho es el *Deutscher Rechtsstaat Adolph Hitlers!*: C. Schmitt, *Der Rechtsstaat*, y H. Frank (Ed.), *Nationalsozialistisches Handbuch für Recht und Gesetzgebung*, München, Zentralverlag der NSDAP, Franz Eher Nachf., 1934.

³¹ W. Benjamin, “Zur Kritik der Gewalt”, *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 47, 1920–21, pp. 809–32 (trad. it. *Per la critica della violenza*, editado por Massimiliano Tomba, Roma, Alegre, 2010).

³² A. Peters, “Compensatory Constitutionalism. The Function and Potential of Fundamental International Norms and Structures”, *Leiden Journal of International Law*, 19, 2006, pp. 579–610, citado en A. von Bogdandy e I. Venzke, *In wessen Namen? Internationale Gerichte en Zeichen globalen Regierens*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2014, cita p. 178.

pológica e incluso ética o religiosa, aquí interesa la identificación del Derecho con la “ley”, que en general ha marcado la edad “constitucional” del Estado en el Occidente moderno y contemporáneo³³. En sentido aún más estricto, hay que decir que la ley —precisamente en combinación con la carta constitucional con base legislativa— se ha reducido a “norma de ley”, es decir, a dispositivo capaz, sobre la base de determinados supuestos formales relativos a su origen y subsistencia, de dictar comportamientos vinculantes en las relaciones entre sujetos miembros de la misma comunidad. Y ciertamente no está fuera de lugar recordar, con las palabras de Paolo Grossi, que

Después de 1789, el Estado dominado por la triunfante clase burguesa, se interesa propio en [aquel] Derecho privado, ya que es ahí donde se colocan los dos institutos que sostienen a la nueva sociedad: la propiedad individual y el contrato como instrumento necesario para su circulación. Justamente, su valencia ha sido definida auténticamente constitucional, ya que es sobre ese fundamento que se constituye una entera civilización histórica. El instituto jurídico propiedad individual no es uno entre tantos, sino que se eleva al rango de modelo; es más, de modelo único e insustituible³⁴.

No obstante las críticas provenientes de varias partes hacia esta concesión “positivista” del Derecho, ésta sigue siendo la más difundida y comúnmente aceptada, tanto entre los especialistas como entre la gente común y está esencialmente en la base del *revival* constitucional–democrático postbélico, incluso con las indispensables inyecciones de comunitario y solidario³⁵.

Son discursos que me gustan y que íntimamente comparto, como se verá al final. Pero no quisiera renunciar al tono más crítico y negativo con el cual veo desde hace tiempo al Estado moderno³⁶. No obstante mi escasa simpatía hacia la doctrina política de Carl Schmitt, me permito citar desde la *Premessa* la traducción italiana de sus escritos sobre lo “político”:

Nos quedamos continuamente atónitos frente al cielo con el que precisamente los nuevos sujetos de la política utilizan los viejos conceptos; pero sería ingenuo ver en esto una señal de conserva-

³³ E. W. Böckenförde, *Gesetz und gesetzgebende Gewalt. Von den Anfängen der deutschen Staatsrechtslehre bis zur Höhe des staatsrechtlichen Positivismus*, Berlin, Duncker und Humblot, 1958.

³⁴ P. Grossi, “Le proprietà collettive ieri, oggi, domani”, C. Bernardi, F. Brancaccio, D. Festa y B. Maria Mennini (Eds.), *Fare spazio. Pratiche del comune e diritto alla città*, Sesto San Giovanni, Mimesis, 2015, p. 39.

³⁵ L. Cobbe, “Solidarietà in movimento. Politica, sociologia e diritto tra welfare e globalizzazione”, *Scienza & Politica*, 26, 51, 2014, pp. 3–16: que sirve como introducción a la parte monográfica del fascículo de la revista dedicado al concepto de solidaridad, disponible en: <http://scienzaepolitica.unibo.it/issue/view/470>.

³⁶ P. Schiera, “Da un assolutismo all’altro”, *il Mulino*, 224, nov–dic., 1972, pp. 1024–34.



durismo, del mismo modo en que no es posible entender el cambio de los conceptos de ley y de Constitución al interior del Estado, como una prueba de restauración de los conceptos clásicos. Tanto la ley como la Constitución apenas se distinguen por la 'medida' (Maßnahme). Los Jacobinos de la Revolución francesa todavía estaban conscientes de la diferencia entre ley y 'medida': tal distinción entraba en los principios revolucionarios y era fruto de una reflexión racional. Ésta era sacrosanta incluso para un hombre del terror, como Robespierre, pero parece completamente alejada de la conciencia moderna. En la rapidez del proceso científico-técnico-industrial ya no es posible distinguir entre Constitución, ley y 'medida', que en cambio simplemente se transformaron en otros tantos métodos de una permanente transmutación de los valores. De esta forma surge el moderno fenómeno de la revolución legal, que es presentada como el vehículo inesperadamente adecuado de la revolución³⁷.

Aunque lo haya traducido yo, no todo me queda claro en este pasaje, excepto la evidencia del llamado a la "medida" como dispositivo degradante del fenómeno "Derecho" en la acepción constitucional-positiva que ha determinado la larga persistencia del absolutismo jurídico. La medida es, en efecto, por lo general, "administrativa" y es de todas maneras considerada *via brevis* y más bien oficiosa que oficial para imponer comportamientos sancionables a los sujetos-ciudadanos. ¿Pero se tratará de una deplorable devaluación del aura jurídica o de un inevitable incremento de la función administrativa a niveles que un tiempo eran exclusivos del poder legislativo? No sabría responder a esta pregunta, pero me induce a atender otros aspectos de la vida estatal que han surgido precisamente en concomitancia —y en aparente contradicción— con el triunfo jurídico del Estado y de la *rule of law* de la última parte del siglo XIX, a partir de la legislación por decreto y hasta la expansión de la justicia administrativa. Si la vocación jurídica del Estado contemporáneo se mueve hacia la administración, todo está bien. Basta que no se limite a un mero maquillaje del Derecho administrativo y de su débil dogmática en clave genéricamente representativa y/o globalizante. Stefano Cognetti ha publicado recientemente un libro que está, no irónicamente, dedicado "A los nostálgicos del futuro". Es difícil resumirlo aquí, pero es muy invitante la insistencia sobre el tema de la "discrecionalidad administrativa" respecto a la "indeterminación de la norma", incluso en el ámbito consistente del "principio de legalidad". Además, no puede no abrir el corazón y la mente el título del capítulo V: "Última etapa evolutiva del poder administrativo. Relación entre valor del individuo y valor de la colectividad en términos de proporción"³⁸. La

³⁷ C. Schmitt, *Le categorie del 'politico'*, Bologna, il Mulino, 1972, p. 22.

³⁸ S. Cognetti, *Legge amministrazione giudice. Potere amministrativo fra storia e attualità*, Torino,

proporción se nutre también de razón y apunta a la equidad: es buen auspicio que “discursos” de este género puedan tener espacio también en la dogmática jurídica. Si esto corresponde o no a una definitiva degeneración del Derecho como hemos aprendido a conocerlo durante los últimos dos siglos o si se puede representar un modelo ulterior del espiral histórico que ha acompañado la historia política y constitucional del Occidente por más de dos milenios, no lo sabría. A mí todo esto me ha sugerido poner más atención en la categoría de la “medida”, como relación necesaria del hombre con el Estado, pero también con el mundo conocible y sobre todo, consigo mismo.

Es en este sentido que quisiera regresar al tema del federalismo que había hecho a un lado por un momento. Libertad–disciplina–constitución–federalismo son, —si no me equivoco— la línea propuesta por Giuseppe Duso. ¿Cómo reaccionar a las necesidades causadas por la primera experiencia política y constitucional postestatal, que es la de una sociedad global, sino trazando nuevas líneas horizontales de relación entre grupos y centros de interés ubicados en lugares/sitios diferentes pero ligados por destinos comunes? La solución democrática, representativa pero vertical, no responde a la necesidad, obligada como está, todavía, por formalismos jurídicos que van de la más concreta práctica administrativa a la más abstracta previsión de derechos universales. La solución federativa que propone Duso —y a la cual creo fuertemente que también me uniré— no es ciertamente antidemocrática, sino tal vez postdemocrática, en el sentido que apunta a sustituir la (jurídicamente) necesaria verticalidad de la tradición estatal, mediante una consideración plural del “federalismo”, entendido “no en términos meramente estructurales, sino privilegiando la dimensión procesal”³⁹. Decir más es difícil, pero es necesario agregar que ese federalismo supera ya sea la dimensión internacional que la constitucional —ambas todavía sujetas a la dogmática jurídica— para unirse a lo social y sobre todo a lo administrativo, uniéndose a las potencialidades no sólo teóricas sino prácticas del otro gran principio que la experiencia histórica del Estado moderno ha apartado, que es la autonomía, a su vez vehículo imprescindible de participación.

El gobierno está antes que el Estado, que ha sido simplemente el cascarón (al inicio absoluto, después constitucional) en los últimos cuatro o cinco siglos. Si el gobierno permanece vertical no escapará a un destino de servidumbre, que involucra ya sea a los destinatarios del poder que a los mismos que lo ejercen: quien manda en efecto debe adecuarse ya sea a los inferiores (“más bajos que tú”) que a los superiores (“mayores”): “por

Giappichelli, 2014.

³⁹ Como escribía L. Ferrari-Bravo, “Federalismo”, S. Bologna (Ed.), *Dal fordismo alla globalizzazione. Cristalli di tempo politico*, Roma 2001.





lo tanto, ya sea mayor o menor, tú eres siervo”, escribía Giovanni Della Casa en pleno siglo XVI⁴⁰. ¿Y el servicio? ¿Y el oficio? Siempre servidumbre, parecería, si no se rompe la relación de intrínseca subordinación entre *mayor* y *menor*. ¿Pero cómo se hace? Por siglos, en nuestra cultura política, la clave de esas respuestas ha sido la figura de dos caras de la *institutio*: entendida como educación (del príncipe, pero en perspectiva del ciudadano) a la política, pero también como lugar de regulación de la política misma en función de autoridad. También para Weber la institución, derivada de la *Disziplin*, ha sido la cuna de la legitimación, a su vez sostén de la concesión ideal y práctica del poder moderno. ¿Y la libertad? ¿Será todavía suficiente la distinción entre antiguos y modernos de Constant? ¿O habrá necesidad de regresar a aquella expuesta hace tres siglos primero por Giovanni Della Casa que hablaba de una “usanza de hombres libres” donde el *institutum* no era necesariamente lugar de la ley, sino que generalmente y con frecuencia era “establecido por la aceptación común, incluso sólo a través del uso, la costumbre, la tradición, pero también gracias a la enseñanza, a la convicción?”⁴¹.

Regresamos así al tema relativo a si el Estado debe necesariamente tener que ver con el Derecho. Después de lo que se ha dicho, se puede también preguntar más sutilmente con qué Derecho tiene que ver el “Estado” (pasado participio del verbo estar) en su evolución a “Futuro” (participio futuro del verbo ser)⁴².

Me parece que la distinción sea aquella —que también para Casa era fuente “de un gran y exhaustivo trabajo”— del mantenimiento de la libertad, mediante el equilibrio entre obediencia y mando. Los hombres en efecto no son todos iguales, los hay más fuertes y más débiles (*potentiores* e *tenuiores*: “superiores” e “inferiores”); se requiere por lo tanto hacer que esta dualidad no altere la dignidad de cada uno y asegure la libertad. En la luz dorada del Renacimiento casiano, parecía ser suficiente la esfera mágica de la “amistad”, articulada a través de la “mayoría”, que es justamente el reconocimiento de la diferencia entre los hombres, en el respeto de la libertad. Una visión muy distante de la doctrina schmittiana del *amicus/hostis*. Mi hipótesis es que el “futuro” puede ser marcado también por una

⁴⁰ Lo he tratado en P. Schiera, “I mali della politica: per una formazione alla Weltgesellschaft”, R. Gherardi (Ed.), *Politica, consenso, legittimazione. Trasformazioni e prospettive*, Roma, Carrocci, 2002, pp. 35-48.

⁴¹ Tema que —para regresar al hoy, como muestra la cita apenas hecha— es tratado muy bien por Michele Luminati, en sus reflexiones sobre la oralidad del Derecho, dedicadas en particular al caso suizo, pero claramente abiertas a un futuro más amplio: M. Luminati, “Oralità del diritto —Reloaded. Alcune riflessioni”, C. Bernardi, F. Brancaccio, D. Festa y B. M. Mennini (Eds.), *Fare spazio*, pp. 65-66.

⁴² P. Schiera, “Stato”, U. Pomarici (Ed.), *Filosofia del diritto. Concetti fondamentali*, Torino, Giappichelli, 2007, pp. 563-568.

recuperación de la amistad, entendida como relación adecuada (medida) entre inferiores y superiores en un cuadro de dignidad y libertad total, pero sobre todo del nuevo cuadro de “comunidad”, gracias a una progresiva extensión del campo de los “bienes” comunes: de aquellos por así llamarlos materiales, que tienen que ver directamente con la vida y la sobrevivencia digna, a aquellos inmateriales más o menos identificables como *human rights*, hasta incluir los mismos bienes instrumentales, por así llamarlos “de servicio”, sin los cuales las otras dos categorías no sabrían ser utilizadas. Me limito aquí a recordar fisco, administración y responsabilidad contractual, sólo por mencionar las tres ramas del Derecho, entre el público y el privado, que deberían ser el esqueleto de toda Constitución democrática.

He descuidado deliberadamente el aspecto más “constitucional” en la tradición liberal, el de la representación popular en el parlamento. Considero en efecto que la hegemonía de la ley sobre las otras formas de previsión e imposición de comportamientos en lo social ha sido superada y que el mismo poder legislativo ya no es considerado la forma exclusiva de participación popular en la gestión del poder y por lo tanto de legitimación de este último. En la actualidad me parece que la atención principal está dirigida a una nueva conformación de lo administrativo (el viejo “ejecutivo”), mucho más allá de su clásica subordinación a la ley realizada con el Estado de derecho. Esto podría favorecer una auténtica coparticipación de los ciudadanos en el procedimiento administrativo, como también la actuación de sus “medidas”, siempre más reguladoras —junto con y en lugar de las leyes— de la vida en común⁴³.

Una perspectiva de este tipo requiere una fuerte concentración sobre la real consistencia del modelo-Estado, que se aleja del mito histórico-europeístico en el cual se ha enquistado del Renacimiento en adelante. También este es un paso hacia aquella “provincialización” de Europa que me parece el supuesto para revolucionar la *Welt-Anschauung* de la que una gran parte de nuestras lecturas, incluso crítico-extremas, sigue dependiendo y a la cual permanece condicionada.

Tiziano Bonazzi había brillantemente definido como “sacro” el experimento de los Padres americanos desembarcados en Massachusetts a inicios del siglo XVII para fundar una colonia con “propósitos de naturaleza religiosa”⁴⁴. Pero naturalmente existieron también intenciones más prosaicas, incluida aquella político-constitucional de una *Revolución para el Estado*⁴⁵. Aparte del *input* europeo de la operación, se subestima tal vez el *feed-back*

⁴³ P. Schiera, “Misura per misura. Dalla global polity al buon governo e ritorno”, *Scienza & Politica – Deposito*, no. 1, 2015, disponible en: <http://scienzaepolitica.unibo.it/pages/view/repository>.

⁴⁴ T. Bonazzi, *Il sacro esperimento. Teologia e politica nell’America puritana*, Bologna, il Mulino, 1970, p. 8.

⁴⁵ M. Battistini, *Una Rivoluzione per lo Stato. Thomas Paine e la Rivoluzione americana nel Mondo Atlantico*, Soveria Mannelli, Rubettino, 2012.



al que se refiere la creación de un clima político "atlántico". Me parece indiscutible que aquel clima terminó por envolver también, en una medida significativa, la cuestión del Estado. No sé si se pueda hacer referencia a las reducciones de los Jesuitas, pero es cierto que tanto la revolución norteamericana como la recepción de la Revolución francesa en América central y en Sudamérica, así como la historia particular del constitucionalismo en sus diversas variantes durante el siglo XIX, en todo el triple continente, requerirían una revisión historiográfica en estrecha comparación europea⁴⁶. Se entenderían mejor muchas cosas, relativamente la "crisis del Estado" de la que hemos partido, que ha visto su cúlmene en las dos guerras mundiales ocurridas en cuarenta años del inicio del Siglo XX y ha encontrado finalmente una óptima solución "parcial" con la "Organización del Tratado del Atlántico Norte" (OTAN) firmado el 4 de abril de 1949, que señaló la renuncia a la soberanía por parte de 28 Estados europeos y norteamericanos, a favor de la hegemonía militar y política estadounidense. No puedo concluir este discurso aquí, pero estoy convencido que sólo en tal dimensión es posible reflexionar sobre los resultados político-constitucionales de la globalización, considerando que también el "Estado atlántico" representa una de las tantas gradaciones en las que se ha venido articulando el federalismo de poder (de facto) en el mundo. Un federalismo que, en la OTAN como en muchas agencias globales en fase de adaptación, está radicado en el principio de organización.

El llamado a la modalidad administrativa, más que a la legislativa, me permite ir más allá, recordando que organización es un concepto ligado a órgano y organismo y es susceptible por lo tanto, a lecturas no sólo técnicas y verticales, sino también eventualmente horizontales, circulares y de alguna manera humanísticas⁴⁷. Tal vez no es precisamente la OTAN el caso adecuado del cual partir, pero justamente éste muestra cómo la legitimación del poder ya no es el corazón de lo político, sino en cambio, tal vez una visión alternativa de la organización, basada en la comprensión del otro, a través también del análisis y la crítica de sí y de los propios mitos (o espectros) empezando por el de la racionalidad, por mucho tiempo utilizada para medir cada cosa según el metro funcional del progreso y de la felicidad, pero despreocupada de cualquier otra "razón", cuando en cambio parece que sean justo "otras" las razones necesarias para establecer hipótesis de convivencia destinadas a los espacios-tiempos necesarios para hacer política. Otros espacios, tiempos y "personas" en búsqueda

⁴⁶ P. Rudan, *Por la senda del Occidente. Republicanismo y constitución en el pensamiento político de Simón Bolívar*, Madrid, Biblioteca nueva, 2007.

⁴⁷ E. W. Böckenförde, „Organ, Organismus, Organisation, politischer Körper“, O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1978, pp. 519-622.

de nuevas identidades, “usanzas” y similitudes, sin las cuales ni siquiera las viejas convicciones adquiridas sirven ya. Es necesario dedicarse a esta búsqueda con un método diferente al que estamos acostumbrados, que es el histórico–occidental. Deberá ser ciertamente un método predispuesto para captar la pluralidad de los hechos y de los movimientos, más que a aislar o evidenciar tipológicamente las características específicas de un solo caso considerado o propuesto como dominante; para nosotros los occidentales, este caso es precisamente el Estado.

Para citar sólo un pequeño ejemplo, me referiré a la yuxtaposición de rural y urbano, de oral y escrito, de participativo y decisonal y así sucesivamente. En todos estos y en casos análogos, como en aquellos de “proporcionalidad” que he mencionado arriba, me parece hasta banal observar que el criterio por utilizar para entender es ese, ya tantas veces evocado, de “medida”. Para mí, ésta significa la capacidad, buscada, construida y continuamente alimentada, de mantener la tensión entre ellos, según coherencia y voluntad, la conciencia individual de las cosas de los otros (medida de sí), la experimentación y la validación como emblemático método de tecno–ciencia (medida cognitiva) y la ciudadanía como procedimiento administrativo comunitario (medida administrativa). La alineación de las tres medidas es históricamente una cosa difícil y rara, así como no duradera. Esto se cumple, al parecer, entre una crisis y otra, pero pensándolo bien, es el motor mismo de crisis, en el sentido de que, apenas alcanzado ese nexo, cede el paso a nuevos ajustes, porque se funda en la crítica y la puesta en juego de lo existente, hacia nuevos confines por alcanzar y superar.

Para explicarme mejor y buscando ser entendido, trataré de acercar mi concepto de medida a otros dos que he recientemente encontrado y que también se refieren a situaciones y dependen de premisas lejanas a las mías. El primero es el concepto de *border*, investigado intensivamente por Mezzadra y Neilson para una nueva lectura del fenómeno universal de la migración y del trabajo. Desde las primeras líneas de su libro, *border*, es definida como “demarcation [lines] between the sacred and the profane, good and evil, private and public, inside and outside”, todas esas cosas tienen que ver con el hombre y su *dis–location*. Tanto, que los autores titulan el libro “border as method”, como generador por lo tanto de una serie de conceptos que apuntan a captar las “mutaciones de trabajo, espacio, tiempo, Derecho y ciudadanía que acompañan la proliferación de confines del mundo de hoy⁴⁸. “Que el hombre, a su vez, regrese a depender más que nunca de sus principales elementos constitutivos —que son su ser simultá-

⁴⁸S. Mezzadra y B. Neilson, *Border as Method, or, the Multiplication of Labor*, Durham and London, Duke university press, 2013, sobre su traducción en italiano (*Confini e frontiere. La moltiplicazione del lavoro nel mondo globale*, Bologna, Il Mulino, 2014) cfr. A. Negri, *Il diritto alla fuga*, en “Il Manifesto” del 08-07-2014.





neamente fuerza-trabajo y fuerza-de-vida— depende del hecho que trabajo y vida están regresando a superponerse siempre más en las condiciones globales: como en los tiempos de Hobbes, en los que “vida” e “industria” eran la base de la cadena del consenso y del mismo poder político.

Mezzadra y Neilson se mueven con maestría entre Marx y Foucault, ayudándose también de Balibar, pero de su reconstrucción también histórica, de la *fabrica mundi* post renacimiento emerge también la estructura de esta última, hecha de orden, proporción y perfección. En suma, continúa a sobresalir Max Weber, con su racionalidad *nur im Okzident*. Expresión de esta última fue ciertamente el modo capitalista de producción y es todavía hoy, específicamente, la “división internacional del trabajo” sobre la cual por “bits and fragments” continúa a sostenerse. Para mí esto quiere decir que, junto y más allá de la (nueva) división internacional del trabajo, debe ser observada, analizada y reconstruida la (nueva) distribución y organización del trabajo de los *borders* institucionales, en campo cognitivo y decisonal. Son, para mí, dos de las funciones de la medida que gobierna el mundo (la tercera es, como ya se dijo, la conciencia individual). Lo fueron para aquel gran sistema que era (y en algún espacio es todavía) el Estado; lo son y lo serán siempre más para el conjunto de las instituciones que están modelando la *global polity*⁴⁹.

El segundo concepto al que quisiera acercar mi medida es el de *character* que retomo del estudio de Roberta Ferrari sobre Beatrice Potter (Webb): “el *character* es contemporáneamente la unidad de medida de la ciencia social de Potter y el horizonte de su reflexión política. Con el correr de los años, a través de las varias fases de su obra, esto asume formas diversas, de singular a colectivo, de moral a social, de aristócrata a industrial, de industrial a capitalista”⁵⁰. Pero obviamente no se trataba, a los ojos de Beatrice Webb y de su marido Sidney, sólo de degeneración, sino, en ciertas condiciones, también de regeneración hacia una “conciencia colectiva” dirigida a la liberación del dominio de los hombres y mujeres. Estaba involucrada en esto la relación entre Estado y sociedad, mediante la transformación de la vieja soberanía en *Commonwealth*. El entero proceso debía encabezar al *character* colectivo capaz de fundar una nueva unidad política, sobre la base de libertad e igualdad, instrumentos que debían ser nuevas medidas administrativas acuñadas desde la observación científica de la realidad política y del repensamiento científico de la autoridad. Pero como punto de referencia quedaba siempre el *character* individual, es decir la conciencia de sí de los sujetos ya no contrapuestos entre ellos por la

⁴⁹ S. Cassese, *The Global Polity: Global Dimensions of Democracy and the Rule of Law*, Sevilla, The Global Press, 2012.

⁵⁰ R. Ferrari, *Beatrice Potter e la signora Webb. La politica come amministrazione del carattere*, Tesis de doctorado, Bologna 2015, director Maurizio Ricciardi.

división social del trabajo (masculino/femenino, manual/intelectual). También desde esta parcialísima reconstrucción emergen mis tres medidas, resumidas en la cifra total y revolucionaria del *character*. Y también en este caso me parece justo subrayar la línea evolutiva, de *border as a method*, en el cual surge la pregunta. El Estado ocupa sólo una pequeña parte en ambos razonamientos y está de cualquier forma destinado a dejar espacio a algo más. Lo que cuenta es precisamente la preparación de un nuevo método "para imponer los fundamentos teóricos de una nueva civilización".

No me sorprende que la pregunta sobre el Estado me haya llevado a estas conclusiones. El Estado efectivamente ha sido una cosa muy seria, pero también circunstancial. Y si las circunstancias cambian profundamente, será difícil que esa "cosa" pueda circunstanciarse ulteriormente. En cambio será fácil que se presenten circunstancias diversas, cuya novedad se debe captar, asumiendo que ésta podrá siempre ser sólo relativa. En la búsqueda se tendrán presentes todos los ingredientes que han hecho del Estado, por algunos siglos, la figura principal de la política en su versión moderna y occidental: de la centralidad de la persona a sus requisitos fundamentales de igualdad y libertad, de la exigencia primaria de seguridad y de paz a las premisas de justicia y de comunidad, de la importancia del Derecho a las funciones democráticas clásicas de participación y representación. Pero no bastará. Saber qué más buscar es exactamente la tarea de nosotros los investigadores: siempre y cuando se trate de cualquier forma de "sociable discourse", en el sentido que le daba Margaret Cavendish hace cerca de 300 años: "as being more conceivable"⁵¹.

⁵¹ Estoy citando a Ch. Malcolmson, "Christine de Pizan's City of Ladies in Early Modern England", Ch. Malcolmson y M. Suzuki (Eds.), *Debating Gender in Early Modern England, 1500-1700*, New York, Palgrave, 2002, tras la gentil sugerencia de Eleonora Cappuccilli, de quien hay que revisar: "Remarkable Women in a Remarkable Age. On the Genesis of the English Public Sphere, 1642-1752", *Scienza & Politica*, 27, 52, 2015, pp. 105-134: disponible en: <http://scienzaepolitica.unibo.it/article/view/5288>.





“EL AFUERA SIEMPRE ES
ADENTRO”. TENSIONES
Y TRANSFORMACIONES
RECIENTES EN EL ESPACIO
POLÍTICO DEL ESTADO Y LA
DEMOCRACIA

Israel Covarrubias

En el contexto global evidenciamos una profunda y por momentos radical transformación del espacio político de la democracia, que alcanza tanto a las sedes convencionales de la representación política como a las instituciones encargadas de la distribución y ejercicio del gobierno y el poder. La transformación ha tenido que ver con la cada vez mayor necesidad de la participación del Estado en el campo económico, espacio del que se le había alejado en las dos últimas décadas del siglo pasado¹; y también con la agudización reciente de la separación de lo político frente al universo de la política institucional y su consecuente redefinición de los lugares de la democracia en el territorio de pertenencia e integración del Estado.

Este momento puede ser ilustrado con la serie de medidas que llevó a cabo el presidente norteamericano Barak Obama, entre finales de 2009 y durante 2010, para hacer frente al impacto de la crisis económica de 2008 y confirmar la centralidad del Estado en materia económica y en su función de integración social. La situación dejó sobre la mesa la alerta de que los problemas que habían ocasionado la dinámica de la exclusión y desigualdad que acompañó el agotamiento de la universalización de los regímenes de bienestar de ciertas democracias,² aunado a la recesión de 2008 y a la ralentización general del crecimiento económico global, comenzaron a producir una serie de desajustes o “discrepancias” internas en el universo de la vida en sociedad de los Estados en el concierto entre las naciones, donde aparecía una serie de efectos perversos para el orden democrático. Como sea, este evento se manifiesta en un momento histórico donde no es posible dejar de lado la exigencia por una explicación multi-causal de sus múltiples ángulos, a pesar de los continuos esfuerzos estatales y supraestatales y, en particular, de las élites financieras y políticas, por distanciar las causas del déficit de crecimiento económico de las formas de legitimación democrática.

¹ T. Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 520–525.

² Los casos recientes de España y Grecia son expresiones claras de esta situación.

En su aspecto partidario, una de las respuestas al desacoplamiento (y al fenómeno de la escasez que lo acompaña) entre la reproducción de la vida social y el proceso institucional de aseguramiento del bienestar, ha sido el ascenso de formaciones y coaliciones electorales populistas, sean organizadas desde el espectro “ideológico” o, como se define hoy en día “post-ideológico”, de izquierda o derecha. Entonces, si la democracia es una de las formas contemporáneas más dinámicas de la génesis del espacio de lo político en el mundo histórico contemporáneo, no es la única forma de organización que puede adoptar lo político, a pesar de que es siempre con relación a ella que aparecen distintas modalidades de su apropiación. Cabe señalar que el desajuste estructural que viven las democracias explica el nacimiento pero no el desarrollo y mucho menos el desenlace de los fenómenos populistas que tienen lugar en determinadas experiencias estatales en el contexto reciente. En este sentido, Venezuela después de Chávez es su parábola³.

En efecto, en un ámbito político global para los liberales “bien intencionados”, y hasta hace poco incansables promotores de la no intervención del Estado en la economía y las finanzas, el populismo “venga de donde venga” genera una forma en esencia antidemocrática, cuando en realidad lo que observamos es que su aparición está reglamentada por los límites internos del espacio político de la democracia contemporánea (“afuera es siempre adentro”), por lo que tal vez su desarrollo sea una simple expresión de un rechazo a ciertas formas que adopta la prohibición y en general el gobierno de la ley (*Rule of law*) frente a la inalienabilidad de la libertad de decisión en el interior de la democracia⁴.

Al compartir la ecuación inversamente proporcional entre el agotamiento de las estructuras de bienestar⁵ y el ascenso de la democracia como de gobierno por medio del dispositivo de la inclusión y el pluralismo, lo que vemos es que sus expresiones se han vuelto una necesidad insuperable para la propia democracia y una estructura sociopolítica ingobernable que no sólo le afecta a esta forma de gobierno, importando sus secuelas al campo de la des-universalización de las políticas del bienestar, sino también impacta diferentes niveles de la arquitectura estatal. Por ello, el fenómeno del populismo es el menor de sus males, pues el cambio del espacio político de la democracia vinculado al crecimiento de la escasez de lo económico impacta de manera significativa al Estado, sobre todo en el

³ C. Torrealba, “Venezuela después de Chávez: Polarización política y social. Aportes para un debate en torno a sus imaginarios, significados y símbolos”, *Metapolítica*, 19, 89, 2015, pp. 32-37.

⁴ I. Covarrubias, *Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Gedisa, 2015.

⁵ Que fue la forma histórica que hizo posible el desarrollo de las áreas de igualación de lo social en Occidente.

orden territorial y social de la seguridad pública y nacional, ya que los Estados se verán obligados a luchar en el frente interno y también en el externo en contra de expresiones que cobran vida en contextos de ampliación de la escasez, como los fenómenos del terrorismo y del crimen organizado a escala transnacional⁶; de igual manera, tendrán que gestionar los efectos antipolíticos y anti-institucionales (el miedo es su síntoma) que generan en el interior de las sociedades contemporáneas⁷.

A partir de la metáfora de "afuera es adentro", el presente capítulo sugiere que ante las transformaciones de la arquitectura estatal en el concierto global, el espacio político del Estado no debe ser pensado exclusivamente desde un enfoque *topográfico*, sino también desde su constitución *diferencial*. Es decir, los nuevos límites del poder soberano están determinados y enquistados en las resistencias "internas" que produce en un contexto donde el principio de la soberanía moderna de impronta wesfaliana está a la letra en ruinas. Estos límites internos, en sus variantes más radicales, adoptan la forma "parapolítica" de la "soberanía de lo criminal" y del terrorismo posmoderno. Para Robert Cribb, la "parapolítica [...] es el estudio de la soberanía de lo criminal, [pero también] de los criminales que se comportan como soberanos y de los soberanos que se comportan como criminales de manera sistemática"⁸. En este capítulo, pondremos especial atención al fenómeno de la "soberanización" de lo criminal, sin dejar de señalar que el terrorismo está vinculado a una parte significativa del crimen organizado.

Así, la soberanía criminal, por una parte, nace cuando su *emergencia* —que por su parte indica la potencialidad de que pueda desarrollarse— tiene que ver con la organización del universo *infra*-estatal —Ola Tunander⁹ usa la noción de *stay-behind*—, donde es necesaria la lógica del secreto y la clandestinidad de los diferentes agentes generadores de la criminalidad y la violencia (*deep State*) para mantener la vigencia de la *idea* del Estado democrático. Precisamente es aquí donde tiene lugar el nacimiento de aquello que el jurista alemán Ernst Fraenkel¹⁰ llamaba Estado doble (*Dual state*),

⁶ P. Andreas, "Crimen transnacional y globalización económica", M. Berdal y M. Serrano (comps), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 62-85.

⁷ D. Zolo, "La reducción del miedo", R. Ocampo Alcántar, I. Covarrubias y J. C. Cruz Revueltas (coords), *Estado, seguridad pública y criminalidades. Debates recientes*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa-Publicaciones Cruz, 2013, pp. 73-90.

⁸ R. Cribb, "Introduction: Parapolitics, Shadow Governance and Criminal Sovereignty", E. Wilson (Ed.), *Government of the Shadows. Parapolitics and Criminal Sovereignty*, Londres, Pluto Press, 2009, p. 8.

⁹ O. Tunander, "Democratic State v.s. Deep State: Approaching the Dual State of the West", E. Wilson (Ed.), *Government of the Shadows. Parapolitics and Criminal Sovereignty*, Londres, Pluto Press, 2009.

¹⁰ E. Fraenkel, *The Dual State. A Contribution to the Theory of Dictatorship*, Nueva York, Oxford University Press, 1941.

es decir, una forma estatal que para confirmarse en cuanto tal, necesita a la par de un Estado visible y legal, otra formación estatal invisible, discrecional y, en muchos casos, ilegal de principio a fin. Para Fraenkel —apunta Bobbio¹¹— el poder se tiene que fundar en el derecho, por lo que el Estado discrecional es por definición una respuesta jurídica a una emergencia que nace en el mundo social, económico o político, a pesar de que se utilicen mecanismos totalmente antijurídicos; esto es, una emergencia que permite la transformación de una ordenación política en estado de excepción. En síntesis, junto con Bobbio diríamos que nos encontramos en un momento donde tenemos a la ordenación estatal dotada de “[una] Doctrina jurídica según la cual en una situación excepcional, los legítimos detentadores del poder político tienen el derecho de suspender las garantías previstas por la constitución y están por lo tanto investidos de ‘plenos poderes’”¹².

En este mismo sentido podríamos interpretar el ensayo que Giorgio Agamben dedica al tema —incluida la dimensión discrecional de la democracia y del Estado contemporáneo— a partir de la categoría de “fuerza de ley” que recupera de Jacques Derrida¹³ en *Estado de excepción. Homo sacer, II, 1*¹⁴. Pareciera que su ensayo es un intento por responder a las ansiedades contemporáneas acerca de la autoridad y, en particular, en el contexto de las transformaciones al orden jurídico estatal (y supraestatal) de origen westfaliano¹⁵. Sin embargo, hay que agregar que Agamben recupera en cierto modo la polémica, “no declarada” y a medio camino entre filosofía y teología política, entre Carl Schmitt (decisión) y Walter Benjamin (violencia pura) en torno a la excepción y sus reversos, para después desplazarse en modo claro al campo de la política. Pero además, la publicación de su libro (2003) coincidió con el momento histórico donde los debates de filosofía y teoría políticas indicaban las consecuencias perversas de la nueva ola de ampliación de los ámbitos de la seguridad global posteriores al 11 de septiembre de 2001 (11-S), comenzando con el aumento de detenciones al ingreso a Estados Unidos basadas en la llamada “Acta Patriótica”, y en la guerra global contra el terrorismo¹⁶.

¹¹ N. Bobbio, “Introduzione”, E. Fraenkel, *Il doppio stato. Contributo alla teoria della dittatura*, Turín, Einaudi, 1983, pp. IX-XXIV.

¹² Bobbio, “Introduzione”, p. XII.

¹³ J. Derrida, *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Madrid, Tecnos, 1997.

¹⁴ G. Agamben, *Stato di eccezione, Homo sacer II, I*, Turín, Bollati Boringhieri.

¹⁵ S. Humphreys, “Nomarchy: On the Rule of Law and Authority in Giorgio Agamben and Aristotle”, *Cambridge Review of International Affairs*, vol.19, núm. 2, 2006, pp. 331-351; S. Humphreys, “Legalizing Lawlessness: On Giorgio Agamben’s *State of Exception*”, *The European Journal of International Law*, 17, 3, 2006, pp. 677-687.

¹⁶ I. Covarrubias, “Giorgio Agamben y el despliegue político de la ley. En busca de una ciencia sin nombre”, G. Ávalos Tenorio (coord), *Pensamiento político contemporáneo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2014, pp. 213-214.

Por su parte, el terror y el terrorismo son posibles cuando las naciones o los grupos en conflicto se encuentran oscilando entre un Estado legal y un Estado ilegal. Pero también son posibles, en el caso extremo, cuando actúan basados en una lógica del Estado total. Sin embargo, el terrorismo (interno o externo) que afecta el corazón de las sociedades democráticas tiene que ver con la dinámica del *doble* Estado (legal e ilegal al mismo tiempo) y el uso proporcional de la fuerza de la duplicidad en contra de *otro poder*, igual o peor, como puede ser la acción de las "resistencias" internas al Estado que acabo de mencionar. Para que funcione bajo esta modalidad son necesarias dos condiciones. La primera, que el uso discrecional de la fuerza estatal sea obligado por una situación límite;¹⁷ segundo, que los límites de la tensión social sean superados por la lógica y la acción continua e ilimitada de una potencia que atenta en contra de una parte considerable de la existencia estatal como lo es el espacio territorial. Después de traspasar dichos límites, el terror y el terrorismo se vuelven necesarios.

Esto es aún más importante si observamos que el espacio político en ciertos Estados que tuvieron procesos de democratización recientes, manifiestan un eclipse de la "legalidad" democrática que intentó acompañar el fenómeno del cambio político, y en paralelo mantienen un incremento de transgresiones al orden jurídico-político que pretende activar y desarrollar nuevos "lugares" (no es necesario que sean espaciales) para la reproducción de la política, con independencia de su carácter: democrática o anti-democrática. Así pues, lo que deja entrever este evento es la proliferación de "tensiones de fragmentación" que se expresan, por ejemplo, en los nacionalismos subestatales presentes en la dinámica independentista de ciertas regiones como el País Vasco¹⁸. Siguiendo esta idea, podemos agregar que también generan "autonomismos subestatales" vinculables al crimen organizado y al terrorismo, cuando pensamos estos dos fenómenos como formas internas de resistencia y limitación de la soberanía del Estado, con lo que la distinción entre Estado formal y anti-Estado, es decir entre acción estatal fundada en la "razón de Estado" y acción criminal, se vuelve superflua¹⁹. Así, será sobre esta relación paradójica que en las siguientes secciones desarrollaré algunas hipótesis mediante el seguimiento de diversas experiencias históricas contemporáneas.

¹⁷ En general, en las legislaciones nacionales el crimen organizado está definido como problema de seguridad nacional.

¹⁸ R. Vázquez García, (Ed.), *Teorías actuales sobre el Estado contemporáneo*, Granada, Universidad de Granada, 2011, p. 9.

¹⁹ N. Bobbio, "La politica tra soggetti e istituzioni: le lezioni dei classici", *Democrazia e diritto*, vol. XX, núm. 5, 1980, pp. 641-654.

Redefinir el espacio político de la democracia

En años recientes, la democracia se ha visto obligada a incrementar sus costos, pues ya no es suficiente con ganar o perder elecciones definidas de manera periódica, ni mucho menos garantizar la equidad de recursos económicos y simbólicos de los diversos actores políticos para la competencia partidista, tal y como lo mostraban las teorías políticas de la democracia a partir de la segunda posguerra y en pleno desarrollo de lo que era definido en aquel entonces como la "gran política", centrada precisamente en la estructuración espacial de la competencia entre partidos²⁰. Un elemento característico que estas concepciones advertían sobre la democracia, y que es oportuno subrayarlo, era el de la constatación del crecimiento de estructuras de conflictividad²¹ que animaron la competencia entre partidos y también la dinámica del campo económico;²² el de la política distributiva hacia la sociedad (por medio de la función del *welfare*); pero sobre todo el de la conjunción del orden estatal como fenómeno de integración macro-político (*state building*) con la del desarrollo institucional del aparato de Estado. En suma, aparece la confirmación de un campo diferencial de controversias inherente al desarrollo de la democracia en el pasaje que va de los años cincuenta hasta finales de los años setenta del siglo pasado.

Entonces podríamos derivar el argumento de que la democracia contemporánea es una forma histórica de organización de lo común que no logra la reducción a "tasa cero" de la cuestión del desorden, la insubordinación y el desarrollo del "pluralismo" de lo social. Por ejemplo, en América Latina la protesta en los últimos años ha estado ligada a los llamados conflictos de reproducción social que expresan un abierto carácter "defensivo" (conservación de derechos) y están agrupados en tres grandes direcciones: a) conflictos de reproducción donde aparecen protestas que exigen la satisfacción de demandas básicas como el salario, las prerrogativas a la propiedad y las "movilizaciones en contra de ciertas medidas políticas o sociales que se perciben como amenazadoras del *statu quo*"; b) conflictos institucionales y de gestión administrativa, tales como los servicios públicos, la administración local y las "medidas legales"; c) los conflictos cultu-

²⁰ L. Morlino, "Democrazie", G. Pasquino (coord), *Manuale di scienza politica*, Bolonia, Il Mulino, 1986, pp. 83-136; J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, vol. 2, Barcelona, Folio, 1996, pp. 321-242, 243-360.

²¹ Piénsese en la concepción "moderna" de la *litigation society*, que no cubría exclusivamente su aspecto jurídico.

²² Es célebre la sentencia de Schumpeter: "El capitalismo está siendo asesinado por sus propias realizaciones" (Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, vol. 2, p. 16).

rales como las movilizaciones por la exigencia de seguridad ciudadana, los derechos humanos y las identidades²³.

En resumen, las dinámicas sociales que dirigen sus demandas hacia determinadas instituciones del aparato de Estado, necesitan de un contexto democrático que garantice su participación y su respuesta. De este modo logramos entender por qué la lógica del "buen gobierno" y la gobernanza democrática pretendieron volverse en las dos últimas décadas una respuesta eficaz a estas cuestiones²⁴ y no sólo mediante la función del bienestar, sino también a través del crecimiento del proceso de "descenramiento" de la decisión y de los espacios de soberanización intrínsecos a ella. En algunos casos, adoptaron la forma política de la excepción²⁵ con el objetivo de articular lo que el sociólogo Alan Wolfe definió como los "modos de conservación del poder en contextos de gran fluidez social"²⁶. El corolario es predecible: la "reificación" de la política democrática y del Estado *justifican* el ansia de idolatrar la eficacia de las instituciones públicas, incluso contraviniendo la causa del exceso de estatalidad que por varios lustros era la piedra de toque de las feroces críticas a la actividad estatal, aun en ámbitos que no caían en su jurisdicción. Para Wolfe, este síntoma del Estado contemporáneo es una paradoja insuperable: "cuanto más falla el Estado más venerado es, y cuanto más venerado, mayor su fracaso"²⁷.

Así, el alto costo de la democracia tiene que ver con el nacimiento de contextos sociales estructurados con poca raigambre democrática pero con "gran fluidez social",²⁸ como son el uso del dinero negro para orientar una elección, la corrupción de los actores políticos, incluso de los actores que pertenecen al aparato judicial y la compra-venta de votos propia de la dinámica del clientelismo, por lo que al mismo tiempo expresa la necesidad de profundización de la llamada educación *para y en la democracia*²⁹. Por ello, acierta Pierre Rosanvallon al decir que "Las elecciones contempo-

²³ F. Calderón Gutiérrez, (coord), *La protesta social en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores/Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2012, pp. 126-127.

²⁴ *Governance* es traducido al español como gobernanza y alude al ámbito específico de la "actividad de gobernar". Por ello, el calificativo de "buena" o "mala" actuación del gobierno. Asimismo, la gobernanza democrática, a diferencia de la gobernabilidad democrática, hace hincapié en la confiabilidad y estabilidad de los procedimientos democráticos. Por ejemplo, es observable en la cuestión que atañe al control (interno y externo) del poder político mediante reglas y procesos institucionales que garanticen el funcionamiento de las fases que componen "la actividad de gobernar" (J. March y J. Olsen, *Democratic Governance*, Nueva York, The Free Press, 1995).

²⁵ Agamben, *Stato di eccezione. Homo sacer II, I*, pp. 44-54.

²⁶ A. Wolfe, *Los límites de la legitimidad. Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI Editores, 1997, pp. 69-70.

²⁷ Wolfe, p. 304.

²⁸ Con particular atención en las llamadas democracias nuevas pero es también una realidad en las democracias consolidadas. Nuevamente España, después de 2008, es un caso relevante.

²⁹ M. C. Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Buenos Aires, Katz Editores, 2010.

ráneas son menos la oportunidad de optar por distintas orientaciones que juicios sobre el pasado [...] Ya no se trata, en el sentido etimológico del término, de distinguir y de seleccionar candidatos, sino más bien de proceder a eliminaciones. Se puede hablar por ello de 'deselecciones'. Entramos así en lo que podría llamarse una *democracia de sanción*"³⁰.

En muchas ocasiones, este castigo tiene que ver directamente con el proceso de colonización del espacio político de la democracia causado por el incremento de la participación de diversos actores no políticos como son los empresarios³¹; la Iglesia y su coerción moral sobre la sociedad, los medios de comunicación, que dejan de ser cajas de resonancia de los distintos actores sociales para volverse también actores que hacen frente a la política y a sus semánticas, la sociedad civil organizada que propone y diseña estrategias de aseguramiento social en situaciones de escasez. Incluso, la participación de las organizaciones criminales que financian campañas "eligen" candidatos subnacionales y nacionales, para lograr anidar la complicidad en la sede legislativa, etcétera.

Estos momentos a través de sus interacciones y contradicciones se vuelven más intensos en regímenes políticos en "vías de consolidación democrática", ya que permiten a la par del desarrollo de las estructuras de consolidación democrática, el nacimiento de fenómenos de "desdemocratización", que son un efecto del proceso del deslizamiento de la centralidad política de legitimación, o bien, de la materia prima de la democratización (la "restitución" del lugar político de la figura del pueblo) y que afecta al Estado como forma de "soberanización", por lo que sus modos de organización cambiarán en muchos sentidos³². Este cambio es sintomático en la actuación política del poder judicial frente al desarrollo del poder legislativo en un contexto cada vez más imparable de primacía de la actuación de los poderes ejecutivos en las decisiones democráticas:

Hemos asistido en las últimas décadas a una expansión del poder ejecutivo que ha venido acompañada de la ampliación de la capacidad y el radio de acción de los tribunales de justicia, tanto nacionales como internacionales. Cada vez es mayor el número y la diversidad de los litigios y las cuestiones políticas que se elevan a los tribunales—incluyendo en este número las que generan los movimientos sociales internos de cada nación y las campañas internacionales en pro de los derechos humanos. Y una vez que se llega a los tribunales, los expertos jurídicos hacen tantos juegos malabares y someten las decisiones políticas a tales sutilezas

³⁰ P. Rosanvallon, *La nouvelle question sociale. Repenser l'État-providence*, París, Seuil, 1995, p. 173.

³¹ Sobre todo donde su participación no está supeditada al juego político ni regulada con total claridad por las leyes ni por el pacto corporativo.

³² W. Brown, "Ahora todos somos demócratas", AA. VV., *Democracia en suspenso*, Madrid, Ediciones Casus-Belli, 2010, pp. 59-78.

analíticas —haciéndolo además en un lenguaje tan complejo y arcano— que sus dictámenes resultan incomprensibles para todo aquel que no sea un letrado especializado en ese campo específico. Al mismo tiempo, los tribunales han pasado de decidir qué es lo que está prohibido a decir lo que ha de hacerse —en pocas palabras: han pasado de desempeñar una función limitativa a realizar una labor legislativa que de hecho usurpa la tarea clásicamente encomendada a la política democrática. Si vivir sometidos a la primacía del derecho es un pilar importante de la mayor parte de las formas de democracia, el gobierno de los tribunales equivale a una subversión de la democracia. Esta forma de gobierno no sólo invierte la crucial subordinación del poder judicial al legislativo —subordinación de la que depende la soberanía popular—, sino que transfiere poder y politiza una institución que no tiene carácter representativo³³.

El problema que importa el proceso político que cambia radicalmente las fuentes convencionales de legitimación (entre otras causas por la reducción de la política del bienestar), al tiempo que permite la aparición de nuevas formas de "soberanización", está ganando terreno precisamente en el espacio político "doméstico" del orden estatal mediante una serie de experiencias históricas que encuentran sus expresiones más relevantes en los fenómenos de subversión institucional³⁴, y que producen efectos demolidores a la legitimidad de las democracias, por lo menos en relación con la institucionalización de un campo de efectividad de la ley y los derechos políticos a lo largo del territorio nacional de los Estados contemporáneos.

Transformaciones del Estado y procesos de democratización

Como hemos discutido, los procesos de democratización que tuvieron lugar desde mediados de los años setenta del siglo XX y que han continuado con diferente ritmo y éxito hasta el día de hoy en diversas partes del mundo, han producido una serie de manifestaciones políticas, sociales, económicas, incluso culturales, que aceleraron la transformación del espacio político "convencional" de las democracias, tanto en el seno de diversas experiencias democráticas nacientes como en aquellas consolidadas³⁵. Pero, ¿de qué expresiones estamos hablando? Es decir, ¿qué tipo

³³ Brown, p. 65.

³⁴ Algunas son el crimen organizado nacional y transnacional, el paramilitarismo, el fenómeno del "vigilantismo" y grupos armados de autodefensa, etcétera.

³⁵ Covarrubias, *Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión*; P. J. Krischke, "Aporías e interfaces en los estudios de la democratización: análisis del régimen versus estudios culturales", *Revista mexicana de sociología*, LXI, 1, 1999, pp. 177-195; L. Whitehead, *Democratización. Teoría y experiencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

de cambios sociales y “estructurales” introdujo en la ola más reciente de la democratización el paso precisamente de un orden político no democrático hacia uno democrático?, ¿son manifestaciones compartibles en los diversos procesos de cambio político o son manifestaciones específicas de cada proceso de democratización?

Lo que se transformó no fue únicamente la modalidad de organización de los regímenes políticos que se movían de diversas experiencias no democráticas hacia formas democráticas, pues también la arquitectura del Estado donde los regímenes se desarrollaban cambió y por momentos no en la misma dirección que señalaban los procesos de democratización³⁶. Es decir, la consolidación de una base fuerte de *estatalidad* acorde con el pluralismo político y, en general, con el disenso, al término de la vida histórica de un régimen político autoritario no necesariamente acompañará el proceso de democratización de las instituciones políticas y del régimen político y viceversa. En ocasiones lo que tenemos es el fenómeno de la “liberalización hacia atrás” (*spillover effect*). Por ejemplo, observemos la experiencia rusa de fin del régimen comunista y la consolidación del llamado “consenso impuesto” en el primer gobierno de Vladimir Putin, que buscó “restaurar el funcionamiento estatal en lugar de consolidar el pluralismo y los procedimientos democráticos”³⁷.³⁸ Por ello, la restauración de la funcionalidad del orden estatal suponía una profunda “redefinición de la propia identidad nacional” que era el efecto de la disolución de la antigua Unión Soviética y que terminaría centrada en la figura presidencial de Putin³⁹. Entonces, se puede decir junto a Mara Morini que: “el fin del comunismo ha dejado un vacío llenado incluso con elementos derivados de la herencia pre-comunista y comunista: el nacionalismo, la cuestión étnica e identitaria, el culto a la personalidad, el neo-leninismo, la intervención estatal en la economía y la derivación cesarista-populista”⁴⁰.

Del mismo modo, pensemos en los cambios políticos articulados alrededor de fuertes manifestaciones de protesta que han empujado precisamente hacia una “liberalización hacia atrás”, aún parcial y caótica, en Túnez y Egipto y cuya ola abarca con resultados totalmente contradictorios

³⁶ G. O'Donnell, *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007; G. O'Donnell, *Democracia, agencia y Estado. Teoría con intención comparativa*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010; A. Pizzorno, (Ed.), *La democrazia di fronte allo stato. Una discussione sulle difficoltà della politica moderna*, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2010; Whitehead, *Democratización. Teoría y experiencia*.

³⁷ M. Morini, “Gli effetti delle eredità del passato nella tandemocrazia russa”, P. Grilli di Cortona y O. Lanza (coords), *Tra vecchio e nuovo regime. Il peso del passato nella costruzione della democrazia*, Boloña, Il Mulino, 2011, p. 241.

³⁸ La experiencia de Ucrania en 2014 es también un caso de relevancia de este tema. Véase: O. Miikhelsen, “Ucraina, la fine di un regime”, *Internazionale*, 21, 1040, 2014, pp. 14-16.

³⁹ Morini, “Gli effetti delle eredità del passato nella tandemocrazia russa”, p. 237.

⁴⁰ Morini, p. 237.

a otros países de la región como Libia, Yemen, Jordania, Siria (hoy en guerra civil), Marruecos, al grado de que se ha sugerido el apelativo de "una revolución democrática árabe", con las implicaciones y desafíos que esta noción conlleva para las categorías de análisis político, en particular, respecto al vínculo (im)posible entre democracia e Islam⁴¹.

Estos eventos han sido más claros y muestran un impacto más erosivo para la vida de las democracias en nuestros días en aquellas regiones y experiencias históricas donde la organización de la sociedad había quedado delegada en muchas de sus directrices a la capacidad del Estado para producir cohesión y legitimidad (además de la experiencia de Rusia, los casos de México y China son ilustrativos), fenómeno que se conjugaba con la ola de liberalización de la economía de la tutela estatal, para inaugurar una doble dirección problemática que sintetiza Sergio Sevilla del siguiente modo:

Presenciamos un generalizado descrédito de la intervención en la sociedad desde el sistema político, de la intervención sobre el mercado desde el Estado. Aunque no es exacta la equiparación, implícita en esas fórmulas, de sociedad a "mercado" y política a "Estado", señala una tendencia real y efectiva; tendencia a la progresiva reducción de la política a la lógica burocrática de partidos e instituciones, y tendencia a la reducción de los vínculos sociales progresivamente reemplazados por vínculos funcionales, que reproducen la lógica de lo económico⁴².

Si bien esta observación cobra vida hacia finales del siglo pasado y puede ser juzgada como una preocupación teórica similar a la de muchas otras que en ese entonces alertaban del cambio en la articulación del Estado frente al mercado y frente a la sociedad durante los años ochenta y sobre todo en los noventa,⁴³ no deja de expresar su actualidad al grado de indicar el comienzo de las transformaciones que ha sufrido el Estado en los últimos tres lustros. En este mismo sentido, Norbert Lechner escribía:

⁴¹ J. Tovar, "Túnez y Egipto. Historia de dos revoluciones", *Metapolítica*, 15, 73, 2011, pp. 17–23.

⁴² S. Sevilla, "La transformación del espacio de lo político", *Revista internacional de filosofía política*, 11, 1998, p. 84.

⁴³ Una síntesis de estos problemas en los años noventa y contenida en los debates con una perspectiva "derivacionista" para discutir el Estado desde la teoría política es J. Hirsch, *Globalización, capital y Estado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1996; el estudio más estimulante sobre las transformaciones del Estado contemporáneo desde una perspectiva sociológica es J. S. Migdal, *State in Society. Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001; una síntesis teórica que rastrea algunos de los cambios más significativos del Estado en los primeros dos lustros del siglo XXI es R. Vázquez García, (Ed.), *Teorías actuales sobre el Estado contemporáneo*, Granada, Universidad de Granada, 2011.

En realidad, la reorganización del Estado tiene efectos extraordinariamente significativos: reduce la reglamentación burocrática y el centralismo administrativo, disminuye la presión política y corporatista sobre el aparato estatal y limita el uso populista del gasto fiscal y del patrimonio público. En resumen, mejora drásticamente la eficiencia económica del Estado. No obstante, al considerar exclusivamente la funcionalidad económica del Estado, tal modernización conlleva un reduccionismo que desconoce las especificidades de la política democrática⁴⁴.

De hecho, esta doble interacción tenía que ser pensada como efecto de la serie de implementaciones que venían sucediéndose desde mediados de los años setenta, cuando era recurrente lanzarse contra el Estado de bienestar dada su “incapacidad” en la generación de los insumos económicos y sociales necesarios para la reproducción “equilibrada” de la vida en sociedad^{45 46}. De aquí, pues, la desregulación de los mercados nacionales, las políticas de reforma estructural y la figura de la privatización, que se volverían con el tiempo la primera generación de reformas neoliberales. Su consecuencia fue la idea de que el Estado se “retiraba” de algunos de sus lugares tradicionales, en paráfrasis del título célebre del libro de Susan Strange⁴⁷; dicho en otras palabras, el Estado dejaba ciertos espacios que serían colmados (y colonizados) por el mundo privado y en general por la economía transnacional, incluido el mercado de las drogas ilícitas y de los fenómenos que le circundan. Sin embargo, como bien señala Pier Paolo Portinaro,

Pero ni la perspectiva de nuevas formas de Estado tecnocrático transnacional ni aquella de un Estado constitucional que se abre a las dimensiones internacionales aparecen en cualquier contexto cultural y en cualquier área del mundo como prometedoras. Tanto las capacidades de integración de las comunidades nacionales como los recursos de racionalización de las instituciones son limitados y sujetos a un agotamiento sobre todo cuando crece la incertidumbre de los actores sociales y políticos. Es difícil creer que el problema del exceso de abstracción del cual padecen hoy los Estados occidentales a los ojos de sus ciudadanías (y de aquellos que pugnan por la inclusión) pueda ser resuelto con una simple renacionalización de las políticas o bien salvarse dirigiéndose hacia un orden burocrático supranacional [...]⁴⁸.

⁴⁴ N. Lechner, “Las transformaciones de la política”, *Revista mexicana de sociología*, 58, 1, 1996, p. 9.

⁴⁵ P. P. Portinaro, *Stato*, Bolonia, Il Mulino, 1999, pp. 159–168.

⁴⁶ Sobre la reducción del Estado social, puede leerse una síntesis en Rosanvallon, *La nouvelle question sociale. Repenser l'État-providence*.

⁴⁷ S. Strange, *The Retreat of the State. The Diffusion of Power in the World Economy*, Nueva York y Melbourne, Cambridge University Press, 1996.

⁴⁸ Portinaro, *Stato*, p. 168.

Por su parte, este problema se relaciona con el síndrome de la modernización institucional que pretendía en algunos casos, como lo fueron algunas experiencias políticas en África, erosionar el fenómeno de la dependencia histórica que se encontraba articulado en la herencia del colonialismo junto a la quiebra de las formas de patrimonialismo endémico. Esta era la precondición para liberalizar la arena política a través del pluralismo partidista con miras al establecimiento de las condiciones para la competencia por los votos y los puestos de representación frente al enquistamiento político de los "barones" que no podían ser simplemente "desechados", pues eran un factor relevante de integración local⁴⁹.

En cambio, si observamos a América Latina, en un primer momento la oleada de modernización institucional se focalizó en los aspectos económicos, para luego dar paso a los procesos políticos de liberalización encaminados hacia un puerto democrático. En el contexto latinoamericano de los cincuenta y sesenta del siglo XX, la cuestión del desarrollo económico era una preocupación constante, sobre todo porque intentaban definir y caracterizar la mejor forma posible de la idea recurrente por aquellos años de una modernidad inacabada, junto a una modernización fracturada, o en el mejor de los casos *sui generis*. Lo que se quería era pensar a Latinoamérica "desde algún lugar" para que fuera posible esbozar los rostros más visibles de los grandes problemas que el Estado tenía cuando pretendía ser modernizado en su ámbito institucional a mediano plazo. Al lado de las preocupaciones por el desarrollo económico, aparecía una serie de preocupaciones sobre el autoritarismo en sus distintas génesis en la región: la explotación, la desigualdad y la pobreza en la relación conflictiva entre el campo y la ciudad; las clases sociales, la dependencia socioeconómica y política en la relación centro (países desarrollados) y periferias o como eran llamados en aquella época los "países en vías de desarrollo"⁵⁰.

El común denominador de la modernización del Estado y del crecimiento económico en Latinoamérica fue la configuración gradual de un concepto particular de *cambio* en su variante de "pasaje": ir del campo a la ciudad, de la dependencia a la autonomía, de la pobreza al bienestar. Se puede decir que el concepto de cambio esbozado por estas preocupaciones se enfocó casi exclusivamente en los retos institucionales y estatales que para los distintos países de la región representaban los aspectos demográficos y urbanos que presuponían. Asimismo, esta idea de cambio

⁴⁹ J.-F. Bayart, *África en el espejo. Colonización, criminalidad y Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

⁵⁰ I. Covarrubias, "Introducción. Ideas y presencias de la teoría política en América Latina", I. Covarrubias (coord), *Figuras, historias y territorios. Cartógrafos contemporáneos de la indagación política en América Latina*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Publicaciones Cruz, 2015, pp. 14-17.

político fue una categoría que, en términos históricos en América Latina, se emparenta con las transformaciones radicales de los procesos políticos nacionales de la región. Por ello, hay que subrayar las formas en apariencia contradictorias de transición y cambio que a partir de los sesenta América Latina ha tenido en su horizonte político-estatal. Por un lado, se toma la dirección de la guerrilla y el cambio a través del fenómeno de insurgencia armada, con mayor énfasis después de 1959 cuando ocurrió el triunfo de la Revolución cubana, hasta llegar a las experiencias de guerras civiles centroamericanas en los años finales de la década de los setenta. Por el otro, el cambio adoptaba una impronta conservadora, expresada en el viraje de corte autoritario a partir de 1964 con el golpe de Estado en Brasil, extendido con posterioridad a lo largo de Sudamérica⁵¹.

En esta perspectiva, es entendible que tiempo después la categoría de “transición” se vuelva recurrente en los debates y en la agenda política de la región. En particular, a partir de 1978 en la conferencia anual del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) que tuvo lugar en Costa Rica, ya que de sus conclusiones se desprende la idea —en gran medida como solución de “compromiso”— del horizonte democrático como una posible salida a los distintos autoritarismos manifiestos en la región y que poco tiempo después toma forma en el impreciso vocablo de la “transición a la democracia”⁵².

A pesar de la distancia y las variaciones de cada caso específico, incluso de cada región, se puede decir que el cambio político es una de las constantes que ha acompañado al desarrollo contemporáneo del orden estatal, sobre todo cuando el “puerto” de partida es un régimen autoritario. También es cierto que la arquitectura de los Estados donde tenían lugar los cambios políticos en dirección democrática, se han ido transformando a una velocidad distinta, incluso en algunas experiencias en una dirección opuesta a la de la “marcha triunfal de la democracia” en el nivel global. Una de las direcciones que ha adoptado, como lo hemos observado párrafos atrás, es la del fenómeno de la soberanización criminal que lejos de comportarse como una dinámica eminentemente antidemocrática y antiestatal, se ha vuelto una forma “para-política” de organización de ciertos niveles funcionales del Estado y del juego político con la democracia.

⁵¹ R. Baños, *Nuevos estilos y nuevos temas en los análisis de ciencias sociales en la última década*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1984, p. 5.

⁵² N. Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 18-19.





Los nuevos espacios de soberanía (anti) democrática

El sentimiento de inseguridad y la producción social de las fuentes de miedo asociadas a éste, aparecen como vector vinculado al conjunto de las nuevas formas de delito que se manifiestan en el tránsito hacia la recomposición del orden estatal, por lo menos en el campo jurídico e institucional, posterior a la finalización de los procesos de democratización de finales del siglo XX, incluida la erosión de ciertas vertientes autoritarias en el concierto entre las naciones que no siguieron la ruta de la democracia. Al disolverse la lógica amigo-enemigo, propia de la relación polar heredada de la segunda posguerra entre democracia-socialismo, apareció una tensión constitutiva, no inédita pero creciente y "punzante", en los límites internos de la democracia: la modificación de los mapas mentales respecto al tema de la confianza que potencialmente podía producirse entre sujetos, sobre todo como reacción frente a tres manifestaciones de las interfases de la inseguridad: el miedo al extranjero al que por su falta de filiación en el mercado nacional, preponderante de la cultura, se le agrade;⁵³ el miedo que aparece con la figura del extraño del interior, esos nuevos "condenados de la tierra" que manifiestan una posición de inferioridad espacial y político-económica dentro de la vida en sociedad y en medio de una creciente producción de mercados del desamparo hasta hace poco tiempo desconocidos que, por su parte, importan un efecto negativo para la socialización democrática, pues están fincados en la incapacidad de disolver la exclusión en el ámbito económico al tiempo de producir su correlato. Finalmente en el miedo al sinsentido⁵⁴.

De este modo, es necesario subrayar que la inseguridad, incluida su variante institucional, no es un fenómeno exclusivamente criminal. En cambio, supone la producción de una serie de ámbitos sociales y económicos, así como subjetivos y biográficos que van más allá de su encapsulamiento en los fenómenos que se observan bajo la etiqueta de crimen organizado tanto nacional como transnacional, al grado que terminan por ser la manifestación contemporánea de los procesos que se han anidado en las zonas permanentemente abiertas de las estructuras esenciales de la representación política y del orden político en el mundo contemporáneo⁵⁵.

⁵³ Como sabemos, el evento más reciente es la emergencia política en Europa en 2015 por la llegada de refugiados provenientes principalmente de Siria.

⁵⁴ I. Covarrubias, *Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión*, p. 30-32; G. Kessler, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009, pp. 21-66; N. Lechner, "Nuestros miedos", *Perfiles latinoamericanos*, 7, 13, 1998, pp. 179-198.

⁵⁵ M. Serrano, "Crimen transnacional organizado y seguridad internacional: cambio y continuidad", M. Berdal y M. Serrano (coords), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, México, Fondo de Cultura Económica. 2005, pp. 27-61.

La tesis de que el incremento de los espacios sociales y políticos de la inseguridad son efecto de la desestructuración del Estado a causa de la ola neoconservadora a partir de mediados de los años setenta y que se explaya con fuerza (por ejemplo, en América Latina y en Europa del Este) hasta alcanzar su punto de inflexión hacia finales de los años ochenta es relativamente débil, tanto como aquella otra tesis que sugiere que la desestructuración del orden estatal fue en realidad una necesidad con miras a la articulación efectiva entre el mercado nacional con el global y frente a la expansión de las fuentes tanto de legitimidad como de poder que la llamada globalización conllevaba en sus diversos procesos de integración y fragmentación económica y social.

Una hipótesis alternativa afirma que las transformaciones recientes en el orden político democrático han permitido el anidamiento de fenómenos, algunos muy explosivos, que atacan y contradicen los principios constitucionales y legales que permiten la reproducción de la democracia, pero paradójicamente nacen en el interior de la fragmentación (dispersión) de los procesos democráticos, lo que supone decir que estamos en presencia de una red ampliada de los lugares de interacción entre actores políticos con aquellos económicos y sociales, y en cuyas intersecciones precisamente la inseguridad y la criminalidad se vuelven las bisagras que permiten la movilidad de un campo de fuerza al otro y viceversa⁵⁶. Dicho en otras palabras, las nuevas formas de soberanía tienen un origen en la emergencia de los campos de fuerza de los fenómenos de la inseguridad que están presentes en contextos de extrema fluidez social. Si hacemos una analogía, se puede sugerir que esta situación es similar a la que observamos en la trayectoria que siguió la evolución histórica del Estado moderno en los inicios de su proceso de enganchamiento de la soberanía en la relación que establecían quienes la representaban con el cuerpo social que permitía la reproducción del *lugar* de la soberanía, que en este caso quedaba supeditado a la relación misma y no a sus componentes^{57 58}.

Tomemos ejemplo final, el caso mexicano en los últimos tres lustros. En el país, el fenómeno del crimen organizado ha erosionado la confianza en las respuestas institucionales a problemas de seguridad social y pública, sobre todo en regiones (Guerrero, Michoacán, Tamaulipas, Morelos y Vera-

⁵⁶ R. Ocampo Alcántar, I. Covarrubias y J. C. Cruz Revueltas, "(In)seguridad y política. pasajes y ámbitos de discusión", R. Ocampo Alcántar, I. Covarrubias y J. C. Cruz Revueltas (coords), *Estado, seguridad pública y criminalidades. Debates recientes*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa-Publicaciones Cruz, 2013, pp. 7-41; E. Stepanova, "El negocio de las drogas ilícitas y los conflictos armados: alcance y límites de sus vínculos", J. G. Tokatlian (comp), *Drogas y prohibición. Una vieja guerra, un nuevo debate*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010, pp. 315-319.

⁵⁷ Q. Skinner, *Visions of Politics. Volumen 2: Renaissance Virtues*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 410.

⁵⁸ Skinner dice: "[...] the union itself remains the seat of sovereignty" (Skinner, p. 410).

cruz) donde la delincuencia tiene una presencia cotidiana, al grado de que empuja los límites de los espacios de la política más allá de las antinomias clásicas territoriales de las experiencias de la legalidad–ilegalidad.

Este evento histórico no puede definirse (y explica poco del fenómeno) sólo como un problema topográfico del orden estatal mexicano, es decir, como un problema binario de un "adentro" (orden constitucional) que ataca y enfrenta un "afuera" (crimen no estatal) y del cual derivaría que el crimen organizado es un poder "paralelo" al Estado y las instituciones públicas. Al contrario, el Estado mexicano y sus modalidades de organización son parte fundamental de la estructuración de este nuevo espacio, ya que la emergencia de la soberanización criminal en México,⁵⁹ es la consecuencia no esperada del proceso de descentramiento del poder político que se desarrolló con el aumento de la competencia y la alternancia (entendidas como opciones de decisión política) a lo largo del país en el tránsito de los años noventa del siglo pasado a la primera década de este siglo.

Es decir, el *genus* autoritario perdió su capacidad de control desde lo nacional ("de arriba hacia abajo") y permitió el paso a un proceso político de "consolidación" democrática donde el *genus* democrático tiene que luchar con los "fantasmas" y los "enemigos" que la centralidad autoritaria dejó irresueltos, pero además agregándole los enemigos que el descentramiento de lo nacional produjo y desarrolló en los primeros años de la etapa postalternancia bajo la modalidad del fenómeno totalmente atípico para cualquier proceso de consolidación, y que en el caso de la democratización mexicana estuvo basado en una serie de fenómenos erosivos del orden social que trastocaron el espacio tradicional de la política mexicana⁶⁰. Esto supone, si seguimos la indicación teórica de Carlos Antonio Flores Pérez⁶¹, un cambio profundo en el proceso de gestión de riesgos y distribución de responsabilidades del espacio de la política, ya que pasa de una modalidad "centralizado–descendiente–incremental" (autoritaria), a un espacio de contracción "atomizado–multidireccionado–incremental" (democrática), que "libera" espacios que estaban colonizados por agentes directamente vinculados al poder político nacional y desde una lógica de

⁵⁹ La expresión más corrosiva de esta soberanización criminal es la desaparición el 26 de septiembre de 2014 de 43 estudiantes normalistas en Ayotzinapa, en la región de Iguala, perteneciente al estado de Guerrero, donde estuvieron involucrados diversos grupos criminales con el apoyo del presidente municipal y de otras autoridades públicas, así como el de la policía municipal y el Ejército nacional. Para mayor detalle, véase S. González Rodríguez, *Los 43 de Iguala. México: verdad y reto de los estudiantes desaparecidos*, México, Anagrama, 2015.

⁶⁰ L. Astorga, "México: de la seguridad autoritaria a la inseguridad en la transición democrática", J. G. Tokatlian (comp), *Drogas y prohibición. Una vieja guerra, un nuevo debate*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010 p. 355.

⁶¹ C. A. Flores Pérez, *El Estado en crisis: crimen organizado y política. Desafíos para la consolidación democrática*, México, Centro de Investigaciones y estudios Superiores en Antropología Social, 2009, pp. 139–140.

ejercicio del poder verticalizada, de “arriba hacia abajo”, operativizaban el poder político local. Por consiguiente, aparecerán nuevos actores no estatales definibles como parapolíticos, que anidan sus intereses en las estructuras de la organización de la democracia⁶², pero también se vuelven, en algunos casos, sucedáneos de la declinación–erosión del régimen de bienestar, que en el caso de México, no logró su total consolidación en el proceso de integración bajo el Estado–nacional durante los siglos XIX y XX.

Para concluir, podemos agregar que la realidad contemporánea del Estado nos enseña que las oscilaciones que hemos descrito en este capítulo no son un momento excepcional, pasajero, y que sólo estamos en espera de observar que el Estado se encamine al enlace eficaz de la integración territorial con el aparato estatal, sobre todo cuando lo que está en juego son las respuestas que el Estado se ve obligado a ofrecer frente a los desafíos cada vez más exigentes, como lo es la modalidad de lo que hemos llamado “soberanización” criminal.

Al contrario, la soberanía de lo criminal es una de sus realidades actuantes, es decir, es una de sus situaciones actuales. Son realidades, por su parte, que expresan una forma consolidada y en cierta medida “refinada” (por el grado de complejidad que alcanzaron) de organización de los intereses de lo político en el campo de lo social. Es difícil creer que el Estado en la situación global está enfrentando una “revancha” de la sociedad contra el Estado. En cambio, sí es creíble que asistimos a un proceso lento de “des–universalización” del orden territorial del Estado, pues vemos que los límites y sus trazos más relevantes son “impuestos” por agentes y estructuras paraestatales que se desarrollan en su seno, al grado de poner en evidencia la incapacidad del Estado para aglutinar la “diversidad” en la unificación de lo político en el campo de desarrollo de la vida social de las democracias actuales.

⁶² I. Covarrubias, “Delincuencia organizada, descentramiento del poder y controversias en ciertas formas de (des)organización social en México”, *Khantati. Revista boliviana de ciencia política*, 1 (en prensa), 2015; A. Schedler, “The Criminal Subversion of Mexican Democracy”, *Journal of Democracy*, 25, 1, 2014, pp. 5–18.





ASUNTOS DE FRONTERA.
SOBERANÍA TERRITORIAL
Y ORDEN GLOBAL EN EL
DEBATE SOBRE EL “NUEVO
INTERVENCIONISMO
HUMANITARIO”

Luca Scuccimarra

La gran transformación

No es posible comprender plenamente las profundas transformaciones políticas y jurídicas originadas por el desordenado arribo de la “época global”, si no se consideran los relevantes cambios producidos por ésta en el consolidado tejido de categorías y normas en que se basa la moderna experiencia del Estado territorial soberano. Como se ha subrayado, entre las grandes interrogantes abiertas desde el final del orden bipolar del mundo se encuentra también —junto a la reconstrucción de un “conjunto de jerarquías de poder y prestigio, de distribución de territorio e influencia”— el problema de la refundación de los principios generales de legitimidad llamados a sostener “el orden internacional y sus relaciones con el orden interno de los diversos sujetos”, en un acercamiento gradual que va desde el “extremo de la indiferencia” al “de la penetración y de la injerencia”¹.

Se trata de un contexto problemático que, bien visto, convoca “no a una parte, sino a todas las dimensiones fundamentales del ordenamiento político-jurídico existente, a partir justamente de los ‘principios estructurales’ sobre los cuales se funda cualquier modelo histórico de convivencia internacional: aquellos que definen quiénes son los sujetos legítimos del ordenamiento, cuál debe ser su estatus relativo, cómo debe ser distribuido el espacio entre ellos y en cuáles condiciones es legítimo recurrir a la guerra”².

Considerando todo esto, es en la más reciente discusión teórica sobre fundamentos normativos del *intervencionismo humanitario* —en la peculiar declinación *militar* adoptada al inicio de los años noventa del siglo XX³— que puede observarse el impacto explosivo que produjo este

¹ A. Colombo, *La disunità del mondo. Dopo il secolo globale*, Milano, Feltrinelli, 2010, pp. 13-14.

² Colombo, *La disunità del mondo. Dopo il secolo globale*, p. 43: “Sobre cada una de estas asunciones, el contexto internacional actual está viviendo algo parecido a una crisis constituyente...”.

³ Ph. Moreau Defarges, *Droits d'ingérence dans le monde post-2001*, Paris, Presses de la fondation Nationale des Sciences Politiques, 2006 (trad. it. *Legittime interferenze. Il diritto di ingerenza dopo il 2001*, Milano, Bruno Mondadori, 2008). Para una resumida reconstrucción del desarrollo del debate

cambio de época en las tradicionales bases fundadoras del orden político occidental. En el centro del debate está, en este caso, la legitimidad del “uso de la fuerza más allá de los límites estatutarios de parte de un Estado (o de un grupo de estados) con el fin de prevenir o terminar con las graves y extensas violaciones a los derechos humanos fundamentales de individuos que no son sus propios ciudadanos, sin el permiso del Estado en cuyo territorio se aplica la fuerza”⁴ —este es un caso particular en el cual el elemento clave parece referirse justamente a una modalidad de *acción unilateral* totalmente desvinculada del respeto de un marco de procedimiento formal que tiene como fin la más amplia participación posible de la comunidad internacional⁵.

Ahora bien, es suficiente un conocimiento —incluso superficial— de la discusión que se ha desarrollado en las últimas dos décadas, para darse cuenta de las significativas cuestiones arquitectónicas y fundacionales que surgen de una aproximación de este tipo. En efecto, aquí se pone en discusión, en su conjunto, el régimen del *jus ad bellum* introducido después del final de la Segunda Guerra Mundial con la aprobación del Documento de las Naciones Unidas, un sistema normativo fundado sobre la prohibición general del uso de la fuerza en las relaciones entre los Estados⁶, con dos únicas excepciones previstas en el capítulo VII del texto: las acciones militares promovidas por el Consejo de Seguridad para “mantener o restablecer la paz y la seguridad internacional”, y las “medidas” adoptadas por los Estados miembros “en el ejercicio del derecho a la autodefensa”⁷.

en específica referencia a las dinámicas del “decálogo humanitario”, véase Scuccimarra, “L’eccezione umanitaria. Sovranità territoriale e diritto di intervento nel dibattito sul ‘new global order’”, M. Meccarelli, P. Palchetti y C. Sotis (Eds.), *Le regole dell’eccezione. Un dialogo interdisciplinare a partire dalla questione del terrorismo*, Macerata, Eum, pp. 141-146.

⁴ J.L. Holzgrefe, “The humanitarian intervention debate”, J. L. Holzgrefe y R. O. Keohane (Eds.), *Humanitarian Intervention. Ethical, Legal and Political Dilemmas*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 15-16.

⁵ R. O. Keohane, “Introduction”, *Humanitarian intervention*, pp. 1-2. Para una acertada anticipación sobre este aspecto del debate contemporáneo, véase W. D. Verwey, “Legality of Humanitarian Intervention after the Cold War”, Ferris (Ed.), *The Challenge to Intervene: A New Role for the United Nations?*, Uppsala, Life and Peace Institute, 1992, pp. 113-114.

⁶ *Charter of United Nations*, Art. 2 (3): “All Members shall settle their international disputes by peaceful means in such a manner that international peace and security, and justice, are not endangered.”; Art. 2 (4): “All Members shall refrain in their international relations from the threat or use of force against the territorial integrity or political independence of any state, or in any other manner inconsistent with the Purposes of the United Nations”.

⁷ *Charter of United Nations*, Art. 39: “The Security Council shall determine the existence of any threat to the peace, breach of the peace, or act of aggression and shall make recommendations, or decide what measures shall be taken in accordance with Articles 41 and 42, to maintain or restore international peace and security”. Art. 41 “The Security Council may decide what measures not involving the use of armed force are to be employed to give effect to its decisions, and it may call upon the Members of the United Nations to apply such measures. These may include complete or partial interruption of economic relations and of rail, sea, air, postal, telegraphic, radio, and



Los partidarios de la "intervención unilateral" no están de acuerdo, desde el principio, con la rígida "tripartición del universo de la fuerza" (actos de agresión, actos de autodefensa y acciones de *enforcement* autorizadas por el Consejo de Seguridad) fijada en la Carta de la ONU⁸, afirmando que en presencia de alarmas de crisis capaces de poner fuertemente en riesgo la vida de personas inocentes, o de influir profundamente en sus condiciones de existencia, cada Estado tiene el *derecho* —y según algunos el *deber*— de recurrir incluso a iniciativas de carácter militar para restablecer las condiciones de una convivencia pacífica y ordenada.

Según esa determinación, la *emergencia humanitaria* con la amplia variedad de sus características, configuraría una ulterior excepción al general "bando frente al uso de la fuerza" impuesto en la Carta ONU a todos sus Estados miembros —una condición no establecida en el Derecho Internacional, pero fundada en profundos principios de justicia, universalmente comprometedores aunque no tengan reconocimiento en el derecho positivo. Aunque *ilegal* desde el punto de vista del Derecho internacional, una guerra basada en fines humanitarios debe ser considerada una acción del todo legítima, incluso un "bien moral en sí", como afirman los partidarios más radicales de una "cosmopolitan political morality" en las relaciones internacionales⁹.

other means of communication, and the severance of diplomatic relations". Art. 42: "The Security Council [...] may take such action by air, sea, or land forces as may be necessary to maintain or restore international peace and security. Such action may include demonstrations, blockade, and other operations by air, sea, or land forces of Members of the United Nations"; Art. 51: "Nothing in the present Charter shall impair the inherent right of individual or collective self-defence if an armed attack occurs against a Member of the United Nations, until the Security Council has taken measures necessary to maintain international peace and security. Measures taken by Members in the exercise of this right of self-defence shall be immediately reported to the Security Council and shall not in any way affect the authority and responsibility of the Security Council under the present Charter to take at any time such action as it deems necessary in order to maintain or restore international peace and security".

⁸ T. J. Farer, "Humanitarian Intervention before and after 9/11: legality and legitimacy", *Humanitarian Intervention*, p. 58.

⁹ J. Boyle, "Natural Law and International Ethics", T. Nardin y D. R. Mapel, *Traditions of International Ethics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 123: según Boyle, las obligaciones frente a los demás impuestas por nuestra "moral común" no están "limitadas a las personas con quienes tenemos relaciones comunitarias en virtud de un contrato, de vínculos políticos o de una pertenencia territorial común (*common locale*). Estamos obligados a ayudar a cualquiera a quien podamos (en la medida en que esto sea compatible con el cumplimiento de otros deberes) y a estar listos para crear y promover relaciones dignas (*decent*) con todos ellos. [...] En el ámbito de esta moral común, el deber general de ayudar a los demás es el mayor fundamento de la intervención de los asuntos internos de una nación por parte de los extraños, incluidas otras naciones y los organismos internacionales. Las específicas implicaciones del deber general de proporcionar ayuda dependen de múltiples factores altamente limitados, que incluyen el respeto de la soberanía de una nación y la conciencia de los límites del auxilio externo. Pero el fundamento normativo existe y [...] en circunstancias extremas puede justificar el uso de la fuerza". Para una útil revisión de este aspecto de la discusión véase J.L. Holzgrevé, *The humanitarian intervention debate*, pp. 18-19.

Como es evidente, en la base de este “nuevo intervencionismo humanitario”¹⁰ se encuentra una fuerte redefinición de la relación —realmente problemática desde el inicio— entre el “viejo orden de la soberanía nacional—estatal ligada al Derecho Internacional”¹¹ y la esfera de fundamentales e intangibles atribuciones jurídico—morales habitualmente asociada a la dimensión de lo humano.

En forma más detallada, lo que debe ser analizado nuevamente es ese “principio particularista de la soberanía de los Estados y de la inviolabilidad de sus fronteras”, presente en la base del proceso de formación del sistema moderno de las relaciones internacionales, desde la paz de Westfalia hasta el nacimiento de las Naciones Unidas¹²: vale mencionar “la exigencia un tiempo indiscutible del Estado soberano de ser el principal lugar de poder y lealtad” y su paralela reivindicación de “una libre discrecionalidad respecto a la producción de bienes públicos y a la determinación de los derechos y de las obligaciones” de los sujetos presentes en el interior de sus fronteras¹³.

Como demuestran algunos de los principales documentos político—diplomáticos elaborados a partir del final de los años noventa, al tradicional modelo de soberanía *cerrada*, protegida de la interferencia de otros sujetos en el propio ámbito de “jurisdicción interna”¹⁴, se ha venido imponiendo un modelo de soberanía *abierto*, expuesta en el ejercicio de sus propias y fundamentales prerrogativas jurídico—institucionales a la vigilancia y al juicio de la comunidad internacional: según los partidarios de esta aproximación, es inaceptable que “los gobiernos utilicen el principio de soberanía como un escudo detrás del cual se puede pretender ser libre de desarrollar actividades que crean enormes amenazas a sus ciudadanos, a sus vecinos o al resto de la comunidad internacional”¹⁵.

¹⁰ Cfr. D. Chandler, *From Kosovo to Kabul: Human Rights and International Intervention*, London, Pluto, 2002, nueva edición 2006.

¹¹ U. Beck, *Der kosmopolitische Blick oder: Krieg ist Frieden*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 2004 (trad. it. *Lo sguardo cosmopolita*, Roma, Carocci, 2005, p. 174).

¹² D. Zolo, *La giustizia dei vincitori*, Roma—Bari, Laterza, 2007, pp. 60–61.

¹³ T.J. Farer, *Humanitarian intervention before and after 9/11*, p. 55.

¹⁴ *Charter of United Nations*, art. 2 (7): “Nothing contained in the present Charter shall authorize the United Nations to intervene in matters which are essentially within the domestic jurisdiction of any state or shall require the Members to submit such matters to settlement under the present Charter; but this principle shall not prejudice the application of enforcement measures under Chapter VII”.

¹⁵ United States Department of Defense, *The National defense strategy of the United States of America*, March 2005, citado en A. J. Bellamy, *Responsibility to protect*, Cambridge, Polity Press, 2009, p. 24. Aparecen afirmaciones análogas en la célebre *Doctrine of the International Community* di Tony Blair, formulada en su primera versión en un discurso pronunciado en el Economic Club di Chicago en abril de 1999: “The most pressing foreign policy problem we face is to identify the circumstances in which we should get actively involved in other people’s conflicts. Non-interference has long been considered an important principle of international order. And it is not one we would want to





Esta es una instancia que en el célebre reporte de la *International Commission on Intervention and State Sovereignty* encontramos explícitamente articulada en la forma de una transición del tradicional modelo de la soberanía-control al de la soberanía-responsabilidad, entre otras cosas aquí concebido, no sin forzarlo, en estrecha continuidad con los mismos principios organizativos fundamentales del régimen ONU:

Thinking of sovereignty as responsibility, in a way that is being increasingly recognized in state practice, has a threefold significance. First, it implies that the state authorities are responsible for the functions of protecting the safety and lives of citizens and promotion of their welfare. Secondly, it suggests that the national political authorities are responsible to the citizens internally and to the international community through the UN. And thirdly, it means that the agents of state are responsible for their actions; that is to say, they are accountable for their acts of commission and omission. The case for thinking of sovereignty in these terms is strengthened by the ever-increasing impact of international human rights norms, and the increasing impact in international discourse of the concept of human security¹⁶.

Como se puede observar, esta radical reinterpretación del modelo tradicional de la soberanía territorial ha encontrado su momento más avanzado de "cristalización normativa" en la doctrina de la *responsibility to protect* aprobada, con el máximo nivel de solemnidad, en la Asamblea General de las Naciones Unidas en el *2005 World Summit Outcome Document*. Ese documento hace suyas, en efecto —si bien para algunos en forma decididamente "diluida"¹⁷—, las principales instancias maduradas durante el curso del peculiar "giro humanitario" de la política internacional contemporánea¹⁸, fijando algunos principios que deberían representar un punto de

jettison too readily. One state should not feel it has the right to change the political system of another or foment subversion or seize pieces of territory to which it feels it should have some claim. But the principle of non-interference must be qualified in important respects. Acts of genocide can never be a purely internal matter. When oppression produces massive flows of refugees which unsettle neighbouring countries then they can properly be described as "threats to international peace and security".

¹⁶ International Commission on Intervention and State Sovereignty, *The Responsibility to Protect*, Ottawa, International development Research Centre, 2001, p. 13.

¹⁷ A. J. Bellamy, "Whither the Responsibility to Protect? Humanitarian Intervention and the 2005 World Summit", *Ethics & International Affairs*, vol. 20, no. 2, 2006, p. 144. Nel volume *Humanitarian Intervention: Ideas in Action*, Cambridge, Polity Press, 2007, p. 117, Th. G. Weiss definió el lenguaje del *summit* como una "Responsability to Protect lite", ya que el intervencionismo humanitario debe ser aprobado por el Consejo de Seguridad".

¹⁸ M. Serrano, "The Responsibility to protect and its Critics: Explaining the Consensus", *Global Responsibility to Protect*, no. 3, 2011, pp. 1-13, in part. p. 3. Sobre el "giro humanitario" de las relaciones internacionales, véase en síntesis, I. Holliday, "Ethics of Intervention: Just War Theory and the Challenge of the 21st Century", *International Relations*, vol. 17, 2, 2003, pp. 115-133.

no retorno en el camino de una nueva y más evolucionada forma de orden internacional: en particular, el reconocimiento de que “todos los Estados tienen la responsabilidad de proteger a sus poblaciones del genocidio, de los crímenes de guerra, de la limpieza étnica y de los crímenes contra la humanidad”; que los miembros de las Naciones Unidas tienen el deber de asistir a los Estados en el cumplimiento de esa responsabilidad y que “cuando un Estado no cumple abiertamente con sus propias responsabilidades, actores externos deben asumir iniciativas “inmediatas y decisivas” para proteger a las poblaciones de estos crímenes en formas compatibles con la Carta de las Naciones Unidas¹⁹.

Tal vez es superfluo subrayar el papel decisivo que juega el amplio lenguaje de los derechos humanos en este proceso de reformulación de la tradicional visión Estado-céntrica del orden internacional²⁰. Para quienes apoyan una aproximación “universal” de las relaciones entre Estados, el reconocimiento de límites en el principio de no injerencia característico del régimen ONU concide, en efecto, con asumir una concepción general de la justicia política de evidente origen iusnaturalista. En la base de esta aproximación se ubica, entonces, la convicción —para algunos autores ampliamente compartida— de que en su función ordinaria los Estados tengan una obligación general de garantizar a sus propios ciudadanos

¹⁹ A. J. Bellamy and P. Williams, “On the limits of moral hazard: The ‘responsibility to protect’, armed conflict and mass atrocities”, *European Journal of International Relations*, 18, 2012, pp. 531–532. Cfr. UN GAOR, Sixtieth Session, 8th plen. mtg., UN Doc. A/RES/60/1, paras. 138 and 139 (October 24, 2005), disponible en: <http://daccessdds.un.org/doc/UNDOC/GEN/N05/487/60/PDF/N0548760.pdf?OpenElement>: “138. Each individual State has the responsibility to protect its populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity. This responsibility entails the prevention of such crimes, including their incitement, through appropriate and necessary means. We accept that responsibility and will act in accordance with it. The international community should, as appropriate, encourage and help states to exercise this responsibility and support the United Nations in establishing an early warning capability. 139. The international community, through the United Nations, also has the responsibility to use appropriate diplomatic, humanitarian and other peaceful means, in accordance with Chapters VI and VIII of the Charter, to help to protect populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity. In this context, we are prepared to take collective action, in a timely and decisive manner, through the Security Council, in accordance with the Charter, including Chapter VII, on a case-by-case basis and in cooperation with relevant regional organizations as appropriate, should peaceful means be inadequate and national authorities are manifestly failing to protect their populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity. We stress the need for the General Assembly to continue consideration of the responsibility to protect populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity and its implications, bearing in mind the principles of the Charter and international law. We also intend to commit ourselves, as necessary and appropriate, to helping states build capacity to protect their populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity and to assisting those which are under stress before crises and conflicts break out”.

²⁰ UN GAOR, Sixtieth Session, pp. 13–14. Sobre el tema véase también D. M. Mednicoff, “Humane wars? International law, Just War theory and contemporary armed humanitarian intervention”, *Law, Culture and the Humanities*, no. 2, 2006, pp. 373–398, in part. p. 382.



algunos derechos básicos o fundamentales que son considerados necesarios para su existencia y para mantener relaciones amistosas entre las naciones. Se sostiene además que estos derechos son esenciales y universales y tienen tal relevancia para la persona humana que las violaciones cometidas por cada Estado no pueden ser ignoradas por los demás. Asumir esto autorizaría la intervención de otros Estados, en caso de una flagrante negativa de tales derechos por parte de un Estado hacia sus propios ciudadanos²¹.

Según este acuerdo, la teoría y la práctica de la intervención humanitaria, delineada progresivamente en las últimas dos décadas, más representarían, por lo tanto, el interesante síntoma de una *gran transformación* en marcha en el mundo contemporáneo: el surgimiento de una forma de sociedad internacional caracterizada por una directa asunción de responsabilidad en la protección de los más elementales derechos humanos y por lo tanto capaces de promover una definitiva democratización de la vida internacional²².

Como escribió Seyla Benhabib, "independientemente de cuánto su interpretación y su aplicación puedan ser controversiales", intervenciones de este tipo se basan, efectivamente, en un "consenso creciente sobre el hecho de que la soberanía del Estado al disponer de la vida, de la libertad o de la propiedad de sus ciudadanos o residentes no es incondicional ni ilimitada"²³. Desde este punto de vista, el ámbito teórico-práctico de la intervención humanitaria representa una de las áreas en que más claramente parece surgir un auténtico "régimen internacional de los derechos humanos"²⁴, basado en una nueva forma de *responsabilidad cosmopolítica* que "borra las fronteras entre interior y exterior y presenta interrogantes

²¹ F. K. Abiew, *The Evolution of the Doctrine and Practice of Humanitarian Intervention*, The Hague-London-Boston, Kluwer Law International, 1999, p. 30.

²² L. Bonanate, *Prefazione* a P. M. Defarges, *Legittime interferenze. Il diritto di ingerenza dopo il 2001*, Milano, Bruno Mondadori, 2008, p. XIX.

²³ S. Benhabib, *Another Cosmopolitanism*, Oxford, Oxford University Press, 2006 (trad. it. parz. *Cittadini globali. Cosmopolitismo e democrazia*, Bologna, il Mulino, 2008, pp. 41-42). Pero sobre el tema véase también S. Benhabib, *The Rights of the Others. Aliens, Residents and Citizens*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004 (trad. it. *I diritti degli altri. Stranieri, residenti, cittadini*, Milano, Cortina, 2006).

²⁴ Benhabib, *Cittadini globali*, p. 17. Los demás ámbitos en que "las normas internacionales sobre derechos humanos están instituyendo líneas guía vinculantes para la voluntad de los estados soberanos" son, según Benhabib, los de los *crímenes contra la humanidad*, y las *migraciones transnacionales*: "Las intervenciones humanitarias tienen que ver con el trato reservado por los Estados a sus ciudadanos o residentes; los *crímenes contra la humanidad* y los *crímenes de guerra* tienen que ver con relaciones entre enemigos o contendientes en contextos ya sea nacionales o extraterritoriales. Las migraciones transnacionales, al contrario, tienen que ver con los derechos de los individuos no como miembros de concretas comunidades circunscritas, sino *simpliciter* como seres humanos que están en contacto con comunidades territorialmente delimitadas, buscan entrar o ambicionan convertirse en miembros".

sobre la legitimidad del actuar del Estado ya sea en su interior como en su relación con el exterior”²⁵. Con esto, el tradicional sistema de relaciones internacionales centrado en la “soberanía westfaliana” parece realmente abrir paso al revolucionario orden jurídico cosmopolítico propuesto por Kant en algunas célebres páginas del ensayo *Zum ewigen Frieden*²⁶: un espacio global de relaciones intersubjetivas basado en el reconocimiento de derechos individuales universales, vinculantes también frente a los Estados y capaces de oponerse a ellos, si es necesario a través del uso de la fuerza²⁷. No es sorprendente, entonces, que en el más reciente debate jurídico internacional sobre el tema, los más radicales partidarios de una aproximación cosmopolítica a la protección de los derechos humanos —a quienes Anne Orford definió como “new human rights Warriors”²⁸— hayan podido celebrar el “cambio humanitario” de la política internacional como el inicio de una “third age of human rights”, la época del “human rights enforcement”. Para esos autores, es precisamente en este nivel que ocurre el cambio más significativo experimentado por el movimiento por los derechos humanos en el paso al nuevo siglo, es decir, su capacidad de ir a la ofensiva:

The past has been a matter of pleading with tyrants, writing letters and sending missions to beg them not to act cruelly. That will not be necessary if there is a possibility that they can be deterred, by threats of humanitarian or UN intervention or with the nemesis in the form of the international Criminal Court. Human rights discourse will in the future be less pious and less ‘politically correct’. We will call a savage a savage, whether or not he or she is black²⁹.

Las paradojas del intervencionismo

En el debate de los últimos años no han faltado fuertes tomas de posición contra las inquietantes ambigüedades propias de este modelo de *intervencionismo humanitario*. En este momento no es posible detallar los pro-

²⁵ Beck, *Lo sguardo cosmopolita*, pp. 179–180.

²⁶ Benhabib, *Cittadini globali*, pp. 21–32. La referencia es, obviamente, al *Tercer artículo definitivo para la paz perpetua*, que señala: “el derecho cosmopolítico debe limitarse a las condiciones de la hospitalidad universal”. Cfr. I. Kant, *Per la pace perpetua*, Milano, Feltrinelli, 2003, pp. 65–68. Sobre el sistema general de la reflexión kantiana y sobre las ambivalencias constructivas me permito hacer referencias a L. Scuccimarra, *I confini del mondo. Storia del cosmopolitismo dall’Antichità al Settecento*, Bologna, il Mulino, 2006, pp. 395–396.

²⁷ Beck, *Lo sguardo cosmopolita*, p. 179.

²⁸ A. Orford, *Reading Humanitarian Intervention. Human Rights and the Use of Force in International Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p. 6.

²⁹ G. Robertson, *Crimes against Humanity. The Struggle for Global Justice*, New York, New Press, 1999, p. 453.



blemas específicos de orden jurídico expuestos por todas las partes para poner en duda su legitimidad³⁰. A este respecto, me limitaré solamente a citar la *objeción estructural* propuesta por aquellos que lamentan la absoluta incompatibilidad de tal acercamiento con los actuales órdenes jurídico-institucionales de la sociedad internacional.

Como ha subrayado Danilo Zolo, uno de los más feroces críticos del modelo en discusión, en la medida en que tiende a "negar desde la raíz la soberanía de los Estados en nombre de una concepción universalística—cosmopolítica— del derecho y de las instituciones internacionales", la prospectiva humanitaria, tomada en serio aunque sea mínimamente, exigiría que el ordenamiento internacional vigente, basado en el particularismo de las relaciones entre los gobiernos, abriera paso a un verdadero "*global humanitarian regime*", "una especie de *civitas maxima* políticamente unificada", capaz de garantizar el efectivo goce de una subjetividad de Derecho internacional a todos los seres humanos y no solamente a los Estados³¹. Incluida en un orden de relaciones internacionales todavía sólidamente centrado en el particularismo estatal, ésta permanece sujeta a las intrínsecas dinámicas decisionales de cada Estado, terminando por coexistir con formas más o menos crudas de "política de los intereses"³². Aún más, al proponer de nuevo una relación no mediada entre ejercicio de la fuerza y los principios de justicia, la lógica del intervencionismo humanitario se ha revelado particularmente funcional para las estrategias del nuevo "*global hegemon*" surgido en el ocaso del orden bipolar³³ del mundo; esto ha favorecido el nacimiento de un "monopolio cosmopolítico de la moral, del Derecho y de la violencia" en manos de los Estados Unidos y de sus aliados, abriendo paso de esta manera no a la eliminación de la dimensión tradicional de la soberanía de los Estados, sino a una unilateral—y decididamente desequilibrada— redistribución³⁴.

Frente a la profunda ambivalencia de este horizonte normativo, suspendido entre el cielo de una moral universalística de los derechos humanos y la tierra de una "*realpolitik in humanitarian clothes*"³⁵, no todos los protagonistas del debate parecen dispuestos a hacerse cargo de los costos

³⁰ Sobre este aspecto del debate, véase S. Chesterman, *Just Wars or Just Peace: Humanitarian Intervention and International Law*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

³¹ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 61.

³² H. Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention in the Context of Modern Power Politics. Is the Revival of the Doctrine of "Just War" Compatible with the International Rule of Law?*, Vienna, IPO, 2001, pp. 53–54.

³³ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention in the Context of Modern Power Politics. Is the Revival of the Doctrine of "Just War" Compatible with the International Rule of Law?*, p. 29; J. Brunnée y S. J. Toope, "Slouching Towards New 'Just' Wars: The Hegemon after September 11th", *International Relations*, 2004, no.18, 4, pp. 405–423.

³⁴ Beck, *Lo sguardo cosmopolita*, pp. 187–188.

³⁵ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, p. 40.

de un lento y fatigoso proceso de aprendizaje colectivo que en el campo de las relaciones internacionales debería finalmente conducir de la política de poder clásica a un estado de ciudadanía cosmopolítica³⁶. Por el contrario, a los evidentes dilemas del “nuevo humanitarismo militar”³⁷ muchos autores han respondido retomando las consolidadas certezas de una visión “plural” del orden internacional, decididamente más ligadas a los fundamentos conceptuales e institucionales del tradicional sistema Westfalia, de vez en cuando releídos en clave nacional–democrática o hasta abiertamente postcolonial³⁸.

En esta línea de profundización teórica, la cuestión–clave de la segunda modernidad es precisamente “volver compatibles las intervenciones transnacionales que protegen los derechos subjetivos, con la diversidad de las culturas, con la identidad y la dignidad de los pueblos, con la integridad de las estructuras jurídico–políticas de las cuales éstos sean libremente dotados”³⁹. Y en esta prospectiva la misma “ideología humanitaria”, en la medida en que se propone como el principio de legitimación

³⁶ La referencia es, naturalmente, a las reflexiones desarrolladas por J. Habermas en el ensayo “Bestialität und Humanität. Ein Krieg an der Grenze zwischen Recht und Moral”, *Die Zeit*, 18, 1999 (trad. it. *Umanità e bestialità: una guerra ai confine tra diritto e morale*, in AA.VV., *L'ultima crociata? Ragioni e torti di una guerra giusta*, Roma, Reset, 1999, pp. 74–75). Como subraya Habermas, la institucionalización de procedimientos consolidados de solución de conflictos, capaz de disminuir el tratamiento legal de las violaciones de los derechos humanos al estado “institución jurídica” que actualmente lo caracteriza, puede ser imaginado también “no obstante el monopolio de la violencia de un Estado y un gobierno mundiales”, a través de la consecuente transformación de las Naciones Unidas en una forma de verdadera “democracia cosmopolítica”: un paso, este, para el cual es necesario por lo menos un Consejo de Seguridad que funcione, la jurisprudencia vinculante de una corte de justicia internacional y la integración de la Asamblea general de los representantes de gobiernos con un “segundo nivel” de representación de los ciudadanos”. Sobre el tema véase también J. Habermas, “Kants Idee des Ewigen Friedens–aus dem historischen Abstand von 200 Jahre”, en J. Habermas, *Die Einbeziehung des Anderen*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 1996 (trad. it. *L'idea kantiana della pace perpetua, due secoli dopo*, en Idem, *L'inclusione dell'altro. Studi di teoria politica*, Milano, Feltrinelli, Milano, 1998, pp. 177–178).

³⁷ N. Chomsky, *The New Military Humanism: Lessons from Kosovo*, Pluto, 1999 (trad. it. *Il nuovo umanesimo militare. Lezioni dal Kosovo*, Trieste, Asterios, 2000).

³⁸ J. M. Welsch, “Taking Consequences Seriously: Objections to Humanitarian Intervention”, J. M. Welsch (Ed.), *Humanitarian Intervention and International Relations*, Oxford, UP, 2004, pp. 64–65. Para una radical versión postcolonial de la aproximación pluralista véase M. Ayoob, “Inequality and Theorizing in International Relations: The Case for Subaltern Realism”, *International Studies Review*, vol. 4, 3, 2002, pp. 27–48.

³⁹ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 66. Como es evidente, en este nivel los dilemas del intervencionismo humanitario se entrelazan estrechamente con la más general disputa “filosófica” sobre la universalidad de los derechos del hombre. Como recuerda Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 65, la discusión en curso “tiene que ver en particular con la relación entre la filosofía individualista que está debajo de la doctrina occidental de los derechos del hombre, por una parte y por otra, la amplia gama de civilización y cultura cuyos valores están muy lejos de aquellos occidentales. Hay que pensar, en particular, en los países del sudeste y noreste asiático, donde prevalece la cultura confuciana, o en el África subsahariana y, obviamente, en el mundo islámico. Al respecto, véase L. Baccelli, *I diritti dei popoli. Universalismo e differenze culturali*, Roma–Bari, Laterza, 2009, en part. pp. 64–123.



de una forma de intervencionismo militar sin límites y carente de mediaciones, termina por asumir los rasgos inquietantes de un intolerable "engaño ético-jurídico", una verdadera "impostura"⁴⁰, peculiarmente funcional para las lógicas de una *política absoluta* que se considera exenta de la obligación de la discusión argumentativa y de la búsqueda del compromiso con todo lo que tiene que ver con el ejercicio del poder⁴¹.

Apenas es necesario remarcar el papel jugado en tal dirección de discurso por las tesis de Carl Schmitt, el más célebre y discutido exponente del realismo político del siglo XX, protagonista en los últimos años de un imprevisto y desde muchos ángulos inesperado "regreso" también en el campo de los estudios internacionales⁴². Como ha sido subrayado, es precisamente en el pensamiento schmittiano donde se puede encontrar enunciada en el modo más específico, la duda realista contra cualquier intento de cortar "horizontalmente la soberanía de los Estados en nombre de los imperativos universales de una presunta moral humanitaria"⁴³.

En el panorama de su concesión anti-normativista de lo "político", las guerras combatidas en nombre de la humanidad —así como aquellas realizadas en nombre de la justicia, de la paz, del progreso o de la civilización— no son otra cosa que conflictos ideológicamente radicalizados, en los cuales un Estado busca obtener una superioridad moral sobre sus adversarios, apoderándose de un "concepto universal para poder identificarse con éste (a costa de su enemigo)", según una dinámica que Schmitt considera peculiarmente acorde con los fines de la "expansión imperialista"⁴⁴. Desde el punto de vista schmittiano, los resultados de este proceso de transvaloración del conflicto son de tal magnitud que alteran irreversiblemente todo el contexto de las relaciones políticas.

Por su misma estructura semántica, la noción de "humanidad" resulta, en efecto, dotada de una polémica tan acentuada que abre la con-

⁴⁰ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 67. Sobre el tema véase también D. Zolo, *Chi dice umanità. Guerra, diritto e ordine globale*, Torino, Einaudi, 2000, pp. 106-107.

⁴¹ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, pp. 29-30.

⁴² D. Chandler, "The Revival of Carl Schmitt in International Relations: The Last Refuge of Critical Theorists?", *Millennium: Journal of International Studies*, no. 1, 2008, pp. 27-48. Sobre el tema véase también, más en general, J. McCormick, "Political Theory and Political Theology: The Second Wave of Carl Schmitt", *Political Theory*, no. 6, 1998, pp. 830-854; C. Galli, "Schmitt e l'età gobale", en C. Galli, *Lo sguardo di Giano. Saggi su Carl Schmitt*, Bologna, il Mulino, 2009, pp. 129-172.

⁴³ Habermas, *L'idea kantiana della pace perpetua, due secoli dopo*, pp. 200-201.

⁴⁴ C. Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Berlin, Duncker & Humblot, 1932 (trad. it. *Il concetto di 'politico'*, en Carl Schmitt, *Le categorie del "politico"*, Bologna, il Mulino, 1972, p. 139). Y también, Schmitt, *Le categorie del "politico"*, p. 153: "el pensamiento político aquí no se pone en discusión, en la autonomía y en el cierre de su propia esfera, porque hay siempre grupos concretos de hombres que en nombre del "Derecho" o "de la humanidad" o del "orden" o de la "paz" combaten contra otros grupos concretos de hombres y el observador de los fenómenos políticos, si permanece congruente con su pensamiento político, puede reconocer siembre aun en la condena de la inmoralidad y del cinismo sólo un instrumento político de hombres concretamente en lucha".

frontación entre los Estados con el riesgo de la más profunda asimetría y discriminación; tal y como como Schmitt anota en el ensayo *Der Begriff des Politischen*, “proclamar el concepto de humanidad, nombrar a la humanidad, monopolizar esta palabra” tiene como consecuencia la “terrible pretensión” de quitar al propio enemigo la calidad misma de “hombre”, de declararlo “*hors-la-loi* y *hors l’humanité*”, llevando la guerra contra él hasta la más “extrema inhumanidad”⁴⁵. Esta dinámica, en sus resultados radicalmente discriminatorios, parece encontrar un contrapunto peculiarmente conforme con el progresivo aumento de la potencia destructiva a disposición de los beligerantes⁴⁶, hasta los escandalosos extremos de aquella guerra punitiva con elevado nivel tecnológico descrita en una célebre página del volumen *Der Nomos der Erde*:

La discriminación del enemigo como un criminal y la contemporánea implicación de la *justa causa* van a la par con la potenciación de los medios de destrucción y con la erradicación espacial del teatro de guerra: la potenciación de los medios técnicos de destrucción abre el abismo de una discriminación jurídica y moral igualmente destructiva [...] el bombardero o el avión de ataque mientras sobrevuelan usan sus propias armas contra la población enemiga verticalmente, como San Jorge usaba su lanza contra el dragón. En la medida en que cada guerra se transforma en acción policiaca contra los perturbadores de la paz, criminales y elementos nocivos, debe también potenciarse la justificación de

⁴⁵ Schmitt, *Il concetto del politico*, p. 139. Para una versión más argumentada de este asunto véase C. Schmitt, “Staatsethik und pluralistischer Staat (1930)”, *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar – Genf – Versailles 1929–1939*, Berlin, Duncker & Humblot, 1988, p. 143: “Sólo cuando conceptos supremos y universales como humanidad son utilizados políticamente para identificar con ellos un único pueblo o una determinada organización social, surge la posibilidad de una peligrosa expansión y de un imperialismo asesino”.

⁴⁶ Como anota Schmitt, *El concepto de ‘político’*, pp. 164–165, no obstante su “terminología esencialmente no belicosa”, el nuevo imperialismo ético–económico surgido del primer conflicto mundial dispone “todavía de instrumentos técnicos de muerte física violenta, de armas modernas técnicamente perfectas, que se han vuelto de una inaudita utilidad, a través del empleo de capital e inteligencia para ser realmente usadas en caso de necesidad. Para el uso de estos instrumentos se está formando en otra parte un vocabulario nuevo esencialmente pacifista que no conoce la guerra, sino sólo ejecuciones, sanciones, expediciones de castigo, pacificaciones, defensa de los tratantes, policía internacional, medidas para preservar la paz. El adversario ya no se llama enemigo, pero por esto viene puesto como violador y perturbador de la paz, *hors-la-loi* y *hors l’humanité*, y una guerra realizada para mantener o alargar las posiciones economicistas de poder debe ser transformada, recurriendo a la propaganda, en la “cruzada” y en la última guerra de la humanidad”. Sobre este punto véase también C. Schmitt, “Das Zeitalter der Neutralisierungen und Entpolitisierungen” (1929), *Der Begriff des Politischen*, (trad. it. *L’epoca delle neutralizzazioni e delle spoliticizzazioni*, en *Le categorie del politico*, cit., pp. 167–183, in part. p. 182): “Ya conocemos la ley secreta de este vocabulario y sabemos que hoy la guerra más terrible puede ser realizada sólo en nombre de la paz, la opresión más espeluznante sólo en nombre de la libertad y la inhumanidad más abierta sólo en nombre de la humanidad”.



este *police bombing*. Así, se obliga a empujar la discriminación del adversario hacia enormes dimensiones⁴⁷.

Son justamente estas líneas de deconstrucción crítica, que encontramos más o menos explícitamente citadas en las muchas reflexiones de inspiración "realista", las que en el curso de los últimos años se han concentrado en el paradigma del intervencionismo humanitario. Como se ha subrayado, aplicadas a eventos contemporáneos, las provocadoras tesis de Schmitt aparecen dotadas todavía de una sorprendente "fuerza expresiva", capaz de abrir imprevistos atisbos de inteligibilidad sobre las más profundas transformaciones en las estructuras normativas de la sociedad internacional⁴⁸. Al afrontar los complejos nodos ético-políticos conectados a la práctica de la intervención humanitaria, varios autores han considerado oportuno dejarse guiar por el radical principio schmittiano frente a cada transvaloración moral del contexto —en sí muy poco idealista— de las relaciones entre los Estados: "quien habla de humanidad, quiere engañarlos"⁴⁹. Según esta postura, la calificación de una acción bélica como "intervención humanitaria" es un "típico instrumento de autolegitimación de la guerra de parte de quien está combatiendo en ella". Ésta corresponde, pues, "a la tradicional necesidad de legitimar la propia guerra como *iustum bellum* y de etiquetar al propio adversario como *iniustus hostis*", con todas las consecuencias del caso —en tal sentido es, por lo tanto, "parte de la guerra misma", "un instrumento de estrategia militar dirigido a obtener la victoria sobre el enemigo"⁵⁰. Aún más: aquello a lo que nos enfrentamos en este caso es el intento de reclasificar el universo entero de la fuerza militar, partiendo de la distinción —en sí misma del todo arbitraria— entre actos de violen-

⁴⁷ C. Schmitt, *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europeum*, Berlin, Duncker & Humblot, 1974 (trad. it. *Il nomos della terra nel diritto internazionale dello "Jus publicum europeum"*, Milano, Adelphi, 1991, p. 430).

⁴⁸ M. Koskeniemi, "International Law as Political Theology: How to Read Nomos der Erde?", *Constellations*, no. 4, 2004, pp. 492-511, p. 493.

⁴⁹ Schmitt, *Il concetto di 'politico'*, p. 139; Schmitt, "Staatsethik und pluralistischer Staat (1930)", p. 143. Para una demostración eficaz del papel asumido por el *diktum* schmittiano en el más reciente debate sobre el intervencionismo humanitario véase D. Zolo, *Chi dice umanità. Guerra, diritto e ordine globale*, Torino, Einaudi, 2000, pp. 42-48. Para una evaluación más general de la "Schmitt-Renaissance" en ese contexto discursivo véase por lo menos a G. Ananiadis, *Carl Schmitt on Kosovo, or, Taking War Seriously*, D.I. Bjelić y O. Savić (Eds.), *Balkan as Metaphor. Between Globalization and Fragmentation*, Cambridge (MA), MIT Press, pp. 117-161; W. Rasch, "A Just War? Or Just a War?: Habermas and the Cosmopolitan Orthodoxy", *Cardozo Law Review*, no. 21, 2000, pp. 1665-1684; P. Stirk, "Carl Schmitt, the Law of Occupation, and the Iraq War", *Constellations*, no. 11, 4, 2004, pp. 527-536; L. Odyseos y F. Petito (Eds.), *The International Political Thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, Oxon, Routledge, 2007.

⁵⁰ Zolo, *Chi dice umanità*, p. 43. Sobre la noción de "guerra humanitaria" como la más reciente reencarnación de la tradicional doctrina de la guerra justa véase también K. Booth, "Ten Flaws of Just Wars", K. Booth (Ed.), *The Kosovo Tragedy. The Human Rights Dimensions*, Abingdon-New York, Frank Cass, 2001, pp. 314-323.

cia “criminal” e “inhumana” y legítimas medidas coercitivas, comparables a verdaderas operaciones de “policía internacional”⁵¹: una aproximación excesivamente *imperial*, en que la guerra encuentra justificación ya no en virtud de “intereses de alguna de las partes o de objetivos particulares”, sino de “un punto de vista superior e imparcial, en nombre de valores que se consideran compartidos por la humanidad entera” —como instrumento principal, es decir “de la tutela de los derechos del hombre, de la expansión de la libertad, de la democratización del mundo, de la seguridad y del bienestar de todos los pueblos”⁵².

Con base en tales consideraciones, diversos autores creyeron poder identificar precisamente en la doctrina del intervencionismo humanitario la más característica sobreestructura ideológico–discursiva de un “new imperial order” surgido sobre los vestigios de la tradicional sociedad internacional de los Estados: la privilegiada base de legitimación, es decir, un sistema de dominio global centrado en la rehabilitación del uso de la fuerza como instrumento ordinario de política internacional. De acuerdo con esta lectura, es a través de esta constelación retórica y argumentativa que “en una forma casi religiosa”, un sistema de normas jurídicas generalmente compartidas ha sido sustituido progresivamente por una constelación de humo, hecha de principios morales superiores, capaces de legitimar “acciones que de otra manera deberían ser calificadas como crímenes de guerra”⁵³. Esta estrategia —como ya ha sido subrayado— implica una aproximación abiertamente desigual, incluso “racista”⁵⁴, frente a una gran parte

⁵¹ Axtmann, *Carl Schmitt on International Politics*, p. 538. Acerca de este punto véase J. Isensee, “Weltpolizei für Menschenrechte”, en *Juristenzeitung*, 1995, p. 429: “Desde que existen las intervenciones militares [la idea de humanidad] ha siempre prestado servicio desde las más diversas banderas ideológicas, subordinándose por ejemplo —a partir de los siglos XVII y XVIII— a las ideologías confesionales monárquicas, jacobinas, a los principios humanitarios, a la revolución socialista mundial. Ahora toca a los derechos del hombre y a la democracia. En la larga historia de las intervenciones militares, la ideología ha siempre servido para enmascarar los intereses de poder perseguidos por los atacantes y a consagrar la eficacia de la intervención con el velo de la legitimidad”.

⁵² Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 100, 126. Sobre el peculiar “paradigma imperial” que es el presupuesto de esta interpretación del intervencionismo humanitario véase Zolo, *La giustizia dei vincitori*, pp. 112–113. Respecto a la influencia ejercida por el pensamiento schmittiano también sobre esta específica directriz del debate consultar D. Zolo, “The re-emerging notion of Empire and the influence of Carl Schmitt’s thought”, *The International Political Thought of Carl Schmitt*, pp. 154–165.

⁵³ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, p. 30.

⁵⁴ D. Johnstone, *Humanitarian War: Making the Crime Fit the Punishment*, citado en Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, p. 32.





de los Estados existentes⁵⁵, reabriendo paso no casualmente al tradicional sistema dualista que caracteriza el cosmopolitismo colonial⁵⁶:

In the old literature of empire, humanitarianism was invoked to justify the supposed responsibility of an imperial power operating at the margins of the civilized world to uphold the standards of civilized morality by suppressing cannibalism, human sacrifice, and other barbaric practices. In today's rhetoric of empire, it is the barbarity of tyranny and terrorism that threaten these standards and that must be countered, in the name of humanity, by the exercise of imperial power. In the old literature of empire, colonial rule was rationalized as providing backward peoples the benefits of civilization: public order, public health, modern communications, economic development, and eventually constitutional rule. The new literature of empire rationalizes intervention in similar terms. Most of the old justifications for empire are close to the surface in current understandings of America's mission⁵⁷.

Vista desde esta perspectiva, la *excepción humanitaria* no se puede reducir a una momentánea y limitada suspensión de las reglas del Derecho Internacional, en función de la reafirmación de sus reconocidos valores fundamentales. Al contrario, ésta se convierte en la expresión de un proceso de erosión sistemática de los fundamentos mismos de la legalidad internacional, que coincide con el surgimiento de un "poder imperial también en sentido normativo", en sí mismo "incompatible ya sea con el carácter general de la ley, que con la igualdad jurídica de los sujetos del ordenamiento internacional"⁵⁸. No es sorprendente, por lo tanto, que en tal con-

⁵⁵ Köchler, p. 32, 38: "A causa de la nueva doctrina de la Guerra justa, se han creado dos clases (categorías) de estados: la de los Estados imperiales (o superiores) y la de los Estados "inferiores". La primera se refiere a un estatus de superioridad moral —y supremacía ideológica— incluyendo el derecho de definir criterios morales para el uso de la fuerza. Hasta un reciente cambio en la terminología de la diplomacia estadounidense, a los segundos se hacía frecuentemente referencia con el término de "Estados canallas". Éstos pertenecen en su mayoría al Tercer Mundo. Los Estados imperiales sustituyen el principio de no emplear la fuerza con un *derecho* (en algunos casos considerado incluso equivalente a un *deber*) *de intervenir*, sustituyendo así la precedente legitimación religiosa con un discurso "secular" sobre los derechos humanos. Aún así en la realidad, este derecho de intervenir se basa solamente en el poder superior de los Estados imperiales, lo que no tiene fundamentos jurídicos". Para una eficaz crítica del carácter neocolonial de este nuevo intervencionismo humanitario véase también Chandler, *From Kosovo to Kabul*.

⁵⁶ R. Koselleck, "Zur historisch-politischen semantik asymmetrischer Gegenbegriffe", *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 1979 (trad. it. *Para una semántica histórico-política de algunos conceptos antiéticos asimétrico*, en *Futuro passato. Per una semantica dei tempi storici*, Genova, Marietti, 1986, pp. 181-189).

⁵⁷ T. Nardin, "Humanitarian Imperialism", *Ethics & International Relations*, 19, 2, 2005, p. 25.

⁵⁸ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, pp. 125-126. Según esta lectura, un poder imperial es por principio *legibus solutus*: "el emperador decide a veces sobre los casos particulares, pero no fija principios normativos de carácter absoluto ni se compromete al respeto de las reglas generales".

texto discursivo la dimensión misma de la “excepción” termine por asumir una auténtica valencia constitutiva, proponiéndose como una especie de variante internacionalística híbrida de aquel *Ausnahmezustand* teorizado por Schmitt en algunos célebres pasajes de su *Politische Theologie*⁵⁹.

La diferencia es que en el modelo schmittiano original el “estado de excepción” del que hablan estos autores representa un “carácter permanente del paisaje político” de la sociedad global, al interior y al exterior de cada Estado —es decir, esto se manifiesta como una condición *normal* del “new global order” evidenciado por la crisis de la estabilización bipolar del mundo⁶⁰. Como explican Hardt y Negri, que están entre los primeros en proponer una lectura constituyente de la injerencia humanitaria, es precisamente a través de imponer “un estado permanente de emergencia y excepción justificado por el llamado de *fundamentales valores de justicia*” que el “nuevo orden planetario” consolida, en efecto, su peculiar máquina administrativa, produciendo “nuevas jerarquías de mando que operan en el espacio global”; y lo que resulta es “un aparato de poder descentralizado y desterritorializado que progresivamente incorpora el entero espacio mundial en el interior de sus fronteras abiertas en continua expansión”, radicalizando al mismo tiempo “la coincidencia del elemento ético y del jurídico asumidos en su universalidad”⁶¹.

Solidaridad postnacional: una agenda para el nuevo siglo

Habría mucho por decir sobre una forma de “neorrealismo” político, que en nombre del comprensible rechazo hacia cada retórica humanitaria instrumental, parece querer cerrarle la puerta a la posibilidad misma de una nueva discusión de las bases morales del espacio de las relaciones internacionales. Y también habría mucho por decir, sobre todo, acerca de las intolerables simplificaciones hermenéuticas presentes en la base de esta desenvuelta recuperación de la prospectiva schmittiana: ¿cómo ignorar

⁵⁹ C. Schmitt, *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre der Souveränität*, München–Leipzig, Duncker & Humblot, 1922 (trad. it., *Teologia politica: quattro capitoli sulla dottrina della sovranità*, in Idem, *Le categorie del politico*, pp. 33–34). Sobre este aspecto de la teoría política schmittiana véase C. Galli, *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, Bologna, il Mulino, 1996, pp. 331–347.

⁶⁰ M. Neocleous, *Critique of security*, Edimburgh, Edimburgh University Press, 2008, p. 40. Sobre el proceso de “normalización” del paradigma schmittiano de la excepción que caracteriza el reciente debate sobre el “new global order” véase por lo menos A. de Benoist, “Global terrorism and the state of permanent exception: the significance of Carl Schmitt’s thought today”, *The International Political Thought of Carl Schmitt*, pp. 73–95; J. Monod, *Penser L’ennemi, affronter l’exception. Réflexions critiques sur l’actualité de Carl Schmitt*, Paris, La Découverte, 2006, pp. 71–120.

⁶¹ M. Hardt y A. Negri, *Empire*, Harvard University Press, 2000 (trad. it. *Impero. Il nuovo ordine della globalizzazione*, Milano, Rizzoli, 2002, pp. 23–24).



precisamente las pesadas hipotecas teóricas, historiográficas e ideológico-culturales que sostienen —y condicionan— la vibrante crítica de Schmitt al universalismo humanitario?⁶² También bajo este perfil, lo que la reflexión schmitiana ofrece a sus discípulos contemporáneos es una "coherente visión del mundo", un "completo" marco interpretativo y evaluativo⁶³, rígidamente definido en sus mismos presupuestos de sentido: si es verdad, por lo tanto, que no es necesario adherirse completamente al "radical antihumanismo" de Schmitt "para desconfiar de quien usa la palabra 'humanidad' en el contexto de una guerra"⁶⁴, también es cierto que tal sospecha puede asumir la forma "radical" de una crítica generalizada al universalismo humanitario sólo a cambio de una adhesión más o menos consciente a la comprometida concepción de la autonomía de lo político" puesta en la base de toda su teoría.

Como escribió Chris Brown, desde este punto de vista, lo que Schmitt propone a través de su peculiar forma de realismo político es un verdadero *pacto con el diablo*: "acepten el hecho de que la violencia es simplemente parte de la existencia humana —olviden el intento de exigir que la violencia sea justificada— y a cambio tendrán un mundo en el que ésta será efectivamente más controlada y menos peligrosa para la existencia humana de lo que sería de otra manera"⁶⁵. Pero apropiarse de esta posición significa aceptar el principio de que el uso de la fuerza en política no se justifique jamás en términos morales. Es más: admitir que "cualquier intento de controlar y limitar el papel de la violencia en los asuntos humanos es necesariamente fútil y contraproducente, [...] una posición normativa que merece ser rechazada"⁶⁶.

Como en el aparato teórico schmitiano original, también en las más recientes concepciones "neorrealistas" del intervencionismo humanitario el rechazo a una moralización del contexto de las relaciones internacionales tiende a unirse íntimamente con una decidida defensa de la soberanía

⁶² Sobre este aspecto condicionante del antiuniversalismo schmitiano y sobre las dificultades que éste pone a su recuperación contemporánea, véase Axtmann, *Humanity or Enmity?*; Chandler, "The Revival of Carl Schmitt in International Relations", pp. 37–38.; Ch. Brown, "From humanized war to humanitarian intervention: Carl Schmitt's critique of the Just War tradition", *The International Political Thought of Carl Schmitt*, pp. 56–69; J. Huymans, "Know your Schmitt: A Godfather of Truth and the Spectre of Nazism", *Review of International Studies*, no. 2, 1999, pp. 323–328. Sobre la "parcialidad" del sistema teórico, argumentativo y narrativas de Schmitt y sobre la discutibilidad de cada una de sus aporéticas actualizaciones véase más en general Galli, *Schmitt e l'età globale*.

⁶³ Brown, "From humanized war to humanitarian intervention", p. 66.

⁶⁴ Zolo, *Chi dice umanità*, p. 44. Sobre el tema véase también J. Isensee, "Weltpolizei für Menschenrechte", *Juristische Zeitung*, 1995, p. 429.

⁶⁵ Brown, "From humanized war to humanitarian intervention", p. 66.

⁶⁶ Brown, "From humanized war to humanitarian intervention", p. 67. Pero sobre el tema, véase R. Devetak, "Between Kant and Pufendorf: humanitarian intervention, statist anti-cosmopolitanism and critical international theory", *Review of International Studies*, 33, 2007, pp. 168–169.

estatal como “principio absoluto” de la política que se debe sostener incondicionalmente, sin importar las modalidades concretas de su ejercicio⁶⁷. Para los exponentes de esta forma de pensamiento crítico —con pocas excepciones, pero la mayoría apegados al teóricamente más creativo “schmitt-marxismo” contemporáneo⁶⁸— el mantenimiento de un modelo “plural” de esta sociedad internacional, basado en el reconocimiento de una esfera intangible de soberanía territorial y en el principio de no injerencia, parece constituir una asunción irrenunciable para el ejercicio de los derechos democráticos de autogobierno de parte de los ciudadanos de todos los Estados, incluidos los más débiles y periféricos⁶⁹. En cambio, la imposición de un “cosmopolitan regime” de protección de los derechos humanos abriría paso a una progresiva ausencia de las formas territorializadas de democracia representativa —las únicas concretamente practicables en un mundo de estados–naciones— que presagia la institución de un auténtico “directorio” global. En esta propuesta, la defensa de los valores de la democracia y de la autodeterminación política pasa, entonces, por el mantenimiento de los “viejos derechos” de la soberanía territorial⁷⁰ además de esa opción se abre la inquietante propuesta de un mundo de *derechos sin ciudadanía*, de alguna forma prefigurado en la espectral inconsistencia del nuevo “sujeto humano universal de los derechos cosmopolíticos” descrito por David Chandler:

los nuevos derechos de los ciudadanos cosmopolíticos que se agregan a sus derechos de ciudadanía territorial, no se pueden actuar o ejercer en primera persona y bajo este aspecto crucial estos son altamente condicionales. Mientras puede existir el deber de proteger los nuevos derechos del ciudadano cosmopolítico, el marco cosmopolítico no ofrece un mecanismo de *accountability* para dar un contenido a estos derechos. No hay una relación entre el “derecho” y el “deber” de su situación. Los derechos adicionales sostenidos por el marco de la cosmopolítica resultan ser una quimera⁷¹.

En la base de este tipo de análisis hay, evidentemente, la tendencia a pensar en la relación entre derechos humanos y soberanía estatal como una

⁶⁷ Devetak, p. 160. Sobre las relevantes diferencias existentes entre la concepción original schmittiana de la soberanía y aquella de sus seguidores radicales, véase Chandler, “The Revival of Carl Schmitt”, pp. 43–44.

⁶⁸ Monod, *Penser l'ennemi, affronter l'exception*, pp. 95–96.

⁶⁹ A. J. Bellamy, “Power, rules and argument: new approaches to humanitarian intervention”, *Australian Journal of International Affairs*, no. 3, 2003, pp. 499–512.

⁷⁰ C. Mouffe, *On the Political*, London, Routledge, 2005 (trad. it. *Sul politico*, Milano, Bruno Mondadori, 2007, p. 116).

⁷¹ D. Chandler, “New Rights for Old? Cosmopolitan Citizenship and the critique of State Sovereignty”, *Political Studies*, vol. 51, 2003, pp. 332–349, in part. pp. 342–343. Sobre el tema véase también D. Chandler, *From Kosovo to Kabul*, London, Pluto, 2002, pp. 119–120.





rígida "oposición binaria" sustancialmente reconducible a la más profunda dicotomía entre moral y política⁷². De acuerdo con este enfoque, hacer propia la propuesta del universalismo humanitario significa cuestionar completamente la segmentada estructura espacial del ordenamiento "westfaliano", y con ella también el patrimonio de principios, valores y prácticas de autogobierno acumulado en su interior. Querer detener ese patrimonio implica, por el contrario, la necesaria renuncia a cualquier pretensión de control del exterior al interior de las modalidades en que la soberanía estatal es concretamente ejercitada. Los partidarios de esta forma de "anticosmopolitismo estatal" son obligados a callar incluso frente los casos más extremos de violencia de Estado (o tolerada por el Estado): las víctimas de esa violencia se transforman, así, en los "silenciosos restos de una política que no puede admitir otros derechos que aquellos ligados a los Estados soberanos"⁷³.

Es también en respuesta a los embarazosos resultados de esta paradójica línea de pensamiento "anti-imperialista", que en el debate de los últimos años ha tomado forma un enfoque conceptualmente más articulado de los dilemas de intervencionismo humanitario, centrado en el sistemático cuestionamiento del monolítico paradigma de soberanía que está en la base del discurso político de la modernidad. De acuerdo con quienes sostienen esta propuesta, las complejas cuestiones jurídico-políticas que hoy están en el centro de la discusión exigen que se ponga en marcha un renovado y más flexible sistema de categorías, capaz de dar cuenta adecuadamente de las múltiples dinámicas materiales e intelectuales tradicionalmente aproximadas a través de la consolidada semántica de la soberanía nacional. Como ha subrayado Robert O. Keohane, eso no significa ciertamente que "el Estado deba ser abandonado o la soberanía desacreditada como concepto"⁷⁴. También en un mundo globalizado "el Estado permanece como la principal unidad de protección y acción colectiva" y "la soberanía como tal, refleja la lealtad que la mayor parte de las personas tienen hacia sus propios Estados". El reto ante el que nos encontramos es el de reconceptualizar "el Estado como una unidad política capaz de mantener el orden interno y contemporáneamente comprometerse con la cooperación internacional, sin reivindicar aquellos derechos absolutos (...) tradicionalmente asociados con la soberanía" —este es un objetivo que presupone superar definitivamente la concepción "monista" y "absoluta"

⁷² Devetak, "Between Kant and Pufendorf", p. 159.

⁷³ Devetak, "Between Kant and Pufendorf", p. 168.

⁷⁴ Keohane, "Political authority after intervention: gradations in sovereignty", *Humanitarian Intervention*, p. 277.

de la soberanía característica del “modelo Westfalia”, a favor de una caracterización “modular”, “graduada” y “relacional” del mismo concepto⁷⁵. Entre las elaboraciones teóricas que mejor expresan la concreta magnitud de esta “conceptual departure from the historical and discredited Westphalian concept of sovereignty”⁷⁶, es posible sin duda citar la noción de “pooled sovereignty”, ampliamente presente en el debate sobre las nuevas formas de organización transnacional como la Unión Europea⁷⁷, la categoría de “complex sovereignty” utilizada por sociólogos y politólogos para dar cuenta de los cambios fundamentales en las modalidades de ejercicio del “gobierno” y de la “autoridad política” característicos de las sociedades contemporáneas⁷⁸, y sobre todo el modelo de “unbundled sovereignty”, propuesto por Stephen Krasner, en explícita polémica con la “hipócrita” representación del orden internacional que ofrece, desde sus orígenes, la teoría política moderna⁷⁹. Según su influyente y discutida⁸⁰ interpretación, algunas de las dificultades constructivas sin solución que caracterizan el orden internacional contemporáneo son, en efecto, producto de una confusa semántica de la soberanía que utiliza esta noción para describir cuatro características diferentes, “lógicamente distintas” de los Estados: su pretensión de exclusividad, su estatus jurídico internacional, (independencia), su capacidad de controlar los flujos transfronterizos y sus estructuras internas

75 Keohane, “Political authority after intervention: gradations in sovereignty”, pp. 282–283.

76 J. Mangala, “State Sovereignty and the New Globalization in Africa”, G. Klay Kieh Jr. (Ed.), *Africa and the New Globalization*, Aldershot/Burlington, 2008, p. 106. Para un reconocimiento exhaustivo del “léxico cada vez más coloquial” de la soberanía producto del reciente debate sobre el tema, véase M. Loughlin, “Why Sovereignty?”, R. Rawlings, P. Leyland y A. Young (Eds.), *Sovereignty and the Law: Domestic, European and International Perspectives*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 34–35.

77 Para una ejemplificación del uso de la categoría en el debate sobre la *governance* europea véase B. De Witte, “Sovereignty and European Integration: the Weight of Legal Tradition”, A. M. Slaughter, A. Stone Sweet y J. H. Weiler (Eds.), *The European Courts and National Courts: Doctrine and Jurisprudence*, 1998 y, en tenor explícitamente político, J. Delors, “European Integration and Security”, *Security*, no. 33, 1991, pp. 99, 103. Para una ampliación sobre los ordenamientos regionales africanos cfr. J. Mangala, “State Sovereignty and the New Globalization in Africa”, pp. 97–98. Sobre el tema véanse las observaciones críticas desarrolladas en especial referencia a las dinámicas europeas de N. Walker en su ensayo “Late Sovereignty in the European Union”, en N. Walker (Ed.), *Sovereignty in Transition*, Oxford/Portland, Hart Publishing, 2003, pp. 10–11.

78 L. W. Pauly y E. Grande, “Reconstituting Political Authority: Sovereignty, Effectiveness, and Legitimacy in a Transnational Order”, E. Grande y L.W. Pauly (Eds.), *Complex Sovereignty: Reconstituting Political Authority in the Twenty-first Century*, University of Toronto Press, 2005, pp. 6–7; K. Jayasuriya, *Reconstituting the Global Liberal Order. Legitimacy and regulation*, London/New York, Routledge, 2005, pp. 69–70.

79 S. D. Krasner, *Sovereignty: Organised Hypocrisy*, Princeton, Princeton University Press, 1999; S. D. Krasner, *Power, the state and Sovereignty: essays on international relations*, London/New York, Routledge, 2009.

80 M. Goodheart, *Democracy as Human Rights. Freedom and Equality in the Age of Globalization*, New York/London, Routledge, 2005, pp. 29–30.





de autoridad⁸¹. Para recuperar los espacios de acción política respecto a los dilemas cruciales de nuestro presente se necesita, entonces, considerar de una vez por todas que, lejos de ser un "todo orgánico", la soberanía estatal tiene "diferentes componentes" que en su incremento funcional no son necesariamente paralelos, es más, que poseer un "atributo de la soberanía" no significa necesariamente poseerlos todos y que, por el contrario, reforzar el ejercicio de un cierto tipo de soberanía puede incluso contribuir a debilitar el de los demás⁸². Es precisamente por este motivo que, según Krasner, en un confuso momento de cambio como el que estamos viviendo, cualquier afirmación genérica sobre el tema de la soberanía no puede ser más que equívoca y dañina y esforzarse en "desagregar" ese grupo de prerrogativas y funciones que estamos acostumbrados a representar como un todo omnicomprensivo y monolítico, que opera con base en una rígida lógica binaria, podría contribuir a disolver muchas de las confusiones y de las imprecisiones que hoy caracterizan el debate sobre el nuevo orden político de la sociedad global.

Como creo es evidente a partir de los pasos citados, el objetivo primario de estas nuevas y más complejas concepciones de la soberanía estatal es enfrentarse al laberíntico sistema autoritario y regulador característico de un mundo post-westfaliano, sin adherirse por ello a retóricas simplicadoras de la finalidad del Estado⁸³. Alejada del tradicional paradigma de soberanía, también la cuestión del intervencionismo humanitario se revela, de esta forma, sujeto de nuevas y más fructíferas elaboraciones teóricas: no se dice, en efecto, que un debilitamiento de la soberanía del Estado hacia el exterior se traduzca automáticamente en una herida a los derechos de autogobierno de sus ciudadanos. En la realidad empírica, el pueblo es siempre el producto eventual de formas de organización política

⁸¹ S. D. Krasner, "Problematic sovereignty", S. D. Krasner (Ed.), *Problematic Sovereignty. Contested Rules and Political Possibilities*, New York, Columbia University Press, 2001, pp. 1-2. Se trata, respectivamente, de la "Westphalian sovereignty", de la "international legal sovereignty", de la "interdependence sovereignty" y de la "domestic sovereignty".

⁸² Krasner, "Problematic sovereignty", p. 2.

⁸³ Jayasuriya, *Reconstituting the Global Liberal Order*, pp. 69-70. Como recuerda Keohane, "Political authority after intervention", p. 288, en esta concepción, en efecto, "external authority structures [...] play some role in the decision-making process of all states, even the United States (as the dispute settlement process of the WTO shows). Where strong supranational authority structures exist, states can afford to accept less external sovereignty, since they are protected by their participation in the regional structures, and by the constitutionalization of those structures. Accepting less external sovereignty is not, therefore, necessarily a mark of weakness. On the contrary, it can be a mark of strength, and is entirely consistent with continuing international legal sovereignty and domestic sovereignty—the maintenance of coherent, purposive ordering of internal authority relationships". Para una panorámica de esta directriz del debate, véase por lo menos T. Jacobsen, Ch. Sampford y R. Thakur (Eds.), *Re-envisioning Sovereignty. The End of Westphalia?*, Aldershot, Ashgate, 2008; M. Ricciardi, "Dallo Stato moderno allo Stato globale. Storia e trasformazione di un concetto", *Scienza & Politica*, vol. XXV, n. 48, 2013, pp. 75-93.

y de estructuras de dominio, que lo condicionan a sus propias posibilidades de articulación política. Por esto, su capacidad de autodeterminación puede ser limitada, antes que por las injerencias externas, por formas de opresión interna que “van desde la sujeción a una voluntad dictatorial hasta la guerra civil, desde la discriminación hasta el genocidio”⁸⁴. Es posible, por lo tanto, que en condiciones de extrema crisis político-militar los ciudadanos de un Estado sean privados precisamente de su “capacidad de actuar colectivamente”, que constituye el núcleo de cada forma exitosa de ciudadanía política⁸⁵. En tales circunstancias, la introducción de una estructura autoritaria externa puede representar una contribución decisiva para la refundación de la soberanía interna, en la medida en que consiente efectivamente aumentar el *poder* de los ciudadanos del Estado, lo que hace posible para ellos actuar juntos de nuevo⁸⁶.

Como demuestran las líneas de reflexión más innovadoras, recientemente surgidas de la teoría de las relaciones internacionales, en un contexto teórico de este tipo no parece que haya lugar para una concepción “auto-referencial” de la soberanía estatal, así como tampoco parece que pueda haber una enunciación abstracta de sus prerrogativas jurídicas, desvinculada de los complejos procesos de “interacción, reconocimiento y legitimación” a través de los cuales “los derechos, incluidos aquellos de los Estados, son socialmente e históricamente construidos”⁸⁷. Por el contrario, todo parece converger hacia un horizonte plural de representaciones identitarias, negociaciones políticas y prácticas sociales, en el cual el nexo soberanía popular-derechos humanos parece susceptible de nuevos y por el momento imprevisibles desarrollos⁸⁸. En estas líneas obviamente no me es posible detallar este complejo y diversificado proceso de refundación epistémica y categorial. Al concluir el itinerario propuesto en estas páginas, me limitaré a confirmar la relevancia que esto asume para los fines de la elaboración de una concepción de la justicia política finalmente emancipada del rígido dispositivo interno/externo que dejó como herencia el pensamiento de la

⁸⁴ W. Kersting, “Bewaffnete Intervention als Menschenrechtsschutz?”, R. Merkel (Ed.), *Der Kosovo-Krieg und das Völkerrecht*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 2000, pp. 187-231, en part. p. 201.

⁸⁵ Cfr. P. P. Portinaro, “Interventi umanitari e responsibility to protect. Formule nuove, vecchi problema”, V. Lavenia (Ed.), *Alberico Gentili. “Responsibility to Protect”: nuovi orientamenti su intervento umanitario e ordine internazionale*, Macerata, EUM, 2015, p. 123: “El hecho es que en las situaciones en que se hace necesaria una intervención no hay un pueblo, sino grupos étnicos y religiosos que se contraponen, es decir, sólo fragmentos de un pueblo, fieramente hostiles entre ellos y que en ausencia de una potencia ocupante tienden a terminar en una guerra civil”.

⁸⁶ Keohane, “Political authority after intervention”, p. 281. Para una expresión eficaz de los últimos resultados de esta aproximación, véase A. Buchanan, *Justice, Legitimacy and Self-Determination. Moral Foundations for International Law*, Oxford, Oxford University Press, 2004, en part. pp. 261-262.

⁸⁷ Devetak, “Between Kant and Pufendorf”, p. 167.

⁸⁸ C. Reus-Smit, “Human Rights and the Social Construction of Sovereignty”, *Review of International Studies*, vol. 27, 4, 2001.





primera edad moderna. Como ha escrito Seyla Benhabib, es en primer lugar en este nivel, en efecto, que se juega la decisiva partida para la construcción de una forma de *solidaridad postnacional*, finalmente a la altura de los grandes retos de la época global. Y desde este punto de vista, también la cuestión del *intervencionismo humanitario*, con sus dilemas normativos aún no resueltos, puede ofrecer un estímulo decisivo al cuestionamiento de algunas discutibles certezas ético-políticas que todavía contribuyen a hacer de nuestra existencia una mera cuestión de fronteras.



*El Estado y el espacio global. Lo Stato
e lo spazio globale*

de Jorge Olvera García y Maurizio Ricciardi, fue impreso en los talleres de Editorial CIGOME, S.A. de C.V., Vialidad Alfredo del Mazo núm. 1524, ex. Hacienda La Magdalena C.P. 50010, Toluca, México. Su edición consta de 1 000 ejemplares. La edición estuvo a cargo de la Dirección de Difusión y Promoción de la Investigación y los Estudios Avanzados.

Diseño de forros e interiores: Cristina Mireles Arriaga, Nancy Huerta Vázquez y Juan Manuel García Guerrero

Lo Stato e lo spazio globale

Jorge Olvera García
Maurizio Ricciardi

Curatori



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México



ALMA MATER STUDIORUM
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA

ISBN: 978-607-422-695-9



9 786074 226959



**Lo
Stato
e lo
spazio
globale**





UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dra. en Est. Lat. Ángeles Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

L. C. C. María del Socorro Castañeda Díaz
*Directora de Difusión y Promoción de la Investigación
y los Estudios Avanzados*

Lo Stato e lo spazio globale

Jorge Olvera García
Maurizio Ricciardi
Curatori



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México



**ALMA MATER STUDIORUM
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA**



El Estado y el espacio global. Lo Stato e lo spazio globale

Traducción: María del Socorro Castañeda Díaz

Libro de investigación e interés académico y sin fines de lucro.

1a edición, febrero 2016

ISBN: 978-607-422-695-9

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100 Ote., Centro, C.P. 50000,
Toluca, México
<http://www.uaemex.mx>

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Uso de la denominación "Alma Mater Studiorum–Università di Bologna" autorizado por el Ufficio Comunicazione Istituzionale–Unibo el 21 de enero de 2016.

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización por escrito del titular de los derechos en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y en su caso de los tratados internacionales aplicables.

Indice

- 9..... INTRODUZIONE
- 15..... CAMBIAMENTO DI PARADIGMA
GIURIDICO: L'11-S E LA CRIMINALITÀ
ORGANIZZATA IN MESSICO
Jorge Olvera García
- 35..... LO STATO GLOBALE E L'EVOLUZIONE
DELLA SOVRANITÀ
Maurizio Ricciardi
- 59..... NATURALIZZARE I PARADOSSI: UN
APPROCCIO ALLA GLOBALIZZAZIONE DA
GILLES DELEUZE
María Luisa Bacarlett Pérez
- 85..... LO STATO MODERNO, AL GIORNO D'OGGI
E DI DOMANI
Pierangelo Schiera
- 109..... "L'ESTERNO È SEMPRE DENTRO".
TENSIONI E TRASFORMAZIONI RECENTI
NELLO SPAZIO POLITICO DELLO STATO E
LA DEMOCRAZIA
Israel Covarrubias
- 129..... QUESTIONI DI CONFINE. SOVRANITÀ
TERRITORIALE E ORDINE GLOBALE NEL
DIBATTITO SUL "NUOVO INTERVENTISMO
UMANITARIO"
Luca Scuccimarra

Introduzione

Globalizzazione: parola, idea, concetto, stato delle cose: dove inserirla? Si assomiglia all'acqua che non si può contenere tra le mani, che scorre, si filtra e circola; ma la sua presenza è contundente nel mondo attuale e nei più nascosti spazi della vita quotidiana. Il suo principale alleato è evidentemente, il capitalismo. Vanno mano nella mano e sono in costante retroazione. Bisogna ricordare, non ostante, che la globalizzazione è esistita da prima dell'arrivo di questo sistema economico-politico. Questo impulso all'espansione e la colonizzazione da parte di una determinata cultura o forma di vita verso quello che le sembra differente; è stato presente dalle civiltà più primitive che si regolavano a partire da diversi sistemi di sfruttamento e distribuzione dei beni. Pensiamo, senza andare oltre, alla cultura azteca che, nei propri termini, aspirava alla *globalizzazione* dei suoi valori e il suo sistema, cercando di espandere la sua forma di vita negli ambienti più diversi: economico, religioso, tributario, linguistico, gastronomico, ecc.

La globalizzazione tale e come si presenta nel mondo attuale non può slegarsi dal capitalismo come sistema economico e politico, che dall'inizio, tale come espongono Karl Marx y Friedrich Engels nel *Manifesto del partito comunista*, significò l'espansione ed egemonia di una nuova classe sociale —la borghesia, classe che fa che tutto quello che è solido e permanente si *dissolva nel aria* sotto l'onda della produzione e del consumismo— che disseminava la sua forma di vita come ideale d'esistenza nel mondo intero. La globalizzazione attuale non si può capire senza considerare l'embricazione di molteplici fattori dietro ai quali l'espansione capitalista gioca il ruolo di filo conduttore. Gli autori dei capitoli del presente libro cercano di mostrare la complessità di tale embricazione, delle sue possibilità, dei limiti che ancora ci sono al momento di rendere conto esatto di questo fenomeno. In cerca di capire e analizzare un fenomeno così attuale, i lavori qui riuniti aiutano a pensarlo attraverso le più diverse sfumature, ma privilegiando la figura dello Stato, il Diritto e la Filosofia.

Negli anni settanta del secolo XX ci sono stati degli eventi drammatici, che hanno marcato in molti aspetti la configurazione di una buona parte del mondo; pensiamo ai movimenti studenteschi e alla loro irruzione come forza politica (Praga, Parigi, Città del Messico, San Francisco, tra altri), il risveglio delle coscienze razziali (post-coloniali), il puntellamento del potere dei mass media, l'auge della seconda onda femminista, la controcultura, la sperimentazione con sostanze psicotrope, la ridefinizione del paradigma binario dei rapporti sessuali, ecc. Tutti questi fatti fecero evidente, in un modo o nell'altro, il confronto, da una parte, di posizioni culturalmente egemoniche e maggioritarie e dall'altra, pratiche che si sostentavano in prospettive più locali e non egemoniche. Comunque, è innegabile che ciò che in quegli anni

risultò rivoluzionario e destabilizzante, col tempo fu ripreso e introdotto nella cultura di massa e nel consumo. Insomma, quello che era più contro culturale finì per diventare anche vendibile. Marchi, merce, prodotti, simboli, ecc., sono alcuni dei meccanismi con cui il capitalismo proietta i suoi valori e introduce una certa ideologia in maniera sottile e quasi impercettibile. In questo senso, è sommamente attuale il concetto di Althusser sulla ideologia come ciò che interpella e convoca a un individuo libero perchè (apparentemente per volontà propria) accetti la propria soggezione¹. Il funzionamento dell'ideologia nel contesto della globalizzazione si spiega, evocando a Žižek, come un'illusione "consapevole" della sua natura illusoria, e per questo stesso motivo ci porta ad attuare come se non fossimo consapevoli di ciò².

La complessità del panorama e l'embricazione di elementi di conio così diverso, —politici, economici, culturali, psicologici e sociologici, tra altri— fa necessaria la congiunzione di diverse prospettive, non sempre concordanti, per rendere conto del nuovo stato delle cose e dei nuovi ruoli che agenti tradizionali si vedono obbligati oggi ad improvvisare. Pensiamo, ad esempio, allo Stato, il Diritto, l'educazione, l'esercito, la cultura, ecc.

In tale prospettiva, l'articolo di Jorge Olvera García, intitolato "Cambiamento di paradigma giuridico: l'11-S e la criminalità organizzata in Messico", parla precisamente del nuovo ruolo dello Stato e del Diritto penale davanti alla riconfigurazione degli scenari internazionali e nazionali come risultato dell'onda terroristica con cui iniziò il secolo XXI —in particolare l'attacco alle Torri Gemelle in New York, l'11 settembre 2001 (11-S)—, così come la crescente forza del narcotraffico in territorio messicano. Secondo Olvera García, l'evento che occasionò un cambiamento radicale del paradigma giuridico internazionale, del ruolo dello Stato e della giustificazione della guerra tra nazioni fu proprio l'11-S. Questo attacco terroristico inaugurò uno "stato di eccezione universale" che ha supposto "la sospensione individualizzata di diritti e garanzie". Tale stato di eccezione iniziò, nel caso specifico del Messico, con la lotta contro la criminalità organizzata; il paradosso che l'autore percepisce e analizza è che diventa legittimo diminuire le garanzie dei cittadini con la finalità di garantire la sicurezza nazionale. Anche se il paradosso non si risolve in modo tagliente, il capitolo conclude con l'appello a prendere un tono critico e riflessivo, soprattutto da parte del pensiero giuridico attuale, davanti alla complessità del panorama che si presenta a livello internazionale e nazionale.

Anche sul tema del ruolo dello Stato nel mondo globale, Maurizio Ricciardi nel suo articolo "Lo Stato globale e l'evoluzione della sovranità" riflette sulla possibilità di provare probabili "cure" per dirigere l'azione degli Stati, perchè essi "amministrino in maniera problematica tanto il loro spazio

¹ L. Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Medellín, Ediciones Pepe, 1980.

² S. Žižek, *El Sublime Objeto de la Ideología*, México, D.F., Siglo XXI editores, 1992.



interno come la loro relazione con gli spazi esterni". Il problema dell'agire dello Stato si presenta perchè sebbene uno dei suoi maggiori indirizzi è neutralizzare ogni tipo di violenza, alla fine egli stesso la produce nei suoi differenti momenti d'azione. Per focalizzare il midollo di tale contraddizione, l'autore realizza un'analisi dello Stato coloniale e post coloniale, portando la discussione all'attualità e al concetto di Stato globale; in particolare, si interroga se questo ha ancora un *significato condiviso* col nuovo ruolo che gioca davanti alla globalizzazione. È innegabile che lo Stato ha sofferto trasformazioni radicali al passare dal suo status moderno a uno globale, il che ci porta a constatare che la sua storia, lontano dall'essere continua, è solcata da tagli e alterazioni drastici. Ad esempio, se prima il "popolo era la soluzione sempre data all'enigma dello Stato democratico", a partire dagli anni ottanta ha smesso di essere soggetto politico per diventare oggetto delle politiche di un governo ogni volta più estraneo agli ideali dello Stato democratico.

Nel saggio "Naturalizzare i paradossi: un approccio alla globalizzazione da Gilles Deleuze", María Luisa Bacarlett Pérez sottolinea punti interessanti sul paradosso intrinseco della globalizzazione, che si riassume nella dicotomia globale–locale. Non sono pochi gli autori che hanno anche sottolineato il carattere paradossale tra la forza eterogeneizzante del locale e quella omogeneizzante del globale. L'autrice identifica cinque paradossi centrali relazionati con la dicotomia globale–locale: omogeneizzazione–eterogeneizzazione, totalità–parzialità, finitezza–pluralità, origine–fine e centro–margini. Tali paradossi mettono a confronto due contrari che, comunque, si toccano e si completano, come dimostra il neologismo *glocale*. Nonostante, l'intenzione dell'autrice è interrogarci se ridurre lo schema a due contrari che si completano non provoca in realtà l'impoverimento della forza critica del paradosso. Riprendendo gli autori citati, Bacarlett ci invita a portare i paradossi al loro limite, a non cercare di ibridarli oppure omogeneizzarli, ma a rafforzare il loro carattere indecidibile. La differenza radicale non nascerebbe dentro del locale neanche nel globale, tantomeno in un ibrido di entrambi, ma *tra* tutti e due, in una *zona di indecidibilità* tra il locale e il globale: *ne propriamente globali ne propriamente locali*.

Pierangelo Schiera, nel suo "Lo Stato moderno, al giorno d'oggi e di domani", riflette sullo Stato nella sua situazione attuale e il suo possibile futuro. L'intenzione dell'autore non è stabilire cosa deve farsi o no, ma capire cos'è probabile che accada alla luce dei fatti attuali. Per questo, è imperioso problematizzare la relazione tra Diritto e Stato e chiederci se tra i due c'è un rapporto intrinseco o necessario. La storia ha dimostrato che la vita sociale e i vincoli umani non si risolvono necessariamente in relazioni contrattuali e legali. Pensare al futuro dovrebbe essere un invito a riflettere su altre forme di relazione marcate forse dalla *filia*, dal recupero di un marco di

amicizia, capita come relazione adeguata (misura) tra inferiori e superiori in un quadro di dignità e libertà, ma soprattutto, in un nuovo paradigma di *comunità*. L'intenzione finale del saggio è provocarci a riflettere se lo Stato ha un carattere ineluttabile o solo circostanziale. La globalizzazione e tutto quello che essa implica è precisamente ciò che ha messo sul tavolo tale interrogante.

Da parte sua, Israel Covarrubias, in "L'esterno è sempre dentro'. Tensioni e trasformazioni recenti nello spazio politico dello Stato e la democrazia", tratta il ruolo dello Stato in un mondo globalizzato e le circostanze che lo destabilizzano. Anche qui il punto di partenza è un paradosso: quello dello sfasamento tra la riproduzione della vita sociale e il processo istituzionale di assicurazione del benessere. Questa contraddizione affronta, da una parte, l'esaurimento delle strutture di benessere e dall'altra, l'ascesa della democrazia come *forma globale* di governo. In altri termini, mantenere l'ideale dello Stato democratico in una realtà sociale e politica dove non è più possibile sostenere lo Stato di benessere, ha implicato l'emergenza di un universo *infrastatale*, che montato nella logica del segreto e della clandestinità ha finito per produrre criminalità e violenza. Nella configurazione di questa *sovranità criminale* si ha dato luogo a un ambiente di crescente paura e insicurezza. Di fronte a questo panorama, è necessaria la ricerca di alternative adeguate per sostenere l'ideale democratico basato nella politica del benessere, già che nelle condizioni attuali potremo solo aspettare la generazione ogni volta più decisa di anomia e insicurezza.

Il lavoro "Questioni di confine. Sovranità territoriale e ordine globale nel dibattito sul 'nuovo interventismo umanitario'", di Luca Scuccimarra, fa un percorso interessante sul tema della sovranità e le sue fondamenta normative. Considerando posizioni in pro e in contro, l'autore invita a riflettere sulla legittimità del interventismo da uno o più Stati su altro(i) quando la finalità è prevenire violazioni ai Diritti Umani, il che ha dentro se anche un paradosso: la possibilità di violare il Diritto Internazionale o di violare i diritti di alcuno per proteggere i diritti di altri. Tale situazione contraddittoria è rappresentata in modo paradigmatico dall'"interventismo umanitario", perchè frequentemente è stato usato come pretesto per vulnerare la sovranità di altri paesi e intervenire armamentisticamente in essi, per cui dovrebbe piuttosto essere riconosciuto come "interventismo bellico". Di fronte ai cambiamenti geopolitici che lo schema globale ha implicato, e dovuto alle complesse questioni giuridico-politiche che ha originato, si fa necessario oggi più che mai ripensare, criticare e rinnovare il nostro sistema di categorie rispetto alla sovranità nazionale.

Quello che emerge nelle sei collaborazioni qui riunite è l'identificazione di paradossi e contraddizioni inerenti alle condizioni politiche, sociali, economiche e culturali del nostro esistere nell'era contemporanea: l'era della



globalizzazione. In ciascuno di questi ambiti agiscono forze che si schiantano tra loro e producono cortocircuiti in sistemi e strutture che sembravano avere fondamenta stabili. Nonostante, davanti a un panorama caratterizzato dalla crescente instabilità e il cambiamento frenetico, gli autori delle riflessioni versate nel presente libro, espongono tanto problemi come paradossi, ma anche lasciano sul tavolo un materiale di grande valore per riflettere criticamente sullo sconcerto contemporaneo.

Jorge Olvera García



CAMBIAMENTO DI
PARADIGMA GIURIDICO:
L'11-S E LA CRIMINALITÀ
ORGANIZZATA IN MESSICO

Jorge Olvera García

La struttura imperiale e, in particolare, il potere militare di Washington, si conferma come un'esercizio unilaterale di volontà politica. [...] Dopo l'11 settembre, lo sviluppo della sovranità imperiale conosce una fortissima accelerazione.

La multitud y la guerra, Michael Hardt e Toni Negri.

Introduzione

Gli attentati dell'11 settembre 2001 cambiarono in modo radicale la forma di concepire ed esercitare la legalità da parte dello Stato legislativo di diritto, al provocare una separazione radicale tra le cose valide e le cose giuste. Come già espone Luigi Ferrajoli, questo colpo frontale ha provocato un cambiamento di paradigma giuridico nella forma di concepire lo Stato di diritto. Il *decisionismo politico* che fa capo al filosofo Carl Schmitt e il *Diritto penale del nemico* (DPN) (in tedesco, *Feindstrafrecht*) di Günther Jakobs sono diventati il paradigma di quello che oggi conosciamo come "lotta al terrorismo" nell'ambito internazionale e "lotta alla criminalità organizzata" nell'ambito nazionale. In Messico, la lotta alla criminalità organizzata ha generato una serie di riforme costituzionali e al Codice Penale che si sono riflesse nella diminuzione delle garanzie individuali e processuali dietro privilegiare la sicurezza nazionale. Detto panorama può vedersi come una delle forme che prende questa scissione tra quello che è valido e quello che è giusto.

Nel caso di Carl Schmitt —in sintonia con una idea cara a Walter Benjamin—, resta chiaro che dopo l'11-S i termini "guerra giusta" e "guerra preventiva" hanno evidenziato che viviamo in uno *stato di eccezione* che è diventato la regola o, se si vuol vedere in un'altro modo, nel fare della sospensione della legge la garanzia dell'esistenza dello Stato di diritto. La formulazione dell'idea di "guerra preventiva", che può colpire quanti paesi creda opportuno l'interesse nazionale, assume, *di facto*, la tesi schmittiana secondo cui una prescrizione giuridica si può stabilire solo a partire da una decisione politica assoluta. La situazione del Messico di fronte alla lotta alla criminalità organizzata non è tanto diversa, lì anche le zone di eccezione alla legge sono quello che, paradossalmente, permette che la legalità si sostenga.

Il DPN di Jakobs contravviene anche uno dei principi essenziali dello Stato di diritto liberale: l'uguaglianza di tutti i cittadini davanti alla legge. Nel mondo attuale è ogni volta più pronunciata la distinzione tra cittadini rispettosi della legge —che hanno celebrato un'accordo *a priori* con lo Stato e quindi sono

pienamente cittadini di diritto— e quelli che infrangono quell'accordo previo e attentano contro la società intera attraverso il terrorismo; il narcotraffico e la criminalità organizzata diventano nemici della società e per questo, perdono il loro *status* come cittadini. In questo senso, Jakobs afferma che esiste un Diritto penale per il delinquente "ordinario" e un DPN, il quale si è originato per combattere il delinquente "straordinario". Secondo Jakobs, le società occidentali postindustriali si caratterizzano per una progressiva anonimizzazione delle condotte sociali, per l'uniformità dei comportamenti di massa, per il predominio dell'economia, per la coscienza di rischio e per l'uniformità del sistema punitivo, che ha obbligato a cercare misure straordinarie oltre a quelle ordinarie per poter combattere tali comportamenti sociali.

In questo breve articolo cerchiamo, nella prima parte, di fare un'analisi argomentativa su un prima e un dopo gli attentati dell'11-S, fatti che provocarono il cambiamento del paradigma giuridico in detrimento delle garanzie individuali. Nel secondo paragrafo, realizzeremo un percorso descrittivo delle riforme fatte nella lotta alla criminalità organizzata in Messico, fatto che ha instaurato un DPN. In entrambi i paragrafi sottolineeremo l'importanza delle proposte di Schmitt e Jakobs.

La lotta al terrorismo dopo l'11-S

Manuel Castells, in 1990 vaticinava che "[...] il terrorismo fondamentalista sarà (lo è già) la guerra mondiale del secolo XXI"¹. Senza dubbio, non si trattava di una profezia, ma di una profonda analisi, annunciando che il mondo, davanti alla logica dell'esclusione e segregazione del sistema mondiale, catalogava una gran parte della popolazione esclusa come *sub-uomini*. Categoria discutibile da un punto di vista etico, nomina una frangia maggioritaria della popolazione mondiale che è vittima di un paradosso, magari irresolubile: da una parte, una brutale occidentalizzazione forzata e dall'altra, un integralismo ad oltranza fortemente xenofobo.

Gli Stati Uniti non erano stati attaccati, nel proprio territorio, dall'aggressione giapponese a Pearl Harbor il 7 dicembre del 1941, fatto che propiziò l'intromissione degli Stati Uniti nella Seconda Guerra Mondiale e la sconfitta nel 1945, delle potenze dell'Asse da parte degli alleati. Contrariamente, gli USA sono stati protagonisti di un'infinità d'interventi bellici in altri Stati dalla fine del secolo XIX fino ad oggi, come afferma Fernando Quesada: "Nell'ultimo secolo, più concretamente dal 1890 fino al 2001, gli USA hanno sostenuto 134 azioni belliche in 53 scenari differenti, cifra non superata da nessun'altra nazione"². Con la fine della Seconda Guerra

¹ M. Castells, "El comienzo de la Historia", *El futuro del socialismo*, vol.4., no. 2, 1990, p.71.

² F. Quesada, "11 de septiembre. El fundamentalismo en EE. UU.: mito fundacional y progreso constituyente", B. Riutort (Ed.), *Conflictos bélicos y nuevo orden mundial*, España, Icaria, 2003, p. 98.



Mondiale la figura del nemico non si indebolì, anzi, col blocco comunista davanti, gli Stati Uniti poterono continuare a mantenere e giustificare un'attività bellica intensa e "legale". Nonostante, quando i regimi comunisti si sgretolavano uno dopo l'altro, gli USA perdevano con ciò il loro nemico più longevo. La caduta del Muro di Berlino nel 1989, il collasso dell'Unione Sovietica nel 1991 e la fine della Guerra Fredda cambiarono il panorama radicalmente. Il socialismo era sparito e il trionfo del capitalismo arrivava accompagnato dall'impiantazione generalizzata delle democrazie liberali. Si racconta che l'analista russo Gueorgui Arbatov, nel 1991, dopo la dissoluzione dell'Unione Sovietica, espresse agli americani: "Vi abbiamo appena fatto qualcosa di molto peggiore da quando vi minacciavamo con i nostri missili nucleari: vi abbiamo lasciato senza nemico"³.

Il 17 luglio 1998, 120 nazioni votavano l'approvazione dello Statuto di Roma, che tra i suoi compiti, aveva la creazione del Tribunale Penale Internazionale. L'augurio era che sarebbe arrivata, finalmente, la consolidazione della protezione dei diritti umani in tutto il mondo. Geoffrey Robertson lo narra così:

Può dirsi, con ragionevole convinzione, che il 10 settembre 2001 si inaugurò la terza era dei diritti umani, la tappa in cui le norme umanitarie fondamentali dovevano raggiungere certo grado d'obbligatorietà. Quarantadue stati, compresi la Gran Bretagna, Francia e Russia, avevano ratificato lo Statuto di Roma e si aspettava che il Tribunale Internazionale di Giustizia (TIG) aprisse le sue porte alla fine del 2002. [...] L'avanzamento dei diritti civili e politici nel mondo sembrava sufficientemente assicurato perchè le due ONG più importanti —Human Rights Watch e Amnesty International— dirigessero i suoi sforzi verso i diritti economici e sociali, che fino ad allora erano stati abbandonati [...] Allora, letteralmente come caduti dal cielo, arrivarono gli attacchi kamikaze contro il World Trade Center e il Pentagono l'11 settembre⁴.

L'arrivo di questa nuova minaccia significò l'occupazione di quel vuoto che aveva lasciato la caduta del blocco sovietico. Gli Stati Uniti avevano bisogno urgente di un nuovo nemico per giustificare la loro posizione interventista e spiegare il loro potere militare. Questo nemico sarebbe una presunta lotta al terrorismo. Così chiarisce José María Marco: "Il nemico non lo formavano più gli stati governati da oligarchie con interessi prevedibili, come era successo con l'Unione Sovietica. Ora il nemico sono reti di gruppi terroristici islamici e regimi rivoluzionari, anche di dottrina islamica"⁵.

³ Citato in F. Bosoer, "CARL SCHMITT EN WASHINGTON (2001-2004)", *Terrorismo Siglo XXI*, Argentina, Universidad Nacional de Mar del Plata/Ediciones Suárez, 2010, p. 97.

⁴ G. Robertson, *Crímenes contra la humanidad*, España, Siglo XXI, 2008, p. 489.

⁵ J. M. Marco, *La nueva revolución americana*, España, Ciudadela Libros, 2007, p. 379.

Così, dalla prospettiva nordamericana, lo spartiacque della lotta al terrorismo è stato stabilito dagli attacchi dell' 11 settembre 2001 sul popolo nordamericano, che lasciarono 2,973 morti. Molti analisti di questo fatto sono d'accordo che gli attentati furono più un pretesto che una causa dell' offensiva americana. In anticipo, il 20 gennaio del 2000, il senatore statunitense Jesse Helms, in suo carattere di rappresentante del Comitato per gli Affari Esteri, manifestò davanti al Consiglio di Sicurezza che nessuna istituzione delle Nazioni Unite è competente per giudicare decisioni sulla Sicurezza Nazionale e la Politica Estera degli Stati Uniti. Con questo argomento, gli americani crearono la legge *H. R. 4775 American Servicemember's Protection Act*, la quale è stata promulgata per evitare che i cittadini statunitensi, civili e militari fossero raggiunti dalla giustizia internazionale, e posteriormente, dalla Corte Penale Internazionale creata dallo Statuto di Roma che entrò in vigore il 1° gennaio 2002.

Con questa dichiarazione, il governo statunitense stabilisce la sua priorità davanti alla comunità internazionale rispetto alla Corte Penale Internazionale; per la precisione, aggiunge che se i giudici nazionali si rifiutano di revisionare decisioni sulla Sicurezza Nazionale, non lo deve fare neanche un Tribunale sopranazionale. Segnala, finalmente, che i suoi connazionali diffidano della Corte e rifiutano le pretese delle Nazioni Unite di essere la fonte legittima per l'uso della forza⁶.

Con la negazione dell'autorità punitiva internazionale, della Corte Penale Internazionale e della leadership delle Nazioni Unite, gli USA ignorarono l'organo legittimatore per sanzionare tutta invasione bellica a un'altra nazione. L'invasione dell'Iraq fu la consumazione di un Colpo di Stato a scala planetaria. Nonostante, già dal 1998 gli Stati Uniti avevano attaccato le basi di Osama Bin Laden in Sudan ed Afghanistan. Questo fatto condusse, il 7 agosto 1999, all'esplosione di autobombe di Al Qaeda presso le ambasciate degli USA in Kenya e Tanzania, che lasciarono 234 morti.

Gli attacchi contro le Torri gemelle e il Pentagono provocarono che i poteri finanziari, politici e militari del mondo dichiarassero uno *stato di eccezione universale*. Senza dubbio, col 11-S si accelerano le tendenze che spingono alla restrizione dei diritti e libertà civili e democratiche, al tempo che si puntella la gestazione di Stati polizieschi e militarizzati caratterizzati dalla restrizione delle libertà e la cancellazione di una vera vita democratica.

La maniera di procedere degli Stati Uniti di fronte agli attacchi terroristici mostrò che quello veramente importante era segnalare chi è il nemico. Dietro a questa risposta si fece evidente una concezione schmittiana della

⁶ A. Trujillo Sánchez, *La Corte Penal Internacional. La cuestión humana versus razón humana*, México, IBIJUS, 2014, p. 359.



politica —anche se sicuramente non in maniera consapevole—, perchè in tale logica bellica e invasiva la dicotomia amico/nemico finisce per funzionare come fondamento e giustificazione della guerra e della legittimità politica di un paese. Con questo, si mise in operazione una costruzione perversa che diede posto a un diritto fuori dal diritto, fuori dall'ordinamento giuridico. Il paradosso schmittiano contenuto nella dicotomia amico/nemico si presenta come marco che fa intelligibile la condotta dell'imperialismo nordamericano.

La legislazione dell'11-S situa al Diritto penale oltre lo Stato di diritto. I diritti e le libertà dei cittadini si dissolvono in un nuovo diritto penale del nemico che facilita la creazione dello spazio dove le regole giuridiche spariscono e si tramutano in pura arbitrarietà. Quello che si impone in questo modo, non è uno stato di eccezione limitato nel tempo, ma uno stato di eccezione permanente. Non c'è, come nella lettura dell'eccezione realizzata da Carl Schmitt, una semplice sospensione provvisoria delle garanzie costituzionali dopo la quale è possibile, almeno formalmente, un ritorno ai principi garantisti. Anzi, lo stato di eccezione, come nella previsione di Walter Benjamin, passa a essere la regola. I concetti giuridici di guerra e di pace, di sovranità e di avversario, mutano così profondamente che il proprio regime politico vede alterata la sua natura⁷.

Nello stesso aspetto, Günther Jakobs propose un diritto penale autoritario che poteva dare risposta a *casi estremi*, in cui i diritti del cittadino (liberale) sarebbero insufficienti. Il DPN si caratterizza per tre elementi: il primo di essi si fonda nella prospezione ed anticipazione della punibilità, cioè, nella fattibilità di un fatto futuro a differenza di quello che tradizionalmente si faceva, che era un fatto retrospettivo (la commissione di un delitto). Al secondo posto, le punizioni previste sono sproporzionatamente alte, quindi, si esprimono come sentenze di lunga durata in cui i diritti dei delinquenti si vulnerano sotto l'argomento di "alta pericolosità" e sono rinchiusi per questo in una prigione di massima sicurezza. Al terzo posto, determinate garanzie sono relativizzate o perfino soppresse. Per ultimo, non si dà nessuna attenzione ai trattati internazionali di Diritti umani e dei Tribunali Internazionali⁸. Il DPN si può solo legittimare con un Diritto penale d'emergenza che regge eccezionalmente e non in maniera permanente, tale e come è stato utilizzato dagli Stati Uniti.

Nonostante, anche se tanto Schmitt come Jakobs danno un posto importante alla figura del nemico nelle loro rispettive proposte, senza dubbio non coincidono in tutti i punti. Lo stesso Jakobs commenta uno degli aspetti della sua divergenza:

⁷ J. Asens y G. Pisarello, *No hay derecho(s)*, España, Icaria, 2011, p. 26.

⁸ C. Parma, *Roxin o Jakobs ¿Quién es el enemigo en el derecho penal?*, Colombia, Ediciones Jurídicas Andrés Morales, 2009.

In primo luogo, il concetto [nemico] qui utilizzato non è quello che si formula in “Der Begriff des Politischen” di Carl Schmitt, quello del nemico come avversario esistenziale. Per Carl Schmitt, il concetto dello politico è un concetto teologico secolarizzato, che separa piuttosto quelli timorati di Dio da quelli senza Dio che agli opposenti politici nel senso oggi abituale. Il concetto di Schmitt non si riferisce a un delinquente, ma all'*hostis*, l'*altro*; dentro lo Stato, solo quando si arriva a una guerra civile esiste un confronto politico nel senso di Schmitt. Invece, il nemico del Diritto penale è un delinquente di quelli che si presume sono permanentemente pericolosi, un *inimicus*. Non è un'*altro*, ma dovrebbe comportarsi da uguale, e per questo gli si attribuisce colpevolezza giuridico-penale, a differenza del *hostis* di Schmitt⁹.

Indipendentemente dalle divergenze, il nemico di Schmitt e quello di Jakobs condividono un carattere ambiguo. In effetti, in entrambi gli autori il nemico è qualcuno che per stare fuori dal regime giuridico rimane, paradossalmente, incluso in esse. Cioè, attraverso sospensione-violazione della legge, il nemico sarà incluso in un regime legale che in anticipo lo esclude.

Sappiamo che gli Stati Uniti risposero a quelli attacchi terroristici con misure che non furono rispettose di molti dei trattati internazionali di convivenza tra le nazioni e di rispetto ai diritti umani. Con la promulgazione il 26 ottobre 2001 della legge *Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism* (Legge per unire e fortificare agli Stati Uniti d'America mediante la provvista degli strumenti richiesti per intercettare ed ostruire il terrorismo), più conosciuta come *USA Patriot Act* (Legge patriottica degli Stati Uniti d'America) si prevedono delle misure per combattere il terrorismo. Tra gli aspetti più importanti ci sono:

1. L'aumento delle risorse per la Sicurezza Nazionale: 200 milioni di dollari addizionali furono destinati al *Federal Bureau of Investigation*, corrispondenti a 2002, 2003, 2004; l'aumento del personale nell'area d'immigrazione e dogane nel confine col Messico, triplicando il numero di agenti; l'assegnazione di 150 milioni di dollari, nei due anni successivi, per il sistema di condivisione d'informazione, e il conferimento di facoltà al fiscale generale per offrire ricompense per informazione.
2. Si effettuarono aggiustamenti ai controlli della migrazione, si ampliarono le facoltà del fiscale generale per disporre la detenzione

⁹ G. Jakobs y M. Polaino, *El Derecho Penal del Enemigo en el contexto del funcionalismo*, México, Flores Editor y Distribuidor, 2008, p. 29.



- e l'espulsione di stranieri, se considera, in modo ragionevole, che mettono a rischio la sicurezza nazionale.
3. Il conferimento degli strumenti d'investigazione per effettuare registri di telefonate, compresi i numeri telefonici segnati in una certa linea telefonica, e l'installazione di dispositivi d'intercettazione e inseguimento e l'estensione delle facoltà dell'autorità per raccogliere campioni di DNA dei trasgressori.
 4. Si permette l'arresto fino a sei mesi degli individui sospetti di commissione o probabile commissione di qualche atto di terrorismo.

Con quest'ultima disposizione, si viola una garanzia costituzionale stabilita dalle convenzioni dei diritti umani, la cui segnala che non si possono sospendere le garanzie di libertà a un solo individuo oltre i tempi previsti dalla legge ordinaria. Senza dubbio, dopo l'11-S il modo di capire le libertà, i diritti e le garanzie cambiò in maniera radicale. Siamo davanti a una nuova figura del costituzionalismo: la sospensione individualizzata di diritti e garanzie. Nonostante, questa figura non la inaugurano gli Stati Uniti, ma il diritto europeo.¹⁰

La Patriot Act, adottata nell'ottobre 2001, è un pacchetto di misure antiterroristiche che modificano la struttura dei diritti civili e politici e legittimano la sospensione del diritto più antico della giurisprudenza anglossassone, l'*habeas corpus*. Insieme a questo, autorizza anche la detenzione di ogni persona sospetta di mettere a rischio la sicurezza nazionale a partire dal suo profilo etnico. [...] Si calcola che più di 12,000 stranieri imprigionati in gran segreto e sottoposti a un regime d'isolamento, con interrogatori e abusi fisici o psicologici e senza diritto a un avvocato, sono stati messi in libertà senza accusa ed espulsi dal paese. Le misure adottate a partire della Patriot Act sono state completate da quelle imposte dalla *Military Order*, un'ordine del presidente Bush che permette di sottoporre ai non-cittadini nordamericani, sospettati di attività terroristiche, a giurisdizioni speciali e detenzioni a tempo indeterminato. La novità di tale provvedimento consiste nel creare un'autentica zona di non diritto per gli stranieri accusati di terrorismo¹¹.

Altre misure che ha stipolato questa legge, come abbiamo detto prima, sono una serie di postulati relativi alla prevenzione del terrorismo,

¹⁰ "La sospensione dei diritti e garanzie o diritti di deroga —com'è conosciuta nell'ambito europeo— la possiamo definire come una istituzione giuridica che ha come obiettivo restringere o limitare il godimento di certi diritti fondamentali relazionati essenzialmente con il procedimento penale per facilitare le indagini relazionate con la commissione di delitti che colpiscano o mettano in pericolo la sussistenza e normale sviluppo dello Stato costituzionale e democratico" (Vid.: Möller, 2004: 996).

¹¹ Asens y Pisarello, *No hay derecho(s)*, p. 25.

soprattutto in materia di controllo di finanziamento a queste organizzazioni e d'intercettazione delle comunicazioni, rafforzando il potere per indagare attraverso previsioni penali speciali.

La legge menzionata, risponde a un paradigma discriminatorio proprio degli ordinamenti gerarchizzati di casta o classe delle fasi più arcaiche delle esperienze giuridiche e ancora dominanti nel mondo giuridico odierno. Luigi Ferrajoli denomina questo *modello di differenziazione giuridica delle differenze*, e si esprime nella valutazione di alcune identità e nella svalutazione di altre, il che deriva, quindi, nella gerarchizzazione delle diverse identità¹².

Dopo gli attentati dell'11-S, George W. Bush, grazie a una delega di responsabilità da parte del Congresso, sotto la denominata *USA Patriot Act*, approvata da entrambe le camere legislative nel 2001, intraprese una lotta con la bandiera di annichilire il terrorismo, situazione che condusse a prendere misure eccessive di vigilanza, dove i sospettati potevano essere privati dalle loro garanzie individuali e messi in una condizione di vulnerabilità, prima di fronte alle garanzie che gli concedono i propri stati e poi, davanti ai diritti che gli salvaguardano nei trattati internazionali.

Il 6 maggio 2002, il presidente Bush ritira la sua firma dal Trattato di Roma. Il 28 gennaio 2003, Hans Blix e Mohamed ElBaradei, inviati in Iraq per ispezionare l'esistenza di Armi di distruzione di massa (ADM) in quel paese, informano che hanno bisogno di più tempo per completare le ispezioni. Il 5 febbraio di quell'anno, il Segretario di Stato degli Stati Uniti, Colin Powell, presentò delle prove presuntivamente irrefutabili ed innegabili che Iraq manteneva nascoste delle ADM. Però il 14 febbraio Blix presentò il suo secondo informe davanti al Consiglio di Sicurezza, esponendo che continuavano senza apparire le presunte ADM. Ignorando questa informazione, gli Stati Uniti e Gran Bretagna attaccarono l'Iraq il 19 marzo 2003. Le giustificazioni erano evidentemente falsificate:

Le tre principali giustificazioni che esplicita ed implicitamente offrì l'amministrazione Bush per generare sostegno pubblico alla guerra furono: che l'Iraq possedeva illegalmente armi di distruzione di massa ed era pronto ad usarle contro gli USA in un futuro immediato; che, in certa maniera, l'Iraq era stato collegato agli attacchi dell'11-S, in modo che perseguire Saddam Hussein era la successiva misura razionale nella campagna contro Bin Laden; che, oltre l'11-S, l'Iraq era il principale Stato terrorista, per cui la Guerra contro il Terrore doveva passare da Bagdad¹³.

¹² Möller, "La suspensión de derechos y garantías en el combate a la delincuencia organizada en México", pp. 1000-1001.

¹³ R. McChesney, "Decir la verdad en el momento de la verdad: la prensa norteamericana y la

Qualche mese prima dell'invasione dell'Iraq, il 25 settembre 2002, la Casa Bianca pubblicò uno scritto intitolato: "La strategia di sicurezza nazionale degli Stati Uniti", in cui si svela un chiaro gesto interventista ed imperialista nordamericano sulla base dei "valori ed interessi nazionali". In questo modo, gli USA si sono sentiti legittimati per difendere la giustizia e la presunta libertà di ogni persona che sia dalla loro parte, in qualsiasi luogo al mondo. Senza dubbio, i processi planetari sono governati da poteri fattici che si trovano oltre ogni controllo e anche al di là delle istanze statali. Per Noam Chomsky la tendenza della nuova era dell'imperialismo è chiara:

Mirano verso un governo mondiale (dei ricchi e per i ricchi), stati nazionali che mobilitano risorse attorno alle loro banche e grandi aziende con base nazionale, e che controllano alla popolazione; una maggiore crescita delle grandi aziende transnazionali che devono controllare l'economia mondiale. E in questa Nuova Era Imperiale, di cui parla la stampa finanziaria, vanno formando pian piano le proprie istituzioni di governo che sono il riflesso di quelle realtà economiche¹⁴.

Gli Stati Uniti hanno perso parte della loro forza per controllare il mondo, ciò nonostante, continuano a dominare. I loro avversari bramano la loro caduta. Ad esempio, la Russia cerca di recuperare il suo ruolo egemonico, lo Stato Islamico continuerà la sua politica di terrore, la Cina spiana la strada con il suo potere economico e influenza geopolitica, minacciando con indebolire ancora di più, nelle decadi successive, l'ordine liberale e democratico. Il mondo davanti ai nostri occhi si trasforma. Ci saranno sempre persone pericolose e persone disoneste, e insieme a questo, la diffusione della tecnologia probabilmente ci farà ancora più vulnerabili.

Criminalità organizzata in Messico

La risposta del Messico davanti all'11-S fu senza dubbio prudente. Nel Consiglio di Sicurezza dell'ONU non assecondò la posizione degli Stati Uniti e Gran Bretagna, che pretendevano che il Consiglio appoggiasse una risoluzione radicale per attaccare militarmente l'Iraq. Il Messico si inclinò per la proposta che obbligava all'Iraq ad accettare gli ispettori dell'ONU per cercare le armi di distruzione di massa. Prima abbiamo già detto che quelle armi non sono mai state trovate veramente. La risposta nazionale di

invasión de Irak", L. Panitch y C. Leys (Eds.), *Socialist resgister: diciendo la verdad*, Argentina, CLACSO, 2006, p. 156.

¹⁴ N. Chomsky, *Política y cultura a finales del siglo XX. Un panorama de las actuales tendencias*, Barcelona, Ariel, 1994, p. 45.

fronte alle misure adottate dagli Stati Uniti contro il terrorismo è stata forse il riflesso dei rapporti stretti e problematici che entrambe le nazioni hanno sostenuto storicamente. Il trattamento agli emigranti e l'amministrazione della frontiera sono stati fonti di contrasti e difficoltà che hanno evidenziato un'altro profilo della costruzione della politica binazionale e del concetto di nemico. La frontiera è diventata un tema critico di sicurezza nazionale per i vicini del nord, ma per il Messico ha toccato punti nevralgici come il rispetto alla sovranità nazionale e ai diritti umani.

In marzo 2002 si firmarono accordi in Monterrey relazionati con questo tema.

Il proposito degli accordi di Monterrey è avere una frontiera comune "efficiente e sicura". Perciò, si includono impegni di scambio d'informazione di persone, di trasporti di merce, di navi e protezione dell'infrastruttura della frontiera. Ad esempio, in ottobre 2002 arrivarono in Messico gli agenti del FBI per dare addestramento nell'aeroporto internazionale di Città del Messico¹⁵.

Anche se la lotta al terrorismo è un compito prioritario per entrambe le nazioni, il tema è stato opacizzato dalla problematica del passo delle droghe dal Messico agli Stati Uniti e la criminalità organizzata come principale problema di sicurezza nazionale. Nel piano discorsivo, la sicurezza nazionale ha una relazione intrinseca con la sovranità nazionale. Nonostante, in Messico tale problema diventa ancora più complicato, perchè inseparabile da altre difficoltà come il sottosviluppo economico, sociale e politico, la povertà, la disuguaglianza, la lunga permanenza di un partito egemonico, l'assenza di una vera vita democratica e l'esistenza di poteri fattici generatori d'instabilità.

La transizione politica in Messico è un processo incompiuto ed inevitabile, bloccato da diversi "poteri fattici": organizzazioni sindacali corporative sviluppate dal vecchio regime, cacicchi rurali che sono sopravvissuti al clamore neoliberale, organizzazioni clientelari urbane, reti d'interessi creati nel sistema di giustizia (Potere Giudiziario) e nei partiti politici, poteri fattici economici che favoriscono a pochi e per ultimo, la criminalità organizzata.

I poteri fattici illegali si esprimono oggi principalmente nella capacità del narcotraffico di controllare territorio, diversificare i suoi affari verso il traffico di esseri umani (soprattutto il traffico di immigranti illegali) e il controllo del contrabbando al dettaglio e disputare allo Stato messicano il monopolio della violenza. È

¹⁵ R. Benítez Manaut, "La seguridad de México después del 11 de septiembre", J. M. Sandoval y A. Betancourt (Comps.), *La Hegemonía estadounidense después de la guerra de Irak*, México, Plaza y Valdés Editores, 2005, p. 140.



impossibile determinare il potere economico della criminalità organizzata, ma si dice che entra al paese un importo di valute superiore a quello prodotto dal turismo e appena minore agli ingressi ottenuti dalle rimesse inviate dai messicani all'estero oppure a quelle provenienti dallo sfruttamento dell'industria petrolifera (entrambe nel rango dei 25 miliardi di dollari annui). L'importanza economica del narcotraffico oggi in Messico è straordinaria, perchè spiega molto del funzionamento del mercato immobiliare in alcune città del nord e la costa messicana, così come l'esistenza di una fonte di occupazione illegale per migliaia di persone¹⁶.

La lotta contro il narcotraffico e la criminalità organizzata è diventata il compito predominante per lo Stato messicano, perciò, dagli anni novanta si fecero riforme costituzionali per affrontare giuridicamente questa lotta. Per questo, è fondamentale considerare questi cambiamenti normativi.

La riforma costituzionale del 1993 incluse il tema della criminalità organizzata che, posteriormente, nel 1996, istituì l'ordinamento denominato Legge Federale contro la Criminalità Organizzata (LFCO)¹⁷, che stabilisce nel suo articolo secondo:

Quando tre o più persone accordino organizzarsi o si organizzino per realizzare, in modo permanente o reiterativo, condotte che per se o unite ad altre hanno come finalità o risultato commettere alcuno o alcuni dei delitti seguenti, saranno sanzionate per quel solo fatto, come membri della criminalità organizzata:

- I. Terrorismo, previsto nell'articolo 139, paragrafo primo; contro la salute, previsto nell'articolo 194 e 195, paragrafo primo; falsificazione o alterazione di monete, previsto nell'articolo 234, 236 e 237; operazioni con risorse di provenienza illecita, previsto nell'articolo 400 bis, tutti del Codice Penale per il Distretto Federale in materia della Giurisdizione Comune e per tutta la Repubblica in materia della Giurisdizione Federale;
- II. Possesso e traffico di armi, previsto negli articoli 83 bis e 84 della Legge Federale di Armi ed Esplosivi;
- III. Traffico di immigrati clandestini, previsto nell'articolo 138 della Legge Generale di Popolazione;
- IV. Traffico di organi, previsto negli articoli 461, 462 e 462 bis della Legge Generale di Sanità, e

¹⁶ A. Olvera, "Poderes fácticos y democracia en México: sindicatos, caciques, monopolios y delincuencia organizada en un país en transición", I. Cheresky (Comp.), *Ciudadanía y legitimidad democrática en América Latina*, Argentina, Prometeo Libros, 2011, pp. 330-331.

¹⁷ S. García Ramírez "Garantías individuales y régimen constitucional sobre la delincuencia organizada", *El Sistema de justicia Penal en México: Retos y Perspectivas*, México, SCJN, 2008.

- V. Rapina, prevista negli articoli 286 e 287; sequestro di persona, previsto nel articolo 366 e furto di veicolo, previsto nel articolo 381 bis del Codice Penale per il Distretto Federale in Materia della Giurisdizione Comune e per tutta la Repubblica in Materia di Giurisdizione Federale, o nelle disposizioni corrispondenti alle legislazioni penali statali¹⁸.

La LFCO ha avuto critici e seguaci; rispetto ai primi questa legge è un ostacolo che diminuisce le garanzie dei cittadini e restringe diritti davanti ad un procedimento penale. Per altri, gli apologisti, tali limitazioni sono necessarie per un combattimento frontale alla criminalità organizzata. Tra gli strumenti per l'indagine implementati in questa legge ci sono:

- L'infiltrazione di agenti nella struttura
- L'intervento di comunicazioni private
- La perquisizione
- La ricompensa
- L'informazione anonima
- Arresti domiciliari
- La riserva d'attuazione nell'indagine preliminare
- Il sequestro dei beni

Lo strumento che ha provocato maggiori critiche è quello degli arresti domiciliari, considerato nell'articolo 16 costituzionale paragrafo sesto, in cui prevede che *il nemico organizzato* potrà essere sottoposto agli arresti per quaranta giorni, termine che potrà protrarsi fino a ottanta giorni, sempre che il Pubblico Ministero accrediti l'estensione.

Dall'amministrazione del presidente Ernesto Zedillo Ponce de León (1994–2000) si considerò che il narcotraffico era un problema di sicurezza nazionale, perchè affettava profondamente la stabilità del paese, per cui, bisognava dichiarare la guerra a chi si occupava di questa attività. La fragilità delle istituzioni, principalmente quelle a cui carico c'era la pubblica sicurezza, provocò la partecipazione delle forze armate nella lotta al narcotraffico. Il problema del narcotraffico è diventato uno dei principali per la sicurezza nazionale. Nonostante, si tratta di un problema antico, come chiarisce Martín Gabriel Barrón:

Il Messico ha una lunga esperienza nella partecipazione delle forze armate nella lotta contro le droghe, la partecipazione dei militari nella lotta contro le droghe data da almeno la decade degli anni

¹⁸ Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, *Ley Federal Contra la Delincuencia Organizada*, 14 de marzo de 2014, consultato in data 1 ottobre di 2015, disponibile in: <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/101.pdf>.



trenta, ma diventò specialmente importante alla fine degli anni settanta. La militarizzazione della lotta alle droghe ricevette nuovo impulso nella decade successiva, quando il presidente Miguel de la Madrid la dichiarò un assunto di Sicurezza Nazionale e con questo da due decadi si è esasperata la militarizzazione delle istituzioni responsabili della lotta al narcotraffico, tutto ciò ad istanze e pressioni da parte degli Stati Uniti¹⁹.

Nel 1998, Ernesto Zedillo instaurò la Polizia Federale Preventiva le cui principali attribuzioni sono: 1) combattere la criminalità organizzata ed altre delitti che minacciano la sicurezza nazionale; 2) restaurare e mantenere l'ordine pubblico; 3) la lotta al narcotraffico; 4) riscattare vittime di sequestro, ecc. Tale tendenza alla militarizzazione della lotta contro il narcotraffico si è accentuata durante il governo di Felipe Calderón. Forse le critiche più forti al suo periodo di governo furono dirette al modo in cui applicò la sicurezza nazionale e l'inserzione dell'Esercito e l'Armata nelle strade a partire da dicembre 2006. Per questo si creò un'atmosfera d'incertezza rispetto ai diritti umani e la sospensione di garanzie.

Un problema difficile è precisare quanto può il presidente far uso della forza pubblica per preservare la sicurezza interna; una risposta generale potrebbe essere questa: esiste una pace minima per lo sviluppo della vita quotidiana; se questa è in pericolo, si può fare uso di questa facoltà. La regola precedente ha lati non ben definiti, però bisogna chiarire che nell'esercizio della facoltà a cui ci riferiamo, non si devono violare i diritti umani. Se la situazione dovesse diventare un'emergenza, il presidente deve sollecitare al Congresso la sospensione delle garanzie individuali; cioè, il solo criterio del presidente non è sufficiente per qualificare la situazione come critica, per farlo serve l'intervento del Congresso [...] Si è usata questa facoltà per preservare funzioni relazionate con l'esistenza e l'operazione dello stesso governo, per cui è, senza dubbio, una delle attribuzioni più delicate che ha il presidente [...] Questa facoltà deve essere usata come forza del diritto e per preservare la vigenza della Costituzione e non come un mezzo persecutorio e repressivo²⁰.

Nonostante, nella storia del paese si è evitato l'utilizzo dell'articolo 29 costituzionale. Si percepisce l'idea che l'utilizzo di questo articolo parlerebbe di un governo debole che non risolve situazioni di crisi o emergenza per mezzi normali. Per porre rimedio all'utilizzo dello stato di eccezione, lo Stato messicano ha creato un'altro tipo di stratagemmi.

¹⁹ M. Barrón Cruz, *Violencia y seguridad en México en el umbral del siglo XXI*, México, Editorial Novum, 2012, pp. 166-167.

²⁰ J. Carpizo, *La Constitución mexicana de 1917*, México, Porrúa, 2002, pp. 285-286.

Di fronte alla riforma costituzionale in materia penale, nel 2008 alcuni importanti giuristi presero posizioni a favore ed in contro. In questa riforma si sono modificati gli articoli 16, 17, 18, 19, 20, 21, 23; le frazioni XXI e XXIII dell'articolo 73; la frazione VII del articolo 115 e la frazione XIII dell'appartato B dell'articolo 123 costituzionali. Nell'articolo 16, paragrafo settimo, si è inclusa una descrizione della criminalità organizzata, assai generica ed ambigua: "per criminalità organizzata si intende un'organizzazione di fatto di più o tre persone, per commettere delitti in forma permanente o reiterativa, nei termini della legge in materia"²¹.

Jorge Carpizo realizzò alcune osservazioni sulla modifica di questo articolo:

- a) Si definì per la prima volta nella Costituzione il concetto di "criminalità organizzata" ma risulta essere ampia, imprecisa, e quindi, pericolosa per le libertà.
- b) Implica la creazione dei diritti penali; l'ordinario, con ampie garanzie e un'altro di carattere eccezionale, con garanzie ridotte o "tagliate", il cui origine si trova nella Legge Federale contro la Criminalità Organizzata del 1996, la cui aprì una via "sgarante".
- c) Si introduce la figura degli arresti domiciliari per delitti di criminalità organizzata fino a quaranta giorni, che potranno prolungarsi fino ad ottanta. Gli arresti domiciliari li determina il giudice a richiesta del Pubblico Ministero.
- d) Se qualcuno è incolpato per criminalità organizzata ed evade la giustizia dopo l'emissione dell'ordine di vincolo a procedimento o è messo a disposizione di un'altro giudice che lo reclama all'estero, si sospende il procedimento e i termini per la prescrizione dell'azione penale.
- e) Nel caso di criminalità organizzata il giudice potrà autorizzare che si mantenga in riserbo il nome e dati dell'accusatore, così si danno anche benefici a favore dell'incolpato, processato o sentenziato che presti aiuto efficace nell'indagine e persecuzione di questo tipo di delitti.
- f) Le attuazioni nella fase d'indagine potranno avere il valore probatorio quando non si possano riprodurre nel giudizio, o esistano rischi per i testimoni o le vittime. L'incolpato può obiettare, impugnare o apportare prove contro.
- g) Non si considera confisca "l'estinzione della proprietà" dei beni a favore dello Stato, che è anche conosciuta come

²¹Secretaría de Gobernación, *Diario Oficial de la Federación*, 18 de julio de 2008, consultato in data 23 luglio 2015, disponibile in: http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5046978&fecha=18/06/2008.





“beni sequestrati”; è preciso che per farlo si stabilisca un procedimento giurisdizionale e autonomo a quello in materia penale, che procederà nei casi di criminalità organizzata, delitti contro la salute pubblica, sequestro, furto di veicoli e traffico di persone, e rispetto dei beni che la Costituzione specifica.

Questo aspetto è importante perché colpisce il cuore della criminalità organizzata e altri delitti gravi: gli immensi profitti economici che implicano e che sono causa della loro realizzazione. Come ben dice l'esposizione di motivi del progetto, si confronta la delinquenza affettando direttamente l'economia del crimine, si aumentano i suoi costi e si riducono i suoi guadagni.

- h) Il Congresso dell'Unione ha delle facoltà per legiferare in materia di criminalità organizzata. Di conseguenza, le entità federative non possederanno più quell'attribuzione²².

Secondo Carpizo, tale riforma deriva in gran parte dal riconoscimento della criminalità organizzata come una realtà attuale e globale, a parte di prendere spunto dalla Convenzione delle Nazioni Unite contro la criminalità organizzata transnazionale conosciuta anche come Convenzione di Palermo²³.

Per l'ex presidente de la Corte Interamericana dei Diritti Umani, Sergio García Ramírez, la lotta alla criminalità organizzata rompe una tradizione del Diritto penale che ci ha messo troppi anni a essere costruita a livello mondiale e che, in Messico, appena si cominciava ad edificare:

Da qualche tempo si ha insinuato, raccolto o consolidato —tre passi in una sola via, difficilmente reversibile e sommamente preoccupante— l'idea di scindere in due direzioni il diritto penale sostantivo, processuale ed esecutivo, che fu costruito durante duecento anni di lavoro a favore della razionalità e la democrazia. [...] Per primo, esiste un sistema penale “ordinario” o “regolare”, in cui sboccano le migliori correnti democratiche e garantiste, sorte, soprattutto, nell'ultimo terzo del secolo XVIII e che prosperarono durante il secolo XIX e buona parte del XX. In secondo termine, comincia a esistere un sistema nominalmente “eccezionale” o “straordinario”, con procedimenti “regolati” e garanzie “limitate”, presuntivamente necessario per combattere forme complesse di criminalità. Naturalmente, il sistema straordinario ha costanti avanzamenti sul territorio dell'altro, e dopo qualche tempo

²² J. Carpizo, “La reforma del Estado 2007 y 2008”, Andrew Ellis, Jesús Orozco, *et. al.*, *Cómo hacer que funcione el sistema presidencial*, México, UNAM/IDEA, 2009.

²³ Questo documento fu sottoscritto da membri dell'Organizzazione delle Nazioni Unite a Palermo, Italia, il 15 dicembre di 2000. Fu approvato per il Senato della Repubblica messicana il 22 ottobre 2002 e pubblicata il 2 dicembre dello stesso anno; ratificata il 4 marzo 2003 e pubblicata nel Diario Ufficiale della Federazione l'11 aprile dello stesso anno.

potrebbe diventare ordinario. In questo caso, lo spostamento significherebbe erosione di libertà, diminuzione di garanzie e ritrazione della democrazia²⁴.

Il costituzionalismo liberale che aveva vegliato durante un lungo tempo per la separazione di poteri, l'impero della legge e la consolidazione delle garanzie individuali, affronta così la sua crisi più profonda, il fuori dalla legge dell'ordinamento giuridico. Messico era in cerca di quell'ideale costituzionale, ma con l'apparizione della criminalità organizzata, —in più la fragilità di molte istituzioni— diventò necessario creare un DPN che si esprime in detrimento delle garanzie individuali e processuali:

La riforma costituzionale altera la rotta e incorpora due sistemi: uno di carattere presuntivamente ordinario, con ampi diritti e garanzie; e un'altro di natura apertamente eccezionale, con diritti e garanzie ridotti o tagliati, applicabile alla criminalità organizzata. Con questo si "costituzionalizza" il processo "sgarante" iniziato nel 1996 con la deplorable Legge Federale contro la Criminalità Organizzata, che infettò il procedimento penale. Nel 1996 avevamo davanti un grave problema: la criminalità organizzata. Ora ne abbiamo due: quella criminalità che è cresciuta fino ad estremi insospettati, e la legislazione dettata per combatterla. E non si tratterà più solamente di una legge, ma di norme costituzionali, nientedimeno [...] È uno sbaglio smontare lo Stato di Diritto con l'obbiettivo di preservarlo. Questo paradosso ha seri pericoli nella propria Legge Suprema²⁵.

La lezione che a livello giuridico e penale ci ha lasciato la lotta alla criminalità organizzata è diretta a riflettere sulla profonda mutazione che ha sofferto il paradigma giuridico nel nostro paese negli ultimi anni. In consonanza con una mutazione che si esprime anche a livello mondiale, il diritto penale nazionale si dirige ogni giorno di più verso una giustizia differenziata dove i cittadini che rispettino la legge saranno giudicati sotto un ordinamento rispettoso delle loro garanzie, mentre quelli che abbiano violentato la legalità saranno sottoposti a una penalità differente, sempre disposta a spingerli verso una zona d'indeterminazione dove i loro diritti e garanzie possono essere posti tra parentesi. Senza dubbio, una guerra contro la criminalità organizzata ha fatto necessaria una nuova disposizione della penalità, nonostante, la riflessione giuridica e filosofica è obbligata a pensare verso quale via si incammina tale trasformazione. Gli strumenti trovati in Schmitt e Jakobs ci hanno permesso di avere un sistema disposto a comprendere e trovare tali mutazioni che colpiscono direttamente la nostra quotidianità.

²⁴ García Ramírez, "Garantías individuales y régimen constitucional sobre la delincuencia organizada", pp. 152-153.

²⁵ S. García Ramírez, "Sabor veneno", *El Universal*, México, 22 de febrero de 2008, p 14.

A modo di conclusione

Giuridicamente e teoricamente la posizione decisionista di Carl Schmitt e il DPN di Günther Jakobs hanno tutta validità e certezza, rappresentano una forma non solo di capire il Diritto ma anche la politica stessa. Nonostante, sono posizioni che si esprimono contrarie in molti punti agli ideali dello Stato di diritto liberale–democratico, il quale sostiene la separazione dei poteri, l'impero e l'uguaglianza davanti alla legge. Sotto questo paradigma, il sovrano non deve prendere decisioni al di fuori dell'ordinamento giuridico che non rispettino la separazione dei poteri e i diritti del cittadino; comunque, per autori come Jakobs e Schmitt questa situazione rappresenterebbe piuttosto uno stato ideale, ma non renderebbe conto della complessità reale, dove a volte è necessario lasciar posto alla contraddizione e al paradosso, cioè, la sospensione della legge a fine di sostenere la legalità. Per questi autori il sistema penale "ordinario" funzionerebbe senza problema per quei cittadini che hanno accettato l'accordo sinallagmatico di diritti e obbligazioni; anzi, quelli che l'hanno violato sarebbero soggetti di un'altra forma di penalità che supporrebbe la sospensione del sistema ordinario e la loro esclusione da esse. Da una prospettiva liberale–democratica, la violazione della legge non supporrebbe sospendere l'ordine giuridico, anche se qualcuno viola la legge sempre esiste la promessa che, una volta compiuta la pena, sia reinserito alla vita sociale. Nonostante, dalla prospettiva degli autori qui citati, nel contesto del terrorismo e della criminalità organizzata questo non è così facile, perciò è necessaria l'esistenza di un DPN e di uno stato di eccezione che, come decisione del sovrano, a lungo termine diventerà una regola.

Tanto il DPN jakobiano come il decisionismo schmittiano lasciano spazio al paradosso come fondamento dei diritti e del potere politico, assumono che per sostenere la legalità e proteggerla è necessario, a volte, sospenderla. Il "paradosso della sovranità" di cui parla Giorgio Agamben a partire dalle idee di Carl Schmitt, partirebbe dal fatto che è il sovrano "chi decide sullo stato di eccezione"²⁶, con cui egli si troverebbe in una situazione almeno ambigua, allo stesso tempo dentro e fuori dalla legge; così, in situazioni d'emergenza il sovrano ha la potestà di sospendere la legge in cui si suppone risiede la sua legittimità. Al contrario, dalla prospettiva del diritto liberale–democratico è necessario sempre che il sovrano sia regolato in situazioni d'emergenza (come il terrorismo o la criminalità organizzata) sotto il giogo dell'ordinamento giuridico. Tra entrambi i paradigmi il punto di disputa consiste nel sapere come deve affrontare il Diritto situazioni straordinarie come il terrorismo o la criminalità organizzata. È possibile affrontare tali problemi senza dare spazio all'eccezione? È possibile pensare al sovrano

²⁶ C. Schmitt, *Teología Política*, España, Trotta, 2009, p. 13.

senza l'eccezione? È questo, consideriamo, un compito inevitabile per il pensiero giuridico attuale, tale come già espone Giorgio Agamben:

La contiguità essenziale tra stato di eccezione e sovranità è stata stabilita da Carl Schmitt nella sua *Teologia politica* (1922). Sebbene la sua celebre definizione del sovrano come "quello che decide sullo stato di eccezione" è stata ampiamente commentata e discussa, manca ancora fino ad oggi nel diritto pubblico, una teoria dello stato di eccezione, e i giuristi e esperti in diritto pubblico sembrano considerare il problema più come un *questio facti* che come un genuino problema giuridico²⁷.

Uno spirito critico e riflessivo è imperioso per il pensiero giuridico attuale, soprattutto per la complessità del panorama che si presenta a livello internazionale e nazionale. Quanto precede ha evidenziato la difficoltà di trovare risposte facili, l'urgenza ora è problematizzare i complessi rapporti tra una realtà sociale e politica piena di situazioni eccezionali e un diritto che deve far fronte a esse con strumenti che non sempre abbracciano la pluralità degli eventi. In realtà, non abbiamo mai conosciuto uno Stato di diritto ideale e le situazioni straordinarie si manifestano nel mondo fattivo ovunque. La messa in moto di un pensiero critico, connesso e preoccupato per la realtà e oggi più necessaria che mai.

²⁷ G. Agamben, *Estado de excepción, Homo sacer II. I*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2005, p. 23.





LO STATO GLOBALE E
L'EVOLUZIONE DELLA
SOVRANITÀ

Maurizio Ricciardi

Sovranità e Stato

Nell'epoca della globalizzazione la sovranità sembra abbandonare lo Stato. Quella che gli era stata attribuita come una caratteristica fondamentale e necessaria è sottoposta a una ridefinizione costante grazie alla quale essa viene riconosciuta più o meno apertamente a una pluralità di soggetti diversi dallo Stato. A essere messo in discussione non è semplicemente il ruolo di quest'ultimo, quanto uno specifico ordine politico che aveva trovato nella sintesi tra Stato e sovranità il proprio fondamento¹. L'ordine sovrano classico sembra oggi incapace di rispondere alla sfida lanciata da una pluralità di fonti normative, mettendo in discussione la propria storia. Lo Stato, infatti, ha potuto appropriarsi della sovranità affermandosi come unico fattore d'ordine in grado di colmare il "vuoto normativo" che sembrava altrimenti minacciare le relazioni pubbliche. Esso era così l'unico garante di un ordine altrimenti inesistente e la sovranità riassumeva le condizioni di possibilità di questo ordine. La tendenziale disgiunzione tra Stato e sovranità mette in discussione la pretesa di fondare un ordine razionale potenzialmente universale². All'interno di questo ordine politico il presupposto della sovranità aveva un carattere allo stesso tempo assoluto e confinato: essa non doveva avere limiti, ma poteva essere esercitata solo dentro confini precisi che presupponevano l'esistenza di altri Stati sovrani. L'ordine sovrano si fondava di conseguenza sul presupposto che ogni Stato poteva non preoccuparsi degli altri ordinamenti, poiché essi non lo limitavano fattualmente, al punto che ogni limitazione della sovranità stessa poteva essere solo un'autolimitazione del singolo Stato. La perdita di sovranità dello Stato sembra essere intervenuta in primo luogo per l'impossibilità di governare efficacemente questo spazio esterno. Non a caso negli ultimi decenni il dibattito politico sulle trasformazioni della statualità è

¹ M. Loughlin, "Ten Tenets of Sovereignty", N. Walker (Ed.), *Sovereignty in Transition*, Oxford and Portland, Hart Publishing, 2006, pp. 55-86.

² B. Waldenfels, *Ordnung in Zwielicht*, München, Fink, 2013.

stato dominato dalle dottrine delle relazioni internazionali. Alla ricerca di un "nuovo ordine mondiale" Anne-Marie Slaughter ha assunto come concetto di riferimento uno "Stato disaggregato", negando lo Stato in quanto tale possa possedere qualcosa come una volontà unitaria³. In questo modo lo Stato tende a essere equiparato a un'agenzia amministrativa con compiti più o meno ampi e definiti. Di conseguenza esso non può più in alcun modo essere il garante dell'ordine sovrano, ma solo l'articolazione particolare di una *governance* globale che sembra appropriarsi della politica della sovranità. Viene così messo in discussione l'ordine politico che per secoli aveva stabilito una precisa modalità per la delimitazione e la gerarchia degli spazi sovrani. Non è tuttavia solo la difficoltà di governare in modo efficace gli spazi esterni a determinare quella che appare come un'inesorabile obsolescenza dello Stato. Il rapporto tra Stato e sovranità è messo in crisi anche dai simmetrici problemi di governo dello spazio interno.

Come ha scritto Aihwa Ong, l'impatto di decenni di politiche neoliberali ha prodotto "spazi e tecnologie politici multipli per un governo differenziato del territorio nazionale". In questo modo anche l'unità dello spazio interno è stata messa in discussione, perché su alcune porzioni di quello spazio agenti economici multinazionali e agenzie internazionali finiscono per avere un potere uguale e talvolta superiore a quello dello Stato stesso. Questa "sovranità segmentata" è caratterizzata da "un *management* flessibile della sovranità in quanto adattamento dei governi ai dettami del capitale globale, dando alle *corporation* un potere indiretto sulle condizioni politiche dei cittadini in zone che sono articolate in modo differenziato alla produzione globale e ai circuiti finanziari"⁴. Questa ridefinizione degli spazi statali interni modifica anche il significato dei confini che cessano di essere esclusivamente la linea di demarcazione tra l'ordine interno dello Stato e il disordine esterno, per diventare strumenti di governo complessivo dello spazio, linee differenziate che definiscono le possibilità individuali e collettive di rapporto all'interno dello Stato stesso⁵. Quella che Mark Neocleous ha chiamato la "fondazione territoriale dell'ordine" è stata possibile connettendo strettamente lo spazio interno con quello esterno, perché la "sovranità non implica solamente lo spazio, lo crea; lasciato a se stesso il paesaggio (*Landscape*) non ha forma politica"⁶. Questa forma politica, tuttavia, non ha esclusivamente una dimensione spaziale. Essa non era e non è solamente garantita dalla capacità di connettere sincronicamente

³ A. M. Slaughter, *A New World Order*, Princeton, Princeton University Press, 2004, p. 12.

⁴ A. Ong, *Neoliberalism as Exception. Mutations in Citizenship and Sovereignty*, Durham and London, Duke University Press, 2006, pp. 77-78.

⁵ N. Luhmann, "Territorial Borders as Systems Boundaries", R. Strassoldo y G. Delli Zotti (Eds.), *Cooperation and Conflict in Border Areas*, Milano, Franco Angeli, 1983, pp. 235-244; S. Mezzadra y B. Neilson, *Border as method, or the Multiplication of Labor*, Durham, Duke University Press, 2013.

⁶ M. Neocleous, *Imagining the State*, Maidenhead, Open University press, 2003, pp. 118-120.



spazi globali eterogenei, come possono essere quelli del governo, del diritto, del denaro, della scienza e della morale⁷. Oltre alla regolazione spaziale la sovranità contiene una promessa collocata interamente nel tempo. La "fondazione territoriale dell'ordine" è possibile solo se deriva da un atto legittimo collocabile sì nel passato, ma che promette di rimanere valido nel futuro. Diversamente da quanto Hannah Arendt attribuisce al concetto classico di autorità, l'autorità sovrana coincide con il potere ed è legittimata dalla sua apertura al futuro e non dal riferimento al passato, nemmeno se si tratta di "un passato non meno presente e attuale alla vita della città di quanto non lo fosse il potere e la forza dei vivi contemporanei"⁸. La sovranità non è solo assoluta ma anche illimitata nel tempo e le trasformazioni dello spazio globale diventano significative perché interrompono quella che ormai si era consolidata come una tradizione sovrana.

La rottura di questa tradizione non rivela perciò solo il carattere spazialmente determinato dell'esistenza statale, ma soprattutto la contingenza del suo agire⁹. La minaccia di apparire come il titolare di un'autorità contingente che produce incertezza è strettamente legata alla difficoltà di intervenire positivamente all'interno di un ciclo economico, che è dominato da movimenti che sfuggono alla possibilità di governo statale. Questa comprensione dello Stato come fattore di incertezza emerge chiaramente già nel 2008, cioè prima che la crisi mondiale dispiegasse pienamente i suoi effetti politici, quando l'*Organisation for Economic Co-Operation and Development* registra il fatto che gli "Stati possono essere una fonte di insicurezza", dal momento c'è un numero sempre maggiore di "Stati deboli, fragili o in via di fallimento"¹⁰. Non siamo di fronte alla descrizione di una situazione, quanto piuttosto al tentativo di indicare possibili rimedi non da ultimo per indirizzare l'azione degli Stati stessi. La condizione di incertezza produce infatti un deficit di razionalità nelle decisioni statali, al punto da imporre assieme a una ridefinizione dei loro compiti attuali anche un ripensamento complessivo della loro storia. Gli Stati, infatti, gestiscono in maniera problematica tanto il loro spazio interno quanto il loro rapporto con gli spazi esterni, non riuscendo più a garantire quella sicurezza che dovrebbe essere il loro primo compito e la loro prima risorsa. Sembra quindi inevitabile registrare che: "Gli Stati possono anche essere una fonte di insicurezza. Sono Stati quelli che nell'insieme fanno la guerra

⁷ H. Willke, *Heterotopia. Studien zur Kritik der Ordnung moderner Gesellschaften*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2003.

⁸ H. Arendt, *Autorità*, in Hannah Arendt, *Tra passato e futuro*, Milano, Garzanti, 1991, p. 167.

⁹ D. Loick, *Kritik der Souveränität*, Frankfurt am Main, Campus Verlag, 2012.

¹⁰ Organization for Economic Co-Operation and Development, *Concepts and Dilemmas of State Building in Fragile Situations. From Fragility to Resilience*, "Journal on Development", 9, 3/2008, p. 11. Sui problemi e i limiti della categoria di resilienza cfr. M. Neocleous, "Resisting Resilience", *Radical Philosophy*, 178, 2013, pp. 2-7.

e nei sei decenni dalla fondazione delle Nazioni Unite, gli Stati sono stati responsabili di più morti violente che rivoltosi, separatisti e terroristi messi assieme¹¹. Non si tratta qui evidentemente della violenza “esterna” che lo Stato è chiamato a neutralizzare, ma di quella che esso stesso produce nei diversi momenti della sua azione. La fragilità dello Stato dipende dall’evidenza che esso è un agente diretto e non occasionale di violenza. Questa propensione alla violenza non è peraltro un fenomeno recente, ma ha accompagnato tutta la vicenda dello Stato moderno, mostrandosi soprattutto nei momenti critici della sua affermazione politica: la guerra dei trent’anni, l’epoca delle rivoluzioni tra Sette e Ottocento e la stagione della decolonizzazione. Più che essere il monopolizzatore assoluto della violenza legittima, lo Stato sembra così muoversi all’interno di una violenza che non riesce mai a neutralizzare veramente. La violenza, tuttavia, non fa solamente parte della storia dello Stato, al punto da permettere la periodizzazione storica delle sue epoche, ma rappresenta anche l’esperienza diretta di milioni di uomini e donne, dal momento che “per gran parte del mondo il termine “costruzione dello Stato” [*State building*] richiama alla mente una storia sanguinosa di repressione coloniale e di violenza post-coloniale¹². Questa osservazione mette in discussione la prospettiva ampiamente presente nella storia del pensiero politico, secondo la quale “lo Stato moderno [è stato] attentamente costruito come concetto con l’espreso proposito di negare le pretese di qualsiasi popolazione [*populace*] di essere essa stessa il centro continuativo dell’autorità politica¹³. Se infatti l’immagine dello Stato è violenta, l’accentramento e l’amministrazione separata dell’autorità politica perde la legittimità che la tradizione statale le ha finora garantito¹⁴.

La coniugazione della storia passata e di quella presente dello Stato spiega perché l’Oecd assuma la fragilità e non la stabilità come caratteristica essenziale degli Stati contemporanei. La fragilità diviene l’indicatore di un mutamento strutturale della loro comprensione, al punto da poter sostenere che essi possono solamente passare dalla fragilità alla resilienza. Con minor o maggior successo gli Stati contemporanei possono cioè reagire alle condizioni di instabilità in cui si trovano ad agire, ma in nessun caso aspirare a imporre sul piano interno e internazionale una stabilità fondata sul loro assoluto protagonismo. Il tratto caratteristico dell’agire statale non sarebbe quindi la potenziale istituzionalizzazione di progetti collettivi nel tempo, bensì la capacità di reagire alle situazioni complesse nelle quali

¹¹ Organization for Economic Co-Operation and Development, *Concepts and Dilemmas of State Building in Fragile Situations*, p. 21.

¹² Organization for Economic Co-Operation and Development, p. 66.

¹³ J. Dunn, *The History of Political Theory and Other Essays*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 32.

¹⁴ K. H.F. Dyson, *The State Tradition in Western Europe. A Study of an Idea and Institution*, Colchester, ECPR, 2009, soprattutto pp. 205-206.





la crisi non è un elemento temporaneo e quindi transeunte, ma diviene una caratteristica costitutiva dell'ambiente nel quale gli Stati si trovano a operare. La storia incerta e violenta dello Stato è l'esito ultimo della sua collocazione globale. In questo modo viene però segnalato che la globalizzazione del contesto in cui agisce lo Stato non dipende solamente e nemmeno soprattutto dalle trasformazioni dello spazio in cui esso si trova ad agire. Le trasformazioni di scala sono senza dubbio rilevanti, la fragilità è un problema storico. Le trasformazioni della spazialità dello Stato, ovvero la sua compiuta internazionalizzazione¹⁵, sono pienamente comprensibili considerando le trasformazioni del tempo storico dello Stato stesso, ovvero le condizioni continuative della sua legittimazione. La globalizzazione trasforma in maniera radicale il tempo storico in cui lo Stato agisce in quanto modifica l'identificazione stessa dello Stato in base all'esperienza che di esso si è avuta. Le distorsioni all'interno di questo processo fanno sì che la storia non funzioni più come fonte di legittimazione, ma serva spesso come delegittimazione dell'azione statale, facendola apparire letteralmente anacronistica, fino a mettere in dubbio che essa sia storicamente necessaria¹⁶.

Di fronte alle trasformazioni della sua geografia politica, lo Stato sembra perciò faticare a venire a capo della sua storia, non riuscendo a rappresentare nel tempo un principio di autorità in qualche modo superiore a quello di altre istituzioni¹⁷. La problematica coniugazione della storia e della geografia dello Stato rivela in altri termini la sua altrettanto problematica genealogia, mostrando complessivamente il "carattere contingente e opinabile del concetto"¹⁸. All'interno della genealogia dello Stato l'impatto della geografia non può più essere ricondotto e limitato meramente alle differenti manifestazioni nazionali che il concetto di Stato ha avuto. Non si tratta di comparare, e in ultima analisi di accordare, una pluralità delle forme concrete assunte dallo Stato al fine di riaffermare, grazie alla teoria della finzione, il ruolo centrale dello Stato e del discorso politico che intorno a quel ruolo si è sviluppato.

¹⁵ Cfr. M. Wissen y U. Brand, "Approaching the Internationalization of the State: An Introduction"; J. Hirsch y J. Kannankulam, "The Spaces of Capital: The Political Form of Capitalism and the Internationalization of the State", entrambi in 43,1, 2011, rispettivamente pp. 1-11 y pp. 12-37.

¹⁶ Cfr. W. Reinhard, "La storia come delegittimazione (Discorso tenuto in occasione dell'attribuzione di un importante premio storico, Monaco, 23 novembre 2001)", *Scienza & Politica. Per una storia delle dottrine*, XIV, 27, 2002, disponibile in: <http://scienzaepolitica.unibo.it/article/view/2895>.

¹⁷ Cfr. i tre saggi di M. Sparke, "Political Geography: Political Geographies of Globalization (1) —Dominance", *Progress in Human Geography*, 28, 6, 2004, pp. 777-794; "Political Geography: Political Geographies of Globalization (2) —Governance", *Progress in Human Geography*, 30, 2, 2006, pp. 1-16; "Political Geography—Political Geographies of Globalization III: Resistance", *Progress in Human Geography*, 32,3, 2008, pp. 423-440.

¹⁸ Q. Skinner, "The Sovereign State: A Genealogy", H. Kalmo y Q. Skinner (Eds.), *Sovereignty in Fragments: The Past, Present and Future of a Contested Concept*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 27.

In quanto *persona ficta* lo Stato è in grado di assumere obbligazioni che nessun governo e nessuna singola generazione di cittadini può mai sperare di assolvere. Arriverei al punto di affermare che, nella condizione presente del diritto contrattuale [*contract law*], non c'è nessun altro modo di adempiere tali obbligazioni se non invocando l'idea dello Stato come persona in possesso, secondo l'espressione di Hobbes, di un'eterna vita artificiale. Dobbiamo riconoscere che una ragione per cui probabilmente gli Stati stanno rimanendo attori potenti nel mondo contemporaneo è che essi sopravvivranno a tutti noi¹⁹.

La nostalgia per la capacità dello Stato di garantire con la sua autorità i contratti e, in definitiva, per la stessa capacità del contratto di regolare i rapporti sociali²⁰, è il segno più evidente della difficoltà che esso incontra a produrre nel tempo tutti gli effetti che ne hanno garantito il successo. La nostalgia non fa altro che confermare la fragilità che deriva dalle difficoltà di globalizzare omogeneamente l'esperienza statale. Nonostante il suo passato glorioso, nemmeno la teoria della finzione è in grado di sussumere spazialità politiche differenti grazie all'universalizzazione della forma Stato. Più che a una globalizzazione dello Stato siamo di fronte a processi che sembrano portare alla formazione di una società-mondo, una *Weltgesellschaft*, nella quale la "specifica combinazione di diritto e politica", ovvero la produzione normativa monopolizzata o comunque autorizzata dallo Stato nazionale unitario, potrebbe persino rivelarsi come un vicolo cieco, una "specializzazione mancata dello sviluppo umano"²¹. Se rende poco probabile la realizzazione di uno Stato mondiale, quale estensione al globo nel suo complesso del modello di Stato nazionale unitario, la centralità politica assunta dai processi evolutivi della società lascia però la porta aperta, e anzi pone in maniera ancora più decisa, il problema di una statualità mondiale²².

Si tratta dunque di indagare il concetto di Stato globale nelle sue differenze e continuità con quello che, con una formulazione ormai classica, viene definito lo Stato moderno. Concettualizzare lo Stato significa costruire uno strumento storicamente coerente e significativo che tenga conto delle trasformazioni intervenute all'interno delle discipline politiche del sociale che di Stato si sono occupate e che hanno contribuito a definirlo proprio come oggetto disciplinare. Vale la pena sottolineare che l'intento è proprio quello di ricostruire il concetto per andare oltre la moltiplicazione territoriale, ma anche

¹⁹ Skinner, p. 46.

²⁰ P. Perulli, *Il dio contratto. Origine e istituzione della società contemporanea*, Torino, Einaudi, 2012.

²¹ N. Luhmann, "Die Weltgesellschaft", N. Luhmann, *Soziologische Aufklärung 2*, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften, 2005, p. 71; Cfr. anche R. Stichweh, *Die Weltgesellschaft. Soziologische Analysen*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2000.

²² M. Albert y R. Stichweh (Eds.), *Weltstaat und Weltstaatlichkeit. Beobachtungen globaler politischer Strukturbildung*, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften, 2007.

la frammentarietà delle infinite analisi empiriche, storiche e politologiche sulle diverse esperienze statali. Recentemente Mauro Calise e Theodor Lowi hanno introdotto il loro *Interactive Dictionary of Political Science Concepts* affermando programmaticamente la necessità di “bringing concepts back in”²³. La formula riprende letteralmente quella assai celebre utilizzata a metà degli anni ottanta per riaffermare l'autonomia dello Stato come istituzione: *Bringing the State Back in*²⁴. Significativo è però il fatto che nel dizionario il lemma “Stato” sia costruito all'incrocio di molti altri senza però possedere una propria voce, per così dire, narrativa. La difficoltà di costruire un concetto di Stato, se non all'intersezione di altri concetti che finiscono più per determinarlo che per esserne determinati, risulta così pienamente evidente. Ciò mostra altresì quanto quello di Stato sia un concetto disciplinare nel senso che esso è regolarmente costruito e ricostruito all'incrocio dei discorsi delle discipline politiche del sociale. Si tratta di sistematizzazioni congiunte, anche se spesso contraddittorie, che però stabiliscono i modi legittimi di fare riferimento allo Stato tanto nel discorso scientifico quanto in quello pubblico. Allo stesso tempo, tuttavia, esso è anche un soggetto disciplinante che – anche in forza di questa sua costruzione – produce e impone tecnicamente specifici processi di disciplinamento del sociale. Ciò nonostante, non solo nel diritto, ma anche nelle discipline politiche del sociale con sempre maggior continuità vengono sottolineati i limiti del concetto di Stato. I giuristi, a dire il vero, hanno a disposizione la via d'uscita che consente loro di passare dal concetto di Stato a quello di costituzione.

Hasso Hofmann sostiene così che “Il concetto di Stato ha in gran parte perso la sua forza creatrice di sistemi; a vincere è il concetto di costituzione”²⁵. Nelle stesse scienze sociali, che hanno contribuito in maniera forse decisiva alla sistematizzazione del concetto di Stato moderno²⁶, si è affermato uno specifico “disincanto sociologico” nei confronti dello Stato che, ponendolo come sistema decentrato all'interno del sistema sociale complessivo, tematizza una specifica modestia dello Stato che dovrebbe portarlo a riconoscere ironicamente la propria ormai inequivocabile parzialità²⁷. Si tratta di una tendenza recente in sociologia che ha però dei precedenti celebri in

²³ M. Calise y Th. J. Lowi, *Hyperpolitics. An Interactive Dictionary of Political Science Concepts*, Chicago/London, University of Chicago Press, 2010.

²⁴ P. B. Evans, D. Rueschemeyer y Th. Skocpol (Eds.), *Bringing the State Back in*, Cambridge/New York, Cambridge University Press, 1985.

²⁵ H. Hofmann, *La libertà nello Stato moderno. Saggi di dottrina della Costituzione*, Napoli, Guida, 2009, p. 55.

²⁶ M. Ricciardi, *La società come ordine. Teoria politica dei concetti sociali*, Macerata, EUM, 2011, pp. 247–248.

²⁷ H. Willke, *Ironie des Staates. Grundlinien einer Staatstheorie polyzentrischer Gesellschaft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1992; H. Willke, *Governance in a Disenchanted World. The End of Moral Society*, Cheltenham, Northampton (MA), E. Elgar, 2009.

altre discipline. Già Alessandro Passerin d'Entreves, infatti, poteva rilevare che "la dissoluzione del concetto di Stato nella moderna scienza politica"²⁸ non è un fatto episodico, ma una tendenza storica di lungo periodo. In effetti, oltre che alle note posizioni di Arthur F. Bentley, si deve pensare a quella celebre di David Easton, che consigliava di evitare completamente l'uso del termine Stato in favore di un meno impegnativo riferimento al sistema politico²⁹.

Eppure, discutere di Stato nell'epoca della globalizzazione³⁰ non significa necessariamente ripercorre la genealogia dei declini e delle rinascite del suo concetto all'interno delle singole discipline, ma cercare di individuare se e in che modo esso mantenga un significato condiviso appunto su scala globale. Significa cercare di costruire una nuova epistemologia dello Stato così come ha fatto Otto Hintze dopo la prima guerra mondiale, registrando lucidamente le trasformazioni intervenute in quella che lui definisce "la storia e il sistema dello Stato e della società"³¹. Hintze individua un vero e proprio mutamento di paradigma che le scienze sociali, non solo nel nome di Max Weber, impongono nel modo di osservare e comprendere l'esperienza storica dello Stato in Occidente. Questa svolta dalla storia politica e dal diritto alla sociologia quale scienza dell'indagine, ma anche della legittimazione dello Stato, si è oggi compiuta in maniera completa e definitiva, investendo la sovranità statale, i suoi fondamenti, gli attributi della sua "assolutezza". Si deve anzi considerare l'ipotesi che la sociologia storica dello Stato necessiti di un ripensamento nel momento in cui lo Stato sembra perdere tra mille contraddizioni ma inesorabilmente l'attributo di "sociale". Il tramonto del sociale non corrisponde però all'abbandono delle pratiche di disciplinamento che ne avevano accompagnato la costituzione e il governo. Il modello sociale dello Stato che la sociologia aveva indirizzato e accompagnato sembra lasciare il campo a un disciplinamento senza compensazione, alla costituzione del sociale senza riconoscimento dei soggetti che lo animano. Ciò rende appunto inevitabile e necessario cogliere lo Stato come soggetto disciplinante che produce effetti normativi sulla realtà sociale, perché è in grado di orientare e plasmare un complesso insieme di pratiche, di discorsi e di retoriche al fine di prendere decisioni collettivamente vincolanti.

Come ha scritto Pierre Bourdieu: "Lo Stato è un principio di ortodossia, di consenso sul senso del mondo"³². Un'ortodossia che non

²⁸ A. Passerin d'Entreves, *La dottrina dello Stato. Elementi di analisi e di interpretazione*, Torino, Giappichelli, 2009, p. 92.

²⁹ D. Easton, *The Political System. An Inquiry into the State of Political Science*, New York, Knopf, 1953, p. 106.

³⁰ R. Gherardi y M. Ricciardi (Eds.), *Lo Stato globale*, Bologna, CLEUB, 2009.

³¹ M. Ricciardi, "Otto Hintze, lo Stato e il problema della pratica storica", *Contemporanea*, XIII, 2010, pp. 163-171.

³² P. Bourdieu, *Sur l'État. Cours au collège de France 1989-1992*, Paris, Raisons d'agir, 2012, p. 19.



è immediatamente evidente o, in ogni caso, se mai lo è stata, non lo è più, al punto che la sua forma democratica non viene più immaginata come il culmine del suo sviluppo, ma come un processo separato che può ridefinire la funzione stessa dello Stato³³. Di conseguenza, anche l'indagine sul concetto di Stato globale deve tener conto della lotta attorno a quella ortodossia, la quale, tuttavia, non può essere considerata l'esito di uno sviluppo teleologicamente orientato, quasi il compimento del senso della storia che si manifesta grazie e all'interno della globalizzazione. I due termini che compongono il sintagma "Stato globale" stabiliscono un campo di tensione all'interno del quale non si determina in alcun modo uno sviluppo certo³⁴. Diversamente da quanto sostenuto da Martin Shaw, lo Stato globale non è semplicemente l'articolazione per quanto complessa "dello Stato occidentale globalizzato"³⁵. Esso non è incaricato di portare a compimento, cioè di globalizzare, la rivoluzione democratica che avrebbe caratterizzato la modernità. Esso non rappresenta nemmeno l'evoluzione, allo stesso tempo naturale e conflittuale, di quelli che sono considerati i contenuti universali della globalizzazione. In questo modo, infatti, il sostantivo Stato viene subordinato a un processo di globalizzazione immaginato in maniera non molto differente dalla più classica storia universale. Lo Stato globale non è lo Stato globalizzato, ma segnala una persistenza dello Stato che sconta nel suo concetto contraddizioni che rilevano alcune trasformazioni irreversibili e di conseguenza una nuova e diversa posizione dello Stato all'interno del sistema sociale.

Un cambiamento di Stato

L'errore è assumere lo Stato come solo e talvolta unico indicatore dell'ordine della società moderna. Si deve invece considerare che la continuità della sua forma organizzativa capitalistica poggia su un ordine normativo ben più vasto e complesso dell'ordine fattuale imposto e garantito dallo Stato. Anche la tendenziale obsolescenza dello Stato nazione deve essere compresa e spiegata nel quadro della società globale come ordine³⁶. Esso, infatti, appare

³³ "L'attivismo e le manifestazioni pubbliche, il confronto mediatico e il dibattito aperto sono alcuni dei modi in cui è possibile promuovere la democrazia globale senza attendere la creazione di uno Stato globale", A. Sen, *The Idea of Justice*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2009, pp. 409-410.

³⁴ Questa accezione è anche diversa da quella che intende lo Stato come una struttura altamente differenziata ma globalmente presente: A. Kazancigil (Ed.), *The State in Global Perspective*, Aldershot, Gower/Paris, Unesco, 1986.

³⁵ M. Shaw, *Theory of the Global State. Globality as Unfinished Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 255.

³⁶ M. Ricciardi, *The Stalemate of Sovereignty: Talcott Parsons and the Eve of a Global Social System*, F. Fasce, M. Vaudagna y R. Baritono (Eds.), *Beyond the Nation: Pushing the Boundaries of U.S. History from a Transatlantic Perspective*, Torino, Otto, 2013, pp. 205-224.

progressivamente inadeguato tanto dal punto di vista organizzativo, cioè in relazione alla dimensione globale dei rapporti capitalistici di produzione, quanto dal punto di vista normativo, perché il richiamo alla nazione non costituisce più un riferimento normativo adeguato e sufficiente a fronte della tensione manifesta tra popolo e popolazione. Tuttavia, il fatto empiricamente facilmente osservabile che il capitalismo non sia solo globale³⁷, così come che il quadro normativo non sia solo cosmopolitico, consente allo Stato di tornare costantemente in gioco nella duplice veste di giocatore o di garante del gioco medesimo, mentre allo stesso tempo esso è anche solamente un soggetto più o meno rilevante del capitalismo globale e dell'ordine giuridico transnazionale. Questa oscillazione tra ruoli diversi genera anche l'incertezza nella rappresentazione complessiva di quello che conosciamo come Stato nazione, titolare della potestà esclusiva di produzione del diritto positivo. Quest'ultimo si colloca invece sul crinale della contraddizione tra ordinamento normativo della società e la sua organizzazione. Esso è in grado di farlo perché, come vedremo, può utilizzare risorse normative provenienti dai processi di disciplinamento e di governamentalizzazione per garantire la legittimità delle sue pretese sovrane. Lo Stato globale è cioè in grado di garantire la propria continuità perché può utilizzare ordinamenti normativi che non produce e che nemmeno legittima. I processi di disciplinamento e di governamentalizzazione non rappresentano né un'alternativa né una contraddizione insanabile per la sovranità dello Stato. La molteplicità delle forme di accesso statale all'ordinamento normativo produce una corrispondente molteplicità di forme empiriche di Stato, senza che ciò comporti l'impossibilità di costruire un concetto complessivo di Stato.

Vi sono a mio parere tre indicatori significativi per il passaggio dallo Stato moderno allo Stato globale. In tutti e tre i casi essi registrano la presenza di una cesura all'interno della continuità della storia dello Stato: a) lo Stato globale non può assumere l'origine dello Stato come assolutamente significativa per il suo concetto. Lo Stato globale non è quindi solamente la progressione infinita dello Stato moderno; b) questa discontinuità storica corrisponde a una cesura tra origine e funzionamento dello Stato, alla quale corrisponde una trasformazione della legittimità dello Stato medesimo; c) le trasformazioni che si manifestano nello Stato globale sono particolarmente evidenti in quella della sovranità: da monopolio esclusivo di un agente a pratica diffusa di una serie di strutture sociali.

L'insieme di queste contraddizioni è, a mio parere, quanto mai evidente nella figura solo apparentemente intermedia, cioè a prima vista contingente e residuale, dello Stato postcoloniale. Uno Stato, dunque, che secondo la sua denominazione è definito dalla necessità di fare i conti con il suo

³⁷ S. Picciotto, *Regulating Global Corporate Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.



passato, con una sovranità incerta, con una storia da costruire. L'aggettivo *postcoloniale* ha ormai assunto un significato quasi universale, indicando non solo la transizione oltre il colonialismo, ma più in profondità le caratteristiche generali di un'epoca che su scala globale non può in alcun modo evitare di fare i conti con gli esiti tuttora presenti del colonialismo³⁸. Come rileva giustamente Nancy Brown il prefisso *post* non implica l'avvenuta fine di un processo. Esso indica piuttosto:

una formazione che è *temporalmente successiva ma non supera* il termine che accompagna. "Post" indica una condizione molto particolare di posteriorità, per cui ciò che è passato non è superato ma, al contrario, inesorabilmente condiziona e perfino domina un presente che però, in qualche modo, introduce una discontinuità. In altre parole, usiamo il termine "post" solo per indicare un presente che continua a essere catturato e strutturato dal passato³⁹.

Proprio perché riferito all'epoca nel suo complesso, l'attributo *postcoloniale* finisce dunque per agire su tutti i concetti politici e sociali obbligandone la rideterminazione complessiva⁴⁰. Lo Stato *postcoloniale* è così qualcosa di ben più complesso e vasto dell'emergenza della forma statale nei paesi in precedenza sottomessi alla dominazione coloniale. Non accade cioè che questi ultimi intraprendano la strada della statualità come se essa fosse unica e determinata. La realtà dello Stato *postcoloniale* retroagisce invece sul concetto di Stato moderno evidenziando: a) caratteristiche dello Stato moderno che si ritenevano superate e comunque incompatibili con la sua forma costituzionale, democratica, razionale; b) linee di tendenza della statualità moderna presenti, se pure con una diversa intensità, anche negli Stati che non provengono da un'esperienza coloniale se non, spesso, come colonizzatori. In altri termini lo Stato *postcoloniale* non è rappresentabile solo come un ritardo nello sviluppo della statualità moderna, ma ne ridetermina il concetto nel momento in cui essa è costretta in una spazialità politica che sovverte le distinzioni tra centro e periferia, tra sviluppo e sottosviluppo. Dal punto di vista concettuale non si tratta di "bilanciare differenti approcci allo studio dello Stato", quanto di "riconoscere le connessioni integrali tra economia politica, struttura sociale e disegno istituzionale, pratica quotidiana e rappresentazione"⁴¹. Nello Stato globale *postcoloniale* l'analisi non deve concentrarsi sulla la contrapposizione tra il carattere nazionale dello Stato e

³⁸ S. Mezzadra, *La condizione postcoloniale. Storia e politica nel presente globale*, Verona, Ombre Corte, 2008.

³⁹ N. Brown, *Walled States. Waning Sovereignty*, New York, Zone Book, 2010, p. 21.

⁴⁰ G. Ch. Spivak, *A Critique of Postcolonial Reason. Toward a History of the Vanishing Present*, Cambridge (MA)/London, Harvard University Press, 1999.

⁴¹ A. Gupta and A. Sharma, "Globalization and Postcolonial States", *Current Anthropology*, 47, Number 2, April 2006, p. 279.

la collocazione internazionale, quanto piuttosto sulla complessa connessione amministrativa che, grazie ai sistemi di *governance*⁴², lo collega agli altri Stati. Lo Stato globale postcoloniale è sempre messo a confronto con la propria insufficienza, perché al suo interno i processi di costituzionalizzazione rimandano alla necessità di altrettanto specifiche pratiche di disciplinamento amministrativo, perché non arriva mai a normalizzare la situazione⁴³. Ciò non avviene solo perché nella maggior parte dei casi la costituzione è, per così dire, un prodotto di importazione, che rivela costantemente la sua caratteristica di costituzione coloniale, ma anche perché essa non giunge a costituire un quadro di riferimento tale da garantire l'effettiva formalità e universalità del diritto. Essa richiama dunque continuamente l'azione di pratiche "governamentali" che non configurano una relazione tra lo Stato come luogo più o meno esclusivo della politica⁴⁴ e la società come ambito lasciato libero —e proprio per questo impolitico— all'agire individuale, ma piuttosto la produzione di una mediazione tra un insieme di agenzie spesso non statali —governative o non governative— e la popolazione⁴⁵. Si determina così una condizione di proliferazione dei rapporti politici, o di rapporti che rischiano continuamente di essere politicizzati perché non esiste un ambito unico e certo che possa pretendere il monopolio della definizione di cosa è politico e cosa non lo è. "Questa oscillazione tra il politico e il sociale si trasferisce oggi nella società mondo"⁴⁶, producendo come vedremo altrettante oscillazioni all'interno del meccanismo sovrano e della sua legittimazione.

Negli Stati postcoloniali muta la connessione che storicamente è servita a inserire ogni singolo Stato in un sistema riconoscendo e legittimando l'esistenza e il carattere assoluto della sua sovranità. Negli Stati globali postcoloniali sembra che il sistema si rivolti contro gli Stati mettendone se non in pericolo almeno in discussione ogni pretesa di assolutezza. "Ciò diviene possibile perché lo Stato è irreversibilmente connesso con un ordine

⁴² S. Bell y A. Hindmoor, *Rethinking Governance. The Centrality of the State in Modern Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

⁴³ Cfr. il capitolo sul *Colonial Constitutionalism*, R. Samaddar, *The Materiality of Politics. The Technologies of Rule*, London, Anthem Press, 2007.

⁴⁴ Sull'uso politico della categoria di "governamentalità" cfr. N. Rose y P. Miller, *Governing the Present. Administering Economic, Social and Personal Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008. Vale però la pena rimandare anche alla critica al ruolo "lasciato" allo Stato dai due autori, cfr. B. Curtis, "Taking the State Back Out: Rose and Miller on Political Power", *The British Journal of Sociology*, 46, 4, 1995, pp. 575-589.

⁴⁵ P. Chatterjee, *Sovereign Violence and the Domain of the Political*, Th. Blom Hansen y F. Stepputat (Eds.), *Sovereign Bodies. Citizens, Migrants, and States in the Postcolonial World*, Princeton, N.J./Oxford, Princeton University Press, 2005, pp. 82-100.

⁴⁶ G. Teubner, *Costituzionalismo societario: alternative alla teoria costituzionale stato-centrica*, in Gunther Teubner, *La cultura del diritto nell'epoca della globalizzazione*, Roma, Armando editore, 2005, p. 110.



che spinge in direzione dell'evoluzione di forme di sovranità condivisa⁴⁷. In altri termini nello Stato storicamente postcoloniale si evidenziano processi che, talvolta come una vera e propria anticipazione, sono presenti anche negli Stati un tempo colonizzatori. Anche senza ripensare ironicamente la propria rappresentazione, ogni singolo Stato diviene di conseguenza davvero una struttura sociale che deve rinunciare alla pretesa di essere un agente sovrano unico ed esclusivo.

Lo Stato postcoloniale assume alcuni tratti paradigmatici dello Stato globale contemporaneo perché interrompe la possibilità dell'analogia grazie alla quale processi locali o temporalmente determinati vengono normalmente attribuiti alla storia dello Stato nel suo complesso. Lo studio storico dei processi di formazione dello Stato non è mai stato un mero esercizio antiquario, ma ha sempre comportato l'individuazione di strutture che, proprio perché presenti all'origine, sono letteralmente chiamate a coniare il concetto di Stato, stabilendo alcuni dei suoi caratteri considerati necessari. Le diverse storiografie sulla formazione dello Stato, le differenti sociologie storiche —ma, come vedremo, anche le ricerche sull'antropologia dello Stato— sono episodi nella lotta per l'ortodossia dello Stato di cui parla Bourdieu⁴⁸. Se, infatti, lo Stato è "un luogo di circolazione della parola ufficiale, del regolamento, della regola, dell'ordine, del mandato, della nomina", rivolgersi all'origine risolve il problema di ciò che nello Stato deve apparire come elementare e in grado di ripetersi nel tempo⁴⁹. L'origine dello Stato è allo stesso tempo un momento e un processo che, proprio per questo, è sia storico sia simbolico. Nella sua analisi della democrazia statunitense Tocqueville scrive a questo proposito che "dopo averne studiato la storia, ci si sente profondamente convinti di questa verità: che non c'è opinione, abitudine, legge, direi quasi avvenimento, che non possa essere facilmente spiegato dal "punto di partenza"⁵⁰. Negli Stati uniti il punto di partenza è, per Tocqueville, la congiunzione tra la democrazia intesa come "stato sociale", ovvero come complesso di costumi, abitudini e opinioni, e la forma politica, ovvero la democrazia intesa come sistema di governo. In maniera certamente significativa, parlando successivamente della Francia, Tocqueville abbandona questa distinzione, considerando la democrazia solo come forma politica, ma allo stesso proponendo una storia assai più complessa e articolata dell'origine⁵¹. In entrambi i casi il "punto di partenza" rappresenta

⁴⁷ R. Samaddar, *The Materiality of Politics. Subjects Positions in Politics*, p. 156.

⁴⁸ T. Vu, "Studying the State through State Formation", *World Politics*, 62, 1, 2010, pp. 148-175.

⁴⁹ P. Bourdieu, *Sur l'État*, pp. 139-140.

⁵⁰ A. de Tocqueville, *La democrazia in America*, A. de Tocqueville, *Scritti politici*, Torino, Utet, 1968, vol. II, p. 45.

⁵¹ F. Furet, *Tocqueville et le problème de la Révolution française, en Penser la Révolution française*, Paris, 1978; ma cfr. anche L. Jaume, "Entre droit de l'état et droits de la société: le choix de Tocqueville", *Historia Constitucional*, 6, 2005, disponibile in: <http://hc.rediris.es/O6/index.html>.

però una sorta di teleologia rovesciata, una coazione alla ripetizione. L'origine introduce una statica dello sviluppo politico che può mirare a neutralizzare le dinamiche successive potenzialmente disgreganti, come pure a indicare una patologia costitutiva —come nel caso dell'accentramento amministrativo in Francia— verso la quale devono essere costantemente approntate le adeguate forme di profilassi politica.

Non assumendo lo sviluppo politico come paradigmatico per lo sviluppo sociale nel suo complesso, Niklas Luhmann cancella invece la rilevanza costitutiva del punto di partenza, grazie a un concetto di evoluzione nel quale è la forma attuale —l'evoluto— a rideterminare anche le caratteristiche del processo storico⁵². La realtà storica degli Stati contemporanei pone non pochi problemi a una simile sistematizzazione, non solo per l'eterogeneità delle forme elementari, ma perché esse in realtà presuppongono il quadro unitario nel quale poi sono inserite. La storia dello Stato moderno si è dipanata su di una doppia scena: quella della teoria che afferma la piena e assoluta sovranità di ogni Stato fin dalla sua fondazione stessa e quella reale che raggiunge in maniera difficoltosa e spesso parziale quella condizione. Queste due storie dello Stato moderno non sono state reciprocamente indifferenti. Senza la narrazione di un patto originario, di un potere costituente, di una rappresentanza e senza la prospettiva dell'uscita da uno stato di natura assolutamente ipotetico, non vi sarebbero stati nemmeno i processi reali di unificazione e costituzionalizzazione dello Stato. Lo Stato globale è però costretto a rinunciare al suo presupposto teorico tanto dalla sua realtà quanto dal carattere scarsamente performativo che le narrazioni classiche hanno avuto sulla sua formazione. Nonostante l'attuale situazione frammentata e talvolta indecifrabile della sovranità sembri riprodurre per molti versi quella dell'origine della statualità moderna, invece che indulgere alle tentazioni del demone dell'analogia, è più realistico riconoscere che si è determinata una cesura a causa della quale non si può assumere completamente l'origine dello Stato moderno come decisiva per il concetto di Stato globale. Anche quando avviene in maniera silenziosa o continuando a praticare il linguaggio della sovranità unica e indivisibile, questa rinuncia fa dello Stato un "attore critico"⁵³ sebbene non nello stesso modo in cui certamente lo era nella fase della sua formazione. Lo Stato globale è un attore critico perché contribuisce in maniera sostanziale a quella privatizzazione del pubblico che sta alla base tanto della sempre maggiore preponderanza degli esecutivi sui legislativi quanto dei processi di *governance* tecnica delle funzioni amministrative interne e internazionali. Si tratta inoltre di un processo di lungo periodo, che non si svolge lungo le linee proposte dalle ideologie neoliberiste, sebbene

⁵² N. Luhmann, *Die Politik der Gesellschaft*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2002, pp. 407-434.

⁵³ S. Sassen, *Territory, Authority, Rights. From Medieval to Global Assemblages*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2006, pp. 76-82.





esse immaginino un centro di autorità statale che garantisca su scala locale la validità dei contratti e imponga il *rule of law* nel rispetto delle gerarchie sociali, mentre allo stesso tempo questa autorità è sfidata e costantemente messa in mora dall'autorità di leggi di mercato che non agiscono su scala locale e non si conformano a criteri giuridici⁵⁴. Il concetto di Stato globale dà conto del fatto che la *governance* globale non risolve la questione della sovranità, ovvero non la cancella come necessità funzionale. I sistemi di *governance*, pur sempre più diffusi e sempre più in grado di stabilire vincoli organizzativi e procedurali, non arrivano a costituire sulla loro capacità tecnica il fondamento di legittimità di "un monopolio della violenza".

I processi istituzionali e ideologici all'origine dello Stato moderno sono dunque tendenzialmente in crisi negli Stati che li hanno assunti come reali, e non si sono replicati in quelli postcoloniali, mentre la strutturazione statale delle colonie è avvenuta attraverso un'istituzionalizzazione violenta di sistemi burocratici. La narrazione dell'origine così come appare nel contrattualismo classico da Hobbes a Rousseau, passando per Locke, non arriva più a indicare il mito fondativo di uno Stato costituito sul consenso originario dei suoi cittadini. Non si tratta tanto della contrapposizione dell'origine immaginaria a quella empirica. Quelle narrazioni, infatti, hanno svolto un ruolo storico preciso che è andato ben oltre la critica e l'abbandono dell'ipotesi logica dello stato di natura e del contratto sociale. Non a caso esse hanno funzionato ben oltre i paesi e le tradizioni che le avevano prodotte, perché stabilivano come presupposto dello Stato moderno l'esistenza di uomini naturalmente liberi, facendo della libertà empiricamente inesistente una presenza ineliminabile nella stessa fondazione dello Stato. Proprio questa presenza rendeva uguali gli individui immaginariamente presenti all'atto della fondazione. A parte qualche eccezione e qualche significativa dimenticanza, l'antropologia fondamentale della modernità si fonda sull'esistenza di un individuo naturalmente libero. È la crisi di questa antropologia, che immagina il soggetto dello Stato e lo rende reale, che si manifesta anche come crisi della sovranità.

Non è dunque un caso che, di fronte alle oscillazioni e alle tensioni del concetto di Stato, siano gli antropologi, gli scienziati sociali che più sono a contatto con l'esperienza postcoloniale, a chiedersi "Che cos'è uno Stato se non è sovrano"? La domanda è impellente proprio in quegli Stati ai quali viene sempre rimproverato un deficit di statualità sia dal punto di vista dell'organizzazione amministrativa e istituzionale sia da quello economico. La domanda posta da Clifford Geertz non vale solo per quelli che lui chiama "posti complicati", non cioè solo per quegli Stati dell'Asia e dell'Africa che negli anni Cinquanta e Sessanta hanno attraversato i processi

⁵⁴ R. Plant, *The Neo-liberal State*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

di decolonizzazione con il problema di governare una struttura sociale spesso multietnica, multilinguistica e multireligiosa. Il progetto di un'antropologia dello Stato indica un approccio che torna a problematizzare tra lo Stato come istituzione e l'unità politica che esso storicamente è chiamato a rappresentare. Le domande sul deficit di statualità che oggi si pongono in relazione ai paesi del nucleo originario della storia statale moderna sono le stesse che negli ultimi cinquant'anni sono state poste a proposito del ritardo di statualità degli Stati postcoloniali. Indicativo è il lungo elenco di approssimazioni con le quali essi sono stati descritti, volendo indicare il grado di scostamento rispetto a un concetto di Stato magari rigettato: dalle "tribù con una bandiera", ai microstati, agli Stati falliti. In ogni caso, come scrive Geertz: "Se la Cina è una civiltà che cerca uno Stato, se l'Arabia Saudita è un affare di famiglia in forma di Stato, se Israele è una fede inscritta in uno Stato, chi sa che cos'è la Moldova"? Ovviamente delle risposte esistono⁵⁵. Ciò che a noi interessa però è il piano della domanda che non investe solamente l'organizzazione istituzionale, ma anche la sua legittimazione. In altri due saggi Geertz si chiedeva: "che cos'è un paese se non è una nazione"? e "che cos'è una cultura se non è consenso"?⁵⁶ Queste due domande impongono un piano di analisi che raggiunge lo stesso fondamento di possibilità dello Stato moderno ponendolo di fronte a quelle che storicamente sembravano acquisizioni stabili. Le risposte degli antropologi si organizzano spesso attorno a una nozione scivolosa e complessa come quella di identità: risalendo in qualche modo dalle identità individuali o di gruppo essi giungono a costituire la possibile identità politica che dovrebbe legittimare l'azione dello Stato.

Problemi dello Stato globale

In realtà si tratta di una prospettiva che può risultare complementare a quella classicamente politica che assegna allo Stato il compito di rappresentare l'unità politica. "Le analisi antropologiche dello Stato cominciano con la nozione controintuitiva che gli Stati che sono strutturalmente simili possono nondimeno essere profondamente differenti uno dall'altro per i significati che essi hanno per le loro popolazioni"⁵⁷. Non si può fare a meno di notare che nella classica definizione weberiana dello Stato⁵⁸ l'elemento mancante è

⁵⁵ D. Sacchetto (Ed.), *Ai margini dell'Unione Europea*, Roma, Carrocci, 2011; R. H. Jackson, *Quasi-States: Sovereignty, International Relations, And The Third World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

⁵⁶ Entrambi sono raccolti in C. Geertz, *Mondo globale, mondi locali. Cultura e politica alla fine del ventesimo secolo*, Bologna, il Mulino, 1995.

⁵⁷ A. Sharma y A. Gupta, "Introduction: Rethinking Theories of the State in an Age of Globalization", A. Sharma y A. Gupta (Eds.), *The Anthropology of the State. A Reader*, London, Blackwell, 2006, p. 31.

⁵⁸ "Per Stato si deve intendere un'impresa istituzionale di carattere politico nella quale — e nella

proprio la popolazione, nonostante sia poi l'obbedienza esistente a rendere legittimo lo Stato in quanto specifica forma di potere. Il popolo e il territorio, se non sono proprio identificati da Weber, sono comunque strettamente connessi in uno spazio di ubbidienza allo stesso tempo personale e fisico. Il popolo weberiano è completamente interno al tipo burocratico della *Herrschaft*, dato che la routine come caratteristica specifica dell'agire burocratico ha anche il senso di rendere evidente la continuità dello Stato nonostante le distanze e le differenze⁵⁹. La ripetizione burocratica è il segno di un'uguaglianza di trattamento che è anche la base della legittimazione. L'irruzione delle pratiche di *governance* e governamentali ha ripetutamente messo a repentaglio, quando non ha interrotto, questi effetti politici del dominio burocratico, in corrispondenza della trasformazione dei modelli amministrativi pubblici e privati.

Negli ultimi decenni all'interno della storia del pensiero politico si è assistito a un lento ma inesorabile passaggio di accento e di significato all'interno della formula: governo del popolo⁶⁰. Fino a non molto tempo fa essa significava l'indiscussa sovranità del popolo all'interno dello Stato democratico. Di questo Stato e di quel popolo veniva ricostruita la comune storia per legittimare l'affermazione che ognuno dei due era impossibile senza l'altro. Il popolo era la soluzione sempre data dell'enigma dello Stato democratico. Dagli anni Settanta si afferma però una variazione che fa del popolo non il soggetto, ma l'oggetto delle politiche di un governo che non coincide necessariamente con l'idea che se ne ha all'interno dello Stato democratico. Com'è evidente dalle ricerche di Michel Foucault, la trasformazione è talmente imponente che alla fine di questo processo il popolo diventa popolazione e il governo diviene governamentalità⁶¹. Per quanto riguarda il popolo, tuttavia, non si tratta semplicemente della sovrapposizione di un nuovo lessico a quello precedente. Nell'Europa del Settecento popolazione ha un'esistenza concettualmente rilevante che si snoda accanto a quella del popolo. Popolo e popolazione stabiliscono un campo di tensione irrinunciabile per il discorso politico della democrazia. Il popolo è costantemente evocato quale fondamento necessario della

misura in cui— l'apparato amministrativo avanza con successo una pretesa di *monopolio* della coercizione fisica *legittima*, in vista dell'attuazione degli ordinamenti all'interno di un determinato territorio", M. Weber, *Economia e società*. 1. *Teoria delle categorie sociologiche* (1922), Milano, Comunità, 1980, p. 53.

⁵⁹ D. Rueschemeyer, "Building States —Inherently a Long-Term Process? An Argument from Theory", M. Lange y D. Rueschemeyer (Eds.), *States and Development. Historical Antecedents of Stagnation and Advance*, Basingstoke 2005, pp. 165–182.

⁶⁰ Cfr. a questo proposito G. Ruocco y L. Scuccimarra (Eds.), *Il governo del popolo. Rappresentanza, partecipazione, esclusione alle origini della democrazia moderna*, 1. *Dall'antico regime alla rivoluzione*, Roma, 2011, e 2. *Dalla Restaurazione alla guerra franco-prussiana*, Roma, Viella, 2012.

⁶¹ M. Foucault, *Sécurité, Territoire, population. Cours au Collège de France 1997–1978*, Paris, Gallimard / Seuil, 2004.

legittimità del governo democratico, ma materialmente può solo esistere per essere governato in quanto popolazione, o, se si vuole, in quanto società del popolo. La tensione giunge al punto che il popolo ancorché sovrano può rischiare di apparire come una sorta di impedimento alla cura della popolazione. Il popolo, quale fondamento dell'ordine sovrano, infatti, è titolare di diritti che nessun governo può teoricamente infrangere. Come ha scritto giustamente Partha Chatterjee: "Diversamente dal concetto di cittadino, quello di popolazione è interamente descrittivo ed empirico, è del tutto privo di valore normativo"⁶². Anche a questo riguardo lo Stato coloniale prima e quello postcoloniale poi funzionano da anticipazione significativa dello Stato globale in quanto Stati con una popolazione che ha faticato e fatica a presentarsi come popolo. Conoscere la popolazione significa, come vedremo, occuparsi positivamente delle culture del popolo. La tensione tra popolo e popolazione si è rispecchiata nella dialettica tra costituzione e governamentalità, al punto da mettere in discussione la fiducia dei giuristi sul fatto che la costituzione possa più essere la risposta ai problemi della statualità contemporanea e debba a sua volta essere trasposta sul piano della società mondiale⁶³. Nello Stato postcoloniale —così come nello Stato globale— costituzione è infatti la forma nella quale "ogni cosa è designata, ogni cosa è costruita, non lasciando nulla al caso: dagli aspetti ordinari del governo quotidiano [*daily rule*] fino a regolare l'intera durata di vita del soggetto politico"⁶⁴. La costituzione è la forma dell'ordine e il costituzionalismo coloniale, sia in quanto sistema istituzionale organizzato sia come discorso sulla costituzione, è la verità del costituzionalismo stesso, poiché obbliga l'ordine tenendo sempre in considerazione la possibilità di una guerra che deve essere localizzata e non può in alcun caso investire la metropoli. Allo stesso tempo esso è la garanzia che esiste un ordine non fondato sui rapporti immediati e quotidiani e che basta rispettarlo. Proprio per questo esso abbisogna di un supplemento interno a questi rapporti in grado di determinare le loro pratiche quotidiane. Questo costante processo di disciplinamento, per dirla con Weber, o governamentalità, come direbbe Foucault, istituisce l'individuo non come soggetto astratto, titolare di diritti, ma come singolo o appartenente a un gruppo che deve praticare più facoltà

⁶² P. Chatterjee, *Oltre la cittadinanza. La politica dei governati* (2004), Roma, Meltemi, 2006, p. 50.

⁶³ G. Teubner, *Verfassungsfragmente. Gesellschaftlicher Konstitutionalismus in der Globalisierung*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2012; D. Grimm, *Die Zukunft der Verfassung II. Auswirkungen von Europäisierung und Globalisierung*, Frankfurt am Main 2012, in particolare pp. 203-204.; A. Peters, "The Merits of Global Constitutionalism", *Indiana Journal of Global Legal Studies*, 16 ,2, 2009, pp. 397-411.

⁶⁴ Samaddar, *The Materiality of Politics. The Technologies of Rule*, p. 25. Ma cfr. anche la P. Rudan, "Constitution" in *The Encyclopedia of Postcolonial Studies*, di prossima pubblicazione (inizio 2016) per Blackwell.



che diritti. La governamentalità è un ordine che pretende di costituirsi dall'interno dei rapporti.

La svolta culturale che ha investito anche la concettualizzazione contemporanea dello Stato mira esattamente a rilevare le differenti modalità con le quali viene recepita l'azione dello Stato, nel momento in cui alla frammentazione dei tipi di agire costituzionale burocratico finisce per corrispondere una pluralità di posizioni occupate dai soggetti allo Stato. Ciò evidentemente non significa che nella storia dello Stato in Occidente questa dimensione sia stata assente. Anche la vicenda dello Stato britannico è stata ricostruita come successo di un prodotto culturale, piuttosto che come avanzata irresistibile della monopolizzazione della forza o della fiscalità. In altri termini la Gran Bretagna appare come uno Stato basato sull'arcaismo della costituzione sociale e sull'anacronismo dell'organizzazione politica, che contraddice la tesi classica che fa del processo rivoluzionario —spesso ritagliato sul modello francese— il presupposto della modernizzazione capitalistica della società e quindi della trasformazione dello Stato⁶⁵. Se il capitalismo può presentarsi, in maniera molto poco weberiana, come una "contro-modernizzazione" —indifferente cioè alla costituzione sociale e alla forma politica— allora si può spiegare la sua fortuna culturale in molti Stati postcoloniali, nonostante essi non abbiano replicato né la razionalizzazione dell'amministrazione né quella della società⁶⁶. La riproduzione dello Stato e della sua legittimità viene messa significativamente in discussione se i cittadini/soggetti percepiscono in maniera altamente differenziata l'agire burocratico. La rinuncia o forse l'impossibilità dell'universalismo apre o forse obbliga la strada a una gestione amministrativa dei conflitti, ma soprattutto dei diritti. Questi ultimi vengono progressivamente ridotti alla loro dimensione civile e politica, per dirla con Thomas H. Marshall, mentre i diritti sociali non vengono negati in assoluto, ma negoziati in continuazione con differenti gruppi della popolazione. Qui abbiamo una nuova contraddizione perché quello che negli Stati europei si presenta come un processo di dismissione controllata dei diritti, negli Stati postcoloniali si pone come un riconoscimento governato e revocabile di diritti a gruppi della popolazione. Il tratto comune —quello cioè che risulta in definitiva proprio dello Stato globale— è comunque rappresentato dal fatto che l'amministrazione dei diritti si basa sul riconoscimento che non tutti i cittadini sono uguali.

La domanda che si pone è se lo Stato globale può fare a meno di rappresentare l'unità politica del popolo, stabilendo di conseguenza una relazione differente con la sua popolazione. In questo modo a essere

⁶⁵ Ph. R.D. Corrigan y D. Sayer, *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*, Oxford, Blackwell, 1985.

⁶⁶ J. C. Scott, *Seeing like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven/London, Yale University Press, 1998.

sottoposta a un'evidente tensione è la rappresentanza politica quale pilastro organizzativo dello Stato. Questa tensione non è una generica crisi della rappresentanza causata dal decadimento più o meno contingente della qualità dei rappresentanti, quanto il venir meno della capacità di rappresentare continuativamente l'unità politica del popolo come invece previsto dalla dottrina politica moderna da Hobbes a Schmitt. Questa indecisione rispetto all'unità ha l'effetto di rendere evidente il deficit di istituzionalizzazione che sembra caratterizzare lo Stato globale. Questo deficit non è solamente procedurale, ma riguarda direttamente le modalità con cui viene riconosciuto lo Stato e quindi obbedito. Si ripropone così il problema della legittimazione dello Stato, questa volta non riferita al suo funzionamento, ma direttamente di fronte al soggetto della sua legittimità.

Non è dunque un caso che anche gli scienziati politici abbiano iniziato a indagare il nesso tra Stato e cultura. La cosiddetta "svolta culturale" corrisponde a un mutamento di prospettiva che allo stesso tempo politico e disciplinare⁶⁷. Ciò che rileva dal nostro punto di vista è che il riferimento alla cultura affianca e per certi versi sostituisce quello all'opinione. Ben oltre il classico riferimento alla cultura civica e politica, mettere in relazione cultura e Stato significa contestualizzare quest'ultimo in un ambito prepolitico e addirittura apolitico. Di fronte alla molteplicità delle culture non si tratta tanto di cogliere o sottolineare come lo Stato influenzi, relativizzi e infine modifichi le culture che incontra, quanto piuttosto di registrare il suo essere catturato da relazioni particolari e decentrate che non consentono né le certezze della scelta razionale né l'inclusione differenziale della cittadinanza multiculturale. La centralità riconosciuta alla cultura è un momento fondamentale di quella che possiamo definire l'evanescenza dell'individuale⁶⁸. Con la svolta culturale, infatti, l'individuo viene definitivamente spodestato dalla sua posizione di presupposto dell'ordine politico moderno. Viene di conseguenza modificata l'idea di una sfera pubblica unitaria così come si è storicamente data all'interno dello Stato nazionale, ovvero come correlato e fondamento della sua legittimità. Le opinioni, le posizioni rispetto ai valori non si formano nel dibattito tra individui, ma sono assegnate e riconosciute a partire dagli ambiti culturali, che sono per definizione plurali e non confinabili all'interno dello Stato. Un secondo effetto è quello di mostrare la globalizzazione non solo come ingenua e universale connessione di particolarità e di differenze, ma anche come irruzione di differenze inconciliabili dentro la forma storica dello Stato nazionale moderno. Se la globalizzazione non ha evidentemente cancellato la presenza o la rilevanza assoluta degli Stati nazionali, essa ha certamente interrotto il processo della loro affermazione quali attori sovrani

⁶⁷ J. C. Scott, *Seeing like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven/London, Yale University Press, 1998.

⁶⁸ Ricciardi, *La società come ordine*, pp. 223-224.



esclusivi, della cui uniformità e conformità a un unico modello vale comunque la pena di dubitare⁶⁹.

A proposito di questa oscillazione della sovranità Robert Latham scrive giustamente che "la sovranità può essere associata a una gamma più vasta di strutture di quella identificata solo come Stato o dello Stato; a essere in gioco nella sovranità non è lo status di un agente (come può essere lo Stato), ma di un corpo di relazioni che danno forma a sfere di vita operanti all'interno, ma anche attraverso i confini statali"⁷⁰. Tuttavia, anche se intesa come un insieme di relazioni, la sovranità comporta necessariamente la possibilità concreta che uno dei soggetti della relazione possa interromperla, imponendo coattivamente comportamenti determinati. La dissociazione del connubio classico con lo Stato⁷¹, produce una moltiplicazione di manifestazioni di una sovranità sociale che rafforza la necessità di un nesso costitutivo dello Stato moderno, ovvero quello tra legittimità e disciplina. Trasmettere, favorire, imporre comportamenti disciplinati è infatti la sola possibilità per non dover ricorrere all'uso della forza in ultima istanza che comunque è presente in ogni riferimento alla sovranità. Ciò che va sottolineato è che per quanto sia evidentemente vero che la disciplina agisca modulando i singoli comportamenti, ovvero in assenza di norme generali astrattamente riconosciute, essa comunque contiene un discorso pubblico funzionale alla costante riproposizione della relazioni sovrane⁷². Si tratta evidentemente di relazioni asimmetriche, nelle quali non si deve supporre un uguale riconoscimento tra la struttura e i singoli che vi entrano più o meno liberamente in relazione. Proprio la necessità di mantenere connesse queste strutture che attraversano i confini storici degli Stati nazionali fa sì che il processo dallo Stato moderno allo Stato globale non comporti esclusivamente un "appassimento dello Stato"⁷³. Lo Stato globale rappresenta piuttosto un momento storico specifico della degenerazione dello Stato, ovvero letteralmente del suo passaggio ad altro genere di dominio e coordinazione⁷⁴. Nonostante le trasformazioni della sovranità la portino all'interno di relazioni sociali sempre più complesse, ciò non significa che il concetto di Stato globale preveda un'inclusione universale,

⁶⁹ M. Mann, "Has Globalization Ended the Rise and Rise of the Nation-State?", *Review of International Political Economy*, 4, 3, 1998, pp. 472-496.

⁷⁰ R. Latham, "Social Sovereignty", *Theory Culture Society*, 17, 1, 2000, p. 3.

⁷¹ H. Quaritsch, *Staat und Souveränität. Die Grundlagen*, Frankfurt am Main, Athenaum, 1970; R. Prokhovnik, *Sovereignties. Contemporary Theory and Practice*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007; N. McCormick, "Questioning Post-Sovereignty", *European Law Review*, 29, 2004, pp. 852-863.

⁷² T. P. Mitchell, "Society, Economy and the State Effect", *State/Culture*, pp. 76-97.

⁷³ H. Spruyt, "The Origins, Development, and Possible Decline of the Modern State", *Annual Review of Political Science*, 5, 1, 2002, pp. 127-149.

⁷⁴ P. Schiera, *Lo Stato moderno. Origini e degenerazioni*, Bologna, Clueb, 2004.

come d'altra parte quest'ultima non è compresa nella *Weltgesellschaft* luhmanniana⁷⁵. Nello Stato globale sembra invece comporsi praticamente la contraddizione tra riconoscimento ed esclusione. Vi sono infatti coloro che, come i migranti irregolari, non sono cittadini, ma la cui presenza è, per dirla con Saskia Sassen, "non autorizzata, ma riconosciuta"⁷⁶. E vi sono anche coloro che sono cittadini, ma che non riescono a ottenere grazie a questo titolo né tutele, né garanzie, né diritti. Lo Stato globale deve così confrontarsi in continuazione con il problema politico che lo Stato moderno pretendeva di aver risolto in modo definitivo⁷⁷. In quanto forma di dominio esso deve costantemente fare i conti con una sovranità che gli sfugge senza essere davvero evanescente. Nella sua evoluzione essa è anche la modalità di esercizio del potere tanto dello Stato quanto di altre formazioni non statali, mentre allo stesso tempo che non ritrova solo come possesso di altre strutture di potere, ma che è incapace di stabilire un rapporto stabilmente legittimo tra il governo e gli individui che si presentano come piuttosto come una società globale segmentata e differenziata che come popolo o nazione.

⁷⁵ N. Luhmann, *Jenseits der Barbarei*, N. Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1999, pp. 138–150.

⁷⁶ S. Mezzadra y M. Ricciardi, "Introduzione", S. Mezzadra y M. Ricciardi, *Movimenti indisciplinati. Migrazioni, migranti e discipline scientifiche*, Verona, ombre corte, 2013, pp. 7–28.

⁷⁷ M. Ricciardi, "Il problema politico dello Stato globale", *Equilibri*, 2, 2014, pp. 293–300.





NATURALIZZARE I
PARADOSSI: UN APPROCCIO
ALLA GLOBALIZZAZIONE DA
GILLES DELEUZE

María Luisa
Bacarlett Pérez

Introduzione. Definire la globalizzazione

Quando una parola è di uso recente, è possibile che la pluralità dei suoi sensi si stabilizzi col tempo, ma a volte accade il contrario. Ci sono termini che appaiono nel nostro vocabolario con un significato più puntuale, e attraverso gli anni questo diventa così diffuso, al punto che è difficile riconoscere la sua faccia originaria. Forse il termine *globalizzazione* ha avuto questa seconda fine, soprattutto perchè è un concetto che ai tempi in cui si presentava come autentica novità parlava di un processo che in certo modo era già parte della storia d'Occidente. Come espone Michael Reder, la globalizzazione è un processo che va molto più in là dal secolo XX: “[...] non è un fenomeno nuovo. Gli storici segnalano, invece, che la storia degli ultimi 500 anni ha già conosciuto diverse fasi di globalizzazione”¹. Parlare di globalizzazione nel mondo attuale ci porta a pensare a un processo legato in maniera profonda al capitalismo e alla politica liberale; nonostante, se pensiamo che i flussi di gente, alimentari, simboli, cultura, ecc., marcano la storia stessa dell'umanità, potremo benissimo segnalare che questa, la globalizzazione odierna, ha una certa continuità con un processo che ha accompagnato e forgiato la storia degli esseri umani da secoli. Questo argomento, comunque, ha un lato rischioso, perchè può portarci a supporre che c'è una semplicità in tutti i processi e fenomeni attuali e, quindi, che non solo sarebbe superflua l'analisi, ma anche la critica, e per questo smetteremmo di avvertire gli effetti negativi e ci rassegneremmo a non cercare più alternative.

Con tutto, è innegabile che l'espansione, l'esplorazione, la migrazione, la conquista, lo scambio, la dominazione e l'influenza, tra molte altre cose, sono parte intrinseca della storia dell'umanità, del modo in cui i gruppi umani si relazionano tra loro e di come si connettono con la terra. Questa dinamica umana legata all'espansione, alla creazione di tragitti e alla colonizzazione di nuovi territori non è stata una guida con un segno meramente positivo,

¹M. Reder, *Globalización y filosofía*, Madrid, Herder, 2012, p. 11.

dato che a tutta espansione ha seguito prima o poi una ritrazione; tutta territorializzazione è stata accompagnata di deterritorializzazione; a tutto attraversamento delle frontiere, l'innalzamento di nuovi limiti; a tutto gesto di avanzamento, un gesto di ritiro; a tutto nomadismo, un momento di sedentarietà, ecc. Già Paul Virilio² diceva che l'umanità è stata costruita nel tragitto, nel processo graduale attraverso il quale gli uomini, andando da un posto all'altro —molte volte senza sapere dove sarebbero finiti—, si connesero con la terra e i suoi diversi climi, fauna, abitudini, ecc. In questo processo di dilazione si formò l'umanità, —al tempo che si espandeva e differenziava— e con questo anche gli esseri umani territorializzarono una terra che, con tutto, non si può mai totalizzare sotto nessun tragitto umano. In questo senso, all'umanità sono intrinseci i suoi tragitti e con loro, i flussi aperti di persone, di cibo, di animali, di simboli, di cultura, di denaro, ecc. La storia dell'umanizzazione non si può svincolare dalla migrazione. Circa due milioni di anni fa l'*Homo ergaster* uscì dall'Africa per andare sul prossimo oriente e da lì continuarono senza fermarsi migrazioni verso l'Europa e l'Asia³. Ma questi tragitti risposero sempre a una doppia logica, non aprirono una traiettoria senza chiudere un'altra, non forgiarono territori senza deterritorializzare altri, non conquistarono senza aprire allo stesso tempo una soglia di reciproca influenza con quello conquistato. In questo modo, se il tragitto è intrinseco alla storia dell'umanità, i flussi sono intrinseci a tutto tragitto, flussi che non vanno in un solo senso, che sono al meno bidirezionali. Da questa prospettiva, la globalizzazione non significherebbe un mero processo espansivo, integratore oppure omogeneizzante, ma prenderebbe una forma complessa che include segni di conio molto distinto, a volte contraddittorio. Comunque, molte delle definizioni della globalizzazione hanno fatto enfasi sulla prospettiva contraria, cioè, come fenomeno omogeneizzante che scorre in una sola direzione. Come espone William Scheuerman, tradizionalmente la globalizzazione è stata vista come un fenomeno abbastanza omogeneo e unidirezionale, in cui sono state privilegiate le figure dell'espansione, la crescita, l'integrazione e l'unificazione.

Nel discorso popolare, la globalizzazione funziona come sinonimo di uno o più dei seguenti fenomeni: l'irruzione delle politiche liberali classiche ("libero mercato") nell'economia mondiale ("liberalizzazione economica"), il crescente dominio delle forme occidentali della vita politica, economica e culturale ("occidentalizzazione" o "americanizzazione"), la proliferazione di nuove tecnologie dell'informazione (la "rivoluzione d'internet"), così come la nozione che l'umanità si trova nella soglia della

² P. Virilio, *La velocidad de liberación*, Argentina, Manantial, 1997.

³ G. Gallien, *Homo. Histoire plurielle d'un genre très singulier*, Paris, PUF, 2002.





realizzazione di una sola comunità unificata in cui le maggiori fonti di conflitto sociale saranno cancellate ("integrazione globale")⁴.

Quando il termine cominciò ad usarsi⁵, la maniera in cui è stata concepita la globalizzazione privilegiava il suo carattere unificatore, integratore e omogeneizzante, caratteristiche che spiegavano conseguenze tanto positive come negative. È vero che le posizioni critiche sottolinearono come segno negativo l'uguagliamento del mondo, ma questa critica continuò ancorata in una logica dicotomica in cui l'espansione si contrapponeva alla ritrazione, l'omogeneo all'eterogeneo, il centro alla periferia, il globale al locale, ecc. Di fronte a questa prospettiva, alcuni analisti avvertirono che c'erano molti elementi non lineari in altrettanti fenomeni legati alla globalizzazione, cioè, trovarono alcuni paradossi che facevano difficile definirla come un semplice processo di omogeneizzazione. Senza dubbio, il paradosso più evidente è la strana embricazione tra il locale e il globale. Col termine *glocale* si cercò di spiegare certe pratiche e processi che hanno allo stesso tempo un carattere globale e locale. Il termine viene dal giapponese *dochakuka*, parola derivata da *dochaku*, che significa "vivendo nella propria terra di uno" e si riferisce all'adattamento di certe tecniche agricole moderne alle condizioni locali dei villaggi⁶. Per Giacomo Marramao, il neologismo *glocale* ritrae abbastanza bene il carattere paradossale della globalizzazione, perchè ci parla della embricazione complessa —non solo addizione, ma neanche sottrazione; ne solo omogeneizzazione, ma neanche pura differenziazione— tra il locale e il globale: "All'ottica dicotomica sembra scappare un elemento decisivo: per superare la visione unilaterale del processo di globalizzazione non basta produrre uno sdoppiamento, piuttosto bisogna abordar il nucleo paradossale, che si può rintracciare giustamente nell'intima coappartenenza e interazione tra le due dimensioni del globale e il locale"⁷. Superare questa logica dicotomica suppone alcune cose; *in primis*, che non si può parlare di nessun gesto originario: non esiste globalizzazione pura, perchè essa non si può concepire senza mischiare espressioni locali; ma in senso inverso, non esiste il locale allo stato puro, perchè ogni gesto particolare è già un'espressione che include tratti e relazioni con altri popoli e con il globale. Ma allo stesso modo, quest'ultimo non si riassume nell'essere la sintesi o la

⁴ W. Scheurman, "Globalization", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford, Stanford University, 2014.

⁵ Scheurman segnala che il termine cominciò ad usarsi negli anni settanta, fu coniato per Ronald Robertson e con esso sottolineava il carattere non univoco bensì paradossale della globalizzazione, cercava così di superare il mito di vederla come un mero processo di unificazione. Cfr. R. Robertson, "Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity", M. Featherstone (Ed.), *Global Modernities*, London, London Sage, 1995.

⁶ Cfr. *Oxford Dictionary of New Words*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

⁷ G. Marramao, *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 40.

somma delle diverse espressioni locali; mentre il locale non è quello che si perde e integra senza più nella generalità. Da questa prospettiva, il termine glocalizzazione potrebbe includere il carattere complesso di un processo che non omogeneizza, senza, allo stesso tempo, produrre differenze; che non integra in una totalità senza a sua volta, moltiplicare la parzialità; che non universalizza senza particularizzare. In un panorama tale, la globalizzazione, se bene presenta una tendenza verso l'omogeneizzazione e la totalità, in realtà non può mai raggiungere tale chiusura fondamentalmente perchè non è un blocco omogeneo, è fatta di espressioni local e gesti particolari che, a loro volta, si producono in relazione con il globale.

L'argomento soggiacente in questa discussione è centrato nell'affermazione che il dibattito attorno all'omogeneizzazione deve trascendere. Non è una questione ne di omogeneizzazione ne di eterogeneizzazione, ma delle vie nelle quali queste due tendenze sono diventate forme di vita durante l'ultima parte del secolo XX nel mondo⁸.

Le posizioni che non vedono più nella globalizzazione solamente un processo unificato e omogeneizzante, hanno problematizzato e hanno fatto diventare ancora più complessa la maniera di vedere un fenomeno che ci tocca a tutti, che viviamo direttamente in diversi aspetti della nostra vita, e precisamente per questo non può ridursi a uno schema di causa–effetto oppure a un modello unificatore in cui tutto diverrebbe omogeneo e unitario. “Per descrivere queste tendenze contrarie della società [...], le formulazioni paradossali sembrano specialmente adeguate [...] mostrano che la globalizzazione non è un processo lineare, ma che piuttosto consiste di tendenze contraddittorie”⁹. Senza dubbio, sono molti i paradossi che hanno risaltato nei diversi analisi —come quelli di Reder¹⁰, Marramao¹¹, Robertson¹², Ritzer¹³, Bauman¹⁴, tra altri—; comunque, la finalità del presente lavoro è chiederci fino a che punto quei paradossi non finirebbero per produrre l'omogeneità che cercano di evitare a tutti i costi. È innegabile che c'è bisogno di uno schema più complesso per rendere conto di tutti i problemi e conseguenze portati dal processo di globalizzazione, per questo si rende necessario riparare che in esso non tutto è lineare ne omogeneo, è necessario vedere il suo carattere paradossale; comunque, la domanda che guida questo lavoro è sapere se,

⁸ Robertson, “Glocalization: Time–Space and Homogeneity–Heterogeneity”, p. 27.

⁹ Reder, *Globalización y filosofía*, p. 56.

¹⁰ Cfr. Reder, *Globalización y filosofía*.

¹¹ Cfr. Marramao, *Pasaje a Occidente*.

¹² Cfr. Robertson, “Glocalization: Time–Space and Homogeneity–Heterogeneity”.

¹³ Cfr. G. Ritzer, *Globalization*, West Sussex, Wiley–Blackwell, 2011.

¹⁴ Cfr. Z. Bauman, *Modernidad líquida*, México, FCE, 2003.





alla fine, questi paradossi non contribuirebbero nel dare un'immagine più omogenea e amichevole della globalizzazione. Nell'ultima parte ci avvarremo delle analisi realizzate da Gilles Deleuze¹⁵, e anche da quelle di Felix Guattari, per cercare di rispondere a tale questione, per sapere se un paradosso si può naturalizzare e così, disattivare la sua carica critica. Ma prima di trattare tale questione, cercheremo di esporre, in modo generale, di cosa consistono i chiamati *paradossi della globalizzazione*.

Alcuni paradossi della globalizzazione

Il paradosso che è servito come punto di partenza per capire il carattere complesso della globalizzazione è quello che si esprime sotto il motto di *glocale*. Abbiamo accenato che attraverso questo termine la globalizzazione si concepisce non come un fenomeno esclusivamente unitario né omogeneizzante, ma come qualcosa di contraddittorio. Cioè, la sua tendenza all'uniformità si vale del locale, del diverso e del particolare e non solo, anche gli produce. Il globale è locale e viceversa. Pensiamo ai fusi orari. Implementati mondialmente nel 1929, rappresentarono nel loro momento un chiaro movimento verso l'unificazione. I paesi non sono più stati in grado di decidere da soli quale orario utilizzare, anzi, dovevano includersi nella gamma unificatrice di fusi che davano ad ogni stato e città un orario particolare. Tale movimento fu esclusivamente unificatore? La risposta è chiaramente negativa: unificò, ma dando luogo alle differenze; omogeneizzò, ma a partire da certe particolarità che si sono aggiustate senza cancellarsi. "In altre parole, l'omogeneizzazione va mano nella mano con l'eterogeneizzazione"¹⁶. Comunque, questo paradosso è lontano da avere un senso univoco, anzi, si spiega in una infinità di aporie che affettano gli ambienti più quotidiani della vita. Nonostante le molteplici forme che prendono, crediamo che queste possono trovarsi in cinque forme diverse che cercano di rendere conto della complessità del paradosso di base. Abbiamo deciso di esporre tali paradossi in termini di elementi contrari, per sottolineare il loro carattere contraddittorio.

a) Omogeneizzazione–eterogeneizzazione

La globalizzazione ha una chiara *tendenza* verso l'omogeneizzazione di elementi molto diversi: informazione, abitudini, costumi, prospettive, modi

¹⁵ In particolare ci siamo centrati in opere come: *Différence et répétition*, Paris, PUF, 1968; *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 1989; *Pourparlers*, Paris, Minuit, 1990. (Con C. Parnet) *Dialogues*, Paris, Flammarion, 1977 ; (con F. Guattari) *Le Anti-Œdipe. Capitalisme et schizophrénie 1*, Paris, Minuit, 1972 ; y *Mille plateaux. Capitalisme et schizophrénie 2*, Paris, Minuit, 1980.

¹⁶ Cfr. Robertson, "Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity", p. 36.

di vita, ecc. Questa tendenza è una conseguenza logica dell'estensione e complessità dei mass media e delle tecnologie dell'informazione. Nel momento in cui accade un evento importante —una catastrofe naturale, un colpo di Stato, ad esempio— in questione di minuti la notizia si infila per internet, per i social network, per messaggi telefonici, per la tv, ecc. Molte volte la notizia arriva ovunque con le stesse parole ed espressioni, con le stesse immagini e commenti. Nell'intero globo si ha lo stesso *format* dell'accaduto, ma in definitiva non si riceve né interpreta nella stessa forma e non significa lo stesso; cioè, l'omogeneo finisce appropriandosi in maniera eterogenea, forse perché il locale è anche complesso, non esiste in modo puro o isolato da tutto contatto con altre particolarità e con il globale; per Marramao, ad esempio, qui può parlarsi di una "produzione globale della località"¹⁷, il che non implica che il locale non esista, solamente sottolinea che non esiste come forma pura ed isolata. Per Robertson, *non c'è cosmopolitismo senza localismo*. Ritzer¹⁸, per conto suo, adduce il rischio di continuare a concepire la globalizzazione come una questione meramente unificatrice, perché supporrebbe pensare che la gente, le comunità e i popoli sono entità passive su cui si impongono, senza maggiore resistenza o modificazioni, patroni globali.

Strettamente legato all'antecedente paradosso, si trova il complesso rapporto tra il particolare e l'universale. La prospettiva unificatrice della globalizzazione suppone che stiamo entrando in un mondo in cui certi valori, modelli e idee hanno un carattere universale che finirà per eclissare e diluire qualsiasi prospettiva particolare. L'elemento problematico di questa situazione è che questa piattaforma universale è anche un modello particolare —europeo-nordamericano— che è diventato egemonico per questioni politiche, economiche e culturali. Viste così le cose, l'universale si distacca da una pluralità di particolarità —non omogenee, ma loro stesse plurali— che si sono estese e sono diventate egemoniche. Daltronde, l'universale non annichilisce il particolare, anzi, lo integra e anche lo produce, sia in forma di resistenza sia come appropriazione singola.

b) Totalità–parzialità

Un'altro pregiudizio frequentemente legato al carattere omogeneo e unificatore della globalizzazione consiste nel vederla come una totalità continua e completa, come fosse un blocco di misure, processi, principi, pratiche, immagini e valori che rispondono a una stessa logica e che, per questo, formano un sistema ben delimitato e coerente, senza contraddizioni né vuoti. Dall'altra parte, il parziale si vede sempre come il non completo,

¹⁷ Marramao, *Pasaje a Occidente*, p. 42.

¹⁸ Ritzer, *Globalization*.



bisognoso di coerenza e integrazione in un tutto più ampio. L'unificazione che implica la logica globale si esprimerebbe come integrazione di un insieme di espressioni parziali che per loro stesse mancano di consistenza e completezza. Nonostante, entrambi gli elementi in realtà non si escludono, ma si completano: nessuno dei due ne completo ne mancante in modo assoluto. Ne il globale è una totalità coerente e uniforme, ne il locale è parziale e incoerente; ma neanche il locale è unitario e completo in se stesso, prospettiva che si trova spesso in certe apologie che patrocinano l'autenticità e purezza del locale, attributi che, in contrasto, mancherebbero al globale. Quelli che sottolineano questo paradosso assumono, quindi, che il totale ha qualcosa di parziale e viceversa. Così, il rapporto tra il totale e il parziale non è sempre di scontro e confronto, ma piuttosto di una embricazione complessa: entrambi si producono a vicenda. Non esistono ne il globale ne il locale per se. Non tutto il mondo è *McDonalds*, ma neanche tutto il mondo è *Jihad*. Totalizzare tanto il globale come il locale può avere conseguenze fatali per la politica.

Prendere entrambi, *McMundo* o *Jihad*, come una politica naturale, risulta piuttosto una antipolitica. Nel caso del *McMundo*, sarebbe l'antipolitica del globalismo: burocratico, tecnocratico y meritocratico, basato [...] sull'amministrazione delle cose —con la gente tra le cose che si devono amministrare. [...]

Nel caso della *Jihad*, la antipolitica o la tribalizzazione è espressamente antidemocratica: dittatura di un partito unico, governo per una giunta militare, fondamentalismo teocratico — frequentemente associato a una versione del *Führerprinzip* concede potere ad un individuo per dirigere un popolo¹⁹.

Finalmente, anche se pensassimo tanto il locale come il globale come unità, queste non sono solo parziali e momentanee, ma anche sono sempre fatte di rapporti e connessioni dinamiche, in costante rotazione. “[...] nelle descrizione della globalizzazione l'importante non sono le descrizioni sostanziali dei diversi attori o sistemi, ma la connessione tra loro. Quello che costituisce la globalizzazione sono le connessioni [...], il rapporto diventa la categoria fondamentale di una convincente teoria della globalizzazione”²⁰.

c) Finitezza–pluralità

Insieme all'idea di omogeneizzazione è anche apparsa la figura di un mondo più compatto, più finito, che implodeva verso l'uniformità di un solo modello.

¹⁹ B. Barber, “Jihad Vs. McWorld”, *The Atlantic*, vol. 3, no. 269, 1992, p. 64.

²⁰ Reeder, *Globalización y filosofía*, pp. 54–55.

Con l'apparizione di *The End of History and the Last Man*, in 1992, Francis Fukuyama sembrò incoraggiare tale posizione al riprendere un antico dibattito: la fine della storia, questione che già avevano anticipato Hegel e Marx. Nel contesto attuale, supponeva l'avvenimento di una tappa post storica nella quale —una volta caduto il Muro di Berlino e finito il grande confronto tra capitalismo e socialismo— il mondo si sarebbe installato nella pianura di una sola e unica visione trionfante, la logica capitalista. Questo significava la fine della Guerra fredda, della minaccia bellica e dei grandi conflitti dell'umanità e con esso una specie di riduzione del globo a un solo modello economico e culturale, così come l'unificazione della pluralità di posizioni, idiosincrasie e particolarità che popolano il mondo. Nonostante, tale riduzione è lontana dall'essere totale, la globalizzazione ha rappresentato senza dubbio una tendenza alla finitezza, ma allo stesso tempo ha moltiplicato gesti e reazioni particolari, a volte estremi o violenti, così come una diversità di visioni del mondo. Ciò vuol dire, se il binomio finitezza-pluralità è stato visto maggiormente in termini lineari ed escludenti, piuttosto tra entrambi si apre un paradosso in cui non c'è finitezza senza creazione di pluralità, al tempo che il plurale si integra e si produce in parte dentro questa tendenza alla finitezza. Lo stesso Fukuyama mostrava le sue diffidenze davanti ad una concezione totalmente finita del mondo e, quindi, la fine radicale della storia, lasciando così aperta la porta all'apparizione di contraddizioni che finirebbero per rilanciare la storia: "Il problema con la fine della storia può essere esposto come segue: esistono 'contraddizioni', nel nostro ordine sociale contemporaneo, liberale e democratico che ci permetterebbero di sperare che il processo storico continui e produca un nuovo e più alto ordine?"²¹. Insomma, la finitezza a cui ci avvicina la globalizzazione è una che si sostiene e non smette di produrre gesti e prospettive plurali, e con questo, non c'è qualcosa di propriamente globale né qualcosa di propriamente locale, o nel caso, si tratterebbe di una proprietà abbastanza peculiare: picchiettata di elementi estranei e alieni, di elementi che non sono propri, ma che finiscono per assumersi come tali; una proprietà che si sostiene sull'improprio. Con questo, saremmo lontani dall'osservare identità e *differenze blindate*, cioè, totalmente proprie: non c'è niente di proprio che in qualche modo non sia o sia stato di altri.

d) Origine-fine

Legato al tema della proprietà sta quello dell'origine e l'autenticità. È indiscutibile che la difesa del proprio, delle identità nazionali, delle particolarità etniche e culturali, si è esacerbato con l'accelerazione della globalizzazione.

²¹ F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, New York, The Free Press, 1992, p. 136.



L'esposizione di gesti che difendono il particolare, la differenza o quello che distingue alle comunità concrete, di fronte all'affanno unificante dei processi globali, è una caratteristica dei nostri tempi; comunque, come l'aveva già annunciato Benedict Anderson, buona parte di questa *nostalgia dell'origine* è stata prodotta dalla propria dinamica globale. Quei paradisi perduti, quel passato che non tornerà, in realtà non è mai esistito come tale, ma è piuttosto prodotto di un'idealizzazione che si è esacerbata con l'accelerazione della logica globale e la sua tendenza all'omogeneizzazione. Quelle forme di vita perdute sarebbero allora, in gran parte, creazione della globalizzazione, perciò, quelle comunità paradisiache non sarebbero in realtà l'origine, ma alla fine, un tentativo di narrare e dare senso al locale di fronte a una realtà che tende ad essere omogenea. Così come una persona non può ricordare da testa a coda tutti gli eventi della sua vita e per questo la racconta, per dare senso e costruire un passato che non possiede in maniera integrale, allo stesso modo i popoli, le comunità e le nazioni ricorrono alla narrazione e alla ricostruzione delle proprie origini, per darsi una identità e una proprietà: quello che non può essere ricordato in maniera attendibile, allora deve essere raccontato, cioè, creato a partire da una narrativa. Incrostate in una storia che non ha finalità né scioglimento prestabilito —cioè quello che è proprio dal tempo secolare—, le comunità e le nazioni si vedono nella necessità di ricreare le proprie origini e, con questo, la loro identità: "La coscienza di essere parte di un tempo secolare, seriale, con tutto quello che ciò implica in quanto a continuità [...] da luogo a una narrazione dell'identità"²². Il paradosso implica, così, che quella pretesa origine perduta sia alla fine, nelle narrazioni locali che cercano di far fronte alla tendenza unificatrice del globale.

e) Centro–margini

Quest'ultima aporia rifiuta che la globalizzazione tenda a centralizzare i processi e la vita stessa sotto un modello dirigente; tutto il contrario, quello che si produce è un movimento inverso in cui il centro è ora dappertutto. Non c'è più un solo centro dal quale si irradiano in modo univoco le politiche, la produzione, le forme di vita, la moda, le normative, ecc.: "il mondo globalizzato si presenta come un mondo sommamente policentrico, quindi, in loro coesistono numerosi stati, culture, religioni, ecc., non essendoci più un centro unico della società mondiale"²³. L'espressione *il centro è dappertutto*, si è popolarizzata per indicare la sua atomizzazione in una pluralità di punti difficilmente identificabili. Sono stati soprattutto Michael Hardt e Antonio Negri che hanno spinto questa prospettiva con l'idea del *impero*: non viviamo

²² B. Anderson, *Comunidades imaginadas*, México: FCE, 1993, p. 285.

²³ Reeder, *Globalización y filosofía*, p. 55.

più in un mondo dominato per una sola nazione, o uno Stato chiaramente localizzato —quello che loro potrebbero identificare come *imperialismo*—, ma per un dominio globale decentrato, che per questo stesso motivo è diventato ancora più efficiente nello esercitare una egemonia planetaria, dinamica e polimorfa. Il centro si è atomizzato in una pluralità di punti non localizzabili —per cui, onnipresenti— così, irradiano in maniera più effettiva i modelli e forme di vita del capitalismo globale. Sono stati principalmente due i processi che hanno spinto questa tendenza alla decentralizzazione: l'apparizione di aziende transnazionali che installarono piante industriali e uffici in paesi periferici e, con questo, trasferirono tecnologia e anche uno stile di vita alle popolazioni dove si sono situate; e al secondo posto ci sono le nuove tecnologie dell'informazione, che finirono per spingere questo processo ancora di più, perchè milioni di transazioni, di volumi d'informazione, di vendite e compere, di decisioni e bussines, si realizzano oggi tramite internet, tra agenti che non solo non si conoscono e possono essere distanti migliaia di chilometri, ma dei quali è difficile, se non impossibile, determinare la loro reale ubicazione.

L'immagine di un centro che è dappertutto, disseminato ai margini, ha contribuito in occasioni a vedere nella globalizzazione un processo positivo, prospettiva che si dovrebbe sfumare, perchè se bene si è tradotto in trasferimento di tecnologia e informazione a comunità che con questo hanno potuto migliorare il loro livello di vita, ha nonostante significato anche, paradossalmente, un rinvigorimento di questo centro che ora non c'è da nessuna parte. Ciò vuol dire che anche se non c'è un centro geografica e strettamente identificabile, la *funzione centro* non è sparita, solo che ora si presenta come una *nuvola di influenza* che può stare ovunque, ma no per questo perde certa consistenza e forza. Come espongono Hardt e Negri, è proprio quel decentramento ciò che ha reso le transnazionali più forti: possono ritirarsi da un paese e rovinare una popolazione, senza che esista la minaccia di sanzioni legali effettive. Allo stesso modo, i dirigenti di una azienda, anche se sono lontani dei chilometri, quindi *assenti*, possono essere abbastanza *presenti* quando controllano in maniera remota, ma altamente effettiva, la produzione nelle loro fabbriche, grazie alle nuove tecnologie dell'informazione.

La decentralizzazione e la dispersione globale dei processi e le aree di produzione, caratteristiche della postmodernizzazione o dell'informatizzazione dell'economia, provocano una corrispondente centralizzazione del controllo della produzione. Il movimento centrifugo della produzione si equilibra attraverso la tendenza centripeta del comando. Dalla prospettiva locale, le reti informatizzate e le tecnologie delle comunicazione proprie dei sistemi di produzione attuali permettono di controllare più





ampiamente l'adempimento dei lavoratori, da un luogo centrale remoto²⁴.

Il paradosso centro–margini è servito da molto presto per caratterizzare il processo di globalizzazione; nonostante, è anche un paradosso ingannevole o, se si vuole, un paradosso che chiude in se stesso un'altra aporia che invalida la prima: se bene il centro non appartiene più a un luogo geografico determinato, non si circoscrive più alla logica dello Stato–nazione, non per questo sparisce, anzi, prende la forma di una funzione e di una nuvola di influenza, che senza essere omogenea né completa, agisce per questo in modo più efficiente.

Finora abbiamo esposto alcuni dei principali paradossi della globalizzazione, cercando di sottolineare il loro carattere non esclusivamente unificatore e omogeneo. In questo approccio paradossale, il globale non si contrapone al locale, anzi, lo integra, lo usa e lo produce, al tempo che il locale emerge in consonanza con il globale e anche lo genera e utilizza: glocalizzazione. Abbiamo detto, ugualmente, che l'accelerato processo di globalizzazione che viviamo oggi è la radicalizzazione di una tendenza che ha accompagnato una buona parte dell'umanità dai suoi inizi: espansione, esplorazione, conquista, dominio, ecc. Nonostante, dare per scontati questi due elementi ha un certo rischio, che è quello che ora ci disponiamo a esplorare. Entrambi gli elementi —vedere nella globalizzazione l'accelerazione di un processo tanto antico come l'umanità e concepirla come qualcosa di non completo e non omogeneo, quindi, pieno di paradossi— non ci metterebbe a rischio di vedere in essa un processo naturale e quasi inevitabile che, anche, avrebbe un certo aspetto inclusivo e democratico, in tanto non solo comprende ma anche produce differenze? Per caso non il capitalismo si è mostrato sommamente destro all'ora di assorbire e naturalizzare le sue contraddizioni? Fino a che punto riconoscerle e vederle come naturali può farci cadere in un abbandono della critica e dell'urgenza di pensare altre forme di vita, precisamente perchè finiremo vedendo nella globalizzazione un *amabile mostro* —per utilizzare il termine di Raffaele Simone²⁵— che è condannato alle sue proprie aporie? Naturalismo e acriticismo sarebbero forse il costo di assumere che la globalizzazione e i suoi effetti sono qualcosa di naturale, qualcosa che si autolimita dovuto ai suoi propri paradossi. Quindi, non bisognerebbe allarmarci troppo, la possibilità di accedere al consumo di merci che prima erano lontane da noi, la comodità di vivere in un mondo lontano dalla perfezione, ma che ci offre satisfattori necessari, tutto questo farebbe sopportabili i costi di una realtà che potrebbe essere molto peggiore, o che, alla maniera della *Teodicea* di Leibniz, risulta essere

²⁴ M. Hardt y A. Negri, *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 320.

²⁵ R. Simone, *El monstruo amable*, México, Taurus, 2011.

il migliore dei mondi possibili, perchè tutto il male che troviamo in loro sarebbe predisposto verso un bene maggiore, un bene che i nostri limitati occhi non possono vedere.

La domanda centrale non è più che fare, se optare per l'omogeneizzazione o l'eterogeneizzazione, per l'interpretazione unificatrice o per quella che fa enfasi nello esplodere di una infinità di differenze. Alcune di queste risposte a tale questione —ad esempio, quella di Marramao²⁶—, hanno optato per non scegliere ne una ne l'altra, ma tutte e due, per affermare il carattere paradossale della risposta: entrambe allo stesso tempo, omogeneizzazione ed eterogeneizzazione simultaneamente. Anche noi scegliamo questa risposta, comunque, crediamo che su essa si alza una domanda ancora più importante: se dobbiamo accettarle, cosa facciamo coi paradossi? Li naturalizziamo e quindi, li facciamo diventare includenti oppure li radicalizziamo? Li facciamo diventare amabili oppure rinforziamo il loro carattere irresolubile e indecidibile? La risposta che vogliamo abbozzare in seguito prende come motivo il pensiero di Gilles Deleuze —e anche quello di Félix Guattari—; nella loro proposta, l'unica maniera di rimanere critici e all'erta di fronte alla globalizzazione e il capitalismo, ed evitare effettivamente un'omogeneizzazione del mondo, è rifiutare la naturalizzazione dei suoi paradossi, cioè, evitare di vedere in loro le contraddizioni includenti che finirebbero per fare del globale e del locale opposti complementari; quello che loro propongono, invece, è accentuare il loro carattere irresolubile: che uno non si risolve ne si dissolve nell'altro. Senza dubbio, i termini della contraddizione restano relazionati, ma non sono riducibili tra di loro; rimangono affermando la loro differenza, una che non è ne sostanziale ne permanente, ma sempre relazionale.

Un mostro mite ed includente

Il carattere autorigenerante del capitalismo non è un tema nuovo, già Marx faceva enfasi sull'enorme capacità che questo ha non solo di rigenerarsi, ma anche di prendere nuovi impulsi dalle sue crisi. Questa sorprendente capacità di ristabilirsi, così come di sembrare amichevole e includente, è stata anche un tema centrale in alcuni lavori di Herbert Marcuse e di Pier Paolo Pasolini, in testi come *L'uomo ad una dimensione* e *Scritti corsari*²⁷, rispettivamente. Per il primo, ad esempio, restava chiaro che "La conquista tecnologica e politica dei fattori trascendenti nell'esistenza umana, così caratteristica della civiltà industriale avanzata, si sottolinea nella sfera istintiva, come soddisfazione raggiunta in un modo che genera sottomissione e

²⁶ Cfr. Marramao, *Pasaje a Occidente*.

²⁷ P. P. Pasolini, *Escritos corsarios*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2009.



indebolisce la razionalità della protesta. [...] Il piacere, adattato in questo modo, genera sottomissione”²⁸. Il grande paradosso della felicità nei nostri tempi è, come afferma Alain Badiou²⁹, che essa si è ridotta alla soddisfazione; essere felice è soddisfare tutte quelle necessità che la logica di consumo ha creato e che sono, per questo, interminabili. Il capitalismo globale ha saputo vendere una forma di sottomissione che si accetta in modo non solo succube, ma anche gioioso. Raffaele Simone trova anche in Alexis de Tocqueville, contemporaneo di Marx, un’altro esempio di pensatore quasi visionario che seppe intravedere l’arrivo di un nuovo sovrano che esercitava il potere in maniera despotica e totale, ma che invece di causare rivolte e proteste, sarebbe stato ricevuto con beneplacito, si sarebbe trattato, allora, di un potere che avrebbe degradato gli uomini senza tormentarli.

[...] il regime abbozzato in modo allarmante da Tocqueville si è materializzato pienamente oggi, ma con una differenza rispetto alla previsione: il posto del “sovrano assoluto” non lo occupa il re (come lui temeva), ma un ente immateriale e invisibile. È una entità che non ha né corpo né domicilio postale, che non risiede da nessuna parte, ma che ha una sede diffusa, perchè è formata da tutti quelli che governano la cultura di massa del pianeta: insomma: per quello che denominerò “il mostro mite”³⁰.

Risulta quasi contraddittorio pensare che un regime pieno di paradossi, come quelli esposti prima, possa alla fine diventare un *mostro mite*: come potrebbe amarsi un paradosso che finisce per sottometterci e umiliarci? La risposta è in se stessa aporetica. I paradossi sono diventati sopportabili e gentili perchè si sono naturalizzati, perchè attraverso loro si è ammorbidito il colpo e la forza di un sistema che sottomette e umilia, ma che si presenta come amabile e includente, pieno di contraddizioni e debolezze che finiscono per abbracciare quello che sembra il suo contrario, quindi, mostro con apparenza debole e comprensiva limitato per le sue proprie languidezze. Mostro accettabile che ci invita a tollerarlo e a diventare compiacenti. I paradossi della globalizzazione non spariscono, ma si sono disattivati perchè si sono ammorbiditi, si sono naturalizzati o si vedono come inevitabili, allora bisogna *lasciarli essere e lasciarli passare*. D’accordo con Foucault, queste aporie hanno assunto il naturalismo proprio del liberalismo, si sono naturalizzate perchè si mostrano come la forma di vivere di questi tempi, contro loro poco si può fare e non sono neanche tanto cattive, ci permettono di integrarci, consumare e soddisfarci. Per Foucault, il liberalismo è un sistema politico ed economico che deve il suo successo al fatto che ha smesso di reprimere e

²⁸ H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, Planeta, 1993, p. 105.

²⁹ A. Badiou, *Métaphysique du bonheur réel*, Paris, PUF, 2015.

³⁰ Simone, *El monstruo amable*, p. 121.

costringere per governare, ora piuttosto produce libertà, ma libertà funzionali per la logica liberale. In questa logica, i paradossi si vedono come un male necessario che viene compreso nell'ambito dei rischi, ma che si possono sempre gestire, tollerare e includere. Così, la caratteristica propria di questa tappa del capitalismo non è la repressione, ma il produrre e consumare delle libertà. Questa nuova arte di governare:

[...] non si accontenta di rispettare tale o quale libertà, di garantire tale o tale libertà. Più profondamente, consuma libertà. [...] non può funzionare se non nella misura che c'è effettivamente un certo numero di libertà: libertà di mercato, libertà del venditore e del compratore, libero esercizio del diritto di proprietà, libertà di discussione ed eventualmente libertà d'espressione, ecc. La nuova ragione governativa ha bisogno di libertà, la nuova arte governativa consuma libertà [...] è obbligato a produrla, è obbligato ad organizzarla.³¹

In "Poscritto alle società di controllo", Gilles Deleuze torna sullo stesso tema e per questo riprende anche un motivo foucaultiano: il passaggio delle società disciplinare alle società di controllo. Le collocazioni in posti chiusi —la fabbrica, la scuola, la prigione, l'ospedale, ecc.—, il confinamento in piani ben quadrettati, un'amministrazione puntuale del tempo e delle attività, è quello che ha dato alle discipline la loro principale forza ed effettività: produrre soggetti ubbidienti e capaci per il lavoro. Comunque, le cose sono cambiate, vediamo apparire nuove forme che non si basano oramai sulla chiusura, ma in una forma di controllo più sottile, all'aria aperta, i flussi non si fermano né si ostacolano, anzi, si animano, si reindirizzano, si spingono. La videosorveglianza, le nuove tecnologie dell'informazione, la delocalizzazione che loro permettono, la transnazionalizzazione, la porosità e indeterminazione degli Stati-nazionali e le frontiere, così come il flusso continuo di persone, merci, dati, soldi, immagini, ecc., hanno fatto necessaria tutta una nuova logica di governo non più basata sulle grandi reclusioni.

Sono le società di controllo quelle in processo di rimpiazzare le società disciplinare. "Controllo" è il nome che Burroughs propone per designare il nuovo mostro e che Foucault riconosce come il nostro futuro. Anche Paul Virilio non smette di analizzare le forme ultrarapide di controllo all'aria aperta, che sostituiscono le vecchie discipline che operano nella durata di un sistema chiuso.³²

³¹ M. Foucault, *Naissance de la biopolitique*, Paris, Gallimard-Seuil, 2004, p. 65.

³² Deleuze, *Pourparlers*, p. 241.



Deleuze segnala che non si tratta di un modo più dolce o più duro di sorveglianza —in comparazione con le società disciplinari—, semplicemente si tratta di un'altra forma di controllo, con *le sue proprie liberazioni e servilismi*. Nonostante, si tratta di uno schema molto più effettivo che l'antecedente, in tanto fronteggia un mondo diverso, cioè, fluente e liquido. Se qualcosa distingue la logica capitalista è questa capacità di imparare dagli ostacoli e farli diventare funzionali ai suoi requisiti; se la realtà è fluente e liquida, il capitalismo non solo ha abbandonato il blocco e il confinamento dei flussi, ora li propizia e si monta sulle sue onde. Questa flessibilità, questa grande capacità di opportunismo, di trarre vantaggio dalle proprie crisi, risponde al fatto che il capitalismo è soprattutto un'arte di governare, una governamentalità³³, prima che una dottrina rigida la cui effettuazione possa essere qualificata come vera o falsa rispetto a un testo. Ad esempio, quando si prende una misura liberale di governo, uno non si chiede se essa è fedele a tale testo o a tale insieme di principi, ma se è effettiva, se produce i risultati attesi, se è radicale o timida. In cambio, il socialismo ebbe sempre necessità di giustificarsi come vero o come falso di fronte ai testi che fondarono la dottrina.

Ma è che al liberalismo lo si fa la stessa domanda che uno espone all'interno e a proposito del socialismo, cioè, sapere se è vero o falso? Al liberalismo si domanda se è puro, se è radicale, se è conseguente, se è mite, ecc. Ciò vuol dire, uno le chiede quali regole si pone a se stesso e come compensa i meccanismi di compensazione, come misura i meccanismi di misura che ha instaurato all'interno della sua governamentalità³⁴.

Il capitalismo liberale non è qualcosa che si debba giustificare di fronte ad un testo, non è qualcosa che possa fondarsi in un insieme di principi canonici, tutto il contrario, se qualcosa lo distingue, se qualcosa gli dà forza e lo fa malleabile, è la sua capacità di ruotare e adattare le sue "fondamenta" a quella che è l'occasione. Infatti, qui sarebbe rischioso parlare di fondamenta, quello che c'è in fondo alla logica capitalista è un insieme di *assiomi* che si rifanno ogni volta che è necessario. Dalla prospettiva di Deleuze, il capitalismo deve il suo grande potere di riattivazione e riabilitazione, nonostante le sue crisi, alla sua grande capacità assiomatizzante. Quello che è proprio della logica capitalista non è dare luogo a un fondamento o a un codice di base a partire

³³ Bisogna intendere per governamentalità le azioni effettive e le tecnologie coinvolte nell'esercizio del governo, quindi, tutte quelle decisioni e misure che giustificano e danno concrezione all'atto di governare. In modo più specifico, con questo concetto Foucault si riferisce a una forma di esercizio del potere apparsa nel secolo XVIII e che ha come principale obiettivo la popolazione, la sua principale strategia l'economia politica e il suo principale scopo tecnico, la sicurezza.

³⁴ Foucault, *Naissance de la biopolitique*, p. 94.

dal quale tutti gli altri codici si dovrebbero aggiustare, tutto il contrario, quello che crea sono assiomi che, come enunciati autoevidenti che non hanno bisogno di dimostrarsi ne derivarsi da niente anteriore a loro, risultano sommamente adatti per accomodarsi e riformarsi a partire dalle necessità di ogni situazione. Un assioma non solo imprime ordine, ma anche può essere modificato per stabilire uno nuovo. Ogni cosa che esca da questo ordine —una *linea di fuga*³⁵, ad esempio— può essere integrata e reinterpretata sotto la luce di un cambiamento negli assiomi, loro possono sempre essere risemiotizzati, ristrutturati e flessibilizzati per includere quello che gli scappa, possono sempre territorializzare quello che si era deterritorializzato³⁶.

Lontano da tracciare linee di fuga creatrici e di coniugare tratti di deterritorializzazione positiva, l'assiomatica spiana tutte le linee, le sottomette a un sistema puntuale e ferma le scritture algebriche e geometriche che scappano dappertutto. È come con la questione dell'indeterminismo in fisica: si realizza una "messa in ordine" per riconciliarlo col determinismo fisico. Le scritture matematiche si fanno assiomatizzare, cioè, ri-stratificare, ri-semiotizzare; i flussi materiali si riconfigurano. È una questione tanto di politica come di scienza: la scienza non deve divenire pazza... Hilbert e de Broglie furono uomini politici tanto quanto degli scienziati: hanno messo ordine³⁷.

Gli assiomi funzionano come le ipotesi *ad hoc* in epistemologia: se qualcosa non si aggiusta alla teoria, si introduce una piccola modifica in alcuni enunciati secondari perchè le cose abbiano senso e le teorie non cadano³⁸. Il capitalismo

³⁵ Le *linee di fuga* sono tutti quei gesti ed atti che scappano dagli strati duri indotti dalle istituzioni, per la logica capitalista e lo Stato, che cercano di tradurre e introdurre tutta condotta e azione umana dentro un'etichetta, identità o casella. È una linea che fugge da un territorio e dalle identità fisse, implica, perciò, l'impossibilità di dare una ubicazione esatta; in questo senso, si trova sempre nel *tra*, passa *tra* i punti, senza mai installarsi in uno di loro.

³⁶ Nell'ontologia deleuziana la coppia territorializzazione–deterritorializzazione risulta centrale. Per cominciare, seguendo le tracce di Jacob von Uexküll (etologo estone, fondatore dell'etologia chi visse da 1864 fino a 1944), non c'è un territorio in se per nessun essere vivente, ma esso è prodotto di una dinamica di territorializzazione che fa diventare familiare l'entorno attraverso marche, odori, abitudini, tracce, tane, canti, insomma, una pluralità di materie d'espressione. Territorializzare significa costruirsi un territorio che sia familiare attraverso diverse marche d'espressione, ma non c'è territorio fisso. Territorializzare è una dinamica continua di rimarcare e ritardare, estendere ed alterare, abbandonando paraggi o modificando quelli già conosciuti; perciò, non c'è territorializzazione senza una parallela deterritorializzazione. In questa dinamica, non solo si deterritorializza la terra, ma anche altri corpi, altri soggetti, essi anche si marcano, entriamo in simbiosi con loro, facciamo marche e tratti su di loro, gli organizziamo e disorganizziamo in certo modo, nella stessa maniera che cerchiamo di far diventare familiare un territorio.

³⁷ Deleuze y Guattari, *Mille plateaux*, p. 179.

³⁸ D'accordo con Imre Lakatos, le ipotesi *ad hoc* sono quelle che possono introdursi espressamente per evitare che una teoria sia falsificata oppure per aggiustare in modo più coerente la teoria con i fatti. Cfr. *Escritos filosóficos I. Los programas de investigación científica*, Madrid: Alianza, 2007.





agisce in modo simile: manca di fondamenti e di principi permanenti, si sostenta piuttosto in un insieme di assiomi che sono modificabili e aggiustabili secondo lo scenario, l'importante è che la situazione non *diventi pazzo*, ma che possa essere capita prima o poi dentro dell'ordine. Ora, per mettere ordine non è necessario creare né principi né codici permanenti, non è necessario territorializzare in modo rigido perché tutte le altre deterritorializzazioni fermino il loro folle gioco. La parte innovativa della logica capitalista è che non cerca di fermare le deterritorializzazioni del locale, delle tribù e gesti particolari con una territorializzazione oppure con un modello universale, ma precisamente le attacca con un gesto ugualmente diverso: producendo una deterritorializzazione senza sosta, un gioco ugualmente folle.

Non c'è forma di vita che non si esprima come una forma di territorializzazione sulla Terra, la Terra sarebbe il grande spazio sul quale ogni forma di vita si crea un territorio. Dunque, la Terra non è in realtà nessun territorio, ma è piuttosto la possibilità di ogni territorio, è quello che Deleuze chiama *la deterritorializzata*, perché in essa non c'è un territorio né una forma di vita in sé, ma la possibilità che le particolarità e singolarità esistano sempre in modo plurale e dinamico, interconnettendosi, territorializzando e deterritorializzando: "[...] la Terra è allora la Deterritorializzata, è inseparabile da un processo di deterritorializzazione che è il suo movimento aberrante [...]: le molteplicità la popolano, le singolarità si connettono, i processi o i divenire si sviluppano, le intensità salgono o scendono"³⁹. La peculiarità del capitalismo è che non si è impiantato nella Terra come un processo in più di territorializzazione, ma che precisamente ha messo in moto la strategia contraria, emulando a la Terra, la sua dinamica è la deterritorializzazione permanente.

Il capitalismo è piuttosto quello che deterritorializza la Terra, ma per seguire e controllare i suoi flussi di merce, di lavoro e di denaro si distribuiscono su essa in tutte le direzioni; questa deterritorializzazione generalizzata, propria del capitalismo, non si realizza senza suscitare le reterritorializzazioni più fittizie (familismo, regionalismo, ritorno alle tradizioni, al folclore)⁴⁰.

Non c'è deterritorializzazione senza reterritorializzazione, l'effettività del capitalismo, in particolare del liberalismo, radica nel fatto che ha trovato che si può governare e gestire seguendo gli spostamenti naturali delle cose, propiciando i flussi più che bloccandoli; comunque, per realizzare tale decodificazione e deterritorializzazione si può anche valere del contrario,

³⁹ Deleuze, *Pourparlers*, p. 201.

⁴⁰ D. Lapoujade, *Deleuze, les mouvements aberrants*, Paris, Editions du Minuit, 2014, p. 41.

di codificazioni e territorializzazioni, della possibilità di designare e stabilire delle identità.

Paradossi fittizie vs. Paradossi radicali

Come abbiamo visto, il capitalismo non risponde a un codice o a un fondamento fisso, la sua logica risponde a una deterritorializzazione permanente, ma in questa dinamica non respinge la creazione di codici e reterritorializzazioni di ogni tipo: dalla famiglia alle tribù, da il più tradizionale fino al più avanguardista, da il più classico fino al più *kistch*. Si mostra, in modo simile alla *gran deterritorializzata* (la Terra), come il terreno dal quale è possibile includere e flessibilizzare tutto. Nonostante, questo gesto inclusivo finisce per eliminare la possibilità della differenza⁴¹, non solo perchè il singolo e il locale si omogeneizzano, ma anche perchè non gli può integrare senza dargli un nome, una etichetta, un'identità. La logica capitalista non include senza esigere alcun tipo d'identità, d'appartenenza o proprietà, ma non solo le esige, anche le fissa, e con questo il paradosso diventa ancora più ingannevole, diventa il meccanismo attraverso il quale si crea un fuori fittizio per poter nominarlo e poi assorbirlo. Fuori fittizio che crea un'altra finzione: che il capitalismo manca di esterno⁴², perchè,

⁴¹ La *differenza* a cui pensa Deleuze è una che non può stabilirsi a partire da un'origine, non è la deviazione da un originale che finì spiegandosi o alterandosi; ma la differenza è l'originario, è la sua differenziazione *intensiva* e non risponde a nessun originale, per questo, non può determinarsi né confrontarsi con alcun riferimento esterno a "più autentico", non può rappresentare niente fuori da se. Questa differenziazione intensiva si realizza sempre in connessione con altre cose, loro stesse differenziandosi, senza che debbano ridursi a vicenda o ibridarsi. In questo aspetto, le particolarità e le singolarità a cui scommette Deleuze —culturali, politiche, sociali, ecc.— non potrebbero ridursi a nessun modello generale oppure originale, ma neanche conformerebbero delle unità coerenti e permanenti, precisamente perchè non smettono di differenziarsi e di crearsi ad ogni nuova connessione. Non c'è origine ma solo superficie, così, i simulacri sono tutto, perchè non hanno più un originale a cui rispondere. Il mondo risponde ad una interminabile dinamica di connessioni e sconessioni, accoppiamenti e disaccoppiamenti, territorializzazioni e deterritorializzazioni, di differenze che si collegano con altre differenze a partire dalle loro differenze: "Il simulacro è il sistema dove il differente si relaziona con i differenti per la differenza stessa" (Deleuze, *Différence et répétition*, p. 355). Bisogna chiarire che per *intensivo* Deleuze intende tutto movimento che accade nello stesso luogo e che varia per la sua propria differenziazione immanente; cioè, l'intensivo parla di una differenza non estensiva come, ad esempio, quando un oggetto cambia di posto; ma di una differenziazione che non implica che l'oggetto semplicemente si muova o si mischi con l'altro. Possiamo mischiare acqua e sale, estensivamente questo ci darà acqua salata, come se entrambi gli elementi fossero unità coerenti e unitarie prima dall'unione, ma visto da un punto di vista intensivo, non c'è in realtà nessuna miscela, ma l'accoppiamento di due elementi che in loro stessi si stanno differenziando permanentemente anche prima di incontrarsi; così, la relazione si stabilisce non attraverso le sue consistenze, ma delle sue differenziazioni.

⁴² Quando diciamo che *il capitalismo non ha esterno*, in realtà stiamo segnalando la maniera come funziona, secondo Deleuze: come una realtà che abbraccia tutta la Terra e che emula la deterritorializzazione di lei stessa: in questa maniera si presenta come il suolo naturale, originario



alla fine, prima o poi quello che sembra esterno è già incluso in qualche maniera attraverso un paradosso che lo fa diventare complemento del suo contrario. Si tratta, così, di aporie che sono già state assiomatizzate e che invece di dare luogo a differenze radicali che creano ibridi, fanno omogeneo quello che è disuguale, lo fanno digeribile a forza di nominarlo e farlo complementare. È difficile negare l'abbondanza di paradossi che conformano la globalizzazione; comunque, ciò che facciamo con loro non lancia risultati uguali. I paradossi possono naturalizzarsi, possono essere assorbiti da un assioma che gli strappa il loro carattere indecidibile e gli fa apparire come fatti da opposti che si possono etichettare, e quindi, omogeneizzabili; in questa maniera le aporie diventano includenti e si indeboliscono; i contrari diventano visibili e ben delimitati: le minoranze e i movimenti più contestatari finiscono per assumere una faccia definita, un'identità riconoscibile. Ma anche si possono fare cose con i paradossi, possiamo portarli all'estremo e affermare il loro carattere indecidibile, possiamo radicalizzarli e *accelerare il processo*.

Ma per quale via rivoluzionaria se c'è qualcuna? —Ritirarsi dal mercato mondiale, come Samir Amin consiglia ai paesi del terzo mondo, in una curiosa rinnovazione della "soluzione economica" fascista? Oppure, andare in senso opposto? Cioè, andare ancora più lontano dal movimento del mercato nella decodificazione e deterritorializzazione? È che forse i flussi non sono già così deterritorializzati, non tanto decodificati, dal punto di vista di una teoria e una pratica di flussi di alto contenuto schizofrenico. Non ritirarsi dal processo, ma andare più lontano, "accelerare il processo", come diceva Nietzsche: in realtà, in questa materia non abbiamo ancora visto niente⁴³.

Accelerare il processo significherebbe ipostatizzare l'opposizione tra il globale e il locale? La risposta è chiaramente negativa, perchè è grazie ad aver fissato gli opposti, avergli dato un nome e una etichetta, che sono diventati digeribili e omogenei. Come espone Benjamin Barber, è ugualmente pericoloso, e in molti sensi è equivalente, *mcdonalizzare* il mondo, facendolo diventare una entità uniforme e piatta, sottomessa agli stessi stile e modi —musica, idee, mode, alimentari, tecnologia—; che *ihadizzarlo*, parcellizzarlo in posizioni pure e blindate in cui la dissidenza si paga con sangue. Entrambe fanno diventare la Terra uno *spazio striato* dove in anticipo ad ogni cosa corrisponde un luogo, dove c'è una maniera di essere e di vivere, fuori dalla

e totale sul quale hanno luogo tutte le territorializzazioni, tragitti ed espressioni —dalle più conservatrici fino alle più marginali—. Nonostante, per il filosofo francese, questa immagine di totalità è illusoria. C'è un fuori dal capitalismo, un'esteriorità che questo non potrà abbracciare né inghiottire dal tutto, quello che Deleuze chiama *lo schizo*.

⁴³ Deleuze e Guattari, *Le Anti-Edipe*, p. 285.

quale c'è l'emarginazione o la morte. Entrambe le possibilità producono alla loro maniera gesti di violenza e intolleranza, al tempo che classificano il mondo dentro determinate strie, caselle e direzioni.

Quello che chiamo forze della *Jihad* e forze del *McMondo* operano con uguale impeto in direzioni opposte, una diretta da odi parrocchiali, l'altra da mercati universali; uno ricreando vecchie frontiere subnazionali ed etniche, l'altro facendo diventare porose le frontiere nazionali. Entrambe hanno una cosa in comune: nessuna offre molta speranza ai cittadini che cercano vie pratiche per governare se stessi in modo democratico⁴⁴.

La *jihadizzazione* del mondo e la sua *macdonalizzazione* sono due realtà opposte al tempo che molto omogenee: una può vedersi come il roverso, l'effetto o la reazione dell'altra, quindi, condividono in molti sensi la stessa logica. Siamo qui davanti ad un paradosso fittizio che può solo stabilire la contraddizione al prezzo di far diventare omogenei gli opposti. In cambio, un paradosso radicale affermerebbe la differenza irriducibile degli opposti, in grande misura smetterebbero di essere opposti per diventare differenze radicali che strettamente non sarebbero assegnabili né al locale né al globale, né all'ibrido di entrambe, ma che emergerebbe *tra* loro, negli interstizi che non riescono a essere compresi per nessuno dei due né per la loro mescolanza. Per il contrario, se pensiamo che la finalità di un paradosso è produrre ibridi, siamo davanti ad una aporia fittizia, qui gli opposti finiscono per diventare omogenei, sia perché uno deriva dall'altro, sia perché emerge come una mera reazione di fronte all'altro, sia perché si mescola con l'altro. Un paradosso fittizio finisce per riconciliare gli opposti una volta che gli ha nominati, invece, un paradosso radicale afferma la differenza dei suoi elementi, ma senza ridurre uno all'altro. L'idea, ad esempio, che il locale è finalmente prodotto per il globale condivide quel conio, non ci lascia pensare alla differenza, cioè, quale forma avrebbe una manifestazione singola senza dover ridurla al globale o al locale? Ogni differenza deve starci in alcuna di queste caselle? Il problema, ad esempio, con la *jihadizzazione*, è che non troviamo in essa una vera differenza, perché la sua ragione di essere è lottare contro Occidente e il McMondo, contro il globale, ma quando lo fa, diventa complementare di quello contro il che lotta. Non è questo per caso uno dei pericoli di naturalizzare i paradossi? Cioè, vedere che le contraddizioni sono formate da opposti definibili e delimitati e che la differenza solo può apparire nella mera opposizione, non è una maniera di disattivare quelle aporie e farle amabili ed includenti, al tempo che univoche e omogeneizzanti? Non è una maniera anche per disattivare la critica e la possibilità di resistenza?

⁴⁴ Barber, "Jihad vs. McWorld", p. 53.



Da una prospettiva tale, il locale, il tribale, il singolare, vedrebbero a rischio la loro differenza e la possibilità di resistere, perchè semplicemente si tradurrebbero nel rovescio di quello che respingono, in ibridi di quello con cui si confrontano. Per il contrario, come espone Ronald Bogue, la autentica differenza e la autentica resistenza solo potrebbero presentarsi come una linea di fuga.

Una linea di fuga è una linea che scappa da qualsiasi ordine fisso e stabile. È una linea *tra le cose*, tra entità e identità chiaramente demarcate, uno zigzag, corso imprevedibile che perturba le coordinate di uno spazio organizzato. La linea di fuga è, in poche parole, la linea nomade di uno spazio liscio⁴⁵. E quello essenziale è che una linea di fuga è una linea di divenire—un'altro, di metamorfosi, di costante trasformazione⁴⁶.

Portare i paradossi al loro limite, accelerare il processo, non significherebbe superare il loro carattere indecidibile, ma affermarlo; implicherebbe non ibridare i loro termini in un processo di complementazione e identificazione reciproca; anzi, il singolare, le espressioni particolari, le vere differenze che potrebbero resistere e riattivare la critica, non nascerebbero ne dentro il locale ne dentro il globale, visti come opposti consistenti; sorgerebbero piuttosto *tra* entrambi, in una *zona di indecidibilità* tra il locale e il globale; ne propriamente globali ne propriamente locali. I paradossi radicali a cui aspira Deleuze ci parlano di poli non chiari, che si conformano e rifanno a seconda che si incontrano e confrontano.

Finalmente, il pericolo di naturalizzare i paradossi è che quando lo facciamo perdiamo la possibilità di sperimentare la differenza radicale, quella irriducibile a una dicotomia prestabilita, perchè tali solfe spesso sono auspiccate —in fondo— dall'egemonia di qualcuno degli opposti che le costituiscono. Nel caso del *glocale*, è senza dubbio la prospettiva globale—liberale quella che domina nel paradosso, con cui il locale finisce definendosi esclusivamente in opposizione a una dicotomia imposta dalla prospettiva egemonica, perdendo la possibilità di esplorarsi come differenza radicale. A questo punto, autori come Marramao sarebbero apertamente d'accordo con la prospettiva deleuziana.

⁴⁵ Bisogna capire come *spazio liscio* uno spazio libero sul quale ogni tragitto e spostamento è possibile, non ha ne vie, ne luoghi, me marche, ne caselle prestabiliti, ma si allarga come possibilità di tracciarli, di definire linee, vie, e di fare territorio. In contrasto, lo *spazio striato* ha già vie, luoghi e nicchie prestabiliti, che ci dicono dove andare, quali tragitti prendere, come territorializzare, dove fermarci.

⁴⁶ R. Bogue, "Nomadic Flows: Globalism and the Local Absolute", *Concentric: Literary and Cultural Studies*, vol. 31, no. 1, 2005, p. 18.

In questo conflitto, il locale non si costituisce come alternativa al globale [...]. I localismi appartengono in tutto e per tutto alla logica della globalizzazione: si alimentano di essa anche quando ostentano irriducibile inimicizia [...]. Autoreferenza tecnocratica della logica globale e deriva populista dei contesti locali di identificazione simbolica si relazionano tra loro come le due facce della stessa moneta, progettando in forma unita un asse di relazioni conflittive rispetto alle politiche di universalizzazione⁴⁷.

Coda. Un popolo per venire

È vero che il capitalismo, tale come lo definisce Deleuze, evade ogni fondamento, ogni territorializzazione permanente; nonostante, questo movimento deterritorializzatore non può prescindere di territorializzare, di assegnare delle identità e dei limiti stabili; è proprio lì dove le singolarità⁴⁸ corrono il pericolo di essere ridotte a un'espressione fissa. Se vogliamo preservare il locale come differenza radicale, se non vogliamo fissarlo in una identità stabile, non possiamo vederlo in semplice continuità o come reazione di fronte al globale; soprattutto perchè esso risponderrebbe a quello che Deleuze e Guattari chiamano il *relativo globale*, cioè, uno *spazio striato*, diviso in parti, in luoghi, che stabiliscono direzioni fisse e bordi, così come le maniere valide di oltrepassarli. Di fronte al relativo globale si alzerebbe l'*assoluto locale*; cioè uno spazio *liscio* che non ha ne compartimenti ne solchi che indichino in anticipo quale distribuzione prendere, in quale casella installarsi o quale forma prendere. L'*assoluto locale* si presenta come *movimento nomade* che non è localizzabile ne delimitabile in maniera permanente, dato che si orienta e si riferisce a una pluralità di manifestazioni, loro stesse in mutazione. L'assoluto locale si riferisce allora a: "[...] un'assoluto che ha la sua manifestazione nel locale e si genera in una serie di operazioni locali di orientamenti diversi: il deserto, la steppa, il ghiaccio, il mare"⁴⁹. Significa *far apparire l'assoluto nel luogo*, senza pretendere che quel luogo diventi assoluto. Far apparire il luogo nell'assoluto è precisamente la strategia capitalista e della globalizzazione in generale: al presentarsi come un mostro senza fondamenti il cui compito è la deterritorializzazione

⁴⁷ Marramao, *Pasaje a Occidente*, p. 249.

⁴⁸ Nella prospettiva deleuziana, le singolarità sono ciò che esiste prima degli individui e ciò che permette l'individuazione; è quello che emerge a partire da una dinamica intensiva di relazioni e accoppiamenti, perciò, raggiunge solo una stabilità precaria e momentanea, perchè cambia di natura, così come cambiano le sue connessioni. Le singolarità non sono assolutamente indifferenziate, ma neanche ci rimettono ad individui completi e ben definiti. Possiamo ben dire, sono punti precari e diffusi che perdono la loro consistenza ad ogni nuovo accoppiamento e che raggiungono una nuova ad ogni nuova connessione.

⁴⁹ Deleuze e Guattari, *Mille Plateaux*, p. 474.



intensiva⁵⁰, si manifesta come un luogo con carattere assoluto, come una prospettiva particolare che diventa totale e senza esterno. Far passare per globale una prospettiva che è in realtà particolare, è la strategia ottima per assorbire tutte le altre particolarità. Questa è la funzione dei paradossi fittizi, naturalizzare le contraddizioni e assorbire le differenze. In cambio, i paradossi radicali conservano e potenziano la differenza, i loro elementi non hanno più forma di opposti, ma d'*entità nomadi* o molteplicità⁵¹ che non smettono di differenziarsi, che hanno una pluralità di riferimenti e di relazioni, cambiando di natura ad ogni nuovo rapporto e connessione. Si tratta allora di differenze immanenti che non possono *essenzializzarsi* né ridursi in un riferimento totale o una polarità dicotomica stabile.

I paradossi che abbiamo abbozzato corrono il rischio di far apparire il locale e il globale come due poli chiaramente definiti e delimitati, da cui che ogni differenza può capirsi solo alla luce di entrambi. Quella è precisamente la maniera in cui un paradosso diventa fittizio. Per il contrario, in un paradosso radicale gli opposti si stabiliscono come differenze irriducibili che, se bene si relazionano, non acquistano né tratti stabili né delle identità. Si tratta allora di differenze nomadi. Il nomade non è quello che va da un punto all'altro, la sua ragione di essere non è andare da A verso B, ma la sua ragione di essere è nel tragitto stesso, senza origine né fine determinato. In questo aspetto, tali concetti ci danno strumenti nuovi per pensare il locale come vera differenza, cioè, come pluralità di espressioni nomadi, non fisse e con una diversità di riferimenti, non solo il globale. La forma, espressioni e contenuti del locale sarebbero allora permeati da una costante differenziazione, per farsi e rifarsi secondo cambiano le loro relazioni. L'eterogeneo non si potrebbe ridurre a essere un effetto dell'omogeneo, il particolare non sarebbe una delle manifestazioni dell'universale, il plurale non sarebbe una delle forme in cui il finito implode, i margini non sarebbero in continuità col centro. Il locale, le singolarità, le differenze, non dovrebbero chiedere una carta d'identità, una assegnazione di nome o la riconoscenza della sua unità e coerenza per attuare, resistere e creare nuove forme di vita. Se c'è qualche forma di resistenza al processo globalizzatore che viviamo, che si vale della naturalizzazione delle sue contraddizioni, quel ridotto sarebbe nel resistere all'identità e alla delimitazione permanenti, all'essere adottati necessariamente da alcuno dei poli della contraddizione. Come espone Giorgio Agamben, se c'è

⁵⁰ Il significato di *intensivo* è chiarito nella nota 41.

⁵¹ Col termine *molteplicità* Deleuze cerca di far fronte ad una concezione delle cose, dei corpi e dei soggetti in termini d'identità e di proprietà. Per il filosofo francese, i corpi non rimangono mai identici a loro stessi, si differenziano da loro stessi in modo intensivo e costante, cambiano di natura così come si dividono o si connettono con altri corpi, ancora così, i corpi sono molteplici in maniera immanente e non per una mera aggregazione: "ogni molteplicità è già composta da termini eterogenei in simbiosi, [...] essa non smette di trasformarsi in altre molteplicità in fila, seguendo le loro soglie e le loro porte" (Deleuze y Guattari, *Mille plateaux*, p. 305).

qualcosa che lo Stato e le istituzioni che puntellano la logica globalizzante non possono tollerare “è che le singolarità che conformano una comunità non siano rivendicate in qualche identità, che ci siano essere umani che si coappartengono senza una condizione rappresentabile d’appartenenza, (essere italiano, di classe operaia, cattolico, terrorista, ecc.)”⁵². La comunità che viene agambiana sarebbe precisamente l’espressione di forme di vita che non hanno bisogno di giustificarsi o modificarsi per appartenere a un insieme che in se stesso non può nominarsi né fissarsi, non può acquisire nessuna identità. Si tratterebbe, come anche afferma Marramao, di una comunità paradossale, comunità dei senza comunità. Solo così sarebbe pensabile la democrazia, come qualcosa sempre “[...] ‘per venire’ giustamente perché non sacrifica mai all’utopia di una tradizione assoluta l’opacità dell’attrito e del conflitto”⁵³. Deleuze prendeva la stessa via al parlare di un popolo per venire, espressione che non avrebbe un carattere messianico, anzi, si tratta di un popolo per venire perché non arriva mai del tutto, perché non si consolida mai in un programma, in una identità o in una proprietà. Si tratta di un popolo che non comunica niente, perché non si assume in continuità con gli interlocutori stabiliti, un popolo che crea perché scappa dalla designazione e dal designare, che inventa nuove forme di dire e di vivere. “Si scrive in funzione di un popolo per venire e che ancora non ha un linguaggio. Creare non è comunicare, ma resistere. C’è una lega profonda tra i segni, l’accaduto, l’avvenimento, la vita, il vitalismo”⁵⁴. Deleuze evoca, così, un popolo che emerge nel tra, che si connette con tutto ciò che lo circonda, ma che si rifiuta di fare da ponte tra le grandi dicotomie, che non si presenta come ibrido dei grandi riferimenti e che non assume identità alcuna. Si tratta di un popolo interstiziale.

⁵² G. Agamben, *Means without end. Notes on Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2000, p. 87.

⁵³ Marramao, *Pasaje a Occidente*, p. 202.

⁵⁴ Deleuze, *Pourparlers*, p. 196.





LO STATO MODERNO, AL
GIORNO D'OGGI
E DI DOMANI

Pierangelo Schiera

Se si vuol parlare dello Stato del futuro, o meglio della condizione dello Stato nel futuro, cioè della sua da più di un secolo conclamata crisi, il punto di vista, la prospettiva storica migliore non è quella di considerarne la vicenda nel periodo della sua fioritura piena (fra XVII e XX secolo), ma di provare a collocarsi da prima, a partire cioè dalle "strutture pre-statali e pre-moderne"¹. Credo infatti che quella che è stata chiamata la crisi dello Stato sia la crisi dell'impronta unitaria, accentrativa e monolitica che lo "Stato (moderno)"² si è venuto costruendo nel suo periodo storico più alto, che è stato quello dell'assolutismo sei- e settecentesco. Poi, con la Rivoluzione, hanno vinto *Liberté* e *Égalité*, debitamente registrate nelle Carte costituzionali; ma con la dominanza borghese il sistema statale si è irrigidito, diventando tendenzialmente monolitico, cioè di classe. Tanto che, come si sa, la tensione fra democrazia liberale e prestazione amministrativa e burocratica (la gabbia d'acciaio di Weber) ha condotto al prodotto principale del Novecento politico che è stato il totalitarismo.

Quel fenomeno-Stato a cui risalire per guadagnare la migliore prospettiva per il nostro futuro, per il futuro del nostro stato cioè, lo descrivevo sommariamente così nel 1994: un processo di statizzazione "[...] in cui il carattere dell'unità tendenziale della forma di governo su un determinato territorio, con i corollari dell'uniformità dei comportamenti politici, della razionalizzazione istituzionale e della burocratizzazione del comando, coesiste e lotta con il carattere alternativo della pluralità degli ordinamenti e con la ricchezza delle pressioni sociali"³.

¹ Come le ha chiamate mia moglie Giuliana Nobili nella traduzione (1983) del titolo dell'opera di Otto Brunner *Land und Herrschaft. Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte Österreichs im Mittelalter* (1939): G. Nobili Schiera, "A proposito della traduzione recente di un'opera di Otto Brunner", G. Nobili Schiera, *Tre scritti*, Trento, Fondazione Bruno Kessler Press, 2015.

² È questa l'espressione grafica usata dal mio Maestro Gianfranco Miglio (*Genesi e trasformazioni del termine-concetto 'Stato'* [1981], Brescia 2007) per distinguere la forma di organizzazione del potere di cui stiamo qui trattando da ogni altra forma storica di quest'ultimo.

³ P. Schiera, Presentazione del volume *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, a cura di Giorgio Chittolini - Anthony Molho - Pierangelo Schiera, Bologna, il Mulino, 1994.

Il punto è invece che la nostra visione del problema Stato è strettamente appiattita sulla visione liberale del mondo che riporta tutto al modello classico dello Stato di diritto, ad esclusiva connotazione parlamentare, con eventuale apertura al carattere democratico–sociale sviluppatosi verso la fine dell'Ottocento. Ciò coincide in larga misura con la tendenza a considerare lo Stato come un "complessivo" simbolico, oltre e prima che istituzionale. Non si dà però sistema simbolico senza potere effettivo, cioè senza riferimento alla politica⁴. È dentro a questa forbice che sta anche il presente stato dello Stato. Il fatto è che questa forbice si va allargando da cent'anni e più, e forse ne siamo anche usciti, ma senza accorgercene, nonostante le piaghe e i genocidi nel frattempo intervenuti; e nonostante i sinceri tentativi post-coloniali di "provincializzare" l'Europa, allargando ad essa la nuova categoria di "società politica", al posto di quella stantia di "società civile" e avendo il coraggio di proporre una "politica dei governati" al posto di quella ricorrente dei governanti⁵.

Bisognerebbe allora vedere se, col tramonto compiuto dello Stato di diritto, qualche altro complessivo simbolico è alle viste, capace di sostituirsi al nostro, "atlantico" (oppure forse lo ha già sostituito, a nostra insaputa), come quello cristiano aveva sostituito ("senza rumore") quello classico della mitologia greca e romana: "Perciò si procedette alla distruzione di teatri, alla distruzione dei templi o alla loro trasformazione in chiese e santuari cristiani". A me interessa il *Welt-Bild*: più della *Welt-Anschauung*: cioè non tanto la "concezione" quanto il "quadro" del mondo, o almeno quest'ultimo come figura, cosa rappresentabile o rappresentata, immagine, rappresentazione, in senso quindi più strutturale che spirituale⁶. Il *Weltbild* si avvicina e comprende, mi pare, il sistema (ma ancor più il complessivo) simbolico e mi consente di dire qualcosa in più sullo Stato "storico" e sul suo "stato" attuale. Quello Stato, a prescindere dalle modalità non univoche con cui era sorto e poi si è sviluppato, richiedeva di essere percepito come un *Bild*, un'immagine, e di essere oggetto di rappresentazione. Molto più di rappresentazione che di rappresentanza, devo aggiungere: che anzi forse

⁴ È Mauro Pesce — che non è studioso dello Stato ma della religione — a presentare come indispensabile al sistema simbolico della cosiddetta modernità "una mutazione nella organizzazione del vivere associato, riassumibile [allora, all'uscita dal complessivo cristiano] nella creazione dello Stato moderno e cioè nella pratica e nella teoria della politica": M. Pesce, "La modernità ha costruito un sistema simbolico alternativo a quello cristiano antico?", Ch. Dipper y P. Pombeni (Eds.) *Le ragioni del moderno*, Bologna, il Mulino, 2014, pp. 387–422.

⁵ P. Chatterjee, *The Politics of the Governed. Reflections on Political Society in the Twenty-First Century*, New York, Columbia University Press, 2004.

⁶ Lo dico perché il termine mi viene dal libro di Franz Borkenau, curato e presentato in Italia da Giacomo Marramao: F. Borkenau, *La transizione dall'immagine feudale all'immagine borghese del mondo: la filosofia del periodo della manifattura*, Bologna, il Mulino, 1984 (titolo in tedesco: *Der Übergang vom feudalen zum bürgerlichen Weltbild. Studien zur Geschichte der Philosophie der Manufakturperiode*, Paris 1934).

proprio il passaggio dalla rappresentazione (per ceti) alla rappresentanza (parlamentare) ha rappresentato uno degli "scarti" che lo hanno condotto a "de-generazione", nell'Ottocento⁷.

Cosa c'è stato dunque di "reale" nel passaggio dal feudale al borghese, oltre al nuovo modo di produzione che Franz Borkenau colloca nella *Manufakturperiode*? La risposta che scelgo è: lo Stato e la sua "ragione". Ma da Borkenau ho appreso anche il ruolo strutturale della filosofia, che è come dire il ruolo della coscienza nella storia⁸: non solo quella "macro-europea" (atlantica) o "del capitalismo" o "di classe", bensì soprattutto quella micro, individuale, dell'uomo che prende atto di essere produttivo e di poterlo essere consapevolmente. Il che significa entrare nello specifico dell'ideologia, forma storicamente determinata del politico in età moderna⁹. Compresa la scienza, che nasce come sintesi di coscienza e manifattura e dà supporto allo Stato, di cui è insieme prodotto. Filosofia del meccanicismo, ma non solo; anche ideologia del produttivismo, che rappresenta forse il nucleo centrale della dottrina dello Stato (e dell'uomo) borghese. Scienza-tecnica-produzione-capitale, nella catena tesa dal denaro, ma certamente anche grazie allo Stato: come intermediazione ma anche come struttura.

Sono cose semplici, le uniche che mi sento di dire: è da qui che si può misurare lo stato dello Stato di oggi. Cioè dal suo rapporto col moderno: perché, se si toglie l'attributo di "moderno" allo "Stato", cosa ne resta? Sarà dunque di modernità che bisogna tornare a parlare, nella presunzione che nel destino dell'umanità non possa esservi altro che il "moderno"? Prendo lo spunto da un saggio di Scuccimarra¹⁰, per una piccolissima considerazione sulla "temporalità" utopistica, insistendo più sullo scivolamento cronologico che su quello topologico. Mi riferisco al sotto-genere della "dis-topia" che mi pare designare la descrizione di una immaginaria società o comunità futura, nella quale alcune tendenze sociali, politiche e tecnologiche avvertite nel presente sono viste in un'evoluzione al contempo necessaria e, agli occhi dell'oggi, pessimistica. Senza poter entrare nel merito di uno dei generi

⁷ P. Schiera, *Lo Stato moderno. Origini e degenerazioni*, Bologna, il Mulino, 2004.

⁸ Che avevo raggiunto tramite A. Negri, *Descartes politico o della ragionevole ideologia*, Milano, Feltrinelli, 1970, ma cfr. il commento dello stesso Negri, trent'anni dopo in occasione della ripubblicazione del libro: "Descartes politico: metafisica e biopolitica", in *Scienza & Politica*, 16, 31, 2004, pp. 21-37.

⁹ P. Schiera, "L'ideologia come forma storicamente determinata del 'politico' nell'età moderna", *Aspetti e tendenze del diritto costituzionale. Scritti in onore di Costantino Mortati*, vol. I, Milano, Giuffrè, 1977, pp. 833-864. Cfr. ora M. Ricciardi, "L'ideologia come scienza politica del sociale", *Scienza & Politica*, 27, 2015, pp. 165-195.

¹⁰ Il quale parla "di quel dinamico contesto di innovazione e "auto-trascendenza" politica e sociale nel quale numerosi interpreti — a partire da Koselleck — hanno voluto cogliere l'autentico elemento caratterizzante della modernità come specifica costellazione epocale": L. Scuccimarra, "Il futuro della modernità. Sul dilemma della temporalità utopistica", Ch. Dipper y P. Pombeni (Eds.) *Le ragioni del moderno*, p. 423.

più “intrusivi” della produzione culturale contemporanea, vorrei chiedermi: com’è che è solo a partire dall’Ottocento che quel genere si presenta in forza e proprio in un’Inghilterra che andava costruendo lo standard della *modernity*? Detto meglio: com’è che verso la metà del XIX secolo, l’idea illuministica di un “moderno” incentrato nel progresso, tutto fondato a sua volta sulla capacità produttiva dell’uomo —o magari della borghesia (*vertu mesure du bonheur*)— quasi inavvertitamente si rovesciò in una visione di quello stesso moderno incentrata invece sulle specie (fra cui quella umana) e sulla capacità evolutiva anche di quest’ultima?

In quel passaggio, salta il tempo e anche la fede, che erano forse i caratteri principali della vecchia idea di modernità, illuministica e capitalistica e borghese. L’evoluzione non ha più bisogno —come ne aveva il progresso— né di tempo né di fede (e forse neanche di borghesia). Ci sarà certo di mezzo Darwin, oltre a Spencer¹¹, ma soprattutto agisce la straordinaria diffusione di un blocco culturale (di un complessivo) evolucionista chiamato a dare risposta anche a livello popolare a una trasformazione in atto —certo industriale, sociale ma anche culturale e politica— che sembrava inarrestabile e che, alla lunga, riguarderà non solo l’uomo ma anche la macchina che questi ha imparato a produrre. Anzi non solo l’uomo e la macchina, ma un “macchinario” ben più grande, che sta a monte a entrambi e che è quello dell’organizzazione industriale e sociale: una nuova “visione meccanicistica del mondo” per riprendere Borkenau¹². Non è certo un caso che parte del percorso iniziale di questo nuovo *Welt-Bild* sia intrecciato coi movimenti socialisti che accompagnano, in particolare in Inghilterra, l’ultima fase di modernizzazione¹³.

Perché, di fatto, in quest’altra *Sattelzeit fin de siècle* si compie il passaggio da una *modernity* governata dalla forza produttiva dell’uomo-individuo, all’interno della sua prospera e ben organizzata classe borghese, a un *modernism* spinto invece da una forza cieca, ma non più tanto arcana in quanto radicata nelle pieghe stesse dell’evoluzione delle specie, che la biologia del tempo spera di “spiegare”. Allora non ci puoi più fare niente, devi solo cercare di capire e adattarti, se ne sei capace; e non solo in natura —come sembra essere sperimentalmente provato— ma anche nel sociale e nel politico, perché tanto, per usare il titolo del libro che ha finora meglio affrontato il tema del *modernism* e lo ha fatto da un punto di vista marxista, *All that is solid melts into air*¹⁴.

¹¹ G. Lanaro, *L’evoluzione, il progresso e la società industriale. Un profilo di Herbert Spencer*, Firenze, La Nuova Italia, 1997.

¹² F. Borkenau, *Pareto*, New York, J. Wiley & Sons., 1936, in cui viene delineata anche un’originale e precoce teoria del totalitarismo.

¹³ Ancora utile il riferimento a E. Halévy, *Histoire du socialisme européen*, Paris, Gallimard, 1948.

¹⁴ M. Berman, *All that is solid melts into air. The Experience of Modernity*, New York, Verso, 1982.



L'evaporazione ha riguardato certamente anche lo Stato, nella sua accezione di "moderno". E infatti i migliori cominciarono allora a parlare di "crisi dello Stato", come pure a proporre rimedi: due casi esemplari Santi Romano in Italia e Carl Schmitt nel *Reich*, entrambi certo non indifferenti alle prossime soluzioni fasciste e totalitarie. Non parlo della Russia sovietica, ma ricordo che uno dei pezzi forti della letteratura dis-topica fu il romanzo *Noi* pubblicato in inglese (*We*) nel 1921 da Evgenij Zamjatin, l'ingegnere russo che nei primi anni della Rivoluzione collaudava a Portsmouth le navi da guerra sovietiche. Nello stesso anno 1921, su *L'ordine nuovo*, Gramsci invitava i compagni a "non avere paura dei mostri", utilizzando magari anche i futuristi (Marinetti in testa) per costruire una "cultura (una civiltà) proletaria, totalmente diversa da quella borghese". I futuristi infatti avevano avuto prima della Guerra, per Gramsci, il coraggio di "distruggere": "hanno avuto la concezione netta e chiara che l'epoca nostra, l'epoca della grande industria, della grande città operaia, della vita intensa e tumultuosa, doveva avere nuove forme di arte, di filosofia, di costume, di linguaggio". A parte la smagliante sicurezza con cui Gramsci riconosce che "la classe operaia rivoluzionaria aveva e ha la coscienza di dover fondare un nuovo Stato, di dover elaborare una nuova struttura economica, di dover fondare una nuova civiltà" e a parte il suo lancinante richiamo alla "formula" leninista di uno "Stato borghese senza la borghesia", la sua invettiva pro-futurista può servire a riunire sotto un denominatore comune scelte diverse sul piano sia ideologico che dell'intelligenza storica, di fronte all'evidenza della crisi del tempo e all'esigenza di porvi rimedio¹⁵. Monica Cioli, per suo conto, sta cercando di applicare l'etichetta di "modernista" anche al fascismo, ricordando anche che uno dei volani principali fu, per i futuristi, proprio il rimando costante al *Bild* della "macchina", il quale peraltro rappresentò anche un mito trasversale per le avanguardie artistiche europee dell'epoca¹⁶. Cosa voglio dire? Forse che, da un meccanicismo all'altro, anche lo Stato-macchina di Borkenau, già in parte de-generato in una forma-Stato ormai del tutto auto-referente (lo Stato di diritto borghese ottocentesco) e

¹⁵ Ringrazio Michele Filippini, che sta lavorando a un maestoso *Gramsci Project* (dl.gramsciproject.org), per le indicazioni sull'interesse di Gramsci per Marinetti e il futurismo: il passo citato è in A. Gramsci, *Marinetti rivoluzionario?* in "L'ordine nuovo" (5 gennaio 1921). L'articolo inizia così: "È avvenuto questo fatto inaudito, enorme, colossale, la cui divulgazione minaccia di annientare del tutto il prestigio e il credito dell'Internazionale comunista: a Mosca, durante il II Congresso, il compagno Lunaciarsky ha detto, in un suo discorso ai delegati italiani [...] che in Italia esiste un intellettuale rivoluzionario e che egli è Filippo Tommaso Marinetti". Il saggio di Gramsci è citato, nella traduzione inglese (A. Gramsci, *Selections from Cultural Writings*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1985, pp. 95-96) anche da M. E. Versari, "Futurist Machine Art, Constructivism and the Modernity of Mechanization", G. Berghaus (Ed.), *Futurism and the technological imagination*, Amsterdam, Rodopi, 2009.

¹⁶ M. Cioli, *Il fascismo e la "sua" arte*, Firenze, Olski, 2005; ma anche M. Cioli, *Fascismo e modernismo*, in corso di pubblicazione.

strettamente connesso con una *modernity* in crisi, poté cadere nel vortice modernistico, arrendendosi più facilmente all'avvitamento totalitario dei vari fascismi, in nome di rivoluzioni tarocche (oltre che barocche), per così dire "meccanizzate" a loro volta, in cui però molti credettero, a partire dalla avanguardie, non solo artistiche e letterarie.

Io non sono capace di dire quel che bisognerebbe fare; cerco solo di capire cos'è probabile che accada, e sono certamente viziato dalla posizione privilegiata (personale, ma soprattutto occidentale) da cui mi trovo a pensare a queste cose. A me pare che siamo fuori non solo dal "complessivo simbolico" che, nelle sue contraddizioni, ha accompagnato lo Stato per qualche secolo; siamo fuori anche dal campo di intermediazione strutturale che quella forma ha potuto svolgere, per lungo tempo, rispetto alle contraddizioni di classe del capitalismo maturo. A questo punto, sembra essere saltato l'elastico che ha tenuto insieme Stato e politica, in Occidente, durante più o meno tutta l'età moderna. Ignoro se ci saranno altri "casi" di modernità dopo il post-moderno o dove si daranno altri luoghi di politicità. Certo non più nello Stato.

Il destino dello Stato —come di tutte le figure organizzative di sé che l'umanità si è data nel corso della sua evoluzione— sarà di confluire nel grande "deposito" dell'amministrazione che è stato, prima ancora della politica, lo specifico modo umano di porsi in comunità, cioè il primo e fondamentale "comune". Se sia possibile scoprire e fare fruttare, nell'amministrazione, il rispetto degli esseri umani per sé stessi e per gli altri ¹⁷ non so ma lo spero. Altrimenti il futuro sarà davvero dis-topico, come ci stanno ammonendo non da ora i *desperates* di un *New brave world* ¹⁸, o ci si dovrà limitare a diagnosticare, con Anne-Marie Slaughter, l'apparire di una sorte di *disaggregate State*, sospeso fra *governance* e *government* ¹⁹. I più ottimisti richiamano l'attenzione sui "punti nodali", suggerendo ad esempio che "Il disfarsi della problematica solidarietà fra "spirito del capitalismo", liberismo economico e Stato-nazione (nella sua forma democratico-rappresentativa) è l'aspetto cruciale della linea nodale che stiamo attraversando" ²⁰. Ma mentre la linea monta, s'inventano sempre modi nuovi per spostarne il fuoco e mimetizzare i soggetti che dovrebbero venirne colpiti.

Lo Stato, come siamo abituati a conoscerlo noi oggi, presenta un altro vincolo che sembra indissolubile, oltre a quello con la storia: è quello con il diritto. Lo Stato è il luogo del diritto e il diritto è il luogo dello Stato. Unico diritto è quello dello Stato e unico Stato è quello di diritto. Vista storicamente, questa

¹⁷ L. Duguit, "Jean-Jacques Rousseau, Kant e Hegel", *Revue de droit public et de la science politique en France et à l'étranger*, 2-3, avril-septembre 1918, pp. 173-211, 325-377.

¹⁸ A. Huxley, *Brave New world* (1932) y *Brave new world revisited* (1958).

¹⁹ A.M. Slaughter, *A new world order*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2004.

²⁰ M. Pezzella, *Insorgenze*, Milano, Jaca book, 2014, p. 24.

prospettiva non tiene: ci furono epoche, e ancora ci sono luoghi, in cui il diritto poté esistere senza Stato, come ci sono stati Stati —e ancora ce n'è— in cui il diritto (almeno il nostro) non ne è elemento strutturale. Insomma, collegare definitivamente lo Stato al diritto mi sembra sostanzialmente un errore di prospettiva, sia per quanto riguarda la sua genesi che per quanto riguarda il suo futuro.

Lo stesso "Stato (moderno)" è nato oltre il diritto. La formula famosa del *superiorem non recognoscens* non poteva ancora riguardare lo Stato; così come i dinamici Statuti delle città medievali²¹. Lo Stato è sorto su basi "strutturali" più ampie del diritto, comprendenti elementi di psicologia, antropologia, etica costitutivi di un tipo politico (e forse umano) diverso da quello che per circa un millennio era sopravvissuto alla caduta "senza rumore" dell'impero romano d'occidente²², prendendo anche parte al grande passaggio da un cristianesimo fluido ad uno più solido e istituzionalizzato, verso una dimensione più laica e attiva della vita²³. Le basi di questo Stato "storico" sono state essenzialmente di tipo culturale, pur riflettendo il fondamentale bisogno di nuova normativa espresso dall'ordine produttivo nel frattempo instauratosi in proiezione manifatturiera e capitalistica. La statistica, la ricerca delle cause di grandezza delle città, la ragion di Stato furono forme d'indagine e strumenti di regolazione dell'attività pubblica che in qualche modo hanno preceduto il diritto; così come la *ratio studiorum* o la nascita delle accademie o la grande, duplice riforma della Chiesa. Informazione, comunicazione, amministrazione hanno composto il grumo corrispondente alla nuova economia, imponendo però organizzazione. A ciò rispose il diritto, quando, a sua volta, si fu aggiornato e riformato divenendo in grado di perfezionare —con la codificazione del tradizionale, la sua conseguente razionalizzazione e la proiezione nella costituzione e nell'ordinamento giuridico— il livello di ordine necessario al modo di produzione nel frattempo consolidatosi.

Guardare lo Stato solo a partire dal diritto —come sogliono fare i "costituzionalisti"— comporta il rischio di proiettare all'indietro una condizione storica (uno stato) "tardiva" dello Stato stesso, quella cioè "contemporanea", la quale a sua volta sembra già superata, di fronte ai nuovi criteri di normatività che si vanno affermando. Diventerebbe infatti

²¹ Si vedano i saggi di A. P. Schioppa, H. Keller y Ch. Zendri en S. Lepsius, R. Schulze y B. Kannowski (Eds.), *Recht - Geschichte - Geschichtsschreibung. Rechts- und Verfassungsgeschichte im deutsch-italienischen Diskurs*, Berlin, Erich Schmidt Verlag, 2014. Si tratta di scritti in onore di Gerhard Dilcher, del quale segnalo "Zum Verhältnis von Autonomie, Schriftlichkeit und Ausbildung der Verwaltung in der mittelalterlichen Stadt", nel *Beiheft* no. 19 de la revista *Der Staat*, pp. 9-38.

²² Per citare A. Momigliano, "La caduta senza rumore di un impero", A. Momigliano, *Sesto contributo alla storia degli studi classici*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1980, pp. 159-165.

²³ *La conversione al cristianesimo nell'Europa dell'alto Medioevo*, Atti della 14° Settimana di studio del Centro italiano di studi sull'alto Medioevo, 14-19 aprile 1966, Spoleto 1967.

normale e sarebbe anche corretto dire —come tradizionalmente si fa— che con il termine Stato si indica un ordinamento giuridico “originario” (in quanto i suoi poteri non discendono dalla volontà di altri soggetti), “sovrano” (perché dotato al suo interno di un legittimo potere di supremazia su di una collettività stanziata in un determinato territorio), “politico” (perché persegue fini generali e di pacifica convivenza), “indipendente” da ogni altro ordinamento giuridico (sia quelli esistenti al suo interno, rispetto ai quali si pone ovviamente in condizione di supremazia, sia rispetto a quelli esterni con cui è in condizione di parità, ma “sovrana”). Coticché, alla fine, gli elementi costitutivi dello Stato moderno sarebbero proprio quelli di popolo, territorio e sovranità²⁴.

Mi sembra difficile conciliare questo quadro dello Stato con la grande trasformazione delle due categorie fondamentali della modernità occidentale, su cui lo stesso “diritto” si è retto, costruendo —fra le altre scienze sociali— la sua egemonia di normatività: il tempo e lo spazio. Al giorno d’oggi nessun uomo o donna sa più esattamente dov’è e sotto quale calendario vive: in entrambe le direzioni fa da criterio il “multinazionale”. Senza spazio e tempo definibili e certi, il diritto perde stabilità, quindi capacità normativa, cioè possibilità di offrire legittimità come ha fatto finora, instaurando la misura della legalità. Cosa può restare dello Stato, così come siamo abituati a pensarlo e viverlo, senza legalità? Si potrà ancora parlare di una legittimità dello Stato e su quali basi?

I punti di vista da cui prospettare una risposta sono molteplici: mi limito a indicarne due, solo apparentemente antitetici. Il primo riguarda lo Stato come contenitore di valori. In Inghilterra, dove se ne intendono, è un continuo rinfacciare i *British values* alle pretese d’inserimento e controllo da parte dell’Unione europea. Ma anche i responsabili di quest’ultima (che pure non erano riusciti ad accordarsi sui principi generali da inserire nella Costituzione) rivendicano *European values*, da difendere in particolare nei confronti di una Russia nuovamente “imperiale”. Vi sono poi *Western values* (comprensivi di *Human rights*) che valgono verso il resto del mondo, in particolare l’Oriente, troppo fiero della propria multipla tradizione culturale; ma anche questi ultimi cedono rispetto a quelli che potremmo chiamare *Civilized values*²⁵, operativi contro il terrorismo “incivile” dell’ISIS o di altri “sedicenti Stati”. Tutti questi valori producono, ai diversi livelli, strumenti d’identità che servono alla gente —a noi tutti— per riconoscersi fra loro e dare nome e colore alle norme ritenute indispensabili per la vita in comune. Ciò forma la base del consenso che resta, a sua volta, l’ultima spiaggia del

²⁴ Riprendo la descrizione da R. D. Nardi-Rita Coen, *La Costituzione italiana. Guida alla lettura*, Roma, Aracne, 2012.

²⁵ P. Crowther, *Philosophy After Postmodernism: Civilized Values and the Scope of Knowledge*, London and New York, Routledge, 2003.

potere legittimo, il quale si configura e si giustifica a tutt'oggi essenzialmente solo nella rassicurante cornice "statale".

Un secondo punto di vista riguarda l'altra funzione dello star insieme della gente, oltre al riconoscersi in identità: mi riferisco all'amministrazione pubblica. Lo Stato diviene "apparato amministrativo", provando a sfuggire agli smarrimenti relativi al piano più nobile della statualità, quello della sovranità. È doveroso ricordare che l'amministrazione è stata un *prius* dello Stato moderno, il quale ha dato risposta —accentrata e burocratica, per dirla in due parole— al deficit amministrativo insorto nel tardo medioevo cittadino e signorile dalla discrepanza fra espansione dei bisogni di ordine e frammentarietà della risposta pubblica. La convivenza nelle nuove comunità produttive esige in primo luogo attenzione per l'amministrazione, intesa come regolazione aggiornata e moderna di rapporti che andavano costituendo la spina dorsale del nuovo modo di produzione. Ma se l'amministrazione può essere vista come motore della nascita dello "Stato (moderno)", grazie al raggrupparsi intorno al principe di un aggregato di notabili ed esperti dediti al governo della cosa pubblica, non è impensabile che l'amministrazione possa di nuovo essere il motore per portare tale governo fuori dallo Stato, in ambiti funzionali (*governance*) più adatti.

Paolo Napoli sembra riconoscere nella figura neo-testamentaria del "deposito" un archetipo del principio organizzativo, in chiave comunitaria, dell'intera esperienza politica moderna²⁶. Portando avanti per mio conto questa proposta, sarei molto in dubbio nell'attribuire a quel principio carattere "teologico". Forse ciò dipende dalla mia avversione all'impiego a-critico del *dictum* schmittiano dell'*amicus-hostis* e alla mia conseguente necessità logica di mantenere l'amicizia (l'amore) entro i confini del politico, accettando le conseguenze (positive e negative) di ciò, in termini anche di maggiore porosità scientifica e di minore stringenza interpretativa. Ciò mi porta a rifiutare anche l'altra drastica conclusione schmittiana in ordine all'intrinseca portata negativa della tecnica. Piuttosto che accodarmi ad una qualsiasi rivalutazione del diritto naturale —anche in versione laicista— preferisco prendere sul serio la componente tecno-scientifica che fa parte del profilo culturale dell'uomo contemporaneo. Anche se, pure per la tecnica, dovrebbe valere la bruciante partenza che proprio Carl Schmitt dedicò allo Stato, nella versione originaria del suo saggio sul *Concetto di politico*: "Il concetto di Stato presuppone quello di politico". Lo stesso deve dirsi, appunto, per la tecnica che sta per molti versi coprendo o sostituendo (anche sotto forma di *governance*) molte "funzioni" del nostro vecchio Stato.

Essa rappresenta, da almeno un secolo a questa parte, il campo privilegiato di neutralizzazione dei conflitti politici che minavano le basi

²⁶ P. Napoli, *Il "deposito": Genealogia di un archetipo amministrativo*, in pp. 108-124.

dello Stato liberal–democratico; tanto che la stessa tecnica può essere vista come la leva che ha rotto l’equazione appena citata, riuscendo a separare l’aspetto liberale da quello democratico del vecchio sistema, ma anche a sorreggere, con una dilatazione in termini di massa dell’opzione democratica, l’affermazione delle soluzioni totalitarie ²⁷.

L’apparente indifferenza politica della tecnica deve solo portare a riaccendere l’attenzione sui soggetti che vi fanno ricorso (o vi sono sottomessi) e sulle loro specifiche responsabilità, ma contemporaneamente potrebbe anche servire a relativizzare quelle funzioni dello Stato che, come accennavo, sono state tecnicizzate. Nella misura in cui la tecnica si va sostituendo al diritto, dovrebbe diventare più facile usarla, da parte di soggetti che ne siano capaci e sappiano riempirla dei contenuti voluti, mentre per il diritto ciò era molto più difficile, essendo quest’ultimo intriso di contenuti prestabiliti, a forte matrice classista (e per questo affidata, forse, alla gestione quasi di casta di un corpo *ad hoc*: quello dei giuristi). Non si tratta, dunque, di attribuire alla tecnica capacità liberatorie o umanitarie, ma semplicemente di ipotizzarne un uso corretto da parte di soggetti, essi sì *eventually* carichi di contenuti liberatori e umanitari. Rimandare alla tecnica significa perciò, di nuovo, rimandare a soggetti agenti, ma questa volta meno ostacolati, nel loro agire, dalle contro-indicazioni già presenti nell’ordinamento giuridico e, per suo tramite, nello Stato giuridicamente concepito.

Per la crepa del diritto può forse trovare strada il tentativo di “provincializzare” l’Europa (ma anche l’Occidente col suo Atlantico) mostrando l’intrinseco “nazionalismo” da cui le nuove tecno–scienze (comprese quelle sociali) non riescono a liberarsi. Tanto che Ulrich Beck ha rivendicato la necessità proprio per la sociologia di superare i tradizionali parametri e schemi mentali di otto–novecentesca memoria (nazionale), a favore di una *Neuvermessung der Ungleichheit unter den Menschen*: dove segnalo che a farla da padrona è ancora l’idea di una “nuova misura” da inventare e adottare per seguire l’evoluzione del mondo intero ²⁸.

Il ricorso a un’osservazione a 360° riguarda anche la dimensione della globalizzazione assunta dalla nuova realtà. Essa mi pare caratterizzata in primo luogo dal pluralismo dei poteri che, da punti diversi e con obbiettivi diversi, concorrono a determinare il flusso decisionale globale, sottraendolo sempre più all’unicità del potere che aveva invece caratterizzato —nel mondo dei vecchi Stati— il predominio “legale” ²⁹. Si tratta dunque di cose

²⁷ J. Habermas, *Technik und Wissenschaft als ‚Ideologie‘*, Frankfurt a.M. 1968.

²⁸ È il titolo dell’*Eröffnungsvortrag zum Soziologentag “Unsichere Zeiten” am 6. Oktober 2008*, che Ulrich Beck ha tenuto a Jena.

²⁹ P. Schiera, *Del poder legal a los poderes globales. Legitimidad y medida en política*, Madrid, Fundación Coloquio Jurídico Europeo, 2013, (ed. it. *Dal potere legale ai poteri globali. Legittimità e misura in politica*, “Quaderni di Scienza & Politica, n. 1”, consultabile nel sito: http://amsacta.unibo.it/3655/1/Quaderno_1_S&P_Schiera-1.pdf).

effettivamente nuove, da studiare con metodi e prospettive nuove, che condurranno senza dubbio non solo a una visione più complessa e decentrata dello stesso fenomeno statale ma giungeranno forse in breve a prospettare nuovi concetti, categorie, figure e forme del politico. È proprio a ciò che potrebbe servire —lo ribadisco— un “discorso politico” al servizio della comunicazione di valori e metodi nuovi e in grado di contribuire anch'esso a “provincializzare” la nostra cultura, riducendone la tradizionale aura di superiorità e insuperabilità, soprattutto nel campo della convivenza civile e della politica.

Vi è però anche la possibilità che abbiano ragione i benpensanti e che lo Stato non soffra di tutti i guai che ho finora descritto e abbisogni soltanto di una cura “ri-costituente”, come tante volte è successo nella sua storia, ringiovanendo appunto la sua “costituzione” nei tre caratteri essenziali di popolo, territorio e sovranità. La risposta più stringente in tal senso sembra ancora essere quella del federalismo, preso nella sua versione tradizionale che ha già trovato varie forme di applicazione vincente nella storia costituzionale occidentale e soprattutto atlantica. Tanto da potersi dire che non esista Stato che non abbia o non ambisca ad avere struttura di tipo federalistico; perfino la informe Unione europea ricalca quel modello, sia pure nelle forme più rilassate possibili.

Intesa in forma più sofisticata, però, la proposta federalista altera il gioco basilare della rappresentanza e la stessa dottrina della separazione dei poteri, sparigliandone, con lo strumento orizzontale del municipalismo, la classica strutturazione verticale. Attuato fino in fondo, il federalismo potrebbe aprire una nuova stagione del costituzionalismo. Quest'ultimo aveva rappresentato —a partire dal XVIII secolo— una forte emergenza nella storia dello Stato moderno con l'invenzione della costituzione come “carta”, cioè come sintetica codificazione dei contenuti dello Stato, in aperta contrapposizione con la pratica assolutistica che ne aveva caratterizzato la fase iniziale. Grazie alla costituzione, il diritto da strumento diventò fine della vita dello Stato, mediante la *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*, sul continente e in America Latina, e la *Rule of Law* in area anglosassone. In entrambe le direzioni —che corrono da sempre in parallelo— ottenne egemonia il ruolo del Parlamento, tabernacolo del popolo e della legge e, di mera conseguenza, della sovranità dell'uno come dell'altra. Fu anche, in ogni caso, la definitiva apertura della politica al resto mondo (e di questo alla politica), con l'inizio di una mondializzazione dello Stato che sembra non ancora compiuta. Non ancora globalizzazione, certo, ma imperialismo.

Per molti studiosi, lo Stato costituzionale post-rivoluzionario è il vero e unico Stato “moderno”, affrancato dai limiti dell'assolutismo monarchico e benedetto dalla costituzione liberale, oltre che inquadrato nel maestoso processo di *nation-building*, con tutte le sue gloriose lotte di indipendenza

e di unificazione, appunto, nazionale e correttamente (ideologicamente) definibile come processo di costruzione di un ordinamento statale democratico: dottrina (anche se non dovunque pratica) che si è mantenuta efficace fino ad oggi, grazie alla coniugazione del principio democratico in termini di maggioranza. E qui siamo al punto, perché tocchiamo il problema della legittimità del potere che era stato esattamente quello che aveva fatto scattare il momento rivoluzionario contro l'antico regime. Il potere spetta al popolo, all'interno della nazione; lo Stato è la macchina attraverso la quale quel potere viene esercitato; il diritto è l'elemento di garanzia di quell'esercizio, sia per la superiorità del potere legislativo, che per la priorità di *human rights*. La costituzione contiene tutto ciò; lo Stato "moderno" è Stato costituzionale, a base parlamentare e con contenuto liberale. Resta il problema delle *majorities*: in questo Stato esse sono state inequivocabilmente borghesi. Questo Stato è sempre stato, dunque, Stato borghese, concentrando la propria legittimità in legalità, presentandosi cioè come Stato di diritto, sia pure non disdegnando, in qualche interpretazione, di fare le fusa col più bieco totalitarismo³⁰.

Il punto centrale del costituzionalismo è il diritto, da una parte, ma dall'altra è la forza (*Gewalt*), che lo pone e lo garantisce, sanzionandone la violazione³¹. La gestione di questo rapporto è stato a lungo affidato alla costituzione, la quale però non ha potuto reggere fino in fondo la pressione della trasformazione sociale ottocentesca. Da lì la deriva autoritaria e totalitaria che ha segnato il Novecento. La rifondazione costituzional-democratica dopo la seconda guerra mondiale si è scontrata con l'immenso problema della crisi della forma tradizionale dello Stato, da una parte, e della galoppante globalizzazione dall'altra. Tanto che il diritto pubblico e costituzionale ha dovuto cedere il passo al "nuovo" diritto internazionale, succeduto al glorioso *ius publicum europaeum* di cui Carl Schmitt aveva da tempo proclamato la fine. La costituzione è tornata così a cedere il passo al costituzionalismo, fatto di cose nuove all'interno (si pensi alla dinamica del nuovo fattore di "comune") come all'esterno (*global polity*) della tradizionale compagine politico-statale. I due movimenti si possono forse

³⁰ P. Schiera, *El constitucionalismo como discurso político*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid, 2012. Carl Schmitt considerava il costituzionalismo concetto non sufficientemente rigoroso per una scienza politica realistica e insieme a base giuridico-positiva, quale doveva essere la sua. Egli si è occupato però di "Stato di diritto" (*Rechtsstaat*): anche in un saggio, spesso dimenticato, apparso nel 1934 ad apertura del grosso manuale *Das Deutsche Recht*, predisposto, per conto della NSDAP, da Hans Frank —poi giustiziato a Norimberga— allo scopo di fornire lo stato dell'arte del nuovo diritto di cui il regime nazista disponeva per raggiungere i propri obiettivi. Un articolo, come al solito, pertinente e brillante, la cui conclusione era che il vero Stato di diritto è il "Deutscher Rechtsstaat Adolph Hitlers!": C. Schmitt, *Der Rechtsstaat*, y H. Frank (Ed.), *Nationalsozialistisches Handbuch für Recht und Gesetzgebung*, München, Zentralverlag der NSDAP, Franz Eher Nachf., 1934.

³¹ W. Benjamin, "Zur Kritik der Gewalt", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 47, 1920-21, pp. 809-32 (trad. it. *Per la critica della violenza*, edito da Massimiliano Tomba, Roma, Alegre, 2010).



ritrovare nella seguente sintesi che Anne Peters ha dato di *Compensatory Constitutionalism*: “the bulk of the most important norms which regulate political activity and relationships in the global polity”³². Dove però non sono solo le “international norms” a contare, ma anche le “fundamental structures”: il che certo non supera la necessità del diritto, ma ne mina l’egemonia, mettendo in campo forze da misurare in altro modo, con altre competenze e capacità (e usando altre scienze).

Non si può infatti sottovalutare la questione di fondo relativa alla tenuta storica del diritto medesimo. Al di là della sua dimensione antropologica o anche etica, o anche religiosa, qui interessa l’identificazione del diritto con la “legge” che ha in generale segnato l’età “costituzionale” dello Stato nell’Occidente moderno e contemporaneo³³. In senso ancora più stretto, va detto che la legge —proprio in combinazione con la carta costituzionale a base legislativa— si è ridotta a “norma di legge”, cioè a dispositivo in grado, sulla base di determinati presupposti formali relativamente alla sua origine e sussistenza, di dettare comportamenti vincolanti nei rapporti tra soggetti membri della medesima comunità. E non è certo fuori luogo ricordare, con le parole di Paolo Grossi, che

Dopo il 1789, lo Stato dominato dal trionfante ceto borghese, si interessa proprio di [quel] diritto privato, giacché è lì che si collocano i due istituti portanti della nuova società: la proprietà individuale e il contratto quale strumento necessario per la sua circolazione. Giustamente, la loro valenza è stata definita autenticamente costituzionale, poiché è su quel fondamento che si costituisce un’intera civiltà storica. L’istituto giuridico proprietà individuale non è uno fra i tanti, ma assurge al rango di modello; anzi, di modello unico e insostituibile³⁴.

Nonostante le critiche da più parti condotte a questa concezione “positivistica” del diritto, essa continua a essere quella più diffusa e comunemente accettata, sia a livello dei dottori che della gente comune e sta essenzialmente alla base del revival costituzional–democratico post-bellico, anche con le indispensabili iniezioni di comune e solidaristico³⁵.

³² A. Peters, “Compensatory Constitutionalism. The Function and Potential of Fundamental International Norms and Structures”, *Leiden Journal of International Law*, 19, 2006, pp. 579–610, citato in A. von Bogdandy e I. Venzke, *In wessen Namen? Internationale Gerichte in Zeichen globalen Regierens*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2014, cita p. 178.

³³ E. W. Böckenförde, *Gesetz und gesetzgebende Gewalt. Von den Anfängen der deutschen Staatsrechtslehre bis zur Höhe des staatsrechtlichen Positivismus*, Berlin, Duncker und Humblot, 1958.

³⁴ P. Grossi, “Le proprietà collettive ieri, oggi, domani”, C. Bernardi, F. Brancaccio, D. Festa y B. Maria Mennini (Eds.), *Fare spazio. Pratiche del comune e diritto alla città*, Sesto San Giovanni, Mimesis, 2015, p. 39.

³⁵ L. Cobbe, “Solidarietà in movimento. Politica, sociologia e diritto tra welfare e globalizzazione”, *Scienza & Politica*, 26, 51, 2014, pp. 3–16: che fa da introduzione alla parte monografica di quel

Sono discorsi che mi piacciono e che intimamente condivido, come si vedrà anche alla fine. Ma non vorrei rinunciare al tono più critico e negativo da cui da tempo guardo allo Stato moderno³⁶. Nonostante la mia scarsa simpatia per la dottrina politica di Carl Schmitt, mi permetto di citare dalla *Premessa* alla traduzione italiana dei suoi scritti sul “politico”:

Si resta spesso attoniti di fronte allo zelo con cui proprio i nuovi soggetti della politica si servono dei vecchi concetti; ma sarebbe ingenuo scorgere in ciò un segno di conservatorismo, allo stesso modo come non è possibile intendere il mutamento, all'interno dello Stato, dei concetti di legge e di costituzione come una prova di restaurazione di concetti classici. Tanto legge che costituzione vengono infatti ormai distinte solo a mala pena dalla ‘misura’ (Maßnahme). I Giacobini della Rivoluzione francese erano ancora consapevoli della differenza fra legge e ‘misura’: tale distinzione rientrava nei principi rivoluzionari ed era frutto di una riflessione razionale. Essa era sacrosanta anche per un uomo del Terrore come Robespierre, mentre appare del tutto smarrita dalla coscienza moderna. Nella rapidità del processo scientifico–tecnico–industriale non è più possibile distinguere fra costituzione, legge e ‘misura’, che invece si sono semplicemente trasformate in altrettanti metodi di una permanente trasmutazione dei valori. In tal modo sorge il moderno fenomeno della rivoluzione legale, che viene presentata come il veicolo inaspettatamente adeguato della rivoluzione permanente³⁷.

Nonostante l’abbia tradotto io, non tutto mi è chiaro in questo passaggio, tranne l’evidenza del richiamo alla “misura” come dispositivo degradante del fenomeno “diritto” nell’accezione costituzional–positiva che ha determinato il lungo persistere dell’assolutismo giuridico. La misura è infatti, per solito, “amministrativa” ed è comunque ritenuta *via brevis* e piuttosto ufficiosa che ufficiale per imporre comportamenti sanzionabili ai soggetti–cittadini. Ma si tratterà di un deprecabile deprezzamento dell’aura giuridica o di un inevitabile innalzamento della funzione amministrativa a livelli un tempo esclusivi del potere legislativo? Domanda a cui non saprei rispondere ma che m’induce all’attenzione per altri aspetti della vita statale che sono emersi proprio in concomitanza —e in apparente contraddizione— con il trionfo giuridico dello Stato e della *rule of law* nell’ultima parte del XIX secolo, a partire dalla legislazione per decreto fino all’espansione della giustizia amministrativa. Se la vocazione giuridica dello Stato contemporaneo si muove verso l’amministrazione, va tutto bene. Purché non ci si limiti a una

fascicolo della rivista, dedicato appunto al concetto di solidarietà, disponibile all’indirizzo: <http://scienzaepolitica.unibo.it/issue/view/470>.

³⁶ P. Schiera, “Da un assolutismo all’altro”, *il Mulino*, 224, nov–dic., 1972, pp. 1024–34.

³⁷ C. Schmitt, *Le categorie del ‘politico’*, Bologna, il Mulino, 1972, p. 22.



mera riverniciatura del diritto amministrativo e della sua debole dogmatica in chiave genericamente rappresentativa e/o globalizzante. Stefano Cognetti ha appena pubblicato un libro che è, non certo ironicamente, dedicato "Ai nostalgici del futuro". Difficile darne conto qui, ma è molto invitante l'insistenza sul tema della "discrezionalità amministrativa" rispetto alla "indeterminatezza della norma", pur nell'ambito consistente del "principio di legalità". Così come non può non aprire il cuore e la mente il titolo del capitolo V: "Ultima tappa evolutiva del potere amministrativo. Rapporto fra valore dell'individuo e valore della collettività in termini di proporzione"³⁸. La proporzione si nutre anche di ragionevolezza e mira all'equità: è di buon auspicio che "discorsi" di questo genere possano avere spazio anche nella dogmatica giuridica. Se ciò corrisponda a una definitiva de-generazione del diritto come abbiamo imparato a conoscerlo durante gli ultimi due secoli o se possa rappresentare un livello ulteriore della spirale storica che ha accompagnato la storia politica e costituzionale dell'Occidente per più di due millenni, non saprei. A me tutto ciò ha suggerito di prestare attenzione alla categoria della "misura", come rapporto necessario dell'uomo con lo Stato, ma anche col mondo conoscibile e soprattutto con se stesso.

È in questo senso che vorrei tornare al tema del federalismo che avevo aperto ma poi lasciato cadere. Libertà–disciplina–costituzione–federalismo è —se non sbaglio— la linea proposta da Giuseppe Duso. Come reagire ai bisogni posti dalla prima esperienza politica e costituzionale post-statale, che è quella di una società globale, se non rintracciando nuove linee orizzontali di relazione fra gruppi e centri d'interesse dislocati in luoghi/siti diversi ma legati da destini comuni? La soluzione democratica, rappresentativa ma verticale, non risponde alla bisogna, costretta com'è, ancora, da formalismi giuridici che vanno dalla più concreta pratica amministrativa alla più astratta previsione di diritti universali. La soluzione federativa che propone Duso —e a cui credo sostanzialmente di aderire anch'io— non è certo anti-democratica, ma post-democratica forse sì, nel senso che mira a sostituire la (giuridicamente) necessaria verticalità della tradizione statale, mediante una considerazione plurale del "federalismo", inteso "non in termini meramente strutturali ma privilegiandone la dimensione processuale"³⁹. Dire di più è difficile qui, tranne forse aggiungere che quel federalismo supera sia la dimensione internazionale che quella costituzionale —entrambe ancora soggette alla dogmatica giuridica— per attingere al sociale e soprattutto all'amministrativo, congiungendosi alle potenzialità non solo teoriche ma pratiche dell'altro grande principio che l'esperienza

³⁸ S. Cognetti, *Legge amministrazione giudice. Potere amministrativo fra storia e attualità*, Torino, Giappichelli, 2014.

³⁹ Come scriveva L. Ferrari-Bravo, "Federalismo", S. Bologna (Ed.), *Dal fordismo alla globalizzazione. Cristalli di tempo politico*, Roma 2001.

storica dello Stato moderno ha messo da parte, che è l'autonomia, a sua volta veicolo imprescindibile di partecipazione.

Il governo viene prima dello Stato, che ne è stato semplicemente il guscio (prima assoluto, poi costituzionale) negli ultimi quattro-cinque secoli. Se il governo resta verticale non si sottrarrà al destino di servitù, che riguarda sia i destinatari del potere che coloro stessi che lo esercitano: chi comanda infatti deve adeguarsi sia agli inferiori ("infimi di te") che ai superiori ("maggiori"): "adunque, o sia maggiore o sia minore, tu sei servo": scriveva Giovanni Della Casa in pieno Cinquecento⁴⁰. E il servizio? e l'ufficio? Sempre servitù, sembrerebbe, se non si spezza il rapporto di intrinseca subordinazione fra *magiore* e *minore*. Ma come si fa? Per secoli, nella nostra cultura politica, la chiave di quelle risposte è stata la figura bifronte della *institutio*: intesa come educazione (del principe, ma in prospettiva del cittadino) alla politica, ma anche come luogo di regolazione della politica stessa in funzione di autorità. Anche per Weber l'istituzione, scaturente dalla *Disziplin*, è stata la culla della legittimazione, a sua volta cardine della concezione ideale e pratica del potere moderno. E la libertà? Sarà ancora sufficiente la distinzione fra antichi e moderni di Constant? O bisognerà risalire a quella posta tre secoli prima da Giovanni Della Casa che parlava di una "usanza di uomini liberi", dove l'*institutum* non era necessariamente posto per legge, ma più spesso e generalmente veniva "stabilito per via di accettazione comune, magari anche solo attraverso l'uso, l'abitudine, la tradizione, ma pure grazie a insegnamento, a convinzione"⁴¹.

Torniamo così al punto se lo Stato debba necessariamente aver a che fare col diritto. Dopo quanto detto, ci si può anche più sottilmente chiedere con quale diritto debba aver a che fare lo "Stato" (participio passato del verbo essere) nella sua evoluzione in "Futuro" (participio futuro del verbo essere)⁴².

Il discrimine mi pare sia quello —che anche per il Casa era fonte "di un grande e continuo travaglio"— del mantenimento della libertà, mediante equilibrio fra obbedienza e comando. Gli uomini non sono infatti tutti uguali, ci sono i più forti e i più deboli (*potentiores* e *tenuiores*: "superiori" e "inferiori"): bisogna dunque fare in modo che questa dualità non alteri la dignità di ciascuno e assicuri libertà. Nella luce dorata del Rinascimento

⁴⁰ Ne ho trattato in P. Schiera, "I mali della politica: per una formazione alla Weltgesellschaft", R. Gherardi (Ed.), *Politica, consenso, legittimazione. Trasformazioni e prospettive*, Roma, Carrocci, 2002, pp. 35-48.

⁴¹ Tema che —per tornare all'oggi, come mostra la citazione appena fatta— viene trattato benissimo da Michele Luminati, nelle sue riflessioni sull'oralità del diritto, dedicate in particolare al caso svizzero ma chiaramente aperte a un futuro più ampio: M. Luminati, "Oralità del diritto —Reloaded. Alcune riflessioni", C. Bernardi, F. Brancaccio, D. Festa y B. M. Mennini (Eds.), *Fare spazio*, pp. 65-66.

⁴² P. Schiera, "Stato", U. Pomarici (Ed.), *Filosofia del diritto. Concetti fondamentali*, Torino, Giappichelli, 2007, pp. 563-568.





casiano, sembrava bastare la sfera magica dell'“amicizia”, articolata attraverso la “maggioranza”, che è appunto il riconoscimento della differenza fra gli uomini, nel rispetto della libertà. Una visione molto distante dalla dottrina schmittiana dell'*amicus/hostis*. La mia ipotesi è che il “futuro” possa essere segnato anche da un recupero dell'amicizia, intesa come adeguato rapporto (misura) fra inferiori e superiori in un quadro di dignità e libertà complessiva, ma soprattutto nel nuovo quadro del “comune”, grazie a una progressiva estensione del campo dei “beni” comuni: da quelli per così dire materiali, che riguardano direttamente la vita e la sopravvivenza dignitosa, a quelli immateriali più o meno identificabili in *human rights*, fino a comprendere però gli stessi beni strumentali, per così dire “di servizio”, senza i quali le altre due categorie non saprebbero venir utilizzate. Mi limito qui a ricordare fisco, amministrazione e responsabilità contrattuale, tanto per toccare tre branche del diritto, tra il pubblico e il privato, che dovrebbero realizzare lo scheletro di ogni costituzione democratica.

Ho deliberatamente trascurato l'aspetto più “costituzionale” nella tradizione liberale, che è quello della rappresentanza popolare in parlamento. Ritengo infatti che l'egemonia della legge sulle altre forme di previsione e imposizione di comportamenti nel sociale abbia fatto il suo tempo e che lo stesso potere legislativo non vada più considerato la forma esclusiva di partecipazione popolare alla gestione del potere e quindi di legittimazione di quest'ultimo. Allo stato attuale, mi sembra che l'attenzione principale vada rivolta a una nuova conformazione dell'amministrativo (il vecchio “esecutivo”), ben oltre la sua classica subordinazione alla legge realizzatasi con lo Stato di diritto. Ciò potrebbe favorire un'autentica com-partecipazione dei cittadini al procedimento amministrativo, come pure all'attuazione delle sue “misure”, sempre più regolative —accanto e al posto delle leggi— della vita in comune⁴³.

Una prospettiva del genere richiede forte concentrazione sulla reale consistenza del modello—Stato, che va sottratto al mito storico—europeistico in cui dal Rinascimento in poi si è incistato. Anche questo è un passo verso quella “provincializzazione” dell'Europa che mi sembra il presupposto per un ribaltamento della *Welt-Anschauung* da cui la grandissima parte delle nostre letture, anche critico—estreme, continuano a dipendere restandone condizionate.

Tiziano Bonazzi aveva brillantemente definito “sacro” l'esperimento dei Padri americani sbarcati in Massachusetts ai primi del Seicento per fondarvi una colonia, con “scopi di natura religiosa”⁴⁴. Ma naturalmente ci

⁴³ P. Schiera, “Misura per misura. Dalla global polity al buon governo e ritorno”, *Scienza & Politica — Deposito*, no. 1, 2015, disponibile all'indirizzo: <http://scienzaepolitica.unibo.it/pages/view/repository>.

⁴⁴ T. Bonazzi, *Il sacro esperimento. Teologia e politica nell'America puritana*, Bologna, il Mulino, 1970, p. 8.

furono anche esiti più prosaici, compreso quello politico–costituzionale di una *Rivoluzione per lo Stato*⁴⁵. Scontato l’input europeo dell’operazione, se ne sottovaluta forse il feed–back, a cui risale la creazione di un clima politico “atlantico”. Mi pare indiscutibile che quel clima finì per avvolgere anche, in misura non trascurabile, la questione dello Stato. Non so se si possa risalire alle *reducciones* dei Gesuiti, ma è certo che sia la rivoluzione nord-americana, che la recezione di quella francese nell’America del centro e del sud, come pure la storia particolare del costituzionalismo nelle sue diverse varianti lungo l’Ottocento, in tutto il triplice continente, avrebbe bisogno di una rivisitazione storiografica in stretta comparazione europea⁴⁶. Si capirebbero meglio molte cose, relativamente anche alla “crisi dello Stato” da cui eravamo partiti, che ha visto il suo culmine nelle due guerre mondiali in quarant’anni del primo Novecento, trovando infine un’ottima soluzione “di parte” con la “Organizzazione del Trattato dell’Atlantico del Nord” (NATO), firmato il 4 aprile 1949 a segnare la rinuncia alla sovranità militare da parte di 28 Stati europei e nord-americani, a favore dell’egemonia militare e politica statunitense. Non sono in grado di condurre a buon fine questo discorso qui, ma sono convinto che solo in tale dimensione sia possibile riflettere sugli esiti politico-costituzionali della globalizzazione, considerando che anche lo “Stato atlantico” rappresenta una delle tante gradazioni in cui si è venuto articolando il federalismo di potere (di fatto) nel mondo. Un federalismo che, nella NATO come in molte agenzie globali in atto di assestamento, è radicato nel principio di organizzazione.

Il richiamo alla modalità amministrativa, piuttosto che legislativa, mi consente di andare oltre, ricordando che organizzazione è concetto collegabile a organo e organismo ed è suscettibile quindi di letture non solo tecniche e verticali, ma anche eventualmente orizzontali, circolari e in qualche modo umanistiche⁴⁷. Forse non è proprio la NATO il caso giusto da cui partire, ma proprio esso mostra come non sia più la legittimazione del potere il cuore del politico, ma forse invece una visione alternativa dell’organizzazione, basata sulla comprensione dell’altro, attraverso anche l’analisi e la critica di sé e dei propri miti (o spettri) a partire da quello della razionalità, troppo a lungo impiegato per misurare ogni cosa secondo il metro funzionale del progresso e della felicità, ma incurante di ogni “ragione” altra. Quando invece sembra che siano proprio “altre” le ragioni necessarie per montare ipotesi di convivenza destinate agli spazi–tempi oggi necessari per fare politica. Altri spazi, tempi

⁴⁵ M. Battistini, *Una Rivoluzione per lo Stato. Thomas Paine e la Rivoluzione americana nel Mondo Atlantico*, Soveria Mannelli, Rubettino, 2012.

⁴⁶ P. Rudan, *Por la senda del Occidente. Republicanismo y constitución en el pensamiento político de Simón Bolívar*, Madrid, Biblioteca nueva, 2007.

⁴⁷ E. W. Böckenförde, „Organ, Organismus, Organisation, politischer Körper“, O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch–sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett–Cotta, 1978, pp. 519–622.



e “persone”, alla ricerca di nuove identità, “usanze” e comunanze, senza le quali neppure le vecchie convinzioni acquisite servono più. A questa ricerca bisogna dedicarsi, con metodo diverso da quello a cui siamo abituati, che è quello storico-occidentale. Dovrà essere certamente un metodo predisposto a cogliere la pluralità degli avvenimenti e dei movimenti, piuttosto che a isolare e evidenziare tipologicamente i caratteri specifici e portanti del solo caso ritenuto o posto come dominante: per noi occidentali, appunto, lo Stato.

Per portare solo qualche piccolo esempio, mi riferisco alla giustapposizione di rurale a cittadino, di orale a scritto, di partecipativo a decisionale e così via. In tutti questi e in analoghi casi, come nei casi di “proporzionalità” che ho sopra citato, mi pare perfino banale osservare che il criterio da utilizzare per venirci a capo è quello, già più volte evocato, di “misura”. Per me essa significa la capacità, ricercata e costruita, e continuamente alimentata, di mantenere in tiro fra loro, secondo coerenza e volontà, la coscienza individuale delle cose e degli altri (misura di sé), la sperimentazione e la validificazione come emblematico metodo di tecno-scienza (misura cognitiva) e la cittadinanza come procedimento amministrativo comunitario (misura amministrativa). L’allineamento delle tre misure è storicamente cosa difficile e rara, come pure, solitamente, non durevole. Esso si compie, sembrerebbe, fra una crisi e l’altra ma, a ben pensarci, è esso stesso motore di crisi, nel senso che, appena raggiunto quel nesso, cede il passo a nuovi aggiustamenti, perché si fonda sulla critica e messa in gioco dell’esistente, verso nuovi confini da raggiungere e superare.

Per spiegarmi meglio e cercare di essere capito, proverò ad avvicinare il mio concetto di misura ad altri due che ho recentemente incontrato, anche se si riferiscono a situazioni e dipendono da premesse lontane dalle mie. Il primo è il concetto di *border*, indagato intensivamente da Mezzadra e Neilson per una lettura nuova del fenomeno universale della migrazione e del lavoro. Fin dalle prime righe del loro libro *border* è definito come “demarcation [lines] between the sacred and the profane, good and evil, private and public, inside and outside”: tutte cose che riguardano l’uomo e la sua *dis-location*. Tanto che gli autori intitolano il libro al “border as method”, come generatore cioè di una serie di concetti miranti a cogliere le “mutazioni di lavoro, spazio, tempo, diritto e cittadinanza che accompagnano la proliferazione di confini nel mondo d’oggi”⁴⁸. Che l’uomo, a sua volta, torni a dipendere più che mai dai suoi principali elementi costitutivi —che sono il suo essere simultaneamente forza-lavoro e forza-di-vita— dipende dal fatto che lavoro e vita stanno tornando a sovrapporsi sempre più, nelle condizioni

⁴⁸ S. Mezzadra y B. Neilson, *Border as Method, or, the Multiplication of Labor*, Durham and London, Duke university press, 2013, sulla cui traduzione in italiano (*Confini e frontiere. La moltiplicazione del lavoro nel mondo globale*, Bologna, Il Mulino, 2014) cfr. A. Negri, *Il diritto alla fuga*, in “Il Manifesto” del 08-07-2014.

globali: come ai tempi di Hobbes, in cui "vita" e "industria" erano alla base della catena del consenso e dello stesso potere politico.

Mezzadra e Neilson si muovono con maestria fra Marx e Foucault, aiutandosi anche con Balibar, ma dalla loro ricostruzione, anche storica, della *fabrica mundi* post-rinascimentale emerge pure la struttura di quest'ultima, fatta di ordine, proporzione, perfezione. Insomma continua a far capolino Max Weber, con la sua razionalità *nur im Okzident*. Espressione di quest'ultima fu certamente il modo capitalistico di produzione ed è ancora oggi, specificamente, la "divisione internazionale del lavoro" su cui esso per "bits and fragments" continua a reggersi. Per me ciò vuol dire che, accanto e oltre alla (nuova) divisione internazionale del lavoro va osservata, analizzata e ricostruita la (nuova) distribuzione e organizzazione dei *borders* istituzionali, in campo cognitivo e decisionale. Sono, per me, due delle funzioni della misura che governa il mondo (la terza essendo, come detto, la coscienza individuale). Lo furono per quel grande sistema che era (e in qualche spazio è ancora) lo Stato; lo sono e lo saranno sempre più per il complesso delle istituzioni che stanno modellando la *global polity*⁴⁹.

Il secondo concetto a cui vorrei avvicinare la mia misura è invece quello di *character* che riprendo dallo studio di Roberta Ferrari su Beatrice Potter (Webb): "Il *character* è contemporaneamente l'unità di misura della scienza sociale di Potter e l'orizzonte della sua riflessione politica. Nel corso degli anni, attraverso le varie fasi della sua opera, esso assume forme diverse, da singolare a collettivo, da morale a sociale, da aristocratico a industriale, da industriale a capitalistico"⁵⁰. Ma ovviamente non si trattava, agli occhi di Beatrice Webb e di suo marito Sidney, solo di degenerazione, bensì, a certe condizioni, pure di rigenerazione verso una "coscienza collettiva" volta alla liberazione degli uomini e delle donne dal dominio. Era coinvolto in ciò il rapporto di Stato e società, mediante la trasformazione della vecchia sovranità in *Commonwealth*. L'intero processo doveva far capo al *character* collettivo capace di fondare una nuova unità politica, su base di libertà e uguaglianza. Strumenti ne dovevano essere nuove misure amministrative coniate dall'osservazione scientifica della realtà politica e dal ripensamento scientifico dell'autorità. Ma punto di riferimento restava sempre il *character* individuale, cioè la coscienza di sé di soggetti non più contrapposti fra loro dalla divisione sociale del lavoro (maschile/femminile, manuale/intellettuale). Anche da questa parzialissima ricostruzione emergono le mie tre misure, riassunte nella cifra complessiva e rivoluzionaria del *character*. E anche in questo caso mi pare giusto sottolineare la linea evolutiva, di *border as a*

⁴⁹ S. Cassese, *The Global Polity: Global Dimensions of Democracy and the Rule of Law*, Sevilla, The Global Press, 2012.

⁵⁰ R. Ferrari, *Beatrice Potter e la signora Webb. La politica come amministrazione del carattere*, Tesi di dottorato, Bologna 2015, relatore Maurizio Ricciardi.



method, in cui la questione si pone. Lo Stato occupa solo una piccola parte in entrambi i ragionamenti ed è comunque destinato a lasciare spazio ad altro. Che conta è appunto l'approntamento di un nuovo metodo, "per imporre i fondamenti teorici di una nuova civiltà".

Non mi stupisco che la domanda sullo stato dello Stato mi abbia portato a queste conclusioni. Lo Stato infatti è stata cosa molto seria, ma anche circostanziata. E se le circostanze mutano profondamente, sarà difficile che quella "cosa" possa circostanziarsi ulteriormente. Sarà invece facile che si presentino circostanziameti diversi, da cogliere nella loro novità, sapendo che quest'ultima potrà sempre essere solo relativa. Nella ricerca andranno tenuti presenti tutti gli ingredienti che hanno fatto dello Stato, per qualche secolo, la figura principale della politica nella sua versione moderna e occidentale: dalla centralità della persona ai suoi requisiti fondamentali di uguaglianza e libertà, dall'esigenza primaria di sicurezza e di pace alle premesse di giustizia e di comune, dall'importanza del diritto e dei diritti alle funzioni democratiche classiche di partecipazione e rappresentanza. Ma non basterà. Sapere cosa ricercare d'altro è esattamente il compito di noi ricercatori: purché si tratti comunque di "sociable discourse", nel senso che gli dava Margaret Cavendish circa trecento anni fa: "as being more conceivable"⁵¹.

⁵¹ Sto citando da Ch. Malcolmson, "Christine de Pizan's City of Ladies in Early Modern England", Ch. Malcolmson y M. Suzuki (Eds.), *Debating Gender in Early Modern England, 1500-1700*, New York, Palgrave, 2002, su indicazione gentile di Eleonora Cappuccilli, di cui si veda: "Remarkable Women in a Remarkable Age. On the Genesis of the English Public Sphere, 1642-1752", *Scienza & Politica*, 27, 52, 2015, pp. 105-134: disponibile all'indirizzo: <http://scienzaepolitica.unibo.it/article/view/5288>.



“L'ESTERNO È SEMPRE
DENTRO”. TENSIONI E
TRASFORMAZIONI RECENTI
NELLO SPAZIO POLITICO DELLO
STATO E LA DEMOCRAZIA

Israel Covarrubias

Nel contesto globale si evidenzia una profonda e a momenti radicale trasformazione dello spazio politico della democrazia, che raggiunge tanto le sedi convenzionali della rappresentanza politica, come le istituzioni che si occupano della distribuzione e l'esercizio del governo e il potere. La trasformazione ha avuto a che fare con la ogni volta più impellente necessità della partecipazione dello Stato nel campo economico, spazio da cui si era allontanato nelle ultime due decadi del secolo scorso¹ e anche con la recente intensificazione della separazione tra lo politico di fronte all'universo della politica istituzionale e la sua conseguente ridefinizione dei posti della democrazia nel territorio d'appartenenza e integrazione dello Stato.

Questo momento può essere illustrato con le misure messe in atto dal presidente degli Stati Uniti, Barak Obama, alla fine di 2009 e durante il 2010 per far fronte all'impatto della crisi economica di 2008 e confermare la centralità dello Stato in materia economica e nella sua funzione di integrazione sociale. La situazione lasciò sul tavolo un'allarme: che i problemi che avevano causato la dinamica della esclusione e le ineguaglianze che avevano accompagnato nel suo momento l'esaurimento della universalizzazione dei regimi di benessere in certe democrazie,² insieme alla recessione di 2008 e al rallentamento generale della crescita economica globale, iniziarono a produrre una serie di disallineamenti o "discrepanze" interne nell'universo della vita in società degli Stati nel concerto tra le nazioni, in cui sono apparsi una serie di effetti perversi per l'ordine democratica. Comunque sia, questo evento si manifesta in un momento storico in cui non è possibile lasciar di lato l'esigenza di una spiegazione multi-causale dei loro molteplici angoli, nonostante i continui sforzi statali e sovrastatali e in particolare delle élites finanziarie e politiche, per distanziare le cause del deficit di crescita economica dalle forme di legittimazione democratica.

Nel suo aspetto partitista, una delle risposte al disaccoppiamento (e al fenómeno della scarsità che lo accompagna) tra la riproduzione della vita

¹ T. Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 520–525.

² I casi recenti di Spagna e Grecia sono espressioni chiare di questa situazione.

sociale e il processo istituzionale di garanzia di benessere, è stato l'aumento di formazioni e coalizioni elettorali populiste, siano esse organizzate dallo spettro "ideologico" oppure, come lo si definisce oggi "post-ideologico", di sinistra o destra. Allora, se la democrazia è una delle forme contemporanee più dinamiche della genesi dello spazio dello politico nel mondo storico attuale, non è l'unica forma di organizzazione che il politico può adottare, nonostante che è sempre in torno a essa che appaiono diverse modalità della sua appropriazione. Bisogna anche dire che la inadattabilità strutturale che vivono le democrazie spiega la nascita ma non lo sviluppo e tranne meno la fine dei fenomeni populistici che trovano posto in certe esperienze statali nel contesto recente. In questo senso, Venezuela dopo Chávez è la sua parabola³.

In effetti, in un ambiente politico globale dove per i liberali "ben intenzionati" e fino a poco tempo fa instancabili promotori del non intervento dello Stato nell'economia e le finanze, il populismo "da qualunque posto venga" genera una forma in essenza anti-democratica, quando in realtà quello che si osserva è che la sua apparizione è regolamentata dai limiti interni dello spazio politico della democrazia contemporanea ("l'esterno è sempre dentro"), per cui forse il suo sviluppo è una semplice espressione di un rifiuto a certe forme che adotta il proibizionismo e in generale il governo della legge (*Rule of law*) di fronte alla inalienabilità della libertà di decisione all'interno della democrazia⁴.

Al condividere l'equazione inversamente proporzionale tra l'esaurimento delle strutture di benessere⁵ e l'ascendere della democrazia come *forma globale* di governo attraverso il dispositivo dell'inclusione e il pluralismo, quello che vediamo è che le sue espressioni sono diventate una necessità insuperabile per la propria democrazia, e una struttura sociopolitica ingovernabile che non solo influenza questa forma di governo e importa le sue sequele al campo della dis-universalizzazione delle politiche del benessere, ma anche colpisce diversi livelli dell'architettura statale. Per questo, il fenomeno del populismo è il male minore, perchè il cambio dello spazio politico della democrazia connesso alla crescita della scarsità economica, colpisce in modo significativo allo Stato, soprattutto nell'ordine territoriale e sociale della sicurezza pubblica e nazionale, dato che gli Stati si vedranno costretti a lottare nel fronte interno ma anche all'esterno contro espressioni che prendono vita in contesti di ampliamento della scarsità, come sono il

³ C. Torrealba, "Venezuela después de Chávez: Polarización política y social. Aportes para un debate en torno a sus imaginarios, significados y símbolos", *Metapolítica*, 19, 89, 2015, pp. 32-37.

⁴ I. Covarrubias, *Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Gedisa, 2015.

⁵ Che fu la forma storica che fece possibile lo sviluppo delle aree di uguagliamento del sociale in Occidente.

terrorismo e la criminalità organizzata a scala transnazionale⁶. Ugualmente, dovranno gestire gli effetti antipolitici e anti-istituzionali (la paura è il loro sintomo) che producono all'interno delle società contemporanee⁷.

A partire dalla metafora “l'esterno è dentro”, questo capitolo suggerisce che davanti alle trasformazioni dell'architettura statale nel concerto globale, lo spazio politico dello Stato non deve essere pensato esclusivamente da un punto di vista *topografico*, ma anche da la sua costituzione *differenziale*. Cioè, i nuovi limiti del potere sovrano sono determinati e incistati nelle resistenze “interne” che produce in un contesto in cui il principio della sovranità moderna d'impronta westfaliana è letteralmente rovinato. Questi limiti interni, nelle loro varianti più radicali, adottano la forma “parapolitica” della “sovranità del crimine” e del terrorismo postmoderno. Per Robert Cribb, la “parapolitica [...] è lo studio della sovranità del crimine, [ma anche] dei criminali che si comportano come sovrani e dei sovrani che si comportano come criminali in modo sistematico”⁸. In questo capitolo, daremo attenzione speciale al fenomeno della “sovrannizzazione” del crimine, senza smettere di segnalare che il terrorismo è connesso a una parte significativa della criminalità organizzata.

Così, la sovranità del crimine, da una parte, nasce quando la sua *emergenza* —che dalla sua parte indica la potenzialità che si possa sviluppare— ha a che fare con l'organizzazione dell'universo *infra-statale* —Ola Tunander⁹ usa la nozione di *stay-behind*—, in cui è necessaria la logica del segreto e della clandestinità dei diversi agenti generatori della criminalità e la violenza (*deep State*) per mantenere la validità dell'*idea* dello Stato democratico. Precisamente è qui dove si trova la nascita di quello che il giurista tedesco Ernst Fraenkel¹⁰ chiamò Stato doppio (*Dual state*), cioè, una forma statale che per confermarsi come tale, ha bisogno allo stesso tempo di uno Stato visibile e legale, un'altra formazione statale invisibile, discrezionale e in molti casi, illegale da capo a coda. Per Fraenkel —dice

⁶ P. Andreas, “Crimen transnacional y globalización económica”, M. Berdal y M. Serrano (comps.), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 62–85.

⁷ D. Zolo, “La reducción del miedo”, R. Ocampo Alcántar, I. Covarrubias y J. C. Cruz Revueltas (coords), *Estado, seguridad pública y criminalidades. Debates recientes*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa-Publicaciones Cruz, 2013, pp. 73–90.

⁸ R. Cribb, “Introduction: Parapolitics, Shadow Governance and Criminal Sovereignty”, E. Wilson (Ed.), *Government of the Shadows. Parapolitics and Criminal Sovereignty*, Londres, Pluto Press, 2009, p. 8.

⁹ O. Tunander, “Democratic State v.s. Deep State: Approaching the Dual State of the West”, E. Wilson (Ed.), *Government of the Shadows. Parapolitics and Criminal Sovereignty*, Londres, Pluto Press, 2009.

¹⁰ E. Fraenkel, *The Dual State. A Contribution to the Theory of Dictatorship*, Nueva York, Oxford University Press, 1941.

Bobbio¹¹— il potere si deve fondare nel diritto, per cui lo Stato discrezionale è per definizione una risposta giuridica a una emergenza che nasce nel mondo sociale, economico o politico, nonostante che si usino meccanismi totalmente anti-giuridici; ciò vuol dire un'emergenza che permette la trasformazione di un ordine politico in stato d'eccezione. Insomma, insieme a Bobbio diremmo che ci troviamo in un momento in cui abbiamo l'ordine statale dotato di "[una] Dottrina giuridica secondo la quale in una situazione eccezionale, i legittimi possessori del potere politico hanno il diritto di sospendere le garanzie previste dalla costituzione e stanno per tanto investiti di 'poteri pieni'"¹².

In questo stesso senso potremmo interpretare il saggio che Giorgio Agamben dedica al tema —inclusa la dimensione discrezionale della democrazia e dello Stato contemporaneo— a partire dalla categoria "forza di legge" che recupera da Jacques Derrida¹³ in *Estado de excepción. Homo sacer, II, 1*¹⁴. Sembra che il suo saggio è un tentativo per rispondere alle ansie contemporanee sulle autorità e in particolare, nel contesto delle trasformazioni nel ordine giuridico statale (e sovrastatale) di origine westfaliana¹⁵. Comunque, bisogna aggiungere che Agamben recupera *in un certo modo* la polemica "non dichiarata" e a mezza via tra filosofia e teologia política, tra Carl Schmitt (decisione) e Walter Benjamin (violenza pura) negli anni venti del secolo scorso attorno all'eccezione e i suoi rovesci, per dopo muoversi in modo chiaro verso il campo della politica. Ma anche la pubblicazione del suo libro (2003) coincise col momento storico dove i dibattiti di filosofia e teorie politiche indicavano le conseguenze perverse della nuova onda d'ampliamento degli ambienti della sicurezza globale posteriori all'11 settembre di 2001 (11-S), a partire dell'aumento di detenzioni all'ingresso negli Stati Uniti sulla base della chiamata "Legge Patriottica", e nella guerra globale contro il terrorismo¹⁶.

Da parte sua, il terrore e il terrorismo sono possibili quando le nazioni o i gruppi in conflitto oscillano tra uno Stato legale e uno Stato illegale. Ma anche sono possibili, nel caso estremo, quando agiscono sulla base di una lógica dello Stato totale. Nonostante, il terrorismo (interno o esterno) che

¹¹ N. Bobbio, "Introduzione", E. Fraenkel, *Il doppio stato. Contributo alla teoria della dittatura*, Turin, Einaudi, 1983, pp. IX-XXIV.

¹² Bobbio, "Introduzione", p. XII.

¹³ J. Derrida, *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Madrid, Tecnos, 1997.

¹⁴ G. Agamben, *Stato di eccezione, Homo sacer II, I*, Turin, Bollati Boringhieri.

¹⁵ S. Humphreys, "Nomarchy: On the Rule of Law and Authority in Giorgio Agamben and Aristotle", *Cambridge Review of International Affairs*, vol.19, núm. 2, 2006, pp. 331-351; S. Humphreys, "Legalizing Lawlessness: On Giorgio Agamben's *State of Exception*", *The European Journal of International Law*, 17, 3, 2006, pp. 677-687.

¹⁶ I. Covarrubias, "Giorgio Agamben y el despliegue político de la ley. En busca de una ciencia sin nombre", G. Ávalos Tenorio (coord), *Pensamiento político contemporáneo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2014, pp. 213-214.



affetta il cuore delle società democratiche ha a che fare con la dinamica del *doppio* Stato (legale e illegale allo stesso tempo) e l'uso proporzionale della forza della duplicità contro *un'altro potere*, uguale o peggiore, come può essere l'azione delle “resistenze” interne allo Stato che ho appena menzionato. Per farlo funzionare sotto questa modalità sono necessarie due condizioni. La prima, che l'uso discrezionale della forza statale sia obbligato per una situazione limite;¹⁷ seconda, che i limiti della tensione sociale siano superati per la logica e l'azione continua e illimitata di una potenza che attenta contro una parte considerevole dell'esistenza statale com'è lo spazio territoriale. Dopo oltrepassare questi limiti, il terrore e il terrorismo diventano necessari.

Questo è ancora più importante se osserviamo che lo spazio politico in certi Stati che hanno avuto processi recenti di democratizzazione, manifesta un'eclissi della “legalità” democratica che poteva accompagnare il fenomeno del cambiamento politico, e in parallelo mantengono un incremento di trasgressioni all'ordine giuridico-politico che pretende attivare e sviluppare nuovi “luoghi” (non è necessario che siano spaziali) per la riproduzione della politica, con indipendenza del suo carattere: democratica o anti-democratica. Quindi, quello che lascia intravedere questo evento è la proliferazione di “tensioni di frammentazione” che si esprimono, ad esempio, nei nazionalismi sub-statali presenti nella dinamica independentista di certe regioni come i Paesi Baschi¹⁸. Seguendo questa idea, possiamo aggiungere che anche generano “autonomismi sub-statali” che possono vincolarsi alla criminalità organizzata e al terrorismo, quando pensiamo a questi due fenomeni come forme interne di resistenza e limitazione della sovranità dello Stato, e con questo, la distinzione tra Stato formale e anti-Stato, cioè tra azione statale basata sulla “ragione di Stato” e azione criminale, diventa superflua¹⁹. Così, sarà su questo rapporto paradossale che nelle successive sezioni svilupperò alcune ipotesi teoriche attraverso l'osservazione di diverse esperienze storiche contemporanee.

Ridefinire lo spazio politico della democrazia

In anni recenti, la democrazia è stata costretta ad incrementare i suoi costi, perché non basta più vincere o perdere elezioni, e neanche garantire l'equità di risorse economiche e simboliche dei diversi attori politici per

¹⁷ In generale, nelle legislazioni nazionali la criminalità organizzata è definita come problema di sicurezza nazionale.

¹⁸ R. Vázquez García, (Ed.), *Teorías actuales sobre el Estado contemporáneo*, Granada, Universidad de Granada, 2011, p. 9.

¹⁹ N. Bobbio, “La politica tra soggetti e istituzioni: le lezioni dei classici”, *Democrazia e diritto*, vol. xx, núm. 5, 1980, pp. 641-654.

la concorrenza tra i partiti, tale e come lo mostravano le teorie politiche della democrazia a partire del secondo dopoguerra e il pieno sviluppo di ciò che era definito allora come la "grande política", centrata proprio nella strutturazione spaziale della concorrenza tra partiti²⁰. Un'elemento caratteristico che queste concezioni avvertivano sulla democrazia, e che risulta opportuno sottolineare, era quello della costatazione della crescita di strutture di conflittualità²¹ che animarono la concorrenza tra partiti e anche la dinamica del campo economico²²; quello della política distributiva verso la società (attraverso la funzione del *welfare*); ma soprattutto la congiunzione dell'ordine statale come fenomeno d'integrazione macro-politico (*state building*) con quella dello sviluppo istituzionale dell'apparato di Stato. Insomma, appare la conferma di un campo differenziale di controversie inerente allo sviluppo della democrazia nel passaggio che va dagli anni cinquanta del secolo scorso fino alla fine degli anni settanta.

Allora, potremo argomentare che la democrazia contemporanea è una forma storica di organizzazione del comune che non riesce la riduzione a "tasso zero" della questione del disordine, la insubordinazione e lo sviluppo del "pluralismo" del sociale. Ad esempio, in America Latina la protesta negli ultimi anni è stata legata ai chiamati conflitti di riproduzione sociale, che esprimono un aperto carattere "difensivo" (conservazione dei diritti) e sono raggruppati in tre grandi direzioni: a) conflitti di riproduzione dove appaiono proteste che seguono la soddisfazione di richieste fondamentali come lo stipendio, le prerogative alle proprietà e le "mobilitazioni contro certe misure politiche o sociali che si percepiscono come minacciose dello *status quo*"; b) conflitti istituzionali e di gestione amministrativa, tali come i servizi pubblici, l'amministrazione locale e le "misure legali"; c) i conflitti culturali come le mobilitazioni per l'esigenza di sicurezza cittadina, i diritti fondamentali e le identità²³.

In sintesi, le dinamiche sociali che dirigono le loro richieste verso determinate istituzioni del apparato di Stato, hanno bisogno di un contesto democratico che garantisca la loro partecipazione e la loro risposta. In questo modo riusciamo a capire perchè la logica del "buon governo" e la governance democratica hanno preteso di diventare nelle ultime due decadi

²⁰ L. Morlino, "Democrazie", G. Pasquino (coord), *Manuale di scienza política*, Boloña, Il Mulino, 1986, pp. 83-136; J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, vol. 2, Barcelona, Folio. 1996, pp. 321-242, 243-360.

²¹ Si pensi alla concezione "moderna" della *litigation society*, che non copriva esclusivamente il suo aspetto giuridico.

²² È celebre la sentenza di Schumpeter: "Il capitalismo sta essendo assassinato per le sue proprie realizzazioni" (Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, vol. 2, p. 16).

²³ F. Calderón Gutiérrez, (coord), *La protesta social en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores/Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2012, pp. 126-127.



una risposta efficace a queste domande²⁴, e non solo attraverso la funzione del benessere, ma anche attraverso la crescita del processo di "scentratura" delle decisioni e degli spazi di sovranizzazione a essa intrinseci. In alcuni casi adottando la forma política dell'eccezione²⁵ con lo scopo di articolare quello che il sociólogo Alan Wolfe definì come i "modi di conservazione del potere in contesti di grande fluidità sociale"²⁶. Il corollario è pronosticabile: la "reificazione" della política democratica e dello Stato *giustificano* l'ansia di idolatrare l'efficacia delle istituzioni pubbliche, anche contravvenendo la causa del'eccesso di statalità che per parecchi anni era la pietra di tocco delle feroci critiche all'attività statale, anche in ambienti che non appartenevano alla sua giurisdizione. Per Wolfe, questo sintomo dello Stato contemporaneo è un paradosso insormontabile: "quanto più fallisce lo Stato, più venerato è, e quanto più venerato, maggiore il suo fallimento"²⁷.

Così, l'alto costo della democrazia ha a che fare con la nascita di contesti social strutturati con poca radice democratica ma con "grande fluidità sociale",²⁸ come sono l'uso del denaro nero per orientare un'elezione, la corruzione degli attori politici e anche degli attori che appartengono all'apparato giudiziario, e la compra-vendita dei voti propria della dinamica del clientelismo, per cui allo stesso tempo esprime la necessità di approfondire nella chiamata educazione *per e nella* democrazia²⁹. Per questo, azzecca Pierre Rosanvallon quando dice che "le elezioni contemporanee sono meno l'opportunità di optare per diversi orientamenti che giudizi sul passato [...] Non si tratta più, nel senso etimologico del termine, di distinguere e selezionare candidati, ma piuttosto di procedere a eliminazioni. Si può parlare per questo di "diselezioni". Entriamo così in ciò che potrebbe chiamarsi una *democrazia di sanzione*"³⁰.

In molte occasioni, questa punizione ha a che fare direttamente col processo di colonizzazione dello spazio politico della democrazia causato dall'incremento della partecipazione di diversi attori non politici come gli

²⁴ *Governance* è tradotto allo spagnolo come "governanza" ed allude all'ambito specifico della "attività di governare". Perciò, la qualifica di "buona" o "cattiva" attuazione del governo. Ugualmente, la "governanza" democratica, a differenza della governabilità democratica, enfatizza l'affidabilità e stabilità dei procedimenti democratici. Ad esempio, è osservabile nella questione che concerne al controllo, interno ed esterno, del potere politico mediante regole e processi istituzionali che garantiscano il funzionamento delle fasi che compongono la "attività di governare" (March y Olsen, 1995).

²⁵ Agamben, *Stato di eccezione. Homo sacer II, I*, pp. 44-54.

²⁶ A. Wolfe, *Los límites de la legitimidad. Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI Editores, 1997, pp. 69-70.

²⁷ Wolfe, p. 304.

²⁸ Con particolare attenzione nelle chiamate democrazie nuove ma è anche una realtà nelle democrazie consolidate. Di nuovo Spagna dopo 2008 è un caso rilevante.

²⁹ M. C. Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Buenos Aires, Katz Editores, 2010.

³⁰ P. Rosanvallon, *La nouvelle question sociale. Repenser l'État-providence*, Paris, Seuil, 1995, p. 173.

imprenditori³¹; la Chiesa e la sua coercizione morale sulla società; i mass media, che smettono di essere casse di risonanza dei distinti attori social per diventare anche attori che confrontano la politica e le sue semantiche; la società civile organizzata che propone e disegna strategie di assicurazione sociale in situazioni di scarsità; in fine, le organizzazioni criminali, che finanziano campagne, “scelgono” candidati subnazionali e nazionali, riescono ad annidare le loro complicità nella sede legislativa, ecc.

Questi momenti attraverso le loro interazioni e contraddizioni diventano più intensi in regimi politici “in via di consolidazione democratica”, perchè permettono pari allo sviluppo delle strutture di consolidazione democratica, la nascita di fenomeni di “dis-democratizzazione”, che sono una conseguenza del processo di slittamento della centralità politica di legittimazione, oppure, delle materia prime della democratizzazione (la “restituzione” del luogo politico della figura del popolo) e che colpisce allo Stato come forma di “sovranizzazione”, per quanto i suoi modi di organizzazione cambieranno in molti sensi³². Questo cambiamento è sintomatico dell’attuazione politica del potere giudiziario di fronte allo sviluppo del potere legislativo in un contesto ogni volta più inarrestabile di primato della attuazione dei poteri esecutivi nelle decisioni democratiche:

Abbiamo assistito nelle ultime decadi a un’espansione del potere esecutivo che è stata accompagnata dell’ampliamento della capacità e il raggio d’azione dei tribunali di giustizia, tanto nazionali come internazionali. Ogni volta è maggiore il numero e la diversità delle liti e le questioni politiche che si elevano ai tribunali —includendo in questo numero quelle che generano i movimenti social di ogni nazione e le campagne internazionali pro i diritti umani. E una volta che arriva ai tribunali, gli esperti giuridici fanno tanti giochi di prestigio e sottomettono le decisioni politiche a tali sottigliezze analitiche —facendolo anche in un linguaggio così complesso e arcaico— che le loro opinioni risultano incomprensibili per ciascuno che non sia un dotto specializzato in quel campo specifico. Allo stesso tempo, i tribunali sono passati da decidere cos’è proibito a dire quello che si deve fare —in poche parole: sono passati da svolgere una funzione limitativa a realizzare un lavoro legislativo che di fatto usurpa il compito classicamente affidato alla politica democratica. Se vivere sottomessi al primato del Diritto è un pilastro importante della maggior parte delle forme di democrazia, il governo dei tribunali equivale ad una sovversione della democrazia. Questa forma di governo non solo cambia la cruciale subordinazione del potere giudiziale al legislativo

³¹ Soprattutto dove la sua partecipazione non è subordinata al gioco politico ne regolata con totale chiarezza dalle leggi ne per il patto corporativo.

³² W. Brown, “Ahora todos somos demócratas”, AA. VV., *Democracia en suspenso*, Madrid, Ediciones Casus-Belli, 2010, pp. 59-78.

—sottomissione da cui dipende la sovranità popolare—, ma anche trasferisce potere e politicizza un'istituzione che non ha carattere rappresentativo³³.

Il problema importato dal processo politico che cambia radicalmente le fonti convenzionali di legittimazione (tra altre cause per la riduzione della politica del benessere) al tempo che permette l'apparizione di nuove forme di “sovrannazione”, sta guadagnando terreno precisamente nello spazio politico “domestico” dell'ordine statale attraverso una serie di esperienze storiche che trovano le loro espressioni più rilevanti nei fenomeni di sovversione istituzionale,³⁴ e che producono effetti devastanti alla legittimità delle democrazie, almeno rispetto all'istituzionalizzazione di un campo di effettività della legge e i diritti politici lungo il territorio nazionale degli Stati contemporanei.

Trasformazioni dello Stato e processi di democratizzazione

Come abbiamo discusso, i processi di democratizzazione che hanno avuto luogo da metà degli anni settanta del secolo XX e che hanno continuato con differente ritmo e successo fino ai giorni di oggi in diverse parti del mondo, hanno prodotto una serie di manifestazioni politiche, sociali, economiche, anche culturali, che hanno accelerato la trasformazione dello spazio politico “convenzionale” delle democrazie, tanto nel seno di diverse esperienze democratiche nascenti come in quelle consolidate³⁵. Ma... di quali espressioni parliamo? Cioè, che tipo di cambiamenti sociali e “strutturali” ha indotto nell'onda più recente della democratizzazione il passaggio precisamente da un ordine politico non democratico verso uno democratico? Sono manifestazioni condivisibili nei diversi processi di cambiamento politico o sono manifestazioni specifiche di ogni processo di democratizzazione?

Quello che si è trasformato non è stata unicamente la modalità d'organizzazione dei regimi politici che si muovevano da diverse esperienze non democratiche verso forme democratiche, perchè anche l'architettura dello Stato dove i regimi si sviluppavano è cambiata e a momenti non nella stessa direzione che segnalavano i processi di democratizzazione³⁶. Cioè,

³³ Brown, p. 65.

³⁴ Alcune sono la criminalità organizzata nazionale e transnazionale, il paramilitarismo, il fenomeno del “vigilantismo” e gruppi armati di autodifesa, ecc.

³⁵ Covarrubias, *Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión*; P. J. Krischke, “Aporías e interfases en los estudios de la democratización: análisis del régimen versus estudios culturales”, *Revista mexicana de sociología*, Lxi, 1, 1999, pp. 177-195; L. Whitehead, *Democratización. Teoría y experiencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

³⁶ G. O'Donnell, *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007; G. O'Donnell, *Democracia, agencia y Estado. Teoría con intención comparativa*, Buenos Aires,

la consolidazione di una base forte di *statualità*, concorde con il pluralismo politico e, in generale, con il dissenso, al termine della vita storica di un regime politico autoritario non necessariamente accompagnerà il processo di democratizzazione delle istituzioni politiche e del regime politico e viceversa. A volte quello che abbiamo è il fenomeno della "liberalizzazione all'indietro" (*spillover effect*). Ad esempio, osserviamo l'esperienza russa della fine del regime comunista e la consolidazione del chiamato "consenso imposto" nel primo governo di Vladimir Putin, che cercò di "restaurare il funzionamento statale anziché consolidare il pluralismo e i processi democratici"^{37,38} Per questo, la restaurazione della funzionalità dell'ordine statale supponeva una profonda "ridefinizione della propria identità nazionale" che era l'effetto della dissoluzione della vecchia Unione Sovietica e che sarebbe finita centrata nella figura presidenziale di Putin³⁹. Quindi, si può dire insieme a Mara Morini che: "la fine del comunismo ha lasciato un vuoto riempito anche con elementi derivati dall'eredità pre-comunista e comunista: il nazionalismo, la questione etnica e identitaria, il culto alla personalità, il neo-leninismo, l'intervento statale sull'economia e la derivazione cesarista-populista"⁴⁰.

Nello stesso modo, pensiamo ai cambiamenti politici articolati intorno alle forti manifestazioni di protesta che hanno spinto precisamente verso una "liberalizzazione all'indietro", anche parziale e caotica in Tunisia ed Egitto, la cui onda colpisce con risultati totalmente contraddittori altri paesi della zona, come Libia, Yemen, Giordania, Siria (oggi in guerra civile), Marocco, al grado che si ha suggerito l'appellativo di "una rivoluzione democratica araba", con le implicazioni e sfide che comporta per le categorie di analisi politico, in particolare, rispetto al vincolo (im)possibile tra democrazia e Islam⁴¹.

Questi fatti sono stati più chiari e mostrano un impatto più erosivo nella vita delle democrazie odierne in quelle regioni e esperienze storiche dove l'organizzazione della società era rimasta delegata in molte delle sue direttrici alla capacità dello Stato di produrre coesione e legittimità (a parte l'esperienza della Russia, i casi del Messico e la Cina sono illustrativi), fenomeno che si coniugava con l'onda della liberalizzazione dell'economia

Prometeo Libros, 2010; A. Pizzorno, (Ed.), *La democrazia di fronte allo stato. Una discussione sulle difficoltà della politica moderna*, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2010; Whitehead, *Democratización. Teoría y experiencia*.

³⁷ M. Morini, "Gli effetti delle eredità del passato nella tandemocrazia russa", P. Grilli di Cortona y O. Lanza (coords), *Tra vecchio e nuovo regime. Il peso del passato nella costruzione della democrazia*, Boloña, Il Mulino, 2011, p. 241.

³⁸ L'esperienza della Ucraina nel 2014 è anche un caso rilevante di questo argomento. Si veda Mikhelsen (2014: 14-16).

³⁹ Morini, "Gli effetti delle eredità del passato nella tandemocrazia russa", p. 237.

⁴⁰ Morini, p. 237.

⁴¹ J. Tovar, "Túnez y Egipto. Historia de dos revoluciones", *Metapolítica*, 15, 73, 2011, pp. 17-23.





dalla tutela statale, per inaugurare una doppia direzione problematica che Sergio Sevilla riassume così:

Siamo davanti a un generalizzato discredito dell'intervento nella società dal sistema politico, dell'intervento sul mercato dallo Stato. Anche se non è esatto il paragone, implicita in quelle formule, da società a "mercato" e politica a "Stato", segnala una tendenza reale ed effettiva; tendenza alla progressiva riduzione della politica alla logica burocratica di partiti e istituzioni, e tendenza alla risoluzione dei vincoli sociali progressivamente rimpiazzati per vincoli funzionali, che riproducono la logica dello economico⁴².

Se bene questa osservazione diventa realtà verso la fine del secolo scorso, e può essere giudicata come una preoccupazione teorica simile a molte altre che allora allertavano sul cambiamento nell'articolazione dello Stato di fronte al mercato e di fronte alla società durante gli anni ottanta e soprattutto negli anni novanta,⁴³ continua a esprimere la sua attualità al grado di indicare l'inizio delle trasformazioni che ha sofferto lo Stato negli ultimi 15 anni. In questo stesso senso, Norbert Lechner scriveva:

In realtà, la riorganizzazione dello Stato ha effetti straordinariamente significativi: riduce la regolamentazione burocratica e il centralismo amministrativo, diminuisce la pressione politica e corporativista sull'apparato statale e limita l'uso populista della spesa fiscale e del patrimonio pubblico. Insomma, migliora drasticamente l'efficienza economica dello Stato. Ciò nonostante, al considerare esclusivamente la funzionalità economica dello Stato, tale modernizzazione implica un riduzionismo che ignora le specificità della politica democratica⁴⁴.

Infatti, questa doppia interazione doveva essere pensata come effetto della serie di implementazioni che si succedevano dalla metà degli anni settanta, quando era ricorrente lanciarsi contro lo Stato di benessere, data la sua "incapacità" nella generazione degli *input* economici e sociali

⁴² S. Sevilla, "La transformación del espacio de lo político", *Revista internacional de filosofía política*, 11, 1998, p. 84.

⁴³ Un riassunto di questi problemi negli anni novanta e contenuta nei dibattiti con una prospettiva "derivazionista" per discutere lo Stato dalla teoria politica è: J. Hirsch, *Globalización, capital y Estado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1996; lo studio più stimolante sulle trasformazioni dello Stato contemporaneo da una prospettiva sociologica è J. S. Migdal, *State in Society. Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001; una sintesi teorica che insegue alcuni dei cambiamenti più significativi dello Stato nei primi due lustri del secolo XXI è: R. Vázquez García, (Ed.), *Teorías actuales sobre el Estado contemporáneo*, Granada, Universidad de Granada, 2011.

⁴⁴ N. Lechner, "Las transformaciones de la política", *Revista mexicana de sociología*, 58, 1, 1996, p. 9.

necessari per la riproduzione “equilibrata” della vita in società^{45 46}. Da qui, allora, la deregolamentazione dei mercati nazionali, le politiche di riforma strutturale e la figura della privatizzazione, che diventeranno col tempo la prima generazione di riforme neoliberali. La loro conseguenza è stata l’idea che lo Stato si “ritirava” di alcuni dei suoi luoghi tradizionali, parafrasando il celebre libro di Susan Strange⁴⁷; detto in altre parole, lo Stato lasciava certi spazi che sarebbero colmi (e colonizzati) dal mondo privato e in generale dall’economia tradizionale, compreso il mercato delle droghe illecite e dei fenomeni che le circondavano. Comunque, come ben segnala Pier Paolo Portinaro⁴⁸,

Però ne la prospettiva delle nuove forme di Stato tecnocratico transnazionale ne quella di uno Stato costituzionale che si apre alle dimensioni internazionali appaiono in qualsiasi contesto culturale e qualsiasi area del mondo come promettenti. Tanto le capacità d’integrazione delle comunità nazionali come le risorse di razionalizzazione delle istituzioni sono limitate e soggette a un esaurimento, soprattutto quando cresce l’incertezza degli attori sociali e politici. È difficile che il problema dell’eccesso d’astrazione che patiscono oggi gli Stati occidentali agli occhi dei loro cittadini (e davanti a quelli che lottano per l’inclusione) possa essere risolto con una semplice rinazionalizzazione delle politiche o bene salvarsi dirigendosi verso un’ordine burocratica sovranazionale [...].

Per conto suo, questo problema si relaziona con la sindrome della modernizzazione istituzionale che pretendeva in alcuni casi, come lo sono state alcune esperienze politiche in Africa, erodere il fenomeno della dipendenza storica che si trovava articolata nell’eredità del colonialismo insieme alla rottura delle forme di patrimonialismo endemico. Questa era la preconditione per liberalizzare l’arena política attraverso il pluralismo partitista mirando a stabilire le condizioni per la concorrenza per i voti e i posti di rappresentanza di fronte al incistamento politico dei “baroni” che non potevano essere semplicemente “rifiutati”, dato che erano un fattore rilevante d’integrazione locale⁴⁹.

Invece, se osserviamo il subcontinente latinoamericano, in un primo momento l’ondata di modernizzazione istituzionale si è centrata negli aspetti economici, per dopo cedere paso ai processi politici di liberalizzazione

⁴⁵ P. P. Portinaro, *Stato*, Bologna, Il Mulino, 1999, pp. 159-168.

⁴⁶ Sulla riduzione dello Stato sociale, può leggersi una sintesi in Rosanvallón (1995).

⁴⁷ S. Strange, *The Retreat of the State. The Diffusion of Power in the World Economy*, Nueva York y Melbourne, Cambridge University Press, 1996.

⁴⁸ Portinaro, *Stato*, p. 168.

⁴⁹ J. F. Bayart, *África en el espejo. Colonización, criminalidad y Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

rivolti verso un porto democratico. Nel contesto latinoamericano degli anni cinquanta e sessanta del secolo XX, la questione dello sviluppo economico era una preoccupazione costante, soprattutto perchè cercavano di definire e caratterizzare la miglior forma possibile dell'idea ricorrente in quegli anni di una modernità incompiuta, insieme a una modernizzazione fratturata, o nel migliore dei casi, *sui generis*. Quello che si voleva era pensare all'America Latina “da un luogo” perchè fosse possibile abbozzare le facce più visibili dei grandi problema che lo Stato aveva quando pretendeva essere modernizzato nel suo ambiente istituzionale a mezzo termine. Accanto alle preoccupazioni per lo sviluppo economico, apparivano una serie di preoccupazioni sull'autoritarismo nelle sue diverse genesi nella regione; lo sfruttamento, la disuguaglianza e la povertà nel rapporto conflittuale tra il campo e la città; le classi sociali, la dipendenza socioeconomica e la politica nel rapporto centro (paesi sviluppati) e le periferie, o come venivano chiamate all'epoca “paesi in via di sviluppo”⁵⁰.

Il comune denominatore della modernizzazione dello Stato e della crescita economica in America Latina è stata la configurazione graduale di un concetto particolare di *cambiamento* nella sua variante di “passaggio”: andare dal campo alla città, dalla dipendenza all'autonomia, dalla povertà al benessere. Si può dire che il concetto di cambiamento abbozzato per queste preoccupazioni si è focalizzato quasi esclusivamente in tutte le sfide istituzionali e statali che per i diversi paesi della regione rappresentavano gli aspetti demografici e urbani che presupponevano. Ugualmente, quest'idea di cambiamento politico è stata una categoria che in termini storici si relaziona in America Latina con le trasformazioni radicali dei processi politici nazionali della regione. Per questo, bisogna sottolineare le forme in apparenza contraddittorie di transizione e cambiamento che a partire dagli anni sessanta, America Latina ha avuto nel suo orizzonte politico-statale. Da una parte, si prende la direzione della guerriglia e il cambiamento attraverso il fenomeno d'insorgenza armata, con maggiore enfasi dopo 1959 quando accade il trionfo della Rivoluzione cubana, fino ad arrivare alle esperienze delle guerre civili centroamericane negli anni finali dei settanta. Dall'altra parte, il cambiamento prendeva un'impronta conservatrice, espressa nel viraggio di corte autoritario a partire dal 1964 con il colpo di Stato in Brasile e esteso ulteriormente in Sudamerica⁵¹.

⁵⁰ I. Covarrubias, “Introducción. Ideas y presencias de la teoría política en América Latina”, I. Covarrubias (coord.), *Figuras, historias y territorios. Cartógrafos contemporáneos de la indagación política en América Latina*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Publicaciones Cruz, 2015, pp. 14-17.

⁵¹ R. Baños, *Nuevos estilos y nuevos temas en los análisis de ciencias sociales en la última década*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, 1984, p. 5.

In questa prospettiva, si può capire che tempo dopo la categoria di “transizione” diventa ricorrente nei dibattiti e nell’agenda politica della regione. In particolare, a partire dal 1978 nella conferenza annuale del Consiglio Latinoamericano di Scienze Sociali (CLACSO) avutosi in Costa Rica, dato che dalle sue conclusioni si stacca l’idea —in grande misura come soluzione di “compromesso”— dell’orizzonte democratico come una possibile uscita dai diversi autoritarismi presenti nella regione e che poco dopo prende forma nel impreciso vocabolo della “transizione alla democrazia”⁵².

Nonostante la distanza e le variazioni di ogni caso specifico, anche in ogni regione, si può dire che il cambiamento politico è una delle costanti che ha accompagnato lo sviluppo contemporaneo dell’ordine statale, soprattutto quando il “porto” di partenza è un regime autoritario; ed è anche vero che l’architettura degli Stati dove avevano luogo i cambiamenti politici in direzione democratica, hanno cambiato a una velocità diversa, anche in alcune esperienze in una direzione opposta, a quella della “marcia trionfale della democrazia” a livello globale. Una delle direzioni che ha presso, come abbiamo osservato prima, è quella del fenomeno della sovranizzazione criminale che anzichè comportarsi come una dinamica eminentemente anti-democratica e anti-statale, è diventata una forma “para-politica” di organizzazione di certi livelli funzionali dello Stato e del gioco politico della democrazia.

I nuovi spazi della sovranità (anti) democratica

Il sentimento di insicurezza e la produzione sociale delle fonti di paura a essa vincolate, appaiono come vettore connesso al insieme delle nuove forme di delitto che si manifestano nel transito verso la ricomposizione dell’ordine statale, almeno nel campo giuridico e istituzionale, posteriori alla fine dei processi di democratizzazione della fine del secolo XX, compresa l’erosione di certe versanti autoritarie nel concerto tra nazioni che non hanno seguito la strada della democrazia. Sciolta la logica amico–nemico che era propria del rapporto polare ereditato dal secondo dopoguerra, tra democrazia–socialismo, è apparsa una tensione costitutiva, non inedita ma crescente e “pungente”, nei limiti interni della democrazia: la modificazione delle mappe mentali rispetto al tema della fiducia che potenzialmente poteva prodursi tra soggetti, soprattutto come reazione di fronte a tre manifestazioni delle interfasi della insicurezza: la paura dello straniero, il quale, per la sua mancanza d’iscrizione al mercato nazionale preponderante

⁵² N. Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 18-19.



della cultura, viene aggredito;⁵³ la paura che appare con la figura dello estraneo dall'interno, quei nuovi “condannati dalla terra” che manifestano una posizione di inferiorità spaziale e politico-economica nella vita in società e nel mezzo di una crescente produzione di mercati dell'abbandono fino a poco tempo fa sconosciuti che, da parte loro, importano un effetto negativo per la socializzazione democratica perchè si sostengono sull'incapacità di dissolvere l'esclusione nel ambiente economico al tempo che producono il loro correlato, finalmente, nella paura al insensato⁵⁴.

In questo modo, è necessario sottolineare che la insicurezza, anche nella sua variante istituzionale, non è un fenomeno esclusivamente criminale. Invece, suppone la produzione di una serie di ambienti sociali ed economici, così come soggettivi e biografici che vanno più in là dei loro incapsulamento dentro i fenomeni che si osservano sotto l'etichetta di criminalità organizzata tanto nazionale come transnazionale, al grado che finiscono per essere la manifestazione contemporanea dei processi che si sono annidati nelle zone permanentemente aperte delle strutture essenziali della rappresentanza politica e dell'ordine politico nel mondo contemporaneo⁵⁵.

La tesi che l'incremento degli spazi sociali e politici dell'insicurezza sono effetto della destrutturazione dello Stato a causa dell'onda neoconservatrice a partire di metà degli anni settanta e che si allarga con forza (ad esempio in America Latina e nell'Europa del'Est) fino a raggiungere il suo punto di inflessione verso la fine degli anni ottanta, è relativamente debole, tanto come quell'altra tesi che suggerisce che la destrutturazione dell'ordine statale è stata in realtà una necessità mirata all'articolazione effettiva tra il mercato nazionale e quello globale e di fronte all'espansione delle fonti tanto di legittimità come di potere che la chiamata globalizzazione implicava nei suoi diversi processi di integrazione e frammentazione economica e sociale.

Un'ipotesi alternativa afferma che le trasformazioni recenti nell'ordine politico democratico hanno permesso l'annidamento di fenomeni, alcuni molto esplosivi, che attaccano e contraddicono i principi costituzionali e legali che permettono la riproduzione della democrazia, ma paradossalmente nascono all'interno della frammentazione (dispersione) dei processi democratici, il che suppone dire che siamo in presenza di una rete amplificata dei luoghi d'interazione tra attori politici con quelli economici e sociali, nelle cui intersezioni, precisamente l'insicurezza e la criminalità diventano cardini

⁵³ Come sappiamo, l'evento più recente è l'emergenza politica in Europa in 2015, per l'arrivo di rifugiati provenienti principalmente dalla Siria.

⁵⁴ I. Covarrubias, *Los espejos de la democracia. Ley, espacio político y exclusión*, p. 30-32; G. Kessler, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009, pp. 21-66; N. Lechner, “Nuestros miedos”, *Perfiles latinoamericanos*, 7, 13, 1998, pp. 179-198.

⁵⁵ M. Serrano, “Crimen transnacional organizado y seguridad internacional: cambio y continuidad”, M. Berdal y M. Serrano (coords), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, México, Fondo de Cultura Económica. 2005, pp. 27-61.

che permettono la mobilità da un campo di forza all'altro e viceversa⁵⁶. Detto in altre parole, le nuove forme di sovranità hanno un'origine nell'emergenza dei campi di forza dei fenomeni dell'insicurezza che sono presenti in contesti d'estrema fluidità sociale. Se facciamo una analogia, si può suggerire che questa situazione è simile a quella che osserviamo nella traiettoria che seguì l'evoluzione storica dello Stato moderno agli inizi del suo processo d'agganciamento della sovranità nel rapporto che stabilivano quelli che la rappresentavano con il corpo sociale che permetteva la riproduzione del *luogo* della sovranità, che in questo caso restava subordinato al rapporto stesso e non ai suoi componenti^{57 58}.

Prendiamo un esempio finale, che è il caso messicano negli ultimi 15 anni. In quel paese il fenomeno della criminalità organizzata ha eroso la fiducia nelle risposte istituzionali al problema di sicurezza sociale e pubblica, soprattutto in regioni (Guerrero, Michoacán, Tamaulipas, Morelos e Veracruz) dove ha una presenza quotidiana, al grado che spinge i limiti degli spazi della politica aldilà delle antinomie classiche territoriali delle esperienze della legalità-illegalità. Questo evento storico non si può definire (e spiega poco del fenomeno) solo come un problema topografico dell'ordine statale messicano, cioè, come un problema binario di un "dentro" (ordine costituzionale) che attacca e confronta un "fuori" (criminalità non statale), e dal cui deriverebbe che la criminalità organizzata è un potere "parallelo" allo Stato e alle istituzioni pubbliche. Anzi, lo Stato messicano e le sue modalità di organizzazione sono parte fondamentale della strutturazione di questo nuovo spazio, dato che l'emergenza della sovranizzazione criminale in Messico,⁵⁹ è la conseguenza non attesa del processo di scentratura del potere politico che si è sviluppato con l'aumento della concorrenza e la alternanza (intese come opzioni di decisione politica) lungo il paese nel transito degli anni novanta del secolo scorso alla prima decade di questo secolo. Ciò vuol dire, il *genus* autoritario ha perso la sua capacità di controllo da la parte nazionale

⁵⁶ R. Ocampo Alcántar, I. Covarrubias y J. C. Cruz Revueltas, "(In)seguridad y política. pasajes y ámbitos de discusión", R. Ocampo Alcántar, I. Covarrubias y J. C. Cruz Revueltas (coords), *Estado, seguridad pública y criminalidades. Debates recientes*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa-Publicaciones Cruz, 2013, pp. 7-41; E. Stepanova, "El negocio de las drogas ilícitas y los conflictos armados: alcance y límites de sus vínculos", J. G. Tokatlian (comp), *Drogas y prohibición. Una vieja guerra, un nuevo debate*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010, pp. 315-319.

⁵⁷ Q. Skinner, *Visions of Politics. Volumen 2: Renaissance Virtues*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 410.

⁵⁸ Skinner dice: "[...] the union itself remains the seat of sovereignty" (Skinner, p. 410).

⁵⁹ L'espressione più corrosiva di questa sovranizzazione criminale è la sparizione il 26 de settembre di 2014 di 43 studenti "normalistas" (di una scuola rurale) della località di Ayotzinapa, regione Iguala, che appartiene allo stato di Guerrero, nella quale sono stati coinvolti diversi gruppi criminali col sostegno del sindaco ed altre autorità pubbliche, così come la polizia municipale e l'Esercito nazionale. Per più dettagli, si veda S. González Rodríguez, *Los 43 de Iguala. México: verdad y reto de los estudiantes desaparecidos*, México, Anagrama, 2015.

("dall'alto verso il basso") e ha permesso il passo a un processo politico di "consolidazione" democratica dove il *genus* democratico deve lottare contro i "fantasmi" e i "nemici" che il centralismo autoritario lasciò irrisolti, ma anche aggiungendo i nemici che la scentratura dei problemi nazionali produsse e sviluppò nei primi anni del periodo post-alternanza sotto la modalità del fenomeno totalmente atipico per qualsiasi processo di consolidazione e che, nel caso della democratizzazione messicana, si è basato su una serie di fenomeni erosivi dell'ordine sociale che alterarono lo spazio tradizionale della politica messicana⁶⁰. Questo suppone, se seguiamo l'indicazione teorica di Carlos Antonio Flores Pérez⁶¹, un cambiamento profondo nel processo di gestione dei rischi e distribuzione di responsabilità dello spazio della politica, dato che passa da una modalità "centralizzato–discendente–incrementale" (autoritaria), a uno spazio di contrazione "atomizzato–multidirezionale–incrementale" (democratica), che "libera" spazi che erano colonizzati da agenti direttamente connessi al potere politico nazionale e da una logica dell'esercizio del potere verticalizzata, "dall'alto verso il basso", operavano il potere politico locale. Di conseguenza, appariranno nuovi attori non statali definibili come parapolitici, che annidano i loro interessi nelle strutture dell'organizzazione della democrazia⁶² (Covarrubias, 2015c; Schedler, 2014), ma anche diventano, in certi casi, surrogati della declinazione–erosione del regime di benessere, che nel caso del Messico, non ha raggiunto la sua totale consolidazione nel processo d'integrazione sotto lo Stato–nazionale durante i secoli XIX e XX.

Per concludere, possiamo aggiungere che la realtà contemporanea dello Stato ci insegna che le oscillazioni che sono state descritte in questo capitolo, non sono un momento eccezionale, passeggero, e che siamo solo in attesa d'osservare che lo Stato si avvii all'incontro di un incrocio che riesca ad allacciare con successo e in maniera efficace l'integrazione territoriale con l'apparato statale, soprattutto quando quello che c'è in gioco sono le risposte che lo Stato si vede obbligato ad affrontare, le sfide ogni volta più esigenti, come la modalità che abbiamo chiamato "sovranizzazione" criminale.

Anzi, la sovranità del crimine è una delle sue realtà in atto, cioè, una delle sue situazioni attuali. Sono realtà, da parte loro, che esprimono una

⁶⁰ L. Astorga, "México: de la seguridad autoritaria a la inseguridad en la transición democrática", J. G. Tokatlian (comp), *Drogas y prohibición. Una vieja guerra, un nuevo debate*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010 p. 355.

⁶¹ C. A. Flores Pérez, *El Estado en crisis: crimen organizado y política. Desafíos para la consolidación democrática*, México, Centro de Investigaciones y estudios Superiores en Antropología Social, 2009, pp. 139–140.

⁶² I. Covarrubias, "Delincuencia organizada, descentramiento del poder y controversias en ciertas formas de (des)organización social en México", *Khantati. Revista boliviana de ciencia política*, 1 (en prensa), 2015; A. Schedler, "The Criminal Subversion of Mexican Democracy", *Journal of Democracy*, 25, 1, 2014, pp. 5–18.

forma consolidata e in certo modo "raffinata" (per il grado di complessità che hanno raggiunto) di organizzazione degli interessi della politica nel campo del sociale. È difficile credere che lo Stato nella situazione globale sta affrontando una "rivincita" della società contro lo Stato. In cambio, è credibile che assistiamo a un processo lento di "dis-universalizzazione" dell'ordine territoriale dello Stato, perchè vediamo che i limiti e i tratti più rilevanti sono "imposti" da agenti e strutture parastatali che si sviluppano nel suo seno, al grado di mettere in evidenza l'incapacità dello Stato di agglutinare la "diversità" nell'unificazione della politica nel campo di sviluppo della vita sociale delle democrazie attuali.





QUESTIONI DI CONFINE.
SOVRANITÀ TERRITORIALE
E ORDINE GLOBALE NEL
DIBATTITO SUL "NUOVO
INTERVENTISMO UMANITARIO"

Luca Scuccimarra

La grande trasformazione

Non è possibile comprendere a pieno le profonde trasformazioni politiche e giuridiche innescate dalla tumultuosa contingenza dell'“epoca globale” se non si tiene conto dei rilevanti cambiamenti da essa prodotti nella stessa consolidata intelaiatura categoriale e normativa posta alla base della moderna esperienza dello Stato territoriale sovrano. Come è stato sottolineato, tra le grandi questioni aperte dalla fine dell'ordine bipolare del mondo rientra, infatti, —accanto a quella della ricostruzione di un “complesso di gerarchie di potere e prestigio, di distribuzione di territori e influenza” — anche il problema della rifondazione dei generali principi di legittimità chiamati a sorreggere “l'ordine internazionale e i suoi rapporti con l'ordine interno dei diversi soggetti”, in un approccio graduato che va dall'“estremo dell'indifferenza” a “quello della penetrazione e dell'ingerenza”¹. Un contesto problematico, questo, che a ben vedere chiama in causa “non una parte ma tutte le dimensioni fondamentali dell'ordinamento politico-giuridico esistente, a partire proprio dai “principi strutturali” sui quali è fondato qualunque modello storico di convivenza internazionale: quelli che prescrivono chi siano i soggetti legittimi dell'ordinamento, quale sia il loro status relativo, come debba essere distribuito lo spazio tra di loro, se e a quali condizioni sia legittimo il ricorso alla guerra”².

Tutto considerato, è nella più recente discussione teorica sui fondamenti normativi dell'*intervento umanitario* —nella peculiare declinazione *militare* da questo assunta a partire dall'inizio degli anni Novanta del Novecento³—

¹ A. Colombo, *La disunità del mondo. Dopo il secolo globale*, Milano, Feltrinelli, 2010, pp. 13-14.

² Colombo, *La disunità del mondo. Dopo il secolo globale*, p. 43: “Su ciascuna di queste assunzioni, il contesto internazionale attuale sta vivendo qualcosa di simile a una crisi costituente...”.

³ Ph. Moreau Defarges, *Droits d'ingérence dans le monde post-2001*, Paris, Presses de la fondation Nationale des Sciences Politiques, 2006 (trad. it. *Legittime interferenze. Il diritto di ingerenza dopo il 2001*, Milano, Bruno Mondadori, 2008). Per una sintetica ricostruzione dello sviluppo del dibattito in specifico riferimento alle dinamiche del “decennio umanitario” si veda Scuccimarra, “L'eccezione umanitaria. Sovranità territoriale e diritto di intervento nel dibattito sul ‘new global order’”, M.

che è possibile toccare con mano l'impatto deflagrante prodotto da questo passaggio epocale sulle tradizionali basi fondative dell'ordine politico occidentale. Al centro del dibattito c'è, infatti, in questo caso proprio la legittimità dell'"uso della forza al di là dei confini statuali da parte di uno Stato (o di un gruppo di Stati), al fine di prevenire o porre fine a diffuse e gravi violazioni dei diritti umani fondamentali di individui diversi dai propri cittadini, senza il permesso dello Stato all'interno del cui territorio la forza è applicata"⁴ —una fattispecie, questa, in cui l'elemento— chiave sembra essere proprio il riferimento ad una modalità di azione *unilaterale*, totalmente svincolata dal rispetto di una formale cornice procedurale finalizzata al più ampio coinvolgimento possibile della comunità internazionale⁵.

Ora, è sufficiente una conoscenza anche superficiale della discussione sviluppatasi nel corso degli ultimi due decenni per rendersi conto delle rilevanti questioni architettoniche e fondative sollevate da un approccio di questo tipo. Ad essere messo in questione qui è, infatti, il complessivo regime dello *jus ad bellum* introdotto dopo la fine della Seconda guerra mondiale con l'approvazione della Carta delle Nazioni Unite—un impianto normativo fondato sul generale divieto dell'uso della forza nelle relazioni inter-statali⁶, con le due sole eccezioni previste dal capitolo VII del testo: le azioni militari promosse dal Consiglio di sicurezza al fine di "mantenere o ristabilire la pace e la sicurezza internazionale" e le "misure" adottate dagli Stati membri "nell'esercizio del diritto di autodifesa"⁷. I sostenitori dell'"intervento

Meccarelli, P. Palchetti y C. Sotis (Eds.), *Le regole dell'eccezione. Un dialogo interdisciplinare a partire dalla questione del terrorismo*, Macerata, Eum, pp. 141-146.

⁴ J.L. Holzgrefe, "The humanitarian intervention debate", J. L. Holzgrefe y R. O. Keohane (Eds.), *Humanitarian Intervention. Ethical, Legal and Political Dilemmas*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 15-16.

⁵ R. O. Keohane, "Introduction", *Humanitarian intervention*, pp. 1-2. Ma per una lungimirante anticipazione di questo aspetto del dibattito contemporaneo si veda W. D. Verwey, "Legality of Humanitarian Intervention after the Cold War", Ferris (Ed.), *The Challenge to Intervene: A New Role for the United Nations?*, Uppsala, Life and Peace Institute, 1992, pp. 113-114.

⁶ *Charter of United Nations*, Art. 2 (3): "All Members shall settle their international disputes by peaceful means in such a manner that international peace and security, and justice, are not endangered."; Art. 2 (4): "All Members shall refrain in their international relations from the threat or use of force against the territorial integrity or political independence of any state, or in any other manner inconsistent with the Purposes of the United Nations".

⁷ *Charter of United Nations*, Art. 39: "The Security Council shall determine the existence of any threat to the peace, breach of the peace, or act of aggression and shall make recommendations, or decide what measures shall be taken in accordance with Articles 41 and 42, to maintain or restore international peace and security". Art. 41 "The Security Council may decide what measures not involving the use of armed force are to be employed to give effect to its decisions, and it may call upon the Members of the United Nations to apply such measures. These may include complete or partial interruption of economic relations and of rail, sea, air, postal, telegraphic, radio, and other means of communication, and the severance of diplomatic relations". Art. 42: "The Security Council (...) may take such action by air, sea, or land forces as may be necessary to maintain or restore international peace and security. Such action may include demonstrations, blockade, and other operations by air, sea, or land forces of Members of the United Nations"; Art. 51: "Nothing



unilaterale” contestano, cioè, alla radice la rigida “tripartizione dell’universo della forza” (atti di aggressione, atti di auto-difesa e azioni di *enforcement* autorizzate dal Consiglio di sicurezza) fissata nella Carta ONU⁸, affermando che in presenza di focolai di crisi in grado di mettere massicciamente a rischio la vita di persone innocenti o incidere profondamente sulle loro condizioni di esistenza, ciascuno Stato ha il *diritto* —e secondo qualcuno persino il *dovere*— di ricorrere anche ad iniziative di carattere militare per ripristinare le condizioni di una convivenza pacifica e ordinata. Secondo tale impostazione, l’*emergenza umanitaria*, nell’ampia varietà delle sue caratterizzazioni, configurerebbe dunque un’ulteriore *eccezione* al generale “bando nei confronti dell’uso della forza” imposto dalla Carta ONU a tutti gli Stati membri —una condizione non codificata dal diritto internazionale, ma fondata su più profondi principi di giustizia, universalmente vincolanti a prescindere dal loro riconoscimento giuspositivo. Ancorché *illegale* dal punto di vista del diritto internazionale, una guerra combattuta per fini umanitari deve essere considerata, perciò, come un’azione del tutto *legittima*, addirittura come un “bene morale in sé”, come affermano i sostenitori più radicali di una “cosmopolitan political morality” delle relazioni internazionali⁹. Come è evidente, alla base di questo “nuovo interventismo umanitario”¹⁰ si pone una decisa ridefinizione del rapporto —in verità sin dall’inizio problematico— esistente tra il “vecchio ordine della sovranità nazional-

in the present Charter shall impair the inherent right of individual or collective self-defence if an armed attack occurs against a Member of the United Nations, until the Security Council has taken measures necessary to maintain international peace and security. Measures taken by Members in the exercise of this right of self-defence shall be immediately reported to the Security Council and shall not in any way affect the authority and responsibility of the Security Council under the present Charter to take at any time such action as it deems necessary in order to maintain or restore international peace and security”.

⁸ T. J. Farer, “Humanitarian Intervention before and after 9/11: legality and legitimacy”, *Humanitarian Intervention*, p. 58.

⁹ J. Boyle, “Natural Law and International Ethics”, T. Nardin y D. R. Mapel, *Traditions of International Ethics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 123: secondo Boyle, le obbligazioni nei confronti degli altri imposte dalla nostra “comune moralità” non sono, infatti, “limitate alle persone con cui abbiamo legami comunitari in virtù di un contratto, di vincoli politici, o di una comune appartenenza territoriale (*common locale*). Noi siamo obbligati ad aiutare chiunque possiamo (nella misura in cui ciò sia compatibile con l’adempimento di altri doveri) ed essere pronti a creare e promuovere relazioni dignitose (*decent*) con tutti loro. (...) Nell’ambito di questa comune moralità, il dovere generale di aiutare gli altri è il fondamento più basilare dell’interferenza negli affari interni di una nazione da parte di estranei, incluse le altre nazioni e gli organi internazionali. Le specifiche implicazioni del dovere generale di fornire aiuto dipendono da una molteplicità di fattori altamente contingenti, che includono il rispetto per la sovranità di una nazione e la consapevolezza dei limiti dell’ausilio esterno. Ma il fondamento normativo c’è, e (...) in circostanze estreme può giustificare l’uso della forza”. Per un’utile ricognizione di questo aspetto della discussione si veda J.L. Holzgreve, *The humanitarian intervention debate*, pp. 18-19.

¹⁰ Cfr. D. Chandler, *From Kosovo to Kabul: Human Rights and International Intervention*, London, Pluto, 2002, nuova edición 2006.

statuale legata al diritto internazionale¹¹ e quella sfera di fondamentali ed intangibili attribuzioni giuridico–morali abitualmente associata alla dimensione dell’umano. Più in particolare, ad essere drasticamente ripensato qui è quel “principio particolaristico della sovranità degli Stati e della inviolabilità delle loro frontiere”, presente alla base del processo di formazione del moderno sistema delle relazioni internazionali dalla pace di Vestfalia sino alla nascita delle Nazioni Unite¹²: vale a dire “la pretesa un tempo indiscutibile dello Stato sovrano di essere il luogo principale di potere e lealtà” e la sua parallela rivendicazione di “una libera discrezionalità riguardo alla produzione e alla distribuzione di beni pubblici e alla determinazione dei diritti e delle obbligazioni” dei soggetti presenti all’interno delle sue frontiere¹³. Come dimostrano alcuni dei principali documenti politico–diplomatici elaborati a partire dalla fine degli anni Novanta, al tradizionale modello di sovranità *chiusa*, protetta dall’interferenza di altri soggetti nel proprio ambito di “giurisdizione interna”¹⁴, è venuto sovrapponendosi così un modello di sovranità *aperta*, esposta nell’esercizio delle sue stesse fondamentali prerogative giuridico–istituzionali alla sorveglianza e al giudizio della comunità internazionale: secondo i sostenitori di questo approccio, è inaccettabile, infatti, che “i governi utilizzino il principio di sovranità come uno scudo dietro il quale possono pretendere di essere liberi di svolgere attività che creano enormi minacce ai loro cittadini, ai loro vicini o al resto della comunità internazionale”¹⁵. Un’istanza, questa, che nel celebre rapporto della *International Commission on Intervention and State Sovereignty* troviamo esplicitamente modulata nella forma di una transizione dal tradizionale modello della *sovranità–controllo* a quello della *sovranità–responsabilità*,

¹¹ U. Beck, *Der kosmopolitische Blick oder: Krieg ist Frieden*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 2004 (trad. it. *Lo sguardo cosmopolita*, Roma, Carocci, 2005, p. 174).

¹² D. Zolo, *La giustizia dei vincitori*, Roma–Bari, Laterza, 2007, pp. 60–61.

¹³ T.J. Farer, *Humanitarian intervention before and after 9/11*, p. 55.

¹⁴ *Charter of United Nations*, art. 2 (7): “Nothing contained in the present Charter shall authorize the United Nations to intervene in matters which are essentially within the domestic jurisdiction of any state or shall require the Members to submit such matters to settlement under the present Charter; but this principle shall not prejudice the application of enforcement measures under Chapter VII”.

¹⁵ United States Department of Defense, *The National defense strategy of the United States of America*, March 2005, citato in A. J. Bellamy, *Responsibility to protect*, Cambridge, Polity Press, 2009, p. 24. Analoghe affermazioni compaiono nella celebre *Doctrine of the International Community* di Tony Blair, formulata nella sua prima versione in un discorso all’Economic Club di Chicago nell’aprile del 1999: “The most pressing foreign policy problem we face is to identify the circumstances in which we should get actively involved in other people’s conflicts. Non–interference has long been considered an important principle of international order. And it is not one we would want to jettison too readily. One state should not feel it has the right to change the political system of another or forment subversion or seize pieces of territory to which it feels it should have some claim. But the principle of non–interference must be qualified in important respects. Acts of genocide can never be a purely internal matter. When oppression produces massive flows of refugees which unsettle neighbouring countries then they can properly be described as “threats to international peace and security”.

peraltro qui concepito, non senza forzature, in stretta continuità con gli stessi fondamentali principi organizzativi del regime ONU:

Thinking of sovereignty as responsibility, in a way that is being increasingly recognized in state practice, has a threefold significance. First, it implies that the state authorities are responsible for the functions of protecting the safety and lives of citizens and promotion of their welfare. Secondly, it suggests that the national political authorities are responsible to the citizens internally and to the international community through the UN. And thirdly, it means that the agents of state are responsible for their actions; that is to say, they are accountable for their acts of commission and omission. The case for thinking of sovereignty in these terms is strengthened by the ever-increasing impact of international human rights norms, and the increasing impact in international discourse of the concept of human security¹⁶.

Come è noto, questa radicale reinterpretazione del tradizionale modello della sovranità territoriale ha trovato il suo più avanzato momento di "cristallizzazione normativa" nella dottrina della *responsibility to protect* approvata, con il massimo livello di solennità, dall'Assemblea generale delle Nazioni Unite nel *2005 World Summit Outcome Document*. Tale documento fa, infatti, sue —sebbene, a parere di alcuni, in forma decisamente "annacquata"¹⁷— le principali istanze maturate nel corso della peculiare "svolta umanitaria" della politica internazionale contemporanea¹⁸, fissando alcuni principi che dovrebbero rappresentare un punto di non ritorno sulla strada di una nuova e più evoluta forma di ordine internazionale: in particolare, il riconoscimento "che tutti gli Stati hanno la responsabilità di proteggere le loro popolazioni dal genocidio, dai crimini di guerra, dalla pulizia etnica e dai crimini contro l'umanità"; che i membri delle Nazioni Unite hanno il dovere di assistere gli Stati nell'adempimento di tale responsabilità e che "quando uno Stato viene manifestamente meno alle proprie responsabilità, attori esterni debbono assumere iniziative "tempestive e decisive" per proteggere le popolazioni da questi crimini in modi compatibili con la Carta delle Nazioni Unite"¹⁹.

¹⁶ International Commission on Intervention and State Sovereignty, *The Responsibility to Protect*, Ottawa, International development Research Centre, 2001, p. 13.

¹⁷ A. J. Bellamy, "Whither the Responsibility to Protect? Humanitarian Intervention and the 2005 World Summit", *Ethics & International Affairs*, vol. 20, no. 2, 2006, p. 144. Nel volume *Humanitarian Intervention: Ideas in Action*, Cambridge, Polity Press, 2007, p. 117, Thomas G. Weiss ha definito il linguaggio del summit come una "Responsibility to Protect lite", "giacché l'intervento umanitario deve essere approvato dal Consiglio di Sicurezza".

¹⁸ M. Serrano, "The Responsibility to protect and its Critics: Explaining the Consensus", *Global Responsibility to Protect*, no. 3, 2011, pp. 1-13, in part. p. 3. Sulla "svolta umanitaria" delle relazioni internazionali si veda, in sintesi, I. Holliday, "Ethics of Intervention: Just War Theory and the Challenge of the 21st Century", *International Relations*, vol. 17, 2, 2003, pp. 115-133.

¹⁹ A. J. Bellamy and P. Williams, "On the limits of moral hazard: The 'responsibility to protect',

È forse superfluo sottolineare il ruolo decisivo giocato dall'espansivo linguaggio dei diritti umani in questo processo di rimodulazione della tradizionale visione stato-centrica dell'ordine internazionale²⁰. Per i sostenitori di un approccio "universalistico" alle relazioni tra Stati, il riconoscimento di limiti sostanziali al principio di non-ingerenza caratteristico del regime ONU coincide, infatti, per lo più con l'assunzione di una generale concezione della giustizia politica di evidente derivazione giusnaturalistica. Alla base di questo approccio si pone, cioè, la convinzione —secondo alcuni autori ampiamente condivisa— che nella loro ordinaria funzionalità gli Stati abbiano un obbligo generale di garantire ai propri cittadini

alcuni diritti basilari o fondamentali che sono considerati necessari per la loro esistenza e per il mantenimento di relazioni amichevoli tra le nazioni. Si sostiene inoltre che questi diritti sono così essenziali, universali, e hanno una tale rilevanza per la persona umana che le violazioni commesse da ciascuno Stato non possono essere ignorate dagli altri. Questa assunzione autorizzerebbe l'intervento di altri Stati, in caso di flagrante negazione di tali diritti da parte di uno Stato nei confronti dei propri cittadini²¹.

armed conflict and mass atrocities", *European Journal of International Relations*, 18, 2012, pp. 531–532. Cfr. UN GAOR, Sixtieth Session, 8th plen. mtg., UN Doc. A/RES/60/1, paras. 138 and 139 (October 24, 2005), <http://daccessdds.un.org/doc/UNDOC/GEN/N05/487/60/PDF/N0548760.pdf?OpenElement>: "138. Each individual State has the responsibility to protect its populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity. This responsibility entails the prevention of such crimes, including their incitement, through appropriate and necessary means. We accept that responsibility and will act in accordance with it. The international community should, as appropriate, encourage and help states to exercise this responsibility and support the United Nations in establishing an early warning capability. 139. The international community, through the United Nations, also has the responsibility to use appropriate diplomatic, humanitarian and other peaceful means, in accordance with Chapters VI and VIII of the Charter, to help to protect populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity. In this context, we are prepared to take collective action, in a timely and decisive manner, through the Security Council, in accordance with the Charter, including Chapter VII, on a case-by-case basis and in cooperation with relevant regional organizations as appropriate, should peaceful means be inadequate and national authorities are manifestly failing to protect their populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity. We stress the need for the General Assembly to continue consideration of the responsibility to protect populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity and its implications, bearing in mind the principles of the Charter and international law. We also intend to commit ourselves, as necessary and appropriate, to helping states build capacity to protect their populations from genocide, war crimes, ethnic cleansing and crimes against humanity and to assisting those which are under stress before crises and conflicts break out".

²⁰ UN GAOR, Sixtieth Session, pp. 13 ss. Ma sul tema si veda anche D. M. Medicoff, "Humane wars? International law, Just War theory and contemporary armed humanitarian intervention", *Law, Culture and the Humanities*, no. 2, 2006, pp. 373–398, in part. p. 382.

²¹ F. K. Abiew, *The Evolution of the Doctrine and Practice of Humanitarian Intervention*, The Hague–London–Boston, Kluwer Law International, 1999, p. 30.



Secondo tale impostazione, la teoria e la pratica dell'intervento umanitario progressivamente delineatesi negli ultimi due decenni rappresenterebbero, dunque, l'interessante sintomo di una *grande trasformazione* in corso nel mondo contemporaneo: l'emergere, cioè, di una nuova forma di società internazionale, caratterizzata da una diretta assunzione di responsabilità nella salvaguardia dei più elementari diritti umani e in grado perciò di promuovere una definitiva democratizzazione della vita internazionale²². Come ha scritto Seyla Benhabib, "indipendentemente da quanto la loro interpretazione e al loro applicazione possano essere controverse", interventi di questo tipo si basano, infatti, su un "consenso crescente circa il fatto che la sovranità dello Stato nel disporre della vita, della libertà o della proprietà dei propri cittadini o residenti non è incondizionata né illimitata"²³. Da questo punto di vista, l'ambito teorico-pratico dell'intervento umanitario rappresenta una delle aree in cui più evidente appare l'emergere di un vero e proprio "regime internazionale dei diritti umani"²⁴, fondato su una nuova forma di *responsabilità cosmopolitica*, che "cancella i confini tra interno ed esterno e pone interrogativi sulla legittimità dell'agire statale sia all'interno degli stati che nel loro rapporto con l'esterno"²⁵. Con ciò, il tradizionale sistema di relazioni internazionali centrato sulla "sovranità westfaliana" sembra davvero lasciare il campo a quel rivoluzionario ordine giuridico cosmopolitico prefigurato da Kant in alcune celebri pagine del saggio *Zum ewigen Frieden*²⁶: uno spazio globale di relazioni intersoggettive fondato sul riconoscimento

²² L. Bonanate, *Prefazione* a P. M. Defarges, *Legittime interferenze. Il diritto di ingerenza dopo il 2001*, Milano, Bruno Mondadori, 2008, p. XIX.

²³ S. Benhabib, *Another Cosmopolitanism*, Oxford, Oxford University Press, 2006 (trad. it. parz. *Cittadini globali. Cosmopolitismo e democrazia*, Bologna, il Mulino, 2008, pp. 41-42). Ma sul tema si veda anche S. Benhabib, *The Rights of the Others. Aliens, Residents and Citizens*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004 (trad. it. *I diritti degli altri. Stranieri, residenti, cittadini*, Milano, Cortina, 2006).

²⁴ Benhabib, *Cittadini globali*, p. 17. Gli altri ambiti in cui "le norme internazionali sui diritti umani stanno istituendo linee guida vincolanti per la volontà degli Stati sovrani" sono, secondo Benhabib, quelli dei *crimini contro l'umanità*, e delle *migrazioni transnazionali*: "Gli interventi umanitari hanno a che fare con il trattamento riservato dagli Stati ai loro cittadini o residenti; i *crimini contro l'umanità* e i *crimini di guerra* riguardano i rapporti tra nemici o contendenti in contesti sia nazionali sia extraterritoriali. Le migrazioni transnazionali, al contrario, concernono i diritti degli individui non in quanto membri di concrete comunità circoscritte, ma *simpliciter* in quanto esseri umani, che entrano in contatto con comunità territorialmente delimitate, cercano di entrarvi o ambiscono a diventarne membri".

²⁵ Beck, *Lo sguardo cosmopolita*, pp. 179-180.

²⁶ Benhabib, *Cittadini globali*, pp. 21-32. Il riferimento è, ovviamente, al *Terzo articolo definitivo per la pace perpetua*, che suona "Il diritto cosmopolitico deve essere limitato alle condizioni dell'ospitalità universale". Cfr. I. Kant, *Per la pace perpetua*, Milano, Feltrinelli, 2003, pp. 65-68. Sul generale impianto della riflessione kantiana e sulle sue ambivalenze costruttive mi permetto di rinviare a L. Scuccimarra, *I confini del mondo. Storia del cosmopolitismo dall'Antichità al Settecento*, Bologna, il Mulino, 2006, pp. 395-396.

di universali diritti individuali, vincolanti anche nei confronti degli Stati e ad essi opponibili, se necessario anche attraverso l'uso della forza²⁷.

Non può sorprendere, dunque, che nel più recente dibattito giusinternazionalistico sul tema, i più radicali sostenitori di un approccio cosmopolitico alla tutela dei diritti umani —quelli che Anne Orford ha definito i “new human rights warriors”²⁸— abbiano potuto celebrare la “svolta umanitaria” della politica internazionale come l'inizio di una “third age of human rights”, l'epoca dello “human rights enforcement”. Per tali autori è proprio a questo livello, infatti, che trova compiuta espressione il cambiamento più significativo sperimentato dal movimento per i diritti umani nel passaggio al nuovo secolo —vale a dire la sua capacità di *passare all'offensiva*:

The past has been a matter of pleading with tyrants, writing letters and sending missions to beg them not to act cruelly. That will not be necessary if there is a possibility that they can be deterred, by threats of humanitarian or UN intervention or with the nemesis in the form of the international Criminal Court. Human rights discourse will in the future be less pious and less ‘politically correct’. We will call a savage a savage, whether or not he or she is black²⁹.

I paradossi dell'interventismo

Nel dibattito degli ultimi anni non sono mancate, peraltro, decise prese di posizione contro le inquietanti ambiguità proprie di questo modello di *interventismo umanitario*. In questa sede non è possibile entrare nel merito degli specifici problemi di ordine giuridico da più parti sollevati per mettere in dubbio la sua legittimità³⁰. Al proposito, mi limiterò perciò solo a richiamare l'*obiezione strutturale* avanzata da coloro che lamentano l'assoluta incompatibilità di tale approccio con gli attuali assetti giuridico-istituzionali della società internazionale. Come ha sottolineato Danilo Zolo, uno dei più feroci critici del modello in discussione, nella misura in cui tende a “negare in radice la sovranità degli Stati in nome di una concezione universalistica —cosmopolitica— del diritto e delle istituzioni internazionali”, la prospettiva umanitaria, se presa minimamente sul serio, esigerebbe infatti

²⁷ Beck, *Lo sguardo cosmopolita*, p. 179.

²⁸ A. Orford, *Reading Humanitarian Intervention. Human Rights and the Use of Force in International Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p. 6.

²⁹ G. Robertson, *Crimes against Humanity. The Struggle for Global Justice*, New York, New Press, 1999, p. 453.

³⁰ Su questo aspetto del dibattito si veda S. Chesterman, *Just Wars or Just Peace: Humanitarian Intervention and International Law*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

che l'ordinamento internazionale vigente, oggi imperniato sul particolarismo delle relazioni intergovernative, lasciasse il campo ad un vero e proprio "global humanitarian regime", "una sorta di *civitas maxima* politicamente unificata", in grado di garantire l'effettivo godimento di una soggettività di diritto internazionale a tutti gli esseri umani e non più soltanto agli Stati³¹. Inserita in un ordine di relazioni internazionali ancora saldamente centrato sul particolarismo statale, essa resta invece assoggettata alle estrinseche dinamiche decisionali dei singoli Stati, finendo così per coesistere con forme più o meno crude di "politica degli interessi"³². Di più, nella sua riproposizione di una relazione non mediata tra esercizio della forza e principi di giustizia, la logica dell'interventismo umanitario si è rivelata particolarmente funzionale alle strategie del nuovo "global hegemon" emerso dal tramonto dell'ordine bipolare del mondo³³: essa ha favorito, infatti, la nascita di un "monopolio cosmopolitico della morale, del diritto e della violenza" nelle mani degli Stati Uniti e dei suoi alleati, aprendo così la strada non all'eliminazione della tradizionale dimensione della sovranità statale, ma ad una sua unilaterale —e decisamente squilibrata— redistribuzione³⁴.

Di fronte alla profonda ambivalenza di questo orizzonte normativo, sospeso tra il cielo di una morale universalistica dei diritti umani e la terra di una "realpolitik in humanitarian clothes"³⁵, non tutti i protagonisti del dibattito sono apparsi perciò disponibili a farsi carico dei costi di un lento e faticoso processo di apprendimento collettivo che nel campo delle relazioni internazionali dovrebbe infine condurci dalla politica di potenza classica ad uno stato di cittadinanza cosmopolitica³⁶. Al contrario, agli

³¹ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 61.

³² H. Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention in the Context of Modern Power Politics. Is the Revival of the Doctrine of "Just War" Compatible with the International Rule of Law?*, Vienna, IPO, 2001, pp. 53-54.

³³ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention in the Context of Modern Power Politics. Is the Revival of the Doctrine of "Just War" Compatible with the International Rule of Law?*, p. 29; J. Brunnée y S. J. Toope, "Slouching Towards New 'Just' Wars: The Hegemon after September 11th", *International Relations*, 2004, no.18, 4, pp. 405-423.

³⁴ Beck, *Lo sguardo cosmopolita*, pp. 187-188.

³⁵ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, p. 40.

³⁶ Il riferimento è, naturalmente, alle riflessioni svolte da J. Habermas nel saggio "Bestialität und Humanität. Ein Krieg an der Grenze zwischen Recht und Moral", *Die Zeit*, 18, 1999 (trad. it. *Umanità e bestialità: una guerra ai confini tra diritto e morale*, in AA. VV., *L'ultima crociata? Ragioni e torti di una guerra giusta*, Roma, Reser, 1999, pp. 74-75). Come sottolinea Habermas, la istituzionalizzazione di procedure consolidate di soluzione dei conflitti, in grado di sottrarre il trattamento legale delle violazioni dei diritti umani allo stato di "indistinzione giuridica" che attualmente lo caratterizza, può essere infatti immaginato anche "a prescindere dal monopolio della violenza di uno stato e di un governo mondiali", attraverso la consequenziale trasformazione delle Nazioni Unite in una forma di vera e propria "democrazia cosmopolitica": un passaggio, questo, per il quale è necessario, come minimo, "un Consiglio di sicurezza funzionante, la giurisprudenza vincolante di una corte di giustizia internazionale e l'integrazione della Assembla generale dei rappresentanti dei governi con un "secondo livello" di rappresentanza dei cittadini". Sul tema si veda anche J. Habermas, "Kants

evidenti dilemmi del “nuovo umanitarismo militare”³⁷ molti autori hanno risposto risfoderando le consolidate certezze di una visione “pluralistica” dell’ordine internazionale, decisamente più legata ai fondamenti concettuali e istituzionali del tradizionale sistema–Westfalia, di volta in volta riletta in chiave nazional–democratica o addirittura apertamente post-coloniale³⁸. In tale linea di approfondimento teorico, la questione–chiave della seconda modernità diviene così proprio quella di “rendere compatibili gli interventi transnazionali a tutela dei diritti soggettivi con la diversità delle culture, con l’identità e la dignità dei popoli, con l’integrità delle strutture giuridico–politiche di cui essi si siano liberamente dotati”³⁹. E in questa prospettiva la stessa “ideologia umanitaria”, nella misura in cui si propone come il principio di legittimazione di una forma di interventismo militare sconfinato e privo di mediazioni, finisce per assumere i tratti inquietanti di un intollerabile “inganno etico–giuridico”, una vera e propria “impostura”⁴⁰, peculiarmente funzionale alle logiche di una *politica assoluta* che si ritiene esentata dall’obbligo del confronto argomentativo e della ricerca del compromesso per tutto ciò che attiene all’esercizio del potere⁴¹.

È appena il caso di rimarcare il ruolo giocato in tale direttrice di discorso dalle tesi di Carl Schmitt, il più celebre e discusso esponente del realismo politico novecentesco, protagonista negli ultimi anni di un improvviso e per molti versi inaspettato “ritorno” anche nel campo degli studi internazionalistici⁴². Come è stato sottolineato, è proprio nel pensiero

Idee des Ewigen Friedens – aus dem historischen Abstand von 200 Jahre”, en J. Habermas, *Die Einbeziehung des Anderen*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 1996 (trad. it. *L’idea kantiana della pace perpetua, due secoli dopo*, in Idem, *L’inclusione dell’altro. Studi di teoria politica*, Milano, Feltrinelli, Milano, 1998, pp. 177–178).

³⁷ N. Chomsky, *The New Military Humanism: Lessons from Kosovo*, London, Pluto, 1999 (trad. it. *Il nuovo umanesimo militare. Lezioni dal Kosovo*, Trieste, Asterios, 2000).

³⁸ J. M. Welsch, “Taking Consequences Seriously: Objections to Humanitarian Intervention”, J. M. Welsch (Ed.), *Humanitarian Intervention and International Relations*, Oxford, UP, 2004, pp. 64–65. Per una radicale versione post-coloniale dell’approccio pluralista si veda M. Ayoob, “Inequality and Theorizing in International Relations: The Case for Subaltern Realism”, *International Studies Review*, vol. 4, 3, 2002, pp. 27–48.

³⁹ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 66. Come è evidente, a questo livello i dilemmi dell’interventismo umanitario si intrecciano strettamente con la più generale disputa “filosofica” sulla universalità dei diritti dell’uomo. Come ricorda Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 65, il confronto in corso “riguarda in particolare il rapporto tra la filosofia individualistica che è sottesa alla dottrina occidentale dei diritti dell’uomo, da una parte, e, dall’altra, l’ampia gamma di civiltà e di cultura i cui valori sono molto lontani da quelli occidentale. Si pensi, in particolare, ai paesi del sud-est e del nord-est asiatico, di prevalente cultura confuciana, all’Africa sub-sahariana e, ovviamente, al mondo islamico”. Sul punto si veda, da ultimo, L. Baccelli, *I diritti dei popoli. Universalismo e differenze culturali*, Roma–Bari, Laterza, 2009, en part. pp. 64–123.

⁴⁰ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 67. Ma sul tema si veda anche D. Zolo, *Chi dice umanità. Guerra, diritto e ordine globale*, Torino, Einaudi, 2000, pp. 106–107.

⁴¹ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, pp. 29–30.

⁴² D. Chandler, “The Revival of Carl Schmitt in International Relations: The Last Refuge of Critical Theorists?”, *Millennium: Journal of International Studies*, no. 1, 2008, pp. 27–48. Ma sul tema si veda



schmittiano che è possibile, infatti, trovare enunciato nel modo più pregnante il dubbio realista contro ogni tentativo di tagliare "orizzontalmente la sovranità degli Stati" in nome degli imperativi universalistici di una presunta morale umanitaria⁴³. Nel quadro della sua concezione anti-normativistica del "politico", le guerre combattute in nome dell'umanità —così come quelle combattute in nome della giustizia, della pace, del progresso o della civiltà— non sono altro che conflitti ideologicamente radicalizzati in cui uno Stato cerca di acquisire una superiorità morale sui suoi avversari, impadronendosi di un "concetto universale per potersi identificare con esso (a spese del suo nemico)", secondo una dinamica che Schmitt considera peculiarmente consonante con i fini dell'"espansione imperialistica"⁴⁴. Nella prospettiva schmittiana, gli esiti prodotti da questo processo di trasvalutazione del conflitto sono però di portata tale da alterare irreversibilmente il complessivo contesto delle relazioni politiche. Per la sua stessa struttura semantica, la nozione di "umanità" risulta, infatti, dotata di una portata polemica così accentuata da aprire il confronto tra gli Stati al rischio della più profonda asimmetria e discriminazione: come Schmitt annota nel saggio *Der Begriff des Politischen*, "proclamare il concetto di umanità, richiamarsi all'umanità, monopolizzare questa parola" ha, infatti, come conseguenza la "terribile pretesa" di sottrarre al proprio nemico la qualità stessa di "uomo", di dichiararlo "*hors-la-loi e hors l'humanité*", portando la guerra contro di lui sino alla più "estrema inumanità"⁴⁵. Una dinamica, questa, che nei suoi esiti radicalmente discriminatori sembra trovare un contrappunto peculiarmente consonante nel progressivo incremento della potenza distruttiva a disposizione dei belligeranti⁴⁶, sino agli scandalosi estremi di quella guerra

anche, più in generale, J. McCormick, "Political Theory and Political Theology: The Second Wave of Carl Schmitt", *Political Theory*, no. 6, 1998, pp. 830-854; C. Galli, "Schmitt e l'età gobale", in C. Galli, *Lo sguardo di Giano. Saggi su Carl Schmitt*, Bologna, il Mulino, 2009, pp. 129-172.

⁴³ Habermas, *L'idea kantiana della pace perpetua, due secoli dopo*, pp. 200-201.

⁴⁴ C. Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Berlin, Duncker & Humblot, 1932 (trad. it. *Il concetto di 'politico'*, in Carl Schmitt, *Le categorie del «politico»*, Bologna, il Mulino, 1972, p. 139). E ancora, Schmitt, *Le categorie del «politico»*, p. 153: "Il pensiero politico è qui inconfutabile, nell'autonomia e nella chiusura della sua sfera, perché vi sono sempre gruppi concreti di uomini che, in nome del "diritto" o dell'"umanità" o dell' "ordine" o della "pace", combattono contro altri gruppi concreti di uomini, e l'osservatore dei fenomeni politici, se resta conseguente al suo pensiero politico, può riconoscere sempre anche nella condanna dell'immoralità e del cinismo solo uno strumento politico di uomini concretamente in lotta".

⁴⁵ Schmitt, *Il concetto del politico*, p. 139. Per una più argomentata versione di questo assunto si veda però C. Schmitt, "Staatsethik und pluralistischer Staat (1930)", *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar - Genf - Versailles 1929-1939*, Berlin, Duncker & Humblot, 1988, p. 143: "Solo quando concetti supremi e universali come umanità vengono utilizzati politicamente per identificare con essi un singolo popolo o una determinata organizzazione sociale, allora sorge la possibilità di una pericolosa espansione e di un imperialismo assassino".

⁴⁶ Come annota Schmitt, *Il concetto di 'politico'*, pp. 164-165, a dispetto della sua "terminologia essenzialmente non bellicosa", il nuovo imperialismo etico-economico scaturito dal primo conflitto mondiale dispone, infatti, "ancora di strumenti tecnici di uccisione fisica violenta, di

punitiva ad elevato tasso tecnologico descritta in una celebre pagina del volume *Der Nomos der Erde*:

La discriminazione del nemico quale criminale e la contemporanea implicazione della *justa causa* vanno di pari passo con il potenziamento dei mezzi di annientamento e con lo sradicamento spaziale del teatro di guerra: Il potenziamento dei mezzi tecnici di annientamento spalanca l'abisso di una discriminazione giuridica e morale altrettanto distruttiva. (...) Il bombardiere o l'aereo di attacco a volo radente usano le proprie armi contro la popolazione nemica verticalmente, come San Giorgio usava la sua lancia contro il drago. Nella misura in cui oggi la guerra viene trasformata in azione di polizia contro i turbatori della pace, criminali ed elementi nocivi, deve anche essere potenziata la giustificazione di questo *police bombing*. Si è così costretti a spingere la discriminazione dell'avversario in dimensioni abissali⁴⁷.

Sono appunto queste linee di decostruzione critica che troviamo più o meno esplicitamente richiamate nelle molte riflessioni di ispirazione "realista" che nel corso degli ultimi anni si sono concentrate sul paradigma dell'intervento umanitario. Come è stato sottolineato, applicate agli eventi contemporanei, le provocatorie tesi di Schmitt sono apparse, infatti, dotate ancora di una sorprendente "forza espressiva", in grado di aprire imprevisi squarci di intelligibilità sulle più profonde trasformazioni in corso nelle strutture normative della società internazionale⁴⁸. Nell'affrontare i complessi nodi etico-politici connessi alla pratica dell'intervento umanitario, diversi autori hanno ritenuto perciò opportuno farsi guidare dal radicale monito schmittiano nei confronti di ogni trasvalutazione morale del contesto —in

armi moderne tecnicamente perfette, che sono state rese di tanta inaudita utilità, mediante un impiego di capitale ed intelligenza, per essere realmente usate in caso di necessità. Per l'impiego di questi strumenti si sta formando d'altra parte un vocabolario nuovo essenzialmente pacifistico che non conosce più la guerra, ma solo esecuzioni, sanzioni, spedizioni punitive, pacificazioni, difesa dei trattati, polizia internazionale, misure per la preservazione della pace. L'avversario non si chiama più nemico, ma perciò egli viene posto, come violatore e disturbatore della pace, *hors-la-loi* e *hors l'humanité*, e una guerra condotta per il mantenimento o l'allargamento di posizioni economicistiche di potere deve essere trasformata, con il ricorso alla propaganda, nella "crociata" e nell'"ultima guerra dell'umanità". Ma sul punto si veda anche C. Schmitt, "Das Zeitalter der Neutralisierungen und Entpolitisierungen" (1929), *Der Begriff des Politischen*, (trad. it. *L'epoca delle neutralizzazioni e delle spoliticizzazioni*, in *Le categorie del politico*, cit., pp. 167-183, in part. p. 182): "Ormai conosciamo la legge segreta di questo vocabolario e sappiamo che oggi la guerra più terribile può essere condotta solo in nome della pace, l'oppressione più terrificante solo in nome della libertà e la disumanità più abietta solo in nome dell'umanità".

⁴⁷ C. Schmitt, *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europeum*, Berlin, Duncker & Humblot, 1974 (trad. it. *Il nomos della terra nel diritto internazionale dello «Jus publicum europeum»*, Milano, Adelphi, 1991, p. 430)

⁴⁸ M. Koskeniemi, "International Law as Political Theology: How to Read Nomos der Erde?", *Constellations*, no. 4, 2004, pp. 492-511, p. 493.



sé ben poco idealistico— delle relazioni interstatuali: "Chi parla di umanità, vuol trarvi in inganno"⁴⁹. Secondo questa impostazione, la qualificazione di un'azione bellica come "intervento umanitario" è un "tipico strumento di auto-legittimazione della guerra da parte di chi la sta combattendo": essa corrisponde, cioè, "alla tradizionale necessità di legittimare la propria guerra come *iustum bellum* e di bollare il proprio avversario come *iniustus hostis*", con tutte le conseguenze del caso —in tal senso è, dunque, "parte della guerra stessa", "uno strumento di strategia militare diretto ad ottenere la vittoria sul nemico"⁵⁰. Di più, ciò che ci troviamo di fronte in questo caso è il tentativo di riclassificare l'intero universo della forza militare a partire dalla distinzione —in sé del tutto arbitraria— tra atti di violenza "criminale" e "disumana" e legittime misure coercitive, assimilabili a vere e proprie operazioni di "polizia internazionale"⁵¹: un approccio di tipo smaccatamente imperiale, in cui la guerra trova giustificazione non più in virtù di "interessi di parte o di obiettivi particolari", ma solo "di un punto di vista superiore e imparziale, in nome di valori che si ritengono condivisi dall'umanità intera" —come strumento principe, cioè, "della tutela dei diritti dell'uomo, dell'espansione della libertà, della democratizzazione del mondo, della sicurezza e del benessere di tutti i popoli"⁵².

⁴⁹ Schmitt, *Il concetto di 'politico'*, p. 139; Schmitt, "Staatsethik und pluralistischer Staat (1930)", p. 143. Per una efficace dimostrazione del ruolo assunto dal *diktum* schmittiano nel più recente dibattito sull'intervento umanitario si veda D. Zolo, *Chi dice umanità. Guerra, diritto e ordine globale*, Torino, Einaudi, 2000, pp. 42–48. Ma per una più generale valutazione della "Schmitt-Renaissance" in tale contesto di discorso si veda almeno G. Ananiadis, *Carl Schmitt on Kosovo, or, Taking War Seriously*, D.I. Bjelić y O. Savić (Eds.), *Balkan as Metaphor. Between Globalization and Fragmentation*, Cambridge (MA), MIT Press, pp. 117–161; W. Rasch, "A Just War? Or Just a War?: Habermas and the Cosmopolitan Orthodoxy", *Cardozo Law Review*, no. 21, 2000, pp. 1665–1684; P. Stirk, "Carl Schmitt, the Law of Occupation, and the Iraq War", *Constellations*, no. 11, 4, 2004, pp. 527–536; L. Odysseos y F. Petitto (Eds.), *The International Political Thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, Oxon, Routledge, 2007.

⁵⁰ Zolo, *Chi dice umanità*, p. 43. Sulla nozione di "guerra umanitaria" come la più recente incarnazione della tradizionale dottrina della guerra giusta si veda anche K. Booth, "Ten Flaws of Just Wars", K. Booth (Ed.), *The Kosovo Tragedy. The Human Rights Dimensions*, Abingdon–New York, Frank Cass, 2001, pp. 314–323.

⁵¹ Axtmann, *Carl Schmitt on International Politics*, p. 538. Acerca de este punto véase J. Isensee, "Weltpolizei für Menschenrechte", en *Juristenzeitung*, 1995, p. 429: "Da quando esistono gli interventi militari [l'idea di umanità] ha sempre prestato servizio sotto le più svariate bandiere ideologiche, subordinandosi per esempio —a partire dal Sei e Settecento— alle ideologie confessionali, monarchiche, giacobine, ai principi umanitari, alla rivoluzione socialista mondiale. Ora tocca ai diritti dell'uomo e alla democrazia. Nella lunga storia degli interventi militari, l'ideologia è sempre servita a mascherare gli interessi di potere perseguiti dagli attaccanti, e a consacrare l'efficacia dell'intervento con il velo della legittimità".

⁵² Zolo, *La giustizia dei vincitori*, p. 100, 126. Sul peculiare "paradigma imperiale" che fa da presupposto di questa interpretazione dell'interventismo umanitario si veda Zolo, *La giustizia dei vincitori*, pp. 112–113. Sull'influenza esercitata dal pensiero schmittiano anche su questa specifica direttrice del dibattito cfr. D. Zolo, "The re-emerging notion of Empire and the influence of Carl Schmitt's thought", *The International Political Thought of Carl Schmitt*, pp. 154–165.

Sulla base di tali considerazioni, diversi autori hanno ritenuto di poter identificare proprio nella dottrina dell'intervento umanitario la più caratteristica sovrastruttura ideologico-discorsiva di un "new imperial order" sorto sulle macerie della tradizionale società internazionale degli Stati: la privilegiata base di legittimazione, cioè, di un sistema di dominio globale centrato sulla riabilitazione dell'uso della forza come ordinario strumento di politica internazionale. Secondo tale lettura, è per il tramite di questa costellazione retorica e argomentativa, infatti, che, "in una maniera quasi religiosa", un sistema di norme giuridiche generalmente condivise è stato progressivamente sostituito da una fumosa costellazione di superiori principi morali, in grado di legittimare "azioni che altrimenti dovrebbero essere qualificate come crimini di guerra"⁵³. Una strategia, questa, che —come è stato sottolineato— implica un approccio apertamente disegualitario, addirittura "razzista"⁵⁴, nei confronti di una larga parte degli Stati esistenti⁵⁵, riaprendo non a caso il campo al tradizionale impianto dualistico e asimmetrico caratteristico del cosmopolitismo coloniale⁵⁶:

In the old literature of empire, humanitarianism was invoked to justify the supposed responsibility of an imperial power operating at the margins of the civilized world to uphold the standards of civilized morality by suppressing cannibalism, human sacrifice, and other barbaric practices. In today's rhetoric of empire, it is the barbarity of tyranny and terrorism that threaten these standards and that must be countered, in the name of humanity, by the exercise of imperial power. In the old literature of empire, colonial rule was rationalized as providing backward peoples the benefits of civilization: public order, public health, modern communications, economic development, and eventually constitutional rule. The

⁵³ Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, p. 30.

⁵⁴ D. Johnstone, *Humanitarian War: Making the Crime Fit the Punishment*, citato in Köchler, *The Concept of Humanitarian Intervention*, p. 32.

⁵⁵ Köchler, p. 32, 38: "A causa della nuova dottrina della Guerra giusta, sono state create due classi (categorie) di stati: quella degli Stati imperiali (o superiori) e quella degli Stati "inferiori". La prima si arroga uno status di superiorità morale —e supremazia ideologica— incluso il diritto di definire presuntivamente dei criteri morali per l'uso della forza. Sino ad un recente cambiamento nella terminologia della diplomazia statunitense, ai secondi ci si riferiva spesso con il termine di "stati canaglia". Essi appartengono per lo più al Terzo Mondo. Gli Stati imperiali sostituiscono il principio di non utilizzo della forza con un *diritto* (in alcuni casi considerato persino equivalente ad un *dovere*) di *intervenire*, sostituendo così la precedente legittimazione religiosa con un discorso "secolare" sui diritti umani. Tuttavia nella realtà, questo diritto di intervenire è basato soltanto sul potere superiore degli Stati imperiali. Esso non ha fondamenti giuridici". Ma per una efficace critica del carattere neo-coloniale di questo nuovo interventismo umanitario si veda anche Chandler, *From Kosovo to Kabul*.

⁵⁶ R. Koselleck, "Zur historisch-politischen semantik asymmetrischer Gegenbegriffe", *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 1979 (trad. it. *Per una semantica storico-politica di alcuni concetti antitetici asimmetrici*, in *Futuro passato. Per una semantica dei tempi storici*, Genova, Marietti, 1986, 181-189).



new literature of empire rationalizes intervention in similar terms. Most of the old justifications for empire are close to the surface in current understandings of America's mission⁵⁷.

Considerata in questa prospettiva, l'*eccezione umanitaria* non può più esaurirsi, dunque, in una momentanea e limitata sospensione delle regole del diritto internazionale, funzionale alla riaffermazione dei suoi riconosciuti valori-chiave. Al contrario, essa diviene l'espressione di un processo di sistematica erosione dei fondamenti stessi della legalità internazionale, coincidente con l'emergere di un "potere imperiale anche in senso normativo", in sé "incompatibile sia con il carattere generale della legge, sia con l'eguaglianza giuridica dei soggetti dell'ordinamento internazionale"⁵⁸. Non può sorprendere, perciò, che in tale contesto di discorso la dimensione stessa dell'"eccezione" finisca per assumere una vera e propria valenza costitutiva, proponendosi come una sorta di ibrida variante internazionalistica di quell'*Ausnahmezustand* teorizzato da Schmitt in alcuni celebri passi della sua *Politische Theologie*⁵⁹. A differenza che nell'originario modello schmittiano, lo "stato di eccezione" di cui ci parlano questi autori rappresenta, però, un "carattere permanente del paesaggio politico" della società globale, all'interno e all'esterno dei singoli Stati—esso si appalesa, cioè, come una condizione *normale* del "new global order" scaturito dalla crisi dell'assetto bipolare del mondo⁶⁰. Come spiegano Hardt e Negri, tra i primi a proporre una lettura costituente dell'ingerenza umanitaria, è proprio attraverso l'imporsi di "uno stato permanente di emergenza e eccezionalità giustificato dall'appello a *fondamentali valori di giustizia*" che il "nuovo ordine planetario" consolida, infatti, la sua peculiare macchina amministrativa, producendo "nuove gerarchie di comando operanti sullo spazio globale"; e ciò che ne risulta è "un apparato di potere decentrato e deterritorializzante che progressivamente incorpora l'intero spazio mondiale all'interno delle sue frontiere aperte e in continua espansione", radicalizzando al contempo

⁵⁷ T. Nardin, "Humanitarian Imperialism", *Ethics & International Relations*, 19, 2, 2005, p. 25.

⁵⁸ Zolo, *La giustizia dei vincitori*, pp. 125-126. Secondo questa lettura, un potere imperiale è per principio *legibus solutus*: "l'Imperatore decide di volta sui singoli casi, ma non fissa principi normativi di carattere assoluto, né si impegna al rispetto di regole generali".

⁵⁹ C. Schmitt, *Politische Teologie. Vier Kapitel zur Lehre der Souveränität*, München-Leipzig, Duncker & Humblot, 1922 (trad. it., *Teologia politica: quattro capitoli sulla dottrina della sovranità*, in Idem, *Le categorie del politico*, pp. 33-34). Su questo aspetto della teoria politica schmittiana si veda C. Galli, *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, Bologna, il Mulino, 1996, pp. 331-347.

⁶⁰ M. Neocleous, *Critique of security*, Edimburgh, Edimburgh University Press, 2008, p. 40. Sul processo di "normalizzazione" del paradigma schmittiano dell'eccezione che caratterizza il recente dibattito sul "new global order" si veda almeno A. de Benoist, "Global terrorism and the state of permanent exception: the significance of Carl Schmitt's thought today", *The International Political Thought of Carl Schmitt*, pp. 73-95; J. Monod, *Penser l'ennemi, affronter l'exception. Réflexions critiques sur l'actualité de Carl Schmitt*, Paris, La Découverte, 2006, pp. 71-120.

“la coincidenza dell’elemento etico e di quello giuridico assunti nella loro universalità”⁶¹

Solidarietà postnazionale: un’agenda per il nuovo secolo

Molto ci sarebbe da dire su una forma di “neorealismo” politico che in nome del condivisibile rifiuto di ogni strumentale retorica umanitaria sembra voler chiudere la porta alla possibilità stessa di una ridiscussione delle basi morali dello spazio delle relazioni internazionali. E molto ci sarebbe da dire, soprattutto, sulle intollerabili semplificazioni ermeneutiche presenti alla base di questa disinvoltata ripresa della prospettiva schmittiana: come ignorare, infatti, le pesanti ipoteche teoriche, storiografiche e ideologico-culturali che sostengono —e condizionano— la vibrante critica di Schmitt all’universalismo umanitario?⁶² Anche sotto questo profilo, ciò che la riflessione schmittiana offre ai suoi epigoni contemporanei è una “coerente visione del mondo”, una “compiuta” cornice interpretativa e valutativa⁶³, rigidamente definita nei suoi stessi presupposti di senso: se è vero, perciò, che non è necessario aderire integralmente al “radicale antiumanesimo” di Schmitt “per diffidare di chi usa la parola “umanità” nel contesto di una guerra”⁶⁴, è vero anche che tale sospetto può assumere la forma “radicale” di una critica generalizzata dell’universalismo umanitario solo al prezzo di una più o meno consapevole adesione all’impegnativa concezione dell’“autonomia del politico” posta alla base di tutta la sua teorizzazione. Come ha scritto Chris Brown, da questo punto di vista quello che Schmitt ci propone attraverso la sua peculiare forma di realismo politico è un vero e proprio *patto col diavolo*: “accettate il fatto che la violenza è semplicemente parte dell’esistenza umana —dimenticate i tentativi di esigere che la violenza sia giustificata— e in cambio avrete un mondo in cui essa sarà effettivamente più controllata e meno pericolosa per l’esistenza umana di quanto altrimenti sarebbe”⁶⁵. Far propria questa

⁶¹ M. Hardt y A. Negri, *Empire*, Harvard University Press, 2000 (trad. it. Impero. Il nuovo ordine della globalizzazione, Milano, Rizzoli, 2002, pp. 23–24).

⁶² Su questo condizionante aspetto dell’anti-universalismo schmittiano e sulle difficoltà che esso pone ad un suo recupero contemporaneo si veda, da ultimo, Axtmann, *Humanity or Enmity?*; Chandler, “The Revival of Carl Schmitt in International Relations”, pp. 37–38.; Ch. Brown, “From humanized war to humanitarian intervention: Carl Schmitt’s critique of the Just War tradition”, *The International Political Thought of Carl Schmitt*, pp. 56–69; J. Huymans, “Know your Schmitt: A Godfather of Truth and the Spectre of Nazism”, *Review of International Studies*, no. 2, 1999, pp. 323–328. Sulla “parzialità” dell’impianto teorico, argomentativo e narrativo di Schmitt e sulla discutibilità di ogni sua aporetica attualizzazione si veda, più in generale, Galli, *Schmitt e l’età globale*.

⁶³ Brown, “From humanized war to humanitarian intervention”, p. 66.

⁶⁴ Zolo, *Chi dice umanità*, p. 44. Sul tema si veda anche J. Isensee, “Weltpolizei für Menschenrechte”, *Juristische Zeitung*, 1995, p. 429.

⁶⁵ Brown, “From humanized war to humanitarian intervention”, p. 66.



posizione significa però accettare il principio che l'uso della forza in politica non debba mai essere giustificato in termini morali. Di più, ammettere che "qualsiasi tentativo di controllare e limitare il ruolo della violenza nelle faccende umane è necessariamente futile e controproducente, (...) una posizione normativa che merita di essere respinta"⁶⁶.

Come nell'originale impianto teorico schmittiano, anche nelle più recenti concezioni "neorealiste" dell'intervento umanitario il rifiuto di una moralizzazione del contesto delle relazioni internazionali tende, peraltro, a fondersi intimamente con una decisa difesa della sovranità statale come "principio assoluto" della politica, da sostenere incondizionatamente a prescindere dalle concrete modalità del suo esercizio⁶⁷. Per gli esponenti di questa direttrice di pensiero critico —con poche eccezioni, per lo più afferenti all'ala teoricamente più creativa dello "schmitt-marxismo" contemporaneo⁶⁸— il mantenimento di un modello "pluralistico" di società internazionale, fondato sul generale riconoscimento di un'intangibile sfera di sovranità territoriale e sul principio di non ingerenza, sembra costituire, infatti, un presupposto irrinunciabile per l'esercizio dei diritti democratici di autogoverno da parte dei cittadini di tutti gli Stati, inclusi quelli più deboli e periferici⁶⁹. L'imporsi di un "cosmopolitan regime" di protezione dei diritti umani aprirebbe, invece, la strada ad un progressivo svuotamento delle forme territorializzate di democrazia rappresentativa —le uniche concretamente praticabili in un mondo di Stati-nazione— che prefigura la istituzione di un vero e proprio "direttorio" globale. In questa impostazione, la difesa dei valori della democrazia e dell'autodeterminazione politica passa, dunque, per il mantenimento dei "vecchi diritti" della sovranità territoriale⁷⁰ —oltre quel crinale si apre, infatti, l'inquietante prospettiva di un mondo di *diritti senza cittadinanza*, in qualche modo prefigurato dalla spettrale inconsistenza del nuovo "soggetto umano universale dei diritti cosmopolitici" descritto da David Chandler:

i nuovi diritti dei cittadini cosmopolitici, che si aggiungono ai loro diritti di cittadinanza territoriale, sono diritti che essi non possono attuare o esercitare in prima persona, e sotto questo aspetto cruciale

⁶⁶ Brown, "From humanized war to humanitarian intervention", p. 67. Ma sul tema si veda R. Devetak, "Between Kant and Pufendorf: humanitarian intervention, statist anti-cosmopolitanism and critical international theory", *Review of International Studies*, 33, 2007, pp. 168-169.

⁶⁷ Devetak, p. 160. Sulle rilevanti differenze esistenti tra la concezione originale schmittiana della sovranità e quella dei suoi sostenitori radicali si veda Chandler, "The Revival of Carl Schmitt", pp. 43-44.

⁶⁸ Monod, *Penser l'ennemi, affronter l'exception*, pp. 95-96.

⁶⁹ A. J. Bellamy, "Power, rules and argument: new approaches to humanitarian intervention", *Australian Journal of International Affairs*, no. 3, 2003, pp. 499-512.

⁷⁰ C. Mouffe, *On the Political*, London, Routledge, 2005 (trad. it. *Sul politico*, Milano, Bruno Mondadori, 2007, p. 116).

essi sono altamente condizionali. Mentre può esserci un dovere di proteggere i nuovi diritti del cittadino cosmopolitico, la cornice cosmopolitica non offre alcun meccanismo di *accountability* per dare un contenuto a questi diritti. Non c'è alcun legame tra il "diritto" e il "dovere" della loro attuazione. I diritti aggiuntivi sostenuti nella cornice cosmopolitica si rivelano essere una chimera⁷¹.

Alla base di questo tipo di analisi c'è, evidentemente, la tendenza a pensare il rapporto tra diritti umani e sovranità statale come una rigida "opposizione binaria", sostanzialmente riconducibile alla più profonda dicotomia tra morale e politica⁷². Secondo tale approccio, far propria la prospettiva dell'universalismo umanitario significa mettere completamente in questione la segmentata struttura spaziale dell'ordinamento "westfaliano", e con essa anche il patrimonio di principi, valori e pratiche di auto-governo accumulato al suo interno. Voler tener fermo tale patrimonio implica, viceversa, la necessaria rinuncia ad ogni pretesa di controllo dall'esterno delle modalità in cui la sovranità statale è concretamente esercitata. I sostenitori di questa forma di "anti-cosmopolitismo statalista" sono costretti, dunque, a tacere anche di fronte ai casi più estremi di violenza di Stato (o tollerata dallo Stato): le vittime di quella violenza si trasformano, così, nei "silenziosi relitti di una politica che non può ammettere altri diritti che quelli legati agli Stati sovrani"⁷³.

È anche in risposta agli imbarazzanti esiti di questa paradossale linea di pensiero "anti-imperialistico", che nel dibattito degli ultimi anni ha preso forma un approccio concettualmente più articolato ai dilemmi dell'intervento umanitario, centrato sulla sistematica messa in questione del monolitico paradigma sovranitario posto alla base del discorso politico della modernità. Secondo i sostenitori di questa prospettiva, le complesse questioni giuridico-politiche oggi al centro del confronto esigono, infatti, la messa a punto di un rinnovato e più flessibile impianto categoriale, in grado di dare adeguatamente conto delle molteplici dinamiche materiali e intellettuali tradizionalmente approssimate attraverso la consolidata semantica della sovranità nazionale. Come ha sottolineato Robert O. Keohane, ciò non significa, certo, "che lo Stato debba essere abbandonato o la sovranità screditata come concetto"⁷⁴. Anche in un mondo globalizzato, infatti, "lo Stato rimane la principale unità di protezione e azione collettiva" e "la sovranità, propriamente intesa, riflette la lealtà che la maggior parte

⁷¹ D. Chandler, "New Rights for Old? Cosmopolitan Citizenship and the critique of State Sovereignty", *Political Studies*, vol. 51, 2003, pp. 332-349, in part. pp. 342-343. Ma sul punto si veda anche D. Chandler, *From Kosovo to Kabul*, London, Pluto, 2002, pp. 119-120.

⁷² Devetak, "Between Kant and Pufendorf", p. 159.

⁷³ Devetak, "Between Kant and Pufendorf", p. 168.

⁷⁴ Keohane, "Political authority after intervention: gradations in sovereignty", *Humanitarian Intervention*, p. 277.

delle persone provano per i propri Stati". La sfida che ci troviamo di fronte è, però, quella di riconcettualizzare "lo Stato come una unità politica in grado di mantenere l'ordine interno e contemporaneamente impegnarsi nella cooperazione internazionale, senza rivendicare quei diritti assoluti (...) tradizionalmente associati con la sovranità" —un obiettivo, questo, che presuppone il definitivo superamento della concezione "monistica" e "assoluta" della sovranità caratteristica del "modello Westfalia", in favore di una caratterizzazione "modulare", "graduata" e "relazionale" di quello stesso concetto⁷⁵.

Tra le elaborazioni teoriche che meglio esprimono la concreta portata di questa "conceptual departure from the historical and discredited Westphalian concept of sovereignty"⁷⁶, è possibile senz'altro richiamare la nozione di "pooled sovereignty", ampiamente presente nel dibattito sulle nuove forme di organizzazione transnazionale come l'Unione Europea⁷⁷, la categoria di "complex sovereignty" utilizzata da sociologi e politologi per dare conto dei fondamentali cambiamenti nelle modalità di esercizio del "governo" e dell'"autorità politica" caratteristici delle società contemporanee⁷⁸, e soprattutto il modello di "unbundled sovereignty" messo a punto da Stephen Krasner in esplicita polemica con l'"ipocrita" rappresentazione dell'ordine internazionale offerta, sin dalle origini, dalla teoria politica moderna⁷⁹. Secondo la sua influente, e discussa⁸⁰, interpretazione, alcune delle insolubili aporie costruttive che caratterizzano l'ordine internazionale

⁷⁵ Keohane, "Political authority after intervention: gradations in sovereignty", pp. 282-283..

⁷⁶ J. Mangala, "State Sovereignty and the New Globalization in Africa", G. Klay Kieh Jr. (Ed.), *Africa and the New Globalization*, Aldershot/Burlington, 2008, p. 106. Ma per un'esauriente ricognizione del "lessico sempre più colorito" della sovranità prodotto dal recente dibattito sul tema si veda M. Loughlin, "Why Sovereignty?", R. Rawlings, P. Leyland y A. Young (Eds.), *Sovereignty and the Law: Domestic, European and International Perspectives*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 34-35.

⁷⁷ Per un'esemplificazione dell'uso della categoria nel dibattito sulla governance europea si veda B. De Witte, "Sovereignty and European Integration: the Weight of Legal Tradition", A. M. Slaughter, A. Stone Sweet y J. H. Weiler (Eds.), *The European Courts and National Courts: Doctrine and Jurisprudence*, 1998 e, in clave esplicitamente politica, J. Delors, "European Integration and Security", *Security*, no. 33, 1991, pp. 99, 103. Per un'applicazione agli assetti regionali africani cfr. J. Mangala, "State Sovereignty and the New Globalization in Africa", pp. 97-98. Sul tema si vedano le osservazioni critiche svolte, in specifico riferimento alle dinamiche europee, da N. Walker en su ensayo "Late Sovereignty in the European Union", en N. Walker (Ed.), *Sovereignty in Transition*, Oxford/Portland, Hart Publishing, 2003, pp. 10-11.

⁷⁸ L. W. Pauly y E. Grande, "Reconstituting Political Authority: Sovereignty, Effectiveness, and Legitimacy in a Transnational Order", E. Grande y L.W. Pauly (Eds.), *Complex Sovereignty: Reconstituting Political Authority in the Twenty-first Century*, University of Toronto Press, 2005, pp. 6-7; K. Jayasuriya, *Reconstituting the Global Liberal Order. Legitimacy and regulation*, London/New York, Routledge, 2005, pp. 69-70.

⁷⁹ S. D. Krasner, *Sovereignty: Organised Hipocrisy*, Princeton, Princeton University Press, 1999; S. D. Krasner, *Power, the state and Sovereignty: essays on international relations*, London/New York, Routledge, 2009.

⁸⁰ M. Goodheart, *Democracy as Human Rights. Freedom and Equality in the Age of Globalization*, New York/London, Routledge, 2005, pp. 29-30.

contemporaneo sono, infatti, il prodotto di una confusa semantica della sovranità che si serve di questa nozione per descrivere quattro diverse caratteristiche, “logicamente distinte”, degli Stati: la loro pretesa di esclusività, il loro status giuridico internazionale (indipendenza), la loro capacità di controllare i flussi trans-frontalieri e le loro strutture autoritative interne⁸¹. Per recuperare adeguati spazi di azione politica in riferimento ai cruciali dilemmi del nostro presente occorre, dunque, prendere atto una volta per tutte che, lungi dall’essere un “tutto organico”, la sovranità statale ha “differenti componenti” e che nel loro incremento funzionale esse non vanno necessariamente in parallelo; di più, che possedere un “attributo della sovranità” non significa necessariamente possederli tutti e che, al contrario, rafforzare l’esercizio di un certo tipo di sovranità può addirittura contribuire a indebolire quello degli altri⁸². È appunto per questo motivo che, secondo Krasner, in un tumultuoso momento di cambiamento come quello che stiamo vivendo, qualsiasi generica affermazione in tema di sovranità non può che essere equivoca e dannosa. E che sforzarsi di “disaggregare” quel complesso di prerogative e funzioni che siamo abituati a rappresentare come un tutto onnicomprensivo e monolitico, operante sulla base di una rigida logica binaria, potrebbe contribuire a dissolvere molta della confusione e dell’imprecisione che oggi caratterizza il dibattito sul nuovo ordine politico della società globale.

Come credo sia sufficientemente evidente sulla base dei passi citati, obiettivo precipuo di queste nuove e più complesse concezioni della sovranità statale è quella di confrontarsi con il labirintico assetto autoritativo e regolativo caratteristico di un mondo post-westfaliano, senza per questo aderire a semplificatorie retoriche della fine dello Stato⁸³. Sottratta alla presa del tradizionale paradigma sovranitario, anche la questione dell’intervento

⁸¹ S. D. Krasner, “Problematic sovereignty”, S. D. Krasner (Ed.), *Problematic Sovereignty. Contested Rules and Political Possibilities*, New York, Columbia University Press, 2001, pp. 1-2. Si tratta, rispettivamente, della “Westphalian sovereignty”, della “international legal sovereignty”, della “interdependence sovereignty” e della “domestic sovereignty”.

⁸² Krasner, “Problematic sovereignty”, p. 2.

⁸³ Jayasuriya, *Reconstituting the Global Liberal Order*, pp. 69-70. Como ricorda Keohane, “Political authority after intervention”, p. 288,, in questa concezione, infatti, “external authority structures (...) play some role in the decision-making process of all states, even the United States (as the dispute settlement process of the WTO shows). Where strong supranational authority structures exist, states can afford to accept less external sovereignty, since they are protected by their participation in the regional structures, and by the constitutionalization of those structures. Accepting less external sovereignty is not, therefore, necessarily a mark of weakness. On the contrary, it can be a mark of strength, and is entirely consistent with continuing international legal sovereignty and domestic sovereignty —the maintenance of coherent, purposive ordering of internal authority relationships”. Per una complessiva panoramica su questa direttrice del dibattito si veda almeno T. Jacobsen, Ch. Sampford y R. Thakur (Eds.), *Re-envisioning Sovereignty. The End of Westphalia?*, Aldershot, Ashgate, 2008; M. Ricciardi, “Dallo Stato moderno allo Stato globale. Storia e trasformazione di un concetto”, *Scienza & Politica*, vol. XXV, n. 48, 2013, pp. 75-93.



umanitario si rivela, così, passibile di nuove e più fruttuose elaborazioni teoriche: non è detto, infatti, che un indebolimento della sovranità dello Stato verso l'esterno si traduca automaticamente in un vulnus ai diritti di autogoverno dei suoi cittadini. Nella realtà empirica, il *popolo* è sempre il prodotto contingente di forme di organizzazione politica e di strutture di dominio, che lo condizionano nelle sue stesse possibilità di articolazione politica. Perciò, la sua capacità di autodeterminazione può essere limitata, prima ancora che dalle ingerenze dall'esterno, da forme di oppressione interna "che vanno dall'assoggettamento ad una volontà dittatoriale sino alla guerra civile, dalla discriminazione sino al genocidio"⁸⁴. È possibile, perciò, che in condizioni di estrema crisi politico-militare i cittadini di uno Stato siano privati proprio di quella "capacità di agire collettivamente" che costituisce il nucleo portante di ogni riuscita forma di cittadinanza politica⁸⁵. In tali circostanze, dunque, l'introduzione di una struttura autoritativa esterna può rappresentare un decisivo contributo per la rifondazione della sovranità interna, nella misura in cui consente effettivamente di aumentare il *potere* dei cittadini dello Stato, rendendo per loro nuovamente possibile agire di concerto⁸⁶.

Come dimostrano le più innovative linee di riflessione recentemente emerse nella teoria delle relazioni internazionali, in un contesto teorico di questo tipo non sembra esserci più posto, dunque, per una concezione "autoreferenziale" della sovranità statale, così come non sembra esserci più posto per una astratta enunciazione delle sue prerogative giuridiche, svincolata dai complessi processi di "interazione, riconoscimento e legittimazione" attraverso cui "i diritti, compresi quelli statuali, sono socialmente e storicamente costruiti"⁸⁷. Tutto, al contrario, sembra convergere verso un orizzonte plurale di rappresentazioni identitarie, negoziazioni politiche e pratiche sociali, nel quale anche il nesso sovranità popolare-diritti umani sembra passibile di nuovi e al momento imprevedibili sviluppi⁸⁸. In questa sede non mi è ovviamente possibile entrare nel merito di questo complesso e diversificato processo di rifondazione epistemica e

⁸⁴ W. Kersting, "Bewaffnete Intervention als Menschenrechtsschutz?", R. Merkel (Ed.), *Der Kosovo-Krieg und das Völkerrecht*, Frankfurt a. Main, Suhrkamp, 2000, pp. 187-231, en part. p. 201.

⁸⁵ Cfr. P. P. Portinaro, "Interventi umanitari e responsibility to protect. Formule nuove, vecchi problema", V. Lavenia (Ed.), *Alberico Gentili. «Responsibility to Protect»: nuovi orientamenti su intervento umanitario e ordine internazionale*, Macerata, EUM, 2015, p. 123: "Il fatto è che nelle situazioni in cui si rende necessario un intervento non c'è un popolo, ma gruppi etnici e religiosi contrapposti, dunque solo frammenti di un popolo, fieramente ostili tra loro e che in assenza di una potenza occupante tendono a precipitare in una guerra civile".

⁸⁶ Keohane, "Political authority after intervention", p. 281. Per una efficace espressione degli esiti ultimi di questo approccio si veda però A. Buchanan, *Justice, Legitimacy and Self-Determination. Moral Foundations for International Law*, Oxford, Oxford University Press, 2004, en part. pp. 261-262.

⁸⁷ Devetak, "Between Kant and Pufendorf", p. 167.

⁸⁸ C. Reus-Smit, "Human Rights and the Social Construction of Sovereignty", *Review of International Studies*, vol. 27, 4, 2001.

categoriale. Nel concludere l'itinerario proposto in queste pagine, mi limiterò dunque a ribadire la rilevanza che esso assume ai fini della elaborazione di una concezione della giustizia politica finalmente emancipata dal rigido dispositivo interno/esterno lasciatoci in eredità dal pensiero della prima età moderna. Come ha scritto Seyla Benhabib è in primo luogo a questo livello, infatti, che si gioca la decisiva partita per la costruzione di una forma di *solidarietà postnazionale*, finalmente all'altezza delle grandi sfide poste dall'epoca globale. E da questo punto di vista, anche la questione dell'*intervento umanitario*, con i suoi irrisolti dilemmi normativi, può offrire un decisivo stimolo alla messa in questione di alcune discutibili certezze etico-politiche che ancora contribuiscono a fare della nostra esistenza una mera questione di confini.





*El Estado y el espacio global. Lo Stato
e lo spazio globale*

de Jorge Olvera García y Maurizio Ricciardi, fue impreso en los talleres de Editorial CIGOME, S.A. de C.V., Vialidad Alfredo del Mazo núm. 1524, ex. Hacienda La Magdalena C.P. 50010, Toluca, México. Su edición consta de 1 000 ejemplares. La edición estuvo a cargo de la Dirección de Difusión y Promoción de la Investigación y los Estudios Avanzados.

Diseño de forros e interiores: Cristina Mireles Arriaga, Nancy Huerta Vázquez y Juan Manuel García Guerrero



